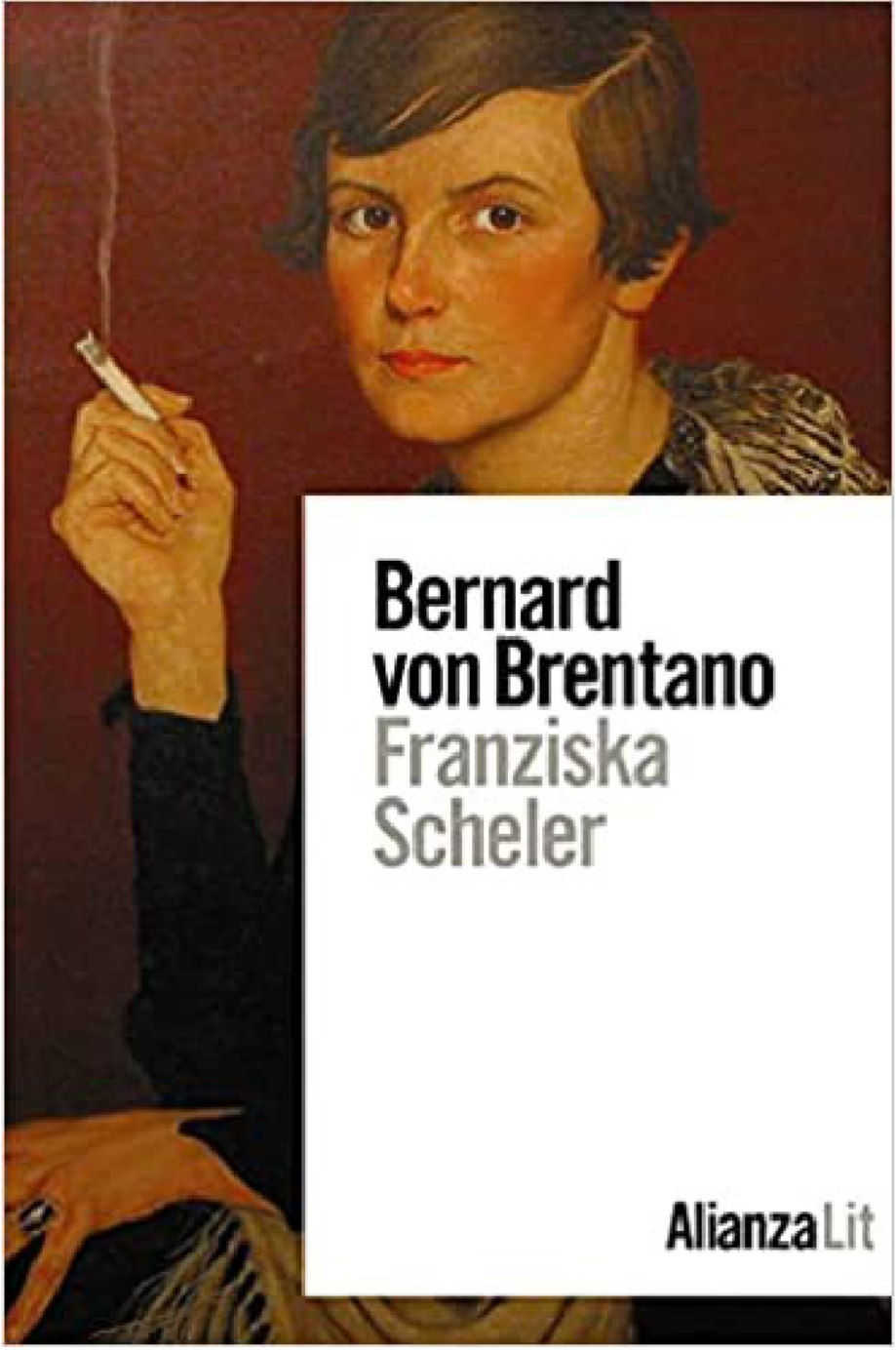

Bernard von Brentano

Franziska Scheler

Alianza Lit

Bernard von Brentano

Franziska Scheler

Edición y epílogo
de Sven Hanuschek

Traducido del alemán
por Jorge Seca

Alianza editorial

Capítulo 1

Se despliega el abanico de la gran ciudad, y de una de sus varillas surge un personaje sorprendente.

1

Karl Chindler se había mudado de domicilio, y Leopold decidió ir a ver a su hermano. Quería echar un vistazo al piso nuevo y llevar unas flores a su cuñada. En su cuaderno de notas había apuntado: K. Ch. calle de Budapest 154, y por detrás, entre paréntesis: «enfrente del lugar en el que se eleva el Puente de Cornelius sobre el canal». Leopold se bajó del autobús en la parada de Puente de Hércules y tomó por la calle Lützowufer, a lo largo del canal. Por delante de él caminaba una señora que llevaba un traje de chaqueta de color gris y un gorro negro sobre el cabello rubio. Mantenía la cabeza inclinada hacia delante, con la vista puesta en el suelo, y su mano izquierda jugueteaba con un paraguas rojo cuya punta hacía golpear su portadora en el adoquinado a ciertos intervalos. Se trataba de Gertrud Spalding, la esposa del pintor Spalding, y Leopold aminoró su paso porque no quería adelantar a Gertrud. No le apetecía darle los buenos días, la animada locuacidad de Gertrud era capaz de enredar a cualquiera en una conversación interminable. Leopold no tenía ningún interés en tal cosa.

Esto sucedía a principios de mayo de 1929. Los castaños estaban completamente cubiertos de hojas y las copas de los imponentes árboles se reflejaban en las aguas inmóviles del canal. Leopold contempló el verde lechoso de las hojas sin perder de vista a Gertrud. En la esquina con la calle Keith, Gertrud se detuvo y comprobó el número de la casa. A continuación dobló a la izquierda, y Leopold aceleró su paso.

Karl Chindler parecía haberse hecho el nido en un buen sitio. La casa n.º 154 era la última de la calle de Budapest, la que hacía esquina con la calle Lützowufer. La puerta principal poseía las dimensiones del portón de un granero, y el vestíbulo estaba cubierto de gruesas alfombras mullidas. La esposa del portero, una rubia guapa con los ojos llorosos, salió de mala gana y avergonzada por la puerta de cristal de su vivienda y abrió la puerta del ascensor. Al iniciar la marcha, dio

la espalda a Leopold, y este se puso a contemplar el ascensor. Era una cabina elegante que entretenía a sus ocupantes con bancos tapizados y espejos enmarcados en oro mientras ascendía con rapidez a las alturas. Incluso la barandilla de madera maciza que se enroscaba por la caja del ascensor como el tronco cepillado de una glicinia ofrecía una impresión de riqueza, y justo en los pequeños detalles, como por ejemplo en los destellos y en el brillo de las varillas de latón que mantenían sujeta la alfombra contra los peldaños de la escalera, se percibía que en esa casa vivía gente pudiente. Karl Chindler vivía en la tercera planta. Leopold tocó el timbre y pasó un buen rato hasta que por fin se acercó alguien. Se descorrió un pestillo, la cadena de seguridad sonó al golpear la madera, y un criado (a quien Leopold no había visto todavía) abrió la puerta. Era un muchacho guapo, pero sus modales eran un tanto bruscos.

—¿Qué desea?

—Soy Leopold Chindler. ¿Está mi hermano en casa?

El criado asintió y se colocó a un lado al tiempo que abría la puerta por completo. Se quedó con el sombrero y el abrigo de la visita, que colocó sobre una silla, y condujo a Leopold a un salón donde le rogó que esperara.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Leopold.

—Valentin.

—Gracias —dijo Leopold, y el criado cerró la puerta.

Aquel cuarto era más del doble de alto que dos hombres altos y muy alargado. Una mitad estaba provista de muebles blancos, y la otra mitad, de muebles azules. En el voladizo había una planta de cáñamo africano, y de un soporte de latón pulido colgaba una jaula con un canario dentro.

Tener que esperar resulta aburrido, y Leopold se puso a contemplar al animalito que lo miraba con sus diminutos e inconcebibles ojitos. Theodor Chindler, el padre de Leopold, crio durante algunos años familias enteras de pájaros, y Karl Chindler parecía haber heredado esa afición paterna. El pájaro era muy bonito, el amarillo puro de su plumaje le recordó a Leopold un cuadro de Van Gogh que estaba expuesto en el Palacio del Príncipe[1].

Se abrió la puerta corredera que daba a la habitación contigua, y entró Karl. Tenía la costumbre de llevar calzado con suela de goma y caminaba sin hacer ruido; sin embargo, lo que llamó la atención de Leopold esta vez en ese hombre siempre sorprendente fue que Karl apareció con una camisa sin cuello, y sin corbata.

—Me he cortado al afeitarme —dijo, y se llevó un dedo con cuidado a una pequeña herida en el cuello torciendo la cabeza hacia

arriba y desfigurando un poco la boca—: Disculpa mi atuendo por esa causa.

Estrechó la mano de su hermano y le tendió la mejilla para un beso.

—Quería ver vuestra nueva vivienda —dijo Leopold—, y entregarle algunas flores a tu esposa.

—Muy amable por tu parte... pero voy a pedirte, si te parece bien, que vengas conmigo al comedor. He estado hasta más allá del mediodía en el Reichstag y hace un momentito que he llegado a casa. Anna y los niños ya comieron y se han retirado a sus habitaciones, pero yo estoy almorzando todavía.

Leopold siguió a su hermano. El comedor era también muy amplio. La mesa alargada colocada en el centro estaba cubierta de platos rebañados y de fuentes (lo cual genera siempre una impresión de desorden), y lo único ordenado en toda la mesa eran los pequeños sonajeros de los niños con sus aros plateados bien colocados al lado de sus platitos. Karl se sentó en la butaca situada en el extremo de la mesa, y Leopold tomó asiento a su lado.

—¿Ya has almorzado? —preguntó Karl.

—Sí, gracias.

—Me apresuraré para que podamos tomar enseguida el café.

Había milanesas, patatas asadas y zanahorias. Karl alzó la tapa de una fuente y se puso dos milanesas en el plato. A continuación cortó una en dos partes y se llevó la más grande a la boca. Siempre le habían gustado los bocados contundentes, y Leopold comprobó que seguía siendo el mismo.

—Tienes buena cara —dijo Karl masticando y contemplando las mejillas de Leopold—. ¿Qué tal en el periódico?

—Un montón de disgustos.

—Tus artículos no son muy regulares, pero el último o el penúltimo, ya no me acuerdo bien del todo, era muy bueno.

Karl tocó la campanilla. El criado entró, retiró las fuentes y dejó los postres.

—Deme otra vez la fuente grande, la redonda, por favor —dijo Karl señalando el centro de la mesa.

El criado alcanzó a Karl la fuente de la ensalada, y Karl la vació entera sobre su plato. Era remolacha, por la que él tenía una especial predilección. Después esperó unos instantes a que el criado se retirara, agarró la fuente con las dos manos, se la llevó a la boca y sorbió el jugo.

—Probablemente no resulta muy bonito de ver lo que acabo de hacer —dijo Karl, que pidió a Leopold que volviera a colocar la fuente en su sitio—, pero el jugo de estas deliciosas remolachas, un obsequio

muy noble de la naturaleza, es bueno para mis riñones. Ya no soy tan joven, y a mi edad hay que comenzar a cuidarse si quieres hacerte viejo de una manera soportable. Las personas vanidosas, o las cobardes que esconden la cabeza como el avestruz, comienzan demasiado tarde con tales cuidados y luego tienen que cargar con las consecuencias. Ahora bien, tú no los necesitas todavía. Dime, ¿cuántos años tienes?

—Veintinueve —dijo Leopold, que calculó que Karl debía de tener treinta y nueve, así que todavía era un hombre joven en sus mejores años. Sin embargo, nunca había sido joven, Leopold lo había tenido siempre por un señor serio y formal.

Karl se comió el pudin, y los hermanos estaban encendiéndose uno de los famosos puros de Karl cuando Anna Chindler entró en la sala. Pareció sorprendida de ver a su cuñado, y Leopold percibió que se sentía incluso azorada.

—¡Vaya sorpresa! —dijo ella—. No me habían anunciado que estabas en casa.

Al hablar miró a Leopold con sus ojos hermosos, unos ojos que fueron tema de conversación durante años en el seno de la familia Chindler, hasta que finalmente la expresión «unos ojos como los de Anna» se convirtió en una frase hecha. Eran de color azul oscuro y un poco tapados por los párpados, pero, a pesar de todo, abiertos, cálidos y sinceros, los ojos de una mujer sensual, pero de una persona buena y dócil.

Leopold entregó a Anna un ramo de claveles rojos, y Anna se lo agradeció profusamente.

—Me encanta vuestro comedor —dijo Leopold.

Anunciaron una llamada telefónica para Karl, y este se levantó.

—Será una conversación muy larga, pero nos veremos después —dijo rápidamente, y salió apresuradamente del cuarto.

Anna preguntó a Leopold si deseaba ver las demás habitaciones.

—Con placer —dijo Leopold, que notó que su interés ponía muy contenta a Anna. Ella le dirigió una breve mirada, de esa manera en que se contempla a una persona de la que te esperas pocas cosas y que te decepciona agradablemente. Su marido no congeniaba especialmente bien con Leopold. Este lo sabía muy bien, pero tenía la capacidad de ignorar tales antipatías cuando no le convenían. De todas formas, no sabía a ciencia cierta por qué lo hacía ni la razón de esa manera de actuar. No existía ningún motivo racional para tal cosa, seguramente ninguna lógica, pero Karl era su hermano, y además el mayor de todos, así que Leopold (teniéndose poco en cuenta él mismo) dejaba a un lado lo que denominaba las peculiaridades de

Karl, y obedecía sin mayores reflexiones a su corazón, en el que moraba un antiguo y profundo apego hacia Karl. Su amigo Wilhelm Braun se burló una vez de Leopold por esa debilidad propia de la inmadurez (tal como se expresó él) y de esta manera se la puso por primera vez en consideración a Leopold, pero este le contradijo y, aduciendo razones para justificarse, le pareció que su conducta era generosa, ecuánime y más digna de elogio que lo contrario; sin embargo, en esto se equivocaba, y es que *la autoestima no es un pecado tan vil como el desprecio de uno mismo*.

Anna iba delante, y Leopold miraba las habitaciones. Todas eran muy grandes y en parte amuebladas con mucho gusto. Finalmente, Anna recorrió un pasillo largo, muy oscuro y que parecía no acabar nunca. Por fin ella abrió una puerta, y Leopold entró en la habitación de los niños. El cuarto era un salón acogedor, con las paredes de papel pintado de color claro; era casi tan espacioso como el comedor. Leopold saludó a los hijos e hijas de Anna, dos chicas rubias de ocho y diez años y dos chicos algo más pequeños. Todos estaban bien aseados y vestidos con gracia. Las chicas llevaban lacitos azules y rojos en el pelo, y el chico más pequeñín, un gordezuelo simpático de fuertes manotas, llevaba una bata de color verde hierba en la que figuraba un girasol bordado. Anna lo alzó con entusiasmo y lo besuqueó; parecía ser su favorito. Delante de la ventana había un banco escolar como el que había tenido Leopold de niño en su colegio. Leopold se sentó a presión en el asiento pequeño y volvió a probar una postura en la que el ser humano moderno pasa tantísimos años de su vida y a la que un buen día renuncia para no volver a adoptarla y para olvidarla por completo. La postura de Leopold debía de ser verdaderamente graciosa, pues los críos se lo quedaron mirando con los ojos completamente abiertos y perplejos hasta que el más pequeño se echó a reír en voz alta y todos los reunidos prorrumpieron a continuación en una sonora carcajada.

—Lo bueno de ti es que eres muy bonachón —dijo Anna—. ¿Sabes qué? Quédate para la cena si tienes tiempo. Hoy vamos a cenar a las siete porque después tenemos una reunión... ¡Vamos, sí, quédate y vivirás algo que no has experimentado todavía y que te va a interesar, te lo aseguro!

Los niños habían dejado de reír y contemplaban a su tío con esa curiosidad muda característica de esas edades y con esos misteriosos pensamientos, de los cuales no nos enteramos los adultos. Hemos olvidado los sentimientos de nuestra propia infancia y no se nos dice cuáles son los de la generación siguiente.

Las hijas de Anna eran guapas y gráciles, y a pesar de que ninguna

de las dos había heredado los ojos de su madre, prometían sin embargo convertirse en mujeres bellas.

—He vuelto a olvidarme de lo importante —dijo Leopold—, pero la próxima vez que venga aquí os traeré una bolsa de chocolatinas. ¿O no os gusta el chocolate?

—Nos gusta muchísimo el chocolate —dijo la chica mayor, y al decirlo puso una carita muy seria, como si estuviera respondiendo a la pregunta de un maestro de la escuela. Anna le acarició el pelo e hizo como si la respuesta le pareciera un tanto petulante, pero era lo suficientemente madre como para sentirse complacida por la alegre esperanza de sus hijos e hijas.

2

Eran las siete y cuarto, y Karl, Anna y Leopold acababan de sentarse a la mesa cuando sonó el timbre de la vivienda. Karl se reclinó en el asiento, se abrió la americana de su traje de color azul oscuro, extrajo su reloj de oro del bolsillo, hizo saltar la tapa y dijo:

—¿Ya viene esa gente ahora? Pero si solo son las siete y dieciséis minutos. ¡Eso no se hace!

—Te vas a quedar sorprendido con todo lo que vas a ver y oír durante esta velada —dijo Anna a Leopold, y puso una sonrisa de satisfacción.

Valentin entró en la habitación, anunció que habían llegado los primeros invitados y preguntó adónde debía conducirlos.

—Esto se pasa ya muchísimo de la raya de lo que es correcto —dijo Karl, y Leopold vio que su hermano estaba muy disgustado.

—Conduzca a esa gente al salón —dijo Anna—. Mande a Hilde que abra ella la puerta y usted quédese aquí sirviendo los platos. Los niños tendrán que portarse muy bien y hoy tendrán que desvestirse sin mí. Luego iré a verlos para rezar la oración de la noche.

El criado se fue, y Leopold oyó entrar a gente en el cuarto contiguo y también ruido de sillas.

—Así que van a tener que pagarlo los niños —dijo Karl molesto.

—¿Quién habla aquí de tener que pagar nada? —preguntó Anna—. Cuando las niñas y los niños pueden desvestirse solos, se ponen la mar de contentos.

—Como tú digas —dijo Karl—. Pero si después alguno resbala en el baño o se mete en la bañera con el agua hirviendo... Bueno, yo solo quería avisar, ¡y ya lo he hecho!

Leopold se había esforzado verdaderamente mucho durante toda la tarde por superar su curiosidad, pero ahora le pareció que ya se había

aguantado lo suficiente y preguntó:

—¿No vais a revelarme por fin lo que va a pasar esta noche en vuestra casa?

Karl levantó los dos brazos de modo que su cabeza desapareció literalmente entre los hombros, y dijo:

—Si me lo permites... ¡eso después! Ahora vamos a cenar rápidamente y a ser posible en silencio para estar listos enseguida. La gente ya está de camino y no queda muy bien hacerlos esperar en el cuarto de al lado mientras comemos aquí como si la cosa no fuera con nosotros.

Era una orden que había que obedecer, máxime si uno conocía el carácter de Karl, poco dado a las bromas. De postre había solo fruta, y Valentin les estaba ofreciendo el frutero cuando se abrió la puerta y entraron Otto von Bendemann y Franziska Scheler.

—No se molesten —dijo el señor Von Bendemann—. En realidad somos del grupo de aquí al lado, pero queríamos saludarles rápidamente antes de mezclarnos entre el gentío. ¡Su escalera parece literalmente un hervidero de gente!

—No molestan en absoluto —dijo Karl con cortesía, y se levantó—. ¡Al contrario! Me hace feliz verlos aquí. Esta noche parece que habrá una afluencia masiva. Gracias a Dios que al menos los tenemos a ustedes dos aquí.

Acercó dos sillas a la mesa y rogó a Bendemann y a Franziska que tomaran asiento.

Leopold se levantó también y contempló a Franziska, que lo miró en silencio sin saludarlo. En ese momento Bendemann lo reconoció, ya que se habían encontrado algunas veces en casa de Karl Chindler.

—Anda... Si es Leopold Chindler... la voz del *Berliner Allgemeine*...[2]. ¡Qué grata sorpresa! —dijo el señor Von Bendemann.

Rodeó la mesa, se dirigió a Leopold y le tendió su mano enorme, y entonces también Leopold se dirigió a Franziska para saludarla. Ella no pareció reconocerlo. Alzó un poco las cejas, puso una cara gélida y solo le tendió dos dedos; sin embargo, se había convertido en una mujer mucho más hermosa de lo que ya era de joven, tenía un aspecto espléndido. Llevaba un vestido azul de mangas cortas, y sus ojos de color azul claro, en cuyos bordes se divisaban unos leves destellos amarillos, iluminaban la sala entera.

El criado entró y anunció que había llegado el señor doctor Lichtstrahl[3], quien rogaba que se le permitiera entrar unos instantes. Karl no supo qué decir, y miró con expresión interrogativa a su esposa.

—Estamos prácticamente listos con la cena —dijo Anna—. Déjalo

entrar, sí. Creo que es lo suyo, al fin y al cabo es la persona principal en la velada de hoy.

—Entonces haga entrar al señor doctor —dijo Karl.

La persona que entró llevaba la vestimenta negra de un sacerdote católico. Era de estatura media, gordo y de tez pálida. Su cabellera presentaba muchos claros, pero tenía una frente bella, de poderosa hechura y de una altura impresionante. La boca grande, comprimida en una única línea recta, mostraba signos de pasión y de fuerza de voluntad.

—Lo saludo de todo corazón, señor secretario de Estado —dijo a Karl Chindler—, y le expreso de nuevo todo nuestro agradecimiento por el hecho de que haya puesto usted su linda vivienda a disposición para esta buena causa. Que el Señor se lo pague con sus bendiciones.

Tras estas solemnes palabras soltó la mano de Karl (que había mantenido sujeta todo ese tiempo) y saludó entonces a Anna y a los demás presentes.

—¿Me permite presentarle a mi cuñado Leopold Chindler? —dijo Anna.

El doctor Lichtstrahl estrechó la mano de Leopold, y Leopold percibió que la mano de Lichtstrahl era muy blanda. También la cara de ese hombre era menos impresionante vista de cerca de lo que le pareció a distancia desde el marco de la puerta. Los ojos, ocultos por unas gafas muy graduadas, eran pequeños y de un color indeterminado, y la parte inferior de la cara le colgaba un tanto fláccida y estaba, por decirlo de alguna manera, no del todo acabada. Después de moldear aquella frente, la naturaleza no se esforzó ya más en la labor y completó el resto de la cara un poco con mano siniestra. Ahora bien, la frente seguía siendo descomunal incluso de cerca.

También Leopold estaba siendo examinado minuciosamente, y el examen del doctor Lichtstrahl sobre su persona duró incluso algunos segundos hasta que el doctor Lichtstrahl abrió la boca y dijo:

—He oído hablar de usted, me alegro mucho de saludarlo.

Leopold se puso a pensar quién diantre podría haberle hablado al doctor Lichtstrahl de él. El enigma se solucionó, al menos en parte, al manifestarse el doctor Lichtstrahl como conocedor de los artículos que Leopold publicaba en el *Berliner Allgemeine*.

El doctor Lichtstrahl avanzó unos pasos y saludó al enviado extraordinario Von Bendemann, ya en el retiro. Bendemann acababa de limpiarse sus gigantescas gafas de concha de color amarillo claro, volvió a colocárselas sobre la nariz y examinó de arriba abajo la polvorienta sotana del clérigo.

—Verdaderamente siento una gran alegría esta noche —dijo el

doctor Lichtstrahl— al poder saludar a tantos caballeros distinguidos y apreciados. —A continuación realizó una reverencia con mucha soltura dirigida a Anna y prosiguió—: Pero si le parece bien a usted, señora mía, no hagamos esperar más a los demás invitados y comencemos.

Karl se adelantó y abrió la puerta corredera, y Leopold divisó por fin la misteriosa reunión que había estado esperando durante tanto rato. El salón estaba a rebosar de gente, pero Leopold se quedó muy sorprendido cuando se acercó y contempló a los presentes. Casi todos eran gente sencilla, trabajadores y empleados[4] de rostros cansados, extenuados y manos toscas, instrumentos acostumbrados a sujetar herramientas robustas y a llevar la lucha por la existencia con la fuerza de sus músculos. Entre los jóvenes que se habían concentrado al fondo de la sala y que formaban un grupo de por sí, los había que tenían cara de actores o de artistas echados a perder. Tenían un gesto porfiado en sus caras y cabellos largos, grasientos, desaseados. Algunos tenían una expresión maliciosa en los ojos, en los que se veía relucir problemas difíciles, o bocas burlonas y desdeñosas, y estas se volvieron aún más negativas y maliciosas al entrar el señor de la casa y dirigirse con las figuras elegantes de Anna y Franziska a los asientos delanteros, reservados para ellos. En cambio, entre las personas mayores había caras simpáticas y agradables, de ojos espabilados y prudentemente atentos. Así, por ejemplo, en la segunda fila estaba sentada una mujer de pelo cano y de mediana estatura, que tenía una cara bella, incluso noble. Mantenía las manos plegadas sobre el regazo y la cabeza inclinada con unas mejillas pálidas, pero al ver entrar ahora al doctor Lichtstrahl, levantó la vista y contempló al clérigo con esa dulce y escrutadora entrega que retrataron Durero y Grünewald, y que les está concedida a aquellas personas hambrientas que soportan mucha carga y que poseen la fuerza de creer.

No había suficientes sillas, y algunos invitados que habían ocupado el saledizo tuvieron que permanecer de pie. Karl y Leopold cargaron con algunas sillas más del comedor hasta que todos los presentes pudieron estar sentados, y a continuación el doctor Lichtstrahl dio comienzo a su discurso.

Se levantó, giró su silla, apoyó las pequeñas y pálidas manos sobre el respaldo y dijo:

—¡Nuestro centro católico para adultos en Berlín está en marcha! Todavía no poseemos ningún suntuoso edificio, no podemos reunirnos en nuestra propia casa cuando nos convenga, pero en realidad poseemos mucho más que eso. Hace poco quisieron infundirme miedo y ansiedad al preguntarme: «¡Pero querido señor doctor! ¿Dónde va

usted a ofrecer sus cursos? ¿Dónde va a reunir a los hombres y a las mujeres que le siguen?». Yo les respondí: «¡En todas partes!». Berlín dispone de un millón doscientas diez mil seiscientas dos viviendas; eso nos basta. Cada semana encontraremos una que nos acoja, y mira por dónde... cada semana hemos encontrado una. Hace cuatro sermanas, una; hace tres semanas, otra; hace dos semanas, otra más; ¡y hoy otra de nuevo! —Algunos oyentes se rieron conformes, y el orador hizo una pausa. Luego prosiguió—: Además, damas y caballeros presentes, nosotros queremos de manera provisional, subrayo expresamente lo de provisional, algo completamente distinto. Nosotros no somos eruditos, y aunque somos escolares, somos escolares de un tipo especial, nosotros somos ¡humanos! Nosotros no le hablamos únicamente al intelecto, al cerebro de aquí arriba, a esta masa escasa de la que cierta gente está tan tremendamente orgullosa; nosotros sabemos que el ser humano es más diverso y más rico; ¡nosotros le hablamos al ser humano entero! ¡Al alma! Miren, venerables oyentes, hace dos semanas fue Semana Santa. Una tarde regresaba yo del cementerio, o mejor dicho, de uno de los muchos cementerios que hay en nuestra ciudad... bien, regresaba yo del cementerio y caminaba ensimismado en mis pensamientos por la calle Leipzig. Me quedé parado ante los grandes almacenes Wertheim. ¡Era Semana Santa en aquellos escaparates! ¡Deporte, excursiones, primavera! ¡Ropa de excursionistas! ¡Barcos de vela, tiendas de campaña! En mitad de los escaparates había conejitos de Pascua y huevos de Pascua entre sauces en flor. ¡Semana Santa en la calle Leipzig!

Aquel hombre era indiscutiblemente un gran orador; Leopold no recordaba haber oído nunca a otro mejor. El doctor Lichtstrahl había pronunciado las últimas frases casi entre dientes, pero a Leopold le pareció que su obra maestra consistía en que mientras arrojaba a la calle aquellos inocentes objetos desde los desprevenidos escaparates de la Plaza Leipzig, al mismo tiempo los elevaba a la más extrema visibilidad y los condenaba al más ridículo deslucimiento. En ese instante fue igual que Jesús en el templo, pero un Jesús intelectual que no utiliza las manos y que como mucho las mueve como un director de orquesta la mano izquierda. Jesús llevaba un látigo en la mano, un flagelo; este hombre permanecía de pie, prácticamente inmóvil, y sus armas (invisibles) eran la fuerza fría de su capacidad de observación y el poder demoníaco de su oratoria.

El doctor Lichtstrahl se enderezó y prosiguió:

—Una vez en casa, hojeé en el misal de Schott. ¡Liturgia de la Semana Santa! ¡Jueves Santo! *Flectamus genua! O crux ave!* ¡Los improperios! *Vexilla regis! O lux beata!*[5] ¡Luego los jubilosos narcisos!

¡Aleluya! Es un día festivo. Es la consagración. Es la resurrección. ¡Cómo se ha vuelto el mundo pobre y raso y burgués sin la Iglesia! ¡Aburguesamiento! ¡Huevos de Pascua! ¡Conejitos de Pascua, florecitas de sauce! Buenas comidas, buenas bebidas y unas bocanadas de aire de primavera. ¡Aquí, sin embargo, la eternidad, el resplandor de la nieve endurecida, los embates de la tormenta, la resurrección, el renacer! Lo primitivo del ser humano es arrancado y elevado desde las profundidades. Las rocas se fragmentan. Las cruces están rodeadas de luz. La Pascua anuncia y vitorea al resucitado. Esto es lo que yo denomino un día festivo. El que eleva a las personas por encima de sí mismas. El que las sumerge en lo infinito. El que las une con lo divino. El que coloca el valle de este mundo en el resplandor cromático del supramundo. ¡Un día festivo!

El orador calló, y Leopold miró con cautela a su alrededor. Todos los oyentes parecían cautivados, en algunas caras pudo leer la más profunda emoción. Leopold estaba sorprendido, pues la conclusión de esta plática le había gustado poco. Le pareció vacía, no del todo sincera y sin un sentido concreto. Se preguntó qué infancia y qué clase de hogar familiar había tenido el orador. Leopold recordaba con agrado las fiestas de la Pascua de su infancia. Todos se levantaban temprano en el alegre Domingo de Resurrección y toda la familia iba a la misa de las ocho. A veces quedaban restos de nieve en el jardín de la parte delantera de la casa, y una brisa fresca, que devoraba la cara de todos, especialmente en el camino de vuelta, pugnaba con la fuerza joven, única, del sol de primavera; ahora bien, cuando regresaban a casa a eso de las nueve y media, en el viejo y acogedor comedor, con las paredes con papel pintado de color verde, había un desayuno colosal, magnífico: café y leche y azúcar y hermosos panecillos blancos y dos coloridos huevos de Pascua para cada uno, que extraían de un gran cesto amarillo de paja colocado en el centro de la mesa del desayuno y cuyos divertidos colores, una fórmula secreta de tía Friederike, componían el primer ramo de flores del nuevo año. ¿Pretendía alguien abolir esas bonitas y antiguas costumbres? ¿Le resultaban demasiado paganas al señor Lichtstrahl? ¿O demasiado terrenales tal vez? Leopold no entendía el sentido de aquel discurso, y su sensibilidad fácilmente irritable despertó en su corazón un sentimiento de animadversión hacia el orador. No habían tratado de convencerle, sino de persuardirle, y él se sublevaba ante tal cosa. «La Pascua», pensó, «¡debe continuar siendo lo que siempre ha sido!».

El doctor Lichtstrahl prosiguió, pero Leopold se puso a contemplar a Franziska, a quien tenía sentada casi enfrente y que poseía una capacidad asombrosa para no conmoverse. Leopold no sabía que

Franziska Scheler estaba emparentada con el señor Von Bendemann, y se preguntó de qué conocería ella a su hermano y por qué razón aquella protestante bella y mundana tenía interés en tales reuniones; sin embargo, Franziska parecía escuchar con atención, y las ondulaciones oscuras de sus cabellos, que dejaban al descubierto una pequeña nuca de brillo blanco y moldeada con mucha delicadeza, no le dieron ninguna respuesta.

El orador había acabado. Leopold extrajo el reloj del bolsillo y miró la esfera; eran justo las nueve y media.

Anna fue la primera en levantarse y agradeció al doctor Lichtstrahl su discurso acercándose hasta él, le dio la mano y pronunció algunas frases amables. Leopold se levantó también para estirar las piernas tensas, y cuando Karl, como señor de la casa, se dirigió al doctor Lichtstrahl poniendo su expresión más respetable en una cara del todo impenetrable, Anna se acercó a Leopold y se colocó a su lado.

—Bueno, viejo pagano —dijo ella en tono burlón pero con absoluta camaradería, con el tono socarrón que se usa entre familiares, y al mismo tiempo con un matiz incluso de inseguridad—, ¿qué te ha parecido nuestra conferencia?

Leopold vio que su cuñada estaba entusiasmada y respondió que el orador parecía ser una personalidad tremendamente interesante. Anna era una mujer amable y capaz, pero también poseía un carácter ingenuo, y no comprendió la respuesta de Leopold.

—¿No es verdad? —dijo ella animada y visiblemente feliz—, ¡eso es lo que me parece a mí también, siempre se lo he dicho a Karl! Pero me alegra de una manera muy especial que esté contento incluso tu espíritu crítico, porque a veces estás más a favor de la sutileza y del análisis que lo descompone todo... No vayas a tomarte a mal que hable con tanta franqueza, pero es que ahora estoy viendo que nosotros, cristianos más devotos, no debemos perder la esperanza de tu alma, ¡y eso solo ya me recompensa toda la velada!

Leopold no se tenía en absoluto por alguien analítico que lo descompone todo, más bien tendía a lo contrario, pero el esfuerzo de Anna por decir «cristianos más devotos» en lugar de «devotos» a secas había sido simpático y discreto, y además tales malentendidos, que lo habían acompañado en su vida, tenían ahora aproximadamente la mitad de los años que tenía él mismo, eran viejos y amargos conocidos suyos. Sonrió con cortesía lo mejor que pudo y permaneció en silencio. No tenía inclinación por decir falsedades y por comportarse de una manera hipócrita, y mucho menos frente a una mujer como Anna, pero es que además aquel no era el lugar para dar explicaciones. Estas nunca se entendían (pues ¿a quién le gusta oír lo

que te contradice y lo que no quieres oír?), al final empeoraban aún más las cosas y los malentendidos se volvían más duros y enconados como las enfermedades mal curadas. Además, Karl acudió en su ayuda. Se dirigió a su esposa, la apartó un poco y le susurró algo al oído. Anna escuchó con atención, frunció el ceño y finalmente negó con la cabeza.

—No tienes por qué comentarme eso en voz baja, ya había pensado en ello. Todo está preparado y en cualquier momento lo traerán, pero si quieres, iré yo misma a echar un vistazo.

Salió del salón y poco después aparecieron Valentin y las dos chicas presentando unas fuentes con bocadillos y bandejas con cerveza y vino blanco. El doctor Lichtstrahl se había retirado a un sillón en el saledizo y contemplaba con visible satisfacción la pequeña repetición de la multiplicación de los panes y de los peces que Anna había preparado con esmero y generosidad. Su discurso había sido una victoria sobre las almas de sus oyentes (o al menos eso es lo que parecía), y él observaba aquel cuchicheo animado y veía a sus ovejitas masticar y comer igual que un general examina el desfile de las tropas que han cumplido con su deber. La voluntad humana es su reino de los cielos, y aquella persona parecía estar hecha únicamente de voluntad, así que, al menos en ese instante, debía de sentirse feliz de que esa noche todo estuviera saliéndole a pedir de boca.

3

Eran las diez y algunos invitados ya estaban abandonando el salón cuando el doctor Lichtstrahl se levantó de repente de su asiento y, extendiendo los brazos, bloqueó la puerta.

—Si les parece bien a los presentes, querría pronunciar muy brevemente un pensamiento que he tenido esta tarde.

Enseguida se hizo el silencio. Algunas personas volvieron a sentarse, otras permanecieron de pie allí donde estaban, y el doctor Lichtstrahl prosiguió:

—Hace ocho días estuve junto al lecho de muerte de una anciana de 88 años. Muy al norte de Berlín, en la cuarta planta de un bloque de pisos. No había nadie en la habitación, solo la moribunda y yo. Me arrodillé y pronuncié las oraciones por los enfermos, abrí el recipiente de plata con el óleo sagrado y la patena de oro en la que reposaba la hostia consagrada, y miré en dirección a la calle por entre los cirios encendidos. Enfrente, un edificio de seis plantas. Frente a mí, el tren elevado. Estación de Nordring. Trenes que llegan; trenes que parten. Más allá, una carnicería. Al lado, una tintorería. A la señora de ojos

claros que reza conmigo le unjo los sentidos. Los párpados. La boca. Las manos. *Per istam sanctam unctionem et suam piissimam misericordiam*[6]. La oración por el perdón de todo aquello que hemos hecho mal con nuestros sentidos. Con el fuego de los ojos. Con el agarre de las manos. Con el camino equivocado de los pies. *Indulgeat!* ¡Que Dios te perdone! ¡Todo! Retrospectiva de tus ochenta y ocho años. Perdonamos a los demás. Dios nos perdona. Mira a través de las ventanas. Más allá de estos edificios. El cielo es azul, sí. El sol arroja sus rayos dorados sobre estos tejados oscuros, sí. Las estrellas ascienden en su lejanía infinita, claras, decididas, anunciadoras de Dios. No te asustes, anciana, de tus últimos días. Morir es solo una transición. Es solo un puente. Es solo un portal a la eternidad infinita. Existe un perdón, una liberación. Un sueño que es realidad. ¡Dios en persona! Bienaventurados los que mueren en Dios...

El orador parecía estar muy conmovido con sus propias palabras y realizó una pausa, y esta vez, incluso Leopold se quedó sobrecogido. Sin embargo, el doctor Lichtstrahl solo hizo una breve pausa y prosiguió:

—Esta tarde he enterrado a esa mujer. Completamente solo. No acudió nadie, ni uno solo de los cuatro millones de habitantes de nuestra ciudad. Esto no puede ser. Es intolerable. En una ciudad en la que viven cristianos, a partir de hoy mismo queremos que resulte imposible que cualquier persona que no tenga ya amigos ni parientes sea conducida a su sepultura con la soledad extrema de esa anciana. ¡Enterrar a los muertos es también un deber cristiano! Pero no solo a los famosos, a esas personalidades que elogian todos los periódicos con letra grande y en negrita, ¡sino también a los últimos, a los más abandonados, a los más despreciados! La Edad Media conocía esa misión. Conocía hermandades que realizaban esos servicios. Retomemos el trabajo silencioso de la Hermandad Kaland[7]. Enterremos a los muertos como Dios manda... Quien desee participar, que se inscriba en mi oficina durante los próximos días, y quien no disponga de tiempo para visitarme, que lo haga por escrito. Bien... Esto es lo que me quedaba por decirles, y ahora, buenas noches, queridos oyentes.

A Leopold le gustó también esta segunda parte del discurso, y su intención era dirigirse donde el doctor Lichtstrahl para darle la enhorabuena por sus palabras cuando Karl lo agarró del brazo.

—El primer discurso fue mejor —dijo en voz baja—, el segundo fue un tanto atrevido. A fin de cuentas, no vivimos ya en la Edad Media. Pero lo que iba a decir es que seas bueno y que dejes al orador en paz ahora, quiero decir, no lo molestes. Esta gente estará cansada y querrá

irse a casa, es lo correcto, ya que no en vano son las diez y media.

Anna había escuchado a su marido en silencio, y cuando Karl se giró para estrechar la mano de algunos invitados que se acercaron para dar las gracias y despedirse, Leopold dijo que a él le había gustado más la segunda alocución que la primera.

—Eres y sigues siendo un tanto atrevido —dijo Anna (retomando de inmediato el adjetivo utilizado por su marido)—. Sin embargo, en este caso eso tal vez no sea dañino en modo alguno. No tienes más que inscribirte y enterrar a los muertos. Esa es siempre una buena obra.

Leopold dirigió la mirada a la frente de Anna (que no era muy alta) y se avergonzó. Al pronunciar Anna sus frases, cayó en la cuenta de un defecto de su propio carácter, defecto que ya conocía, que le resultaba además repelente y que, no obstante, no podía eliminarse con facilidad. Las palabras del doctor Lichtstrahl lo habían conmovido, pero de todas formas solo habían rozado una parte externa de su ser, una zona muy separada y con vida propia por decirlo de alguna manera. El pensamiento del doctor Lichtstrahl había gustado a su propio pensamiento, pero estaba demasiado alejado de él como para ser consecuente e inscribirse para ayudar al doctor Lichtstrahl a enterrar a sus muertos. La observación de Anna había despertado ahora ese defecto, y él percibió, no sin sentir rabia contra sí mismo, que había vuelto a ser otra vez un puro intelectual, y eso significaba que era una persona que solo reaccionaba con el entendimiento, o mejor dicho, que piensa de manera diferente a como actúa, que piensa mejor que actúa, con una mente poderosa y cultivada, dotada incluso de una fina y delicada sensibilidad, mientras que su carácter, inquieto y poco receptivo, se obstinaba en permanecer en aquellas oscuras cavidades del corazón a las que no obtiene acceso alguno el entendimiento porque ese carácter adora el estar-echado-en-el-sofá y no desea que lo molesten. Sí, estaba enfadado consigo mismo, y sintió una sensación de agradecimiento por Anna porque al menos las palabras de ella lo habían librado del gesto estúpido y, en este caso concreto, demasiado insincero de dirigir algunos cumplidos gratuitos al doctor Lichtstrahl. Su misión —tal vez, pues Leopold no lo sabía todavía con exactitud— no era convertirse en un miembro de la Hermandad Kaland y ayudar a un hombre que le resultaba muy ajeno, y a quien rechazaba por algunas razones de peso, pero, ya que las cosas estaban así, tampoco era decente elogiar una causa que era de una naturaleza completamente distinta, y ciertamente de una índole que no puede loarse ni censurarse, sino tan solo hacerse o no hacerse, tomarla o dejarla.

Anna era un carácter ingenuo y tenía una formación mediocre. Su

deseo en la Tierra era ser la madre de sus hijos e hijas y ama de la casa de su marido, y había algún que otro hombre del tipo de Leopold, orgulloso, incluso arrogante y con sus mismas ambiciones que habría encontrado valiosas las noches para pasarlas en compañía de una mujer como Anna. Ahora bien, a Leopold le parecía que tales personas se equivocaban. Las madres no solo viven en la Tierra y en un reino misterioso; también habitan entre nosotros, y bien vale la pena venerarlas siempre y escucharlas con paciencia.

---

1. En 1928, la «Sección Nueva» del Palacio del Príncipe *(Kronprinzenpalais)* expuso una gran retrospectiva de Van Gogh, razón por la cual no puede precisarse en qué cuadro está pensando aquí Leopold Chindler. De 1919 a 1933, esta «Galería de los vivos» fue el primer museo de arte contemporáneo; durante la dictadura nacionalsocialista se dividió (y en parte se destrozó) esa colección.

2. El periódico en el que está empleado Leopold no existió con ese nombre; los procesos editoriales como los que se describirán más adelante eran familiares a Brentano por su trabajo en el *Frankfurter Zeitung*. No tendría por qué ser el único modelo, pero sí el dominante; habría que pensar también en otros diarios berlineses *(Vossische Zeitung, B. Z. am Mittag, Berliner Börsen-Courier, Deutsche Allgemeine Zeitung)* y en sus colaboradores. En 1931, Brentano dejó su puesto de redactor en el *Frankfurter Zeitung,* aunque siguió publicando en él y también, cada vez con mayor frecuencia, en otros periódicos y revistas *(Berliner Tageblatt, Weltbühne, Die Linkskurve, Die literarische Welt)*.

3. Retrato del sacerdote católico Carl Sonnenschein (1876-1929), que trabajaba en favor de los pobres, que desde el año 1923 había fundado un centro católico de formación para adultos en Berlín y a quien la Iglesia eximía de vez en cuando de sus obligaciones debido a su trabajo social. En mayo de 1929, en el momento de la acción de este capítulo, el personaje real del doctor Lichtstrahl ya había fallecido. *(Sonnenschein* = luz del sol; *Lichtstrahl* = rayo de luz.)

4. PE (primera edición): «gente del pueblo trabajador».

5. Lichtstrahl recuerda los cánticos e himnos en latín de la liturgia católica de Semana Santa: «¡Doblemos las rodillas! ¡Salve, oh cruz! ¡Los reproches de Jesús en su agonía! ¡Los estandartes del rey! ¡Oh, luz dichosa!».

6. Comienzo de la fórmula latina de la extremaunción en la liturgia católica. *Per istam sanctam unctionem et suam piissimam misericordiam adiuvet te Dominus gratia Spiritus Sancti, ut a peccatis liberatum te salvet atque propitius allevet:* «Por esta santa unción, y por su bondadosa misericordia te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo, para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad».

7. Hermandad religiosa que existió sobre todo entre los siglos XIII y XVI en varios países europeos; estos grupos se reunían cada primero de mes (latín: *calendae),* para dedicarse a actividades caritativas. Con el aumento de la prosperidad, a los miembros de estas hermandades se les llegó a considerar amantes del buen yantar; en el transcurso de la Reforma quedó disuelta la mayoría de estas hermandades.

Capítulo 2

Bella puede serlo una mujer solo de una manera, pero encantadora, cientos de miles.
Montesquieu

Franziska Scheler se había retirado a un rincón del gran sofá azul. Parecía estar cansada, pues Leopold vio que bostezaba con disimulo tras el ovillo diminuto de un pañuelo. Era el momento de hablar por fin con ella, y Leopold puso rumbo allí a través de los obstáculos de las sillas abandonadas y se sentó delante de ella.

—Hacía mucho que no nos veíamos. ¿Me permite preguntarle cómo les va a su hermana y a sus padres?

—Ha cambiado usted mucho —dijo Franziska, contemplando la cara de Leopold hasta que sus ojos se encontraron, y Franziska desvió la mirada a un lado—. No lo he reconocido en un primer momento.

—Ya hacía mucho que no nos veíamos, creo que ocho años.

—A mi hermana le van bien las cosas. Tiene dos hijos encantadores.

—¿Le ha gustado la conferencia?

—Sí y no. Algunas cosas me resultaron un poco extrañas. Pero ¿qué hora es? Creo que es el momento de irse a casa.

—Eso significa que no conoce usted el carácter de mi hermano. A mi entender, para él la noche comienza precisamente ahora. Ha tenido que permanecer en silencio durante tres horas, así que ahora querrá hablar él también como mínimo una. En su cerebro podrían haber quedado almacenadas ingentes masas de pensamientos.

Franziska se incorporó con una sonrisa y miró hacia donde se encontraba Karl Chindler. Karl estaba entre el doctor Lichtstrahl y el señor Von Bendemann, con un puro en la mano, y hablaba con tesón a ambos caballeros.

—Me gustaría que hubiera un debate —dijo Franziska—, entonces sí me quedaría aquí. Es un placer escuchar a su hermano. Es sensato y al mismo tiempo divertido y chistoso.

A Leopold le habría gustado seguir hablando más tiempo con Franziska, pero Karl tomó asiento entre el doctor Lichtstrahl y el señor Von Bendemann, y Franziska se levantó y se sentó junto a su primo Bendemann. Leopold la siguió y se sentó junto a Anna, y así todo quedaba a punto, y Karl pudo dar comienzo a uno de sus famosos

monólogos.

Karl Chindler era funcionario en el Ministerio del Interior, en donde por deseo expreso del ministro lo nombraron secretario de Estado en un vertiginoso ascenso. Era una persona inteligente (había hecho muy buenos exámenes) y estaba poseído por una gran ambición. Sin embargo, su carácter era demasiado complejo y heterogéneo para dejar aflorar un sentimiento tan simple como la gratitud. La República lo había tratado bien, pero en opinión de Karl era una estructura tan débil y lamentablemente tan carente de energía que solo merecía el látigo y nada de afecto, como determinados niños de quienes los pedagogos piensan que solo puede valerles la mano dura y de ninguna manera el cariño. Además, Karl estaba orgulloso de su mente, y como se atribuía a sí mismo un elevado valor y se tenía por uno de los pocos funcionarios republicanos sinceros y francos, le parecía que el gobierno había cumplido con su condenado deber cuando le ascendieron y le confiaron un puesto importante e influyente. Sus amigos le avisaban de vez en cuando para que no hablara con tanta franqueza y se mordiera la lengua, pero Karl no sabía callar y no se arredraba a la hora de declarar abiertamente que la República le debía una mayor gratitud que él a ella. Sus amigos sonreían cuando oían semejantes afirmaciones, pero la buena de Anna, que tenía a su marido por un genio, quedaba tan fortalecida por esos discursos que acababa reafirmando aún más a Karl. El resultado de esa actitud era una especie de amor-odio, y la pasión de Karl por criticar la República y toda su política, tanto la interior como la exterior, se volvió inagotable, y sus discursos, cada vez más mordaces. De todas maneras, Franziska estaba en lo cierto en un punto: cuando Karl se ponía a hablar de este asunto, podía llegar a ser muy ocurrente.

El doctor Lichtstrahl tenía un puro en la mano, Karl le tendió un pequeño cortapuros y encendió una cerilla. Entonces comenzó a hablar:

—Sí, ¿sabe, señor doctor? En el fondo debería tener usted un edificio propio para sus planes escolares, y si ciertos caballeros no fueran... tan excesivamente ambiguos, digámoslo así, ya dispondría usted de él.

Con esta introducción dio por concluida la *captatio benevolentiae*[8], y Karl prosiguió:

—Pero dicho con franqueza, la oveja normal del Partido de Centro es de una indulgencia (¡por no decir estupidez!) que apenas puede entenderla una persona medianamente razonable. Anoche estuve dos horas en casa de un caballero de los de arriba (por no decir de los de más arriba), ¿y qué creen ustedes que me tocó escuchar durante dos

horas completas de reloj? Impotentes lamentos infantiles. Los funcionarios nacionalistas alemanes sabotean a ese caballero, los señores catedráticos lo sabotean, y ese hombre, que tendría los medios suficientes para poder imponerse, estaba sentado ahí llorando como un bebé a quien el lobo malo le ha robado su sonajero preferido.

El doctor Lichtstrahl no dio ninguna respuesta, y podía vérsele en la expresión de la cara que estaba sorprendido por la franqueza de Karl. Sin embargo, parecía que Karl no se daba cuenta de tal cosa, y prosiguió:

—Y eso que ese sabotaje pueril podría eliminarse de un plumazo. Si los hermanos no paran, que se vayan al diablo. Les aseguro, señores míos, que si un hombre enérgico de nuestro ministerio despidiera a diez funcionarios sin previo aviso y sin pensión, ¡me apuesto lo que sea a que el resto acudiría arrastrándose, a cuatro patas, como perritos buenos y sin armar jaleo, y además moverían la cola y darían la patita y se sentarían sobre las patas traseras como es debido! Conozco a esos caballeros, válgame Dios, pronuncian discursos atrevidos cuando la panera está bien llena encima de la mesa y al alcance de la mano, pero en cuanto se eleva aunque solo sean diez centímetros, comienzan a bizquear como los zorros cuando llega el frío, y tras otros diez centímetros se quedan sin resuello. Yo actuaría de un modo completamente distinto, o dicho de una manera más simple, yo actuaría y punto, y a esos señores los estiraría del cuello, como a unas gomas viejas, y si fuera necesario con una máquina especial que por mí podría costar lo que fuese... Sin embargo, nuestro caballero no actúa, para desgracia de Dios, y ¿qué hace nuestro buen ministro del Partido de Centro en lugar de eso? Se retuerce las manos, pone los ojos en blanco, suspira y gime y deja que le crezcan las canas y respeta las convicciones de sus oponentes. Esto puede que sea muy bonito y está muy bien, pero no es nada político. Contra la intolerancia solo hay un remedio: la intolerancia.

Leopold trataba de escuchar con gran atención, pero no existe ninguna cualidad más difícil de gestionar que la atención. Karl Chindler no hablaba de sí mismo, sino que seguía siendo objetivo a pesar de la falta absoluta de objetividad en su manera de expresarse, y de esta manera no había nada que acechar, lo cual es la fórmula básica de la atención. Leopold se distrajo del asunto que se estaba tratando y sus pensamientos pasaron a ocuparse del carácter de su hermano. Los asfixiantes líos con los que había tenido que lidiar Theodor Chindler ya aburrían a Leopold desde temprana edad y habían impregnado en su interés por la política aquella repugnancia que hizo mella en muchos de su generación después de la Primera

Guerra Mundial y que o bien los radicalizó de una manera desmedida, o bien los volvió apáticos para las tareas y las preocupaciones del Estado. Leopold había superado esa enfermedad infantil, pero ahora veía con asombro que Karl en realidad seguía perteneciendo a la generación de su padre, y eso significaba que formaba parte de aquel grupo extenso de hombres que no salía de la oposición.

También el señor Von Bendemann había estado pendiente de los labios de Karl, y cuando este guardó silencio, aprobó vivamente sus palabras, sí, hasta llegó a dar unos aplausos. A Anna le pareció muy simpática esa reacción de Bendemann y le recompensó con una sonrisa, pero Leopold conocía a Bendemann mejor (y mucho mejor de lo que lo conocía Anna): este viejo diplomático era una persona astuta y un poco pérfida además. Le divertía oír hablar a Karl, y la lengua mordaz y cortante de Karl lo entretenía, igual que en otras veladas encontraba placer al escuchar a un orador divertido, y aplaudía de la misma manera que en el teatro ovacionaba «da capo» para forzar la repetición de un aria que le había gustado, o conseguir un bis al menos. Karl le correspondió con un movimiento de la cabeza, pero en realidad apenas le prestó atención, pues seguía pendiente sobre todo del doctor Lichtstrahl. El doctor Lichtstrahl había sonreído en diversas ocasiones cuando Karl se expresó en un tono especialmente drástico, y una vez había asentido incluso con la cabeza en señal de aprobación. Leopold tuvo que verlo, todos los asistentes lo vieron, y probablemente Karl lo consideró como una forma de asentimiento tácito y completo a sus comentarios sin que perturbara la corriente de su pensamiento, razón por la cual él lo valoró especialmente. Leopold era más desconfiado y creyó percibir en el doctor Lichtstrahl que estaba examinando con su mente más a la persona de Karl que sus observaciones, y que encontraba más interesante al curioso orador que su curioso hilo discursivo. El doctor Lichtstrahl no era ningún político, y le interesaban más bien poco las pequeñas dificultades cotidianas de un funcionario político que Karl había expuesto con profusión de colores y florituras[9].

—¿Y usted qué opina, doctor? —prosiguió Karl—. Habrá tenido seguramente algunas experiencias con nuestros caballeros, ¿o lo ha tenido usted más fácil tal vez?

—Mi campo es diferente al suyo —respondió el doctor Lichtstrahl —, ¡pero yo también arrastro mis lastres!

Aquella fue una respuesta sosegada, sí señor, sagaz incluso, y a Leopold le pareció revelador oírla en boca de un hombre que apenas una hora antes había hablado de una manera tan agresiva y militante, como un apóstol.

La conversación se atascó, y los oyentes parecían ensimismados en sus pensamientos. La impetuosa crítica de Karl tenía algo de absurdo, pues se equiparaba a un hombre que ha trepado a un árbol muy alto y que entonces se pone a serrar con obstinación y ahínco la rama en la que está sentado. Además, las frases de Karl transmitían una soledad alarmante, una luz extraña, de rayos X, que hacía visible ahora también la soledad de los demás presentes.

Leopold tenía a su hermano por una persona sociable, y una parte de su ser lo era, en efecto, pero ahora veía que Karl era también una persona solitaria, como solitarios son todos los idealistas que están solos consigo mismos y con sus pensamientos, y enfrentados a un mundo que no encaja con ellos y al que pretenden transformar y mejorar. En segundo lugar estaba el doctor Lichtstrahl, que a Leopold le parecía asimismo un solitario, como solitarias son todas las personas ambiciosas a quienes la coraza de esa pasión atenaza el corazón, y que también lo son porque, para ellas, el ser humano no es ni hermano ni amigo, sino un medio para un fin, para sus fines. Su imaginación falsifica la imagen del mundo, y viendo demasiado grandes sus propios derechos (y deberes), ven los de los demás demasiado pequeños. De todas maneras, el doctor Lichtstrahl hacía algo al menos, mientras que Karl daba la impresión de ser una persona ociosa, alguien que solo habla, un hombre amargado, sentado tras los barrotes gruesos pero muy transparentes de su cólera, y que contempla lo que él considera el espantoso parque de atracciones del mundo de los políticos.

El señor Von Bendemann intentó reanudar otra vez la conversación.

—Se le ve de nuevo a usted muy acelerado —dijo dirigiéndose a Karl Chindler.

—Todo el mundo está acelerado —respondió Karl con porfía—, y si no nos esforzamos, la República se va a ir al carajo. No sobrevivirá a un segundo golpe de Estado como el de Kapp.

—Entonces no tiene remedio —dijo el señor Von Bendemann—. Pero no creo que nos esté señalando usted el camino correcto, querido Karl. Si le he entendido correctamente, usted desea gobernar la República con los métodos de Mussolini, y eso no es posible. ¡No pueden tocarse los derechos garantizados sobre papel!

—Los métodos de la dictadura son a todas luces incorrectos —dijo Karl—, ¡pero los métodos de la espera que se practican en nuestro país son una locura! ¡Yo soy un defensor de la libertad, pero me pongo a silbarle a la libertad si esta consiste únicamente en que ciertos literatos[10] tengan permiso para representar sus indecentes piezas teatrales, y que otra gente aproveche esa ocasión pintiparada para

manifestarse en contra y mostrar al público que la República es una cuadrilla de borrachos!

El doctor Lichtstrahl se recostó bien en el sillón, se cruzó de piernas y dijo:

—Eso son sarpullidos infantiles, yo no me los tomo en serio.

—Disculpe si le contradigo —dijo Karl—, pero dentro de poco voy a cumplir los cuarenta, y mis necesidades de sarpullidos infantiles ya han quedado suficientemente cubiertas. La República no es ningún bebé... ¡Se hará tan mayor como nosotros, o no será!

¡Qué expresión de furia en la cara de Karl! Leopold se quedó sorprendido al divisar esa masa de cólera.

—Tienes que enamorarte —le dijo a su hermano—, quiero decir, tienes que enamorarte de la República. Todavía es joven y está un poco abandonada, ¡y necesita más cariño del que recibe, tal como les ocurre, dicho sea de paso, a todos los seres vivos!

Karl dedicó a Leopold una mirada furiosa y no replicó, mientras que a Otto Bendemann el comentario le pareció poético.

2

Se había hecho tarde, y Franziska se levantó para irse a casa. Karl no veía con buenos ojos que sus invitados se marcharan «tan temprano», pero como también se levantó Bendemann, no se sintió capaz de objetar nada.

Franziska se acercó a Anna y se despidió dando las gracias por aquella «velada tan estimulante» (como dijo ella). Luego salió de la estancia con el señor Von Bendemann. Era casi una cabeza más baja que Bendemann, quien de todas formas era muy alto, pero poseía energía en sus movimientos, y curiosamente incluso en la espalda, algo que dejó admirado y encantado a Leopold. Tenía una forma de marcharse tal, que no podías sino admitir que se había acabado todo ya.

—Es una mujer hermosa —dijo Anna—, hasta parece haber escuchado con atención a pesar de ser protestante.

Karl seguía dándole vueltas a sus pensamientos políticos y se limitó a asentir con la cabeza.

—Podrías quedarte media horita más —le dijo a Leopold, pero Leopold se excusó alegando un gran cansancio y se apresuró a seguir a Franziska.

El señor Von Bendemann vivía a la vuelta de la esquina, en la calle Nettelbeck. Leopold hizo señas a un taxi, y después de dejar en su casa al señor Von Bendemann, acompañó a Franziska a la suya.

Ella estaba sentada en silencio en un lado del coche y miraba por la ventana.

—¿Me permiterá ir a verla en alguna ocasión? —preguntó Leopold.

—Llevo una vida muy retirada —dijo Franziska—, pero si no tiene nada mejor que hacer un día, entonces toque el timbre.

El coche se detuvo, y Leopold se bajó para ayudar a Franziska a salir. Ella se apoyó en la mano de él y saltó a la acera con ligereza. La calle estaba oscura, y la casa en la que vivía Franziska se hallaba detrás de un jardín delantero que dos abetos esbeltos sumían en la penumbra más oscura. Leopold abrió la puerta del jardín y esperó a que Franziska introdujera la llave en la cerradura y abriera la puerta.

—Es usted un caballero —dijo Franziska—, pero creo que lo ha sido siempre.

—Parece saber usted de mí más de lo que sospechaba.

—Hay algunos recuerdos que me gusta recuperar de vez en cuando. Buenas noches.

Leopold hizo que el coche diera la vuelta y ordenó al taxista que se dirigiera a la Iglesia en memoria del emperador Guillermo. Allí se bajó y anduvo algunos pasos cuesta arriba por la calle Ranke para entrar en un bar que todavía estaba abierto a esas horas. Era ya la hora de cierre y la entrada principal estaba cerrada. Leopold se dirigió a una puerta lateral y mediante una determinada manera de golpear reprodujo la señal secreta con la que se permitía la entrada a los clientes habituales. Su mesa estaba todavía libre. Leopold mandó que le sirvieran un café fuerte, se encendió un puro y se puso a reflexionar sobre aquella curiosa velada. En ese momento entraron otros clientes en el local, y Leopold vio a la actriz Erika Welter[11] y a su novio, el doctor Wilhelm Braun. Los dos parecían venir de un estreno, pues Braun vestía un frac, y la actriz portaba en el brazo un enorme ramo de rosas rojas. Colgaba sobre sus hombros un abrigo mediano de nutria, bajo el cual asomaba la falda blanca de un vestido largo de noche.

—¿Se han casado ustedes o han actuado en alguna función? —preguntó Leopold.

Erika Welter se sentó al lado de Leopold y le preguntó por qué tenía aquel rictus tan avinagrado en la cara.

—Me hace muy infeliz disgustarle, pero le aseguro que desde hace más de una hora me siento de muy buen humor.

El camarero retiró las rosas de la mesa para colocarlas en un jarrón y Erika pidió una botella de champán.

—Es ya la tercera esta noche —dijo Wilhelm Braun.

—Pero qué bien sabes contar —dijo la actriz en un tono respondón

e irritado. A continuación se volvió de nuevo a Leopold y prosiguió—: Es y seguirá siendo una mezcla de abuelito y médico de cabecera.

—Esto último es su oficio —dijo Leopold.

Erika Welter levantó su copa y brindó primero con Braun (para reconciliarse con él) y a continuación con Leopold.

—¡Para que acudan a usted otros pensamientos! —dijo ella.

Leopold apuró su copa, y Wilhelm Braun habló acerca del estreno. Leopold lo escuchaba con atención y al mismo tiempo percibía que Erika Welter lo miraba constantemente.

—Muéstreme su mano izquierda —dijo ella de pronto.

Leopold le tendió la mano. La actriz la colocó extendida encima de la mesa y contempló la forma de los dedos. Entonces tomó ella la mano de Leopold entre las suyas (que eran muy pequeñas y blancas, con las uñas largas y pintadas con esmalte rojo), le comprimió la palma, la volvió a abrir y estudió las líneas alzando la mano de Leopold y manteniéndola muy cerca de los ojos.

—Ahora sé por qué tenía usted esta noche un aire tan melancólico como las ruinas de Brackenburg[12] —dijo ella, y soltó la mano de Leopold—. ¡Está enamorado!

—¿Es eso cierto? —preguntó Wilhelm Braun.

Leopold estaba muy sorprendido.

—¿Lo ha visto de verdad o lo ha adivinado así al azar?

—¡Eso quien mejor lo sabe es usted mismo!

Wilhelm Braun se encendió un cigarrillo usando la pared como superficie de fricción para su fósforo.

—Te felicito —dijo, apagando el fósforo de un soplo—. ¡Te va a sentar muy bien!

—¿Por qué? —preguntó Erika Welter—. ¿Se enamora pocas veces?

—Muy pocas —dijo Wilhelm Braun.

—No me lo habría imaginado —dijo la actriz.

—¡Pero ahora le va a tocar sufrir!

—Estás insoportable esta noche... A ver, ¿qué tiene que ver el amor con el sufrimiento?

Wilhelm Braun meneó el molinillo de madera en la copa de champán y dijo:

—Amor y sufrimiento son dos palabras que designan una y la misma cosa. El amor es un dolor indecible que alterna con grandes deleites.

—Eres un idealista chapado a la antigua, querido mío, y es que además, en el mundo entero no existe ningún ser que conozca menos a los hombres que un hombre. Vosotros no pensáis para nada en sufrir cuando amáis. Yo al menos nunca me he topado con un hombre que

sintiera de esa manera.

—Eso se debe a tus malas compañías. De todas formas, los hombres que regalan coches tienen una capacidad de sufrir muy menguada.

—¿Sufres mucho, pobrecito mío?

—Sí, sobre todo cuando hablas así. Entonces sufro unas torturas infernales.

—Es un tipo demasiado rarito —dijo la actriz girándose de nuevo hacia Leopold—. Si por él fuera, tendría que ir a pie al teatro y llevar vestimentas hechas con pelo.

—Si por mí fuera, ganarías más que el señor Von Berger y entonces no precisarías de él.

—Te equivocas, cielo, no preciso de él en absoluto, pero me gusta, y me gustaría también aunque fuera pobre. Por mí podría vestir pantalones rotos y tener agujeros en los calcetines.

Eran las dos, y Leopold se levantó para irse a casa.

—¿Se va a ir de verdad? —preguntó Erika Welter—. Pero sí, tiene usted razón. Vámonos todos. Este es un local aburrido y mal aireado. Te ahogas en él y te entran migrañas.

Erika Welter se subió a su coche y preguntó a Leopold si quería que lo llevara a casa.

—¿Le gustaría tomar otro trago de vino en mi casa?

—No, vino ya he bebido lo suficiente por hoy, pero si tuviera usted un whisky, iría con mucho gusto.

Leopold vivía en la calle Schaper, en donde tenía un piso pequeño de su propiedad, formado por cuatro habitaciones diminutas intercomunicadas. La actriz dejó el abrigo encima del sofá y contempló la habitación.

—Pequeña, pero peculiar, y encaja con usted —dijo ella—. ¿Se puede ver algo más del piso?

No se esperó a la respuesta de Leopold, sino que se dirigió primero al dormitorio y luego al comedor, que se encontraba al otro lado de la sala de estar.

Leopold la siguió mientras que Wilhelm Braun se sentó ante el escritorio de Leopold y se puso a juguetear, aburrido, con la plegadera. Leopold había estado una vez en casa de Erika Welter, quien poseía un piso elegante en la calle Hohenzollern. Se acordó de esa vivienda, y ahora, al entrar en su modesto comedor por detrás de Erika Welter, se apercibió de la diferencia entre su morada y el lujo esplendoroso que imperaba en el piso de la actriz.

Ahora bien, cuando un hombre vive solo, y en especial un hombre joven con la cabeza llena de planes y el corazón henchido de ambiciones, le es bastante indiferente el aspecto de su morada. Los

sueños caben en todas partes, y una mesita también, y el papel para escribir puede ser del tipo que sea: cada pedacito está preparado para cargar de buena gana con los pensamientos más grandes y más profundos y retenerlos durante mucho tiempo, durante mucho más tiempo de lo que dura una vida humana, tal vez durante más tiempo que muchos... Resumiendo: los sueños y el afán, la ambición y la imaginación son compañeros que hacen soportable la pobreza e invisibilizan el polvo. Conducir este orgulloso cuadriyugo llena el corazón de delicias que nadie sospecha, sí, es algo que no es capaz de imaginar nadie que no se haya topado nunca con esos genios, ni haya padecido esas épocas. Ahora bien, el carruaje del que tiran esos rocines es tan ligero como un *dogcart,* pero justo por esa razón el viaje es raudo y aturdidor, y su ritmo no es de este mundo: ¡en una carrera de velocidad con la luz, ganaría la imaginación! Y la meta es grande: triunfo y laurel o caída y ruina.

Erika Welter regresó al cuarto de estudio, y Leopold sirvió el whisky. La actriz tomó su vaso y lo dejó medio vacío de un tirón. Leopold volvió a llenárselo y agarró la botella de agua mineral con gas para verter un poco en él. Erika Welter se había levantado para echar un vistazo a los libros de Leopold, y se dio la vuelta en ese momento.

—Por el amor de Dios —dijo con la mirada fija en la botella blanca de agua con gas—, ¿qué está haciendo? ¿Pretende que agarre un colocón con agua?

Leopold le tendió el vaso en el que apenas había añadido un trago de agua, y Erika lo dejó otra vez medio vacío. A continuación volvió a colocarse frente a la estantería de libros y, mostrando interés por aquello que parecía interesarle a él, hizo que le contaran cosas sobre algunas valiosas ediciones que Leopold conservaba en un estante acristalado. Leopold sintió que ella estaba enamorada, pero parecía estar menos enamorada de él que del amor que ella había detectado en el corazón de él y hacia el cual se abría paso ahora con ansias y celos, como una mariposa nocturna excitada y confusa se dirige al corazón abrasador de una vela.

Examinar aquellos libros requería unos conocimientos previos que Erika no poseía, y esta dio un nuevo giro a la conversación:

—¿Cuándo irá usted al teatro? —preguntó ella.

—No sabía que tenían ustedes estreno —dijo Leopold—, ¡de lo contrario habría ido hoy, por supuesto!

—Eso es mentira —dijo la actriz—, pero miente usted muy bien, y me gusta eso.

«Ahora se ha enamorado de Leopold», pensó Wilhelm Braun. «¡Esto ya no hay quien lo aguante!»

Se levantó y abrió la ventana. Aquella noche de mayo era clara y luminosa, y se veían muchas estrellas en el cielo. Wilhelm se inclinó generosamente sobre la repisa. La calle se hallaba demasiado abajo para un salto, y Wilhelm examinó si era posible trepar por el bajante del canalón con el fin de dar una lección a aquella egoísta irreflexiva y devoradora de hombres por su cruel conducta, desapareciendo repentinamente y dejándola sola... Esto no era posible porque el bajante del canalón quedaba muy lejos de su alcance. Wilhelm se dio la vuelta de nuevo, se apoyó en el alféizar y contempló los rizos rubios, unos más claros y otros más oscuros, que ondeaban juntos en caída en los cabellos de la actriz. Leopold seguía todavía al lado de Erika frente a la estantería de los libros, pero había un rictus de aburrimiento en su cara —solo estaba siendo amable, pero no estaba enamorado— la culpable esa noche era solo Erika, excepcionalmente.

La actriz percibió la corriente de aire y se giró, y en ese instante Wilhelm Braun comenzó a declamar fijando sus ojos en la frente de Erika:

«¿Grandes hazañas? ¡Sí, ya sé cuál era el tiempo en que las veíamos por delante de nosotros! Cuando, tantas veces, perseguíamos juntos a la fiera corriendo por montes y valles, y, semejantes en ánimos y puños al augusto antepasado, íbamos contra el monstruo, y esperábamos perseguir a los bandidos siguiendo sus rastros; y luego, al atardecer, ante el ancho mar, nos sentábamos tranquilos, apoyados uno en otro, y las olas jugaban llegando a nuestros pies, y el mundo se nos ofrecía tan ancho y tan abierto, entonces, más de una vez, queríamos empuñar la espada, y las hazañas futuras se apretaban a nuestro alrededor, como las estrellas, incontables, saliendo de la noche»[13].

Se produjo una pausa larga. A continuación dijo Wilhelm Braun:

—Si alguna vez intrepretas el papel de Ifigenia, me comprenderás mejor.

Erika Welter corrió al centro del cuarto, se retiró los cabellos de la cara con un movimiento impetuoso y respondió mirando a Wilhelm:

«Cuando los Celestiales decretan para uno de los terrestres muchas confusiones, y le preparan un tránsito hondamente estremecedor del gozo a los dolores, y de los dolores al gozo, entonces, tanto si vive en la cercanía de una ciudad como en playas remotas, hacen que crezca para él un amigo sereno»[14].

Erika Welter había pronunciado excelentemente los versos; Leopold

estaba embelesado y conmovido, pero Erika Welter se volvió con rapidez y dijo a Wilhelm:

—Sé que a veces tienes razón, pero yo soy como soy, y soy difícil de cambiar. Así que... ahora me bebo otra copa y luego nos vamos.

Se dirigió al escritorio, cogió el vaso de Leopold, brindó por él y se lo bebió entero.

Se detuvo frente al espejo junto al perchero y se colocó un pañuelo de seda sobre el pelo. Leopold encendió el candelabro que estaba atornillado a la pared junto al espejo y examinó si la señora Welter tenía suficiente luz. La actriz levantó la vista y miró a Leopold.

—Nos vemos esta noche —dijo Wilhelm Braun a Leopold y se caló el sombrero.

—¿Qué significa «esta noche»? —preguntó Erika Welter—. ¡Eso es ahora!

—Ahora es hoy temprano —dijo Wilhelm en seco.

—¿Qué hora es pues?

—Las tres y veinte —dijo Wilhelm.

—A esta hora se levanta mi padre —dijo Erika—, y su hija se va a la cama. Qué extraño es el mundo...

A continuación se fue.

En la calle le dijo a Wilhelm:

—Conduce tú. Estoy cansada.

Se subió al coche, se acurrucó en el tapizado y cerró los ojos. Wilhelm soltó el freno de mano y pisó con cuidado el acelerador. Cuando el coche se puso en marcha, Erika reposó la cabeza en el hombro de Wilhelm.

—¿Te quedas hoy en mi casa?

—¡No!

—¿Por qué no?

—Porque te has enamorado de Leopold Chindler.

—Eso no es cierto... me gusta... pero tú no me conoces... no me conocerás nunca... Lo quiero un poquito porque es muy sensato... y porque ama a una mujer que seguramente es misteriosa y bella... ¡Ay!... Eres un viejo gruñón... ¿No puedes entender que alguien ame el amor?... Pero es a ti a quien yo más quiero porque tú siempre estás ahí.

Wilhelm llegó a la calle Hohenzollern. Erika Welter se había quedado dormida. Wilhelm la despertó y la llevó a su casa. Luego desnudó a la hermosa mujer y la metió en la cama.

—Buenas noches —dijo él en voz baja, y estampó un beso en cada uno de los ojos de Erika. Esta abrió de repente los ojos y rodeó el cuello de Wilhelm con sus brazos.

—Buenas noches, Willi —dijo ella—. Vamos... quédate...

Wilhelm se desprendió con cuidado del abrazo, y cuando volvió a poner los brazos de Erika encima de la colcha, la actriz ya se había sumido de nuevo en el pozo del sueño[15].

Wilhelm apagó la luz y salió del dormitorio. Sobre la moqueta de color verde oscuro del salón yacía el pañuelo de seda de Erika como una mancha amarilla. Wilhelm se agachó y recogió el pañuelo. Estaba fuertemente perfumado y emanaba la misma fragancia a violetas y almizcle que el pelo de Erika. Wilhelm iba a colocar el pañuelo encima de una silla, pero se lo pensó mejor y se lo guardó en el bolsillo. Una vez en la calle, condujo el coche de Erika al garaje. Luego se fue a pie a casa atravesando medio Berlín. Se había quitado el guante derecho y sus dedos jugaban con el hilado suave y cálido del fondo del bolsillo del abrigo.

Caminando a paso veloz, pisando con ruido el pavimento durmiente, iban pasándole muchas cosas al paseante, por dentro y por fuera, igual que en la vida misma... En la Plaza de Potsdam había unos hombres trabajando en las vías, y Wilhelm aceleró el paso para escapar del ruido de los inhumanos martillos de aire comprimido. «Malísimo para los músculos», pensó, «atrofia muscular, pero también puede venir de la médula espinal. Ahora bien, ¿qué hay que no sea malo para la salud? Al médico lo acechan los peligros del contagio. ¡El pobre Grohmann! Probablemente se trataba de un carcinoma al que no quiso resistirse y por ello se cortó las venas... Qué raros esos poemas de Benn...[16], un colega simpático, por cierto. Tendría que llamarlo por teléfono otra vez. ¡Aprendemos muy pocas cosas de memoria! Era el poema de las barracas del cáncer o algo por el estilo. Voy a releerlo en cuanto llegue a casa. Aplazar algo es igual que abortarlo...».

En el cruce de la calle de Leipzig con la calle Friedrich había dos chicas, y Wilhelm se subió el cuello del abrigo, no quería que se dirigieran a él. «Leopold está enamorado», pensó. «Eso se lo ha olido ella... Hay muchos más que solo seis sentidos... diez por lo menos. ¡Lo bueno de nuestra época es que sabemos que no sabemos nada! ¿De quién se habrá enamorado ese muchacho? Es mucho más reservado de lo que pensaba... ¡Un periodista enamorado y con una vida personal! Por las mañanas la profesión, al mediodía el almuerzo y dos horas de vida personal, luego otra vez la profesión, y nada de vida personal otra vez hasta la noche. Y pensar que los griegos tenían esclavos y no trabajaban nunca... Inimaginable...»

Una vez en casa, Wilhelm Braun se fue directamente al dormitorio. Cuando se estaba desabrochando la camisa, volvió a pensar en los

poemas de Benn. Se fue descalzo a la sala de estar y buscó el tomito fino con la cubierta azul. Estaba en el segundo estante de la biblioteca, abajo, a la izquierda, junto a la puerta, pero Wilhelm lo encontró a la primera.

A los pies de la cama había una botella de agua caliente, y Wilhelm la colocó encima de la alfombra. «Esto está pasando de castaño oscuro», pensó. «¡Hay que acabar ya con esto! ¡En pleno mes de mayo y con una botella de agua caliente! ¡No soy ninguna ancianita!»

Agarró el volumen de poemas y lo alzó a la altura de los ojos. Antes de la portada, había un poema escrito a máquina que Ina Seidel[17] había dirigido a Gottfried Benn. Wilhelm Braun leyó:

«Hermano borracho, habla, sé que debes hablar...».

Pero el doctor Braun estaba demasiado cansado, se le cerraron los ojos y se quedó dormido. El libro yacía en diagonal junto a su mano encima del edredón. La lamparita de la mesita de noche proyectaba un resplandor rojo sobre la pesada cabeza que hizo un hoyo profundo en la almohada blanca.

---

8. Expresión latina que significa literalmente «captación de la benevolencia»; se trata de un concepto de la retórica clásica. En sus primeras frases, el orador trata de captar la atención del público sin hablar sobre el tema propiamente dicho.

9. En la PE sigue aquí una crítica más nítida hacia el sacerdote: «Se movía hacia otros objetivos y pertenecía a ese grupo de personalidades cuyos miembros aparentan ser los protagonistas pero en realidad son únicamente beneficiarios de la política y a veces incluso de la patria».

10. En la PE: «ciertos literatos vieneses»; alusión al escándalo después del estreno en Berlín de la obra de teatro de Arthur Schnitzler, *La ronda* (1920), y aún con mayor claridad al juicio posterior que retiró los cargos de inmoralidad que se habían denunciado en esa obra.

11. Para este personaje no puede determinarse ningún modelo real; en una reseña de la posguerra se señala a Käthe Dorsch (1890-1957).

12. Las ruinas de un castillo en Baja Sajonia, entre Gotinga y Kassel.

13. Orestes en *Ifigenia en Tauris* (1787) de Johann Wolfgang von Goethe, acto II, escena 1.ª, versos 667-679. Goethe, *Obras I,* Barcelona, Planeta, 1963, p. 637, traducción de José María Valverde.

14. *Ibidem,* monólogo de Ifigenia, acto IV, escena 1, versos 1369-1381; p. 655.

15. Un ejemplo de la reducción de texto en la presente edición. En la PE seguía aquí: «como cae una piedra en una fuente y desaparece en sus aguas».

16. Aquí se refiere al poema «Hombre y mujer caminan por la barraca del cáncer» de la primera antología de poemas de Gottfried Benn, *Morgue y otros poemas* (1912).

17. Narradora y poeta (1885-1974), que después de 1945 continuó publicando numerosas obras pero sin alcanzar de nuevo su antigua popularidad. Se le cuestionó su relación con la dictadura nacionalsocialista, en concreto por sus numerosos poemas de homenaje a Hitler. El poema aludido («Hermano borracho, habla, sé que tienes que hablar») lleva el título de «Dichter» [Poetas]; véase I. S., *Weltinnigkeit. Neue Gedichte,* Stuttgart, 1921, pp. 68 y s.; ni aquí

ni en la edición recopilatoria (I. S.: *Gesammelte Gedichte,* Stuttgart, Berlín, 1937, pp. 142-144) el poema lleva dedicatoria alguna dirigida a Gottfried Benn. Sobre la relación de Seidel con Benn, véase Dorit Krusche: «... no es una mala persona, pero ya no me gusta», *La relación entre Gottfried Benn e Ina Seidel,* en Anuario Benn, 1 (2003), pp. 61-87.

Capítulo 3

Cuando una persona estaba arruinada por las deudas y lo había perdido todo, cuando era seguro que era un delincuente y capaz de todo, entonces César la admitía en el círculo de sus amigos.
Cicerón

1

El *Berliner Allgemeine Zeitung* constaba de tres secciones: comercio, política y el suplemento cultural. En el comercio figuraban los hombres más serios. Sus trajes oscuros y la expresión severa en sus caras les proporcionaban una apariencia de funcionarios, y también ejercían su oficio como consejeros privados o como los químicos del departamento científico de un gran consorcio: con objetividad, de forma anónima y por la causa. En la sección del comercio había periodistas brillantes y muy apreciados, como por ejemplo el señor Achtermann[18], que era profesor asociado en la Universidad de Berlín y que con sus treinta y seis mil marcos percibía el salario más elevado de todos los colaboradores del periódico; sin embargo, la mayoría de ellos hablaban y escribían en una jerga secreta que solo por ella habría bastado para distinguir y separar a los colaboradores de la sección de comercio de los caballeros de las demás secciones. El ámbito de la sección de comercio era la bolsa en concreto y la economía en general, y un auténtico redactor de comercio leía los informes anuales de los grandes *trusts* con el celo y la satisfacción secreta con que un músico lee una partitura o un detective exitoso examina un caso difícil.

Contra los grandes y bien defendidos bastiones que dominaban el acero, el hierro, el cemento y el carbón, se organizaban ocasionalmente unos asedios prolongados y ricos en batallas, pero también se tenía en observación a los grandes bancos y a las cervecerías, y al doctor Achtermann no le era de ninguna manera indiferente que alguna fábrica de papel en Sajonia o en Wurttemberg cambiase de propietario.

El continuo cambio de manos de paquetes de acciones más grandes o más pequeños era observado por determinados caballeros con la misma atención con la que los astrónomos observan los movimientos de los astros, y aquí y allá, una noticia diminuta en la sección de comercio causaba una mayor sensación en el mundo que un editorial

del periódico sobre política, del que su autor había creído que iba a provocar una tempestad.

Las relaciones que mantenía la sección de comercio con la de política eran turbias la mayoría de ellas, y la amistad entre el doctor Achtermann y el doctor Wild, el jefe de la sección de política interior, era tan fría como el afecto de los magnates del acero y del carbón por el gobierno del Reich. La política era la responsable de la perturbación constante, y el doctor Achtermann se hallaba siempre descontento, sin importar para nada el partido que llevara en ese momento el timón. Los gabinetes socialdemócratas se preocupaban en exceso por la economía, y los burgueses, demasiado poco, y el doctor Achtermann podía alterarse sin medida cuando la sección de política escribía editoriales que osaban adentrarse en sus dominios.

En cambio, las relaciones de la sección de política hacia la de comercio eran amistosas, y había una ley no escrita por la cual a la sección de comercio se le disculpaban muchas cosas. Se sabía bien que la reputación del periódico se cimentaba en las brillantes informaciones de comercio, y se precisaba de la sección de comercio para la rúbrica de anuncios porque la tirada (¡por desgracia!) estaba disminuyendo constantemente, y la existencia del periódico dependía de los anuncios.

Hacía tiempo que el suplemento cultural no era tomado en serio. Se respetaba al crítico teatral porque pasaba por ser una autoridad en su terreno. Los caballeros de la sección de comercio iban a las representaciones que él elogiaba y recomendaba. También se apreciaba (y leía) al crítico musical, y ocurrió que se vio un día al señor Achtermann en el despacho del doctor Kleim, en donde tomó asiento con su puro eterno en la mano y pronunció una conferencia ante el señor Kleim sobre los tiempos que Furtwängler había empleado en el último concierto de la *5.ª sinfonía de Beethoven,* o sobre una reposición de *El caballero de la rosa* que al señor Achtermann le había parecido de opereta, inadmisible, completamente indigna de una institución de excelencia como la Ópera Estatal de Berlín.

El doctor Kleim vestía camisas de cuello vuelto, y con su hirsuta melena de músico y sus ojos de niño, azules e ingenuos, parecía un excursionista, pero era un especialista de elevada cualificación (¡poseía un oído absoluto!), y el señor Achtermann, que apreciaba a los especialistas y que tenía al resto de la humanidad por charlatanes, se sintió muy orgulloso cuando el doctor Kleim admitió que la cantante Hofmann durante la velada anterior había cantado un semitono más bajo en un determinado pasaje del segundo acto.

—Tiene usted toda la razón —prosiguió el señor Kleim—, la

cantante Hofmann está decayendo, hace tiempo que ya no salgo contento con sus actuaciones, pero ¿qué le vamos a hacer? Uno no puede decirlo todo siempre y en cada crítica, y además ya me han colgado el sambenito de excesivamente mordaz.

El doctor Achtermann contempló la mascarilla funeraria de Beethoven que colgaba con una corona de laurel sobre la cabeza del doctor Kleim, y la objeción le pareció folletinesca, muy de la sección del suplemento cultural. Sin embargo, el señor Kleim era, a pesar de su corazón blando, un buen colaborador (¡y valía su sueldo!) porque al menos no se le había pasado por alto aquel lapsus. Los restantes miembros del suplemento cultural pasaban por ser unos guasones con clase (y algunos sin ella), y las secciones de comercio y de política estaban de acuerdo por lo menos en un punto: el periódico destinaba un dinero excesivo al suplemento cultural.

Leopold Chindler comenzó como colaborador del suplemento cultural y pronto atrajo sobre sí la atención de los lectores por sus declaraciones polémicas escritas con ingenio, cuando el doctor Wild un buen día —y después de una larga y extraña conversación— lo metió en la sección de política. En ella escribía editoriales desde hacía un año y percibía por ello mil marcos al mes, sin los gastos que le reembolsaban aparte. Su procedencia de la sección del suplemento cultural no era ninguna buena recomendación, o mejor dicho, era una mala recomendación, y un grupo de colegas miraba a Leopold con una desconfianza extrema y nada disimulada. A Leopold no le preocupaba eso. Pulía sus artículos y se apoyaba en aquellos redactores que mostraban una buena disposición hacia él. Como redactor de editoriales, era también un estilista muy bueno, y el señor Achtermann explicaba que ciertamente no aprobaba siempre «eso» que escribía el señor Chindler, pero sí casi siempre «la forma» en la que exponía sus pensamientos, y que era bueno y útil para el periódico disponer de un colaborador de cuyo estilo podían aprender todos los demás caballeros. Incluso el presidente del consejo de administración tenía en aprecio los artículos periodísticos de Leopold, y de este modo él se sentía seguro en su puesto.

2

Leopold había enviado su artículo a tipografía y estaba hojeando el listín telefónico para llamar a Franziska Scheler. Sonó tres veces hasta que la criada se puso al aparato. Tenía una voz fina y respondió que la señora Scheler estaba de viaje. Leopold pidió que le transmitiera sus mejores recuerdos y colgó. Luego, con el lápiz azul trazó un círculo en

torno al número de Franziska, y en ese instante vio que el nombre de su marido divorciado, Richard Scheler, estaba directamente debajo del de ella. «Voy a mirar qué aspecto tiene este asunto en nuestros archivos», pensó. Tocó la campanilla y ordenó al recadero que le trajera la carpeta «Entidad bancaria Scheler y Cía.». Sin embargo, el material era magro y consistía principalmente en algunos artículos de periódico recortados con mucho cuidado. Leopold cerró la carpeta y bajó por una escalera de caracol hasta la sección de comercio para ir a ver al doctor Achtermann. Achtermann conocía a muchísima gente, y Leopold esperaba poder saber por él cómo le iban las cosas a Richard Scheler.

Para llegar desde la sección de Política hasta el despacho del doctor Achtermann, había que recorrer un pasillo largo y angosto en cuyos lados residía la sección de comercio. Se trataba casi de una sección monástica con un gran número de despachos diminutos con forma de celdas en las que trabajaban los caballeros de la sección de comercio. En la sección del suplemento cultural estaban las puertas abiertas todo el día e imperaba un continuo ir y venir entre los colegas, eso sin tener en cuenta el hecho de que en el suplemento cultural se recibían muchas visitas, y cada jefe de redacción quería saber quién iba a ver a quién. En cambio, en el pasillo de la sección de comercio imperaba el mayor de los sosiegos, y casi nunca ocurría que una puerta estuviera abierta. Incluso las secretarias de allí tenían un aspecto diferente a las de las secciones del suplemento cultural y de política. Mientras que en estas últimas trabajaban muchachas jóvenes y guapas, en la sección de comercio solo había señoras respetables. Eran lo que se denomina secretarias «con preparación», y podían leer una lista de cotizaciones igual de bien que un libro de cocina.

El doctor Achtermann estaba sentado a su escritorio, fumaba un puro y escribía. Cuando entró Leopold, se recostó en su asiento, y mientras hacía girar su puro en la cavidad oscura de una boquilla de ámbar, se puso a escuchar con atención.

—Scheler & Cía.... Se trata de una empresa seria —dijo cuando Leopold se calló—. El viejo Scheler, Gustav Scheler, era un hombre muy capaz. En estos momentos no sé qué tal es el hijo. Lo he visto fugazmente en una o dos ocasiones, pero si lo desea usted, mandaré que pregunten. ¿Quiere invertir dinero en esa empresa o se trata de material para un artículo?

—Es una información puramente personal la que le estoy pidiendo —dijo Leopold—. Un amigo mío querría hacer negocios, eventualmente, con esa gente...

—Es un placer oír eso —dijo el doctor Achtermann, y tendió a

Leopold la caja de puros habanos por encima del escritorio–. Y es que si se hubiera tratado de un artículo, le habría pedido que se me informara con antelación. La empresa Scheler es una casa prestigiosa que no da motivos para ninguna queja.

Leopold dio las gracias y salió del despacho del doctor Achtermann. Mientras caminaba por el largo pasillo, salió de su celda el doctor Weißgerber. Era un señor septuagenario con un hermoso cabello cano y una perilla bien arreglada. La redacción lo había jubilado hacía dos años, pero el doctor Weißgerber aparecía todas las mañanas por el periódico e impartía conferencias en su antiguo despacho o escribía folletines históricos ponderados y muy elaborados.

—Estáis poniendo el mundo otra vez patas arriba —dijo el doctor Weißgerber.

—¿Y eso?

—¿No ha oído usted que el gobierno del Reich pretende dimitir?

—¡Tendremos otro mejor! —dijo Leopold levantando el dedo índice de la mano izquierda.

El doctor Weißgerber se echó a reír, se quitó el puro de la boca, estrechó la mano de Leopold y se zambulló en el despacho de enfrente igual que una lechuza deja su nido y tras unos pocos aleteos desaparece en la copa de un árbol cercano.

Dos días después, Leopold se encontró al doctor Achtermann en el pasillo. El señor Achtermann tenía prisa (aunque siempre tenía prisa) y pasó con rapidez al lado de Leopold. Sin embargo, se detuvo, giró sobre sus talones y exclamó a las espaldas de Leopold:

—¡Señor Chindler! ¡Señor colega! Quería comentarle algo más sobre su consulta de anteayer. Venga usted cinco minutitos a mi despacho después del descanso.

Leopold continuó caminando y entró en la imprenta. Los linotipistas estaban sentados frente a sus teclados gigantescos y componían las páginas que les enviaban desde los despachos de las redacciones. Leopold se detuvo al lado de Jabionski. Este hombre era un tipógrafo espléndido, y a Leopold le gustaba mirar cómo Jabionski producía línea tras línea con unos movimientos rapidísimos pero silenciosos, casi dejando deslizar solo cada tipo.

—¿Está buscando usted su artículo? —preguntó Jabionski, y giró la cabeza a un lado sin cesar en su labor.

—Sí.

—Entonces llega demasiado tarde. Hace rato que está ya listo. Lo debe de tener usted ya en su escritorio.

Leopold contempló el texto que estaba fijado junto a la máquina a la altura de los ojos del tipógrafo.

—¿Desde cuándo compone usted para la sección de comercio? —preguntó.

—Hoy anda todo muy revuelto, es un puro caos. Debe de estar pasando alguna cosa —dijo Jabionski.

Leopold continuó su avance, y Jabionski lo siguió con la mirada. «Este tiene la cabeza bien amueblada», pensó, «y también es un tío decente». Estaba prohibido fumar en la imprenta, pero el doctor Kleim expelía imponentes nubes de humo de su pipa mientras permanecía inclinado y con los brazos cruzados sobre su artículo, que debía publicarse en la edición vespertina.

—Ya han vuelto a contratar a algún imbécil que no sabe ni leer las letras —dijo. Levantó la vista y reconoció a Leopold Chindler—. ¡Ah, disculpe usted! —prosiguió—, pensé que era usted el señor Thomas.

Las secciones de política y del suplemento cultural compartían la misma mesa. Leopold se colocó al lado del doctor Kleim y esperó hasta que divisó la cara y la bata del señor Thomas. El señor Thomas llevaba una bata sucia de boticario que tiempo atrás había sido amarilla y que en el transcurso de los años había adoptado el aspecto de una paleta de pintor.

—Me viene usted como caído del cielo —dijo el señor Thomas—. Acabo de enviarle una primera prueba a su despacho, pues no me las apaño bien con el espacio. ¿Sería usted tan amable de tachar cuatro o cinco líneas?

Leopold agarró el lápiz que le tendió Thomas y se inclinó sobre el editorial con una postura idéntica a la del doctor Kleim.

—Fuera esto —dijo tachando las dos primeras frases—. Siempre pasa lo mismo, el comienzo es siempre lo peor.

—No es mi caso —dijo el doctor Kleim—. Mi punto débil son siempre las conclusiones.

—¿Es suficiente así? —preguntó Leopold.

El señor Thomas se puso a contar:

—Una... dos... tres y media... podría funcionar, pero preferiría que fueran cuatro líneas.

—Pruebe usted a ver —dijo Leopold—, esperaré aquí.

El doctor Kleim sacó del bolsillo el resto de un lápiz y aplastó el tabaco en su pipa. A continuación se sentó con impulso en la mesa y se puso a bambolear las piernas.

—¿Tiene usted planes para las vacaciones? —preguntó Leopold contemplando los zapatos raídos del crítico.

—Sí... voy a ir una semana a Bayreuth, y después viajaremos a Bad Tölz.

El señor Thomas regresó y le dijo a Leopold:

—Ha funcionado. Muchas gracias por el esfuerzo.

Leopold pasó al lado de Jabionski y le ofreció un cigarrillo, que el tipógrafo se colocó detrás de la oreja. Después salió de la imprenta y se dirigió donde el señor Achtermann.

El doctor Achtermann estaba de espaldas al despacho, al lado de la ventana, y dictaba un artículo cuando Leopold entró.

—Tengo una reunión de cinco minutos —dijo el doctor Achtermann a la secretaria—. Por favor, no me pase ninguna llamada telefónica.

A continuación se dirigió a Leopold:

—Soy una persona ajetreada, de lo contrario habría ido yo a su despacho, por supuesto. Pero para no alargar las cosas, lo que yo quería era comentarle algo sobre Scheler & Cía. Esa empresa sigue siendo impecable, pero me han dicho que recientemente se ha metido en terrenos que no solía frecuentar antes. Está financiando un periódico católico vinculado al famoso doctor Lichtstrahl...

—Ah...

—¿Conoce a ese sacerdote?

—Sí.

—Eso me interesa mucho. Tenemos que hablar al respecto en algún momento. Aparte de eso, dicen que Scheler & Cía está invirtiendo en créditos estadounidenses. Bueno, no hay nada que objetar a eso, todo lo contrario, pero si usted se enterara alguna vez de algún detalle, le quedaría muy agradecido por las informaciones. Al joven Scheler lo describen como a un echado para adelante, y quiero tratar de aclarar ese asunto. Por desgracia los bancos menores se han vuelto una rareza, hay que ocuparse más de ellos.

—¿Qué entiende usted por alguien «echado para adelante»?

—En realidad es algo personal, pero es un cotilleo que no nos importa para nada. A usted puedo decírselo de todos modos... Dicen que se ha divorciado después de un matrimonio breve porque andaba tras una actriz a la que entretanto parece que ha dejado de nuevo.

—Lo conocí en la universidad —dijo Leopold—. Por aquella época era un tío tremendamente simpático.

—Lo seguirá siendo en la actualidad... Los divorcios ocurren todos los días... Hoy en día eso no tiene nada de... nada de... Bueno, nada de eso, vamos.

La señorita Schneider, con falda y blusa y un binóculo sobre la nariz, abrió la puerta tapizada y entró.

—Disculpen si interrumpo. El señor doctor Wild acaba de llamar por teléfono. El gobierno del Reich ha dimitido.

Ya se contaba desde hacía dos días con esa dimisión, y los dos periodistas no se sorprendieron.

—Era de esperar —dijo el doctor Achtermann, y suspiró—. Pero sería mejor si con el tiempo encontráramos unas condiciones algo más estables.

—Depende de como se mire —dijo Leopold—. El señor Marx fue canciller durante más de un año[19], y eso es mucho tiempo para un gabinete parlamentario y para una persona tan limitada y aburrida como ese pastor. Además, estoy de acuerdo con Montesquieu cuando dice: «Pour règle générale toutes les fois qu'on verra tout le monde tranquille dans un état qui se donne le nom de république, on peut etre assuré que la liberté n'y est pas!»[20].

—Una bonita frase —dijo el doctor Achtermann, que miró la boca inteligente de Leopold—. Podría utilizarla usted en un editorial.

Un recadero de la imprenta entró en el despacho y puso encima del escritorio del doctor Achtermann la edición vespertina que acababa de salir. Achtermann la agarró y la abrió por el apartado de comercio. Su artículo se hallaba en la parte superior y el doctor Achtermann hojeó de nuevo hacia atrás y contempló el artículo del editorial.

—Ah... Ha escrito usted hoy... ¿Ha utilizado tal vez esa cita?

Leopold se colocó al lado del doctor Achtermann y señaló un pasaje de su artículo.

—Bien... Bien... —dijo el doctor Achtermann—, y ha añadido incluso un comentario: «Roma nunca poseyó eso que se denomina paz interior» —leyó en voz alta—. «La lucha es la vida de todos los países libres. Hay que hacerse a la idea, y no estaría mal que en nuestro país ciertos partidos se habituaran por fin a esta verdad...» ¡Muy bien dicho! —exclamó el doctor Achtermann—, ¡muy bonito! ¡Y qué alentador![21]

El señor Von Manberg entró y se detuvo ante Leopold.

—Protesto en contra de su artículo —dijo en tono vehemente.

—¿Qué le ha disgustado en él? —preguntó Leopold.

El doctor Achtermann no era amigo de semejantes asaltos. Se recostó en su asiento, juntó las puntas de los dedos y examinó la cara de Manberg. El hombre parecía grosero y estaba poseído por una agitación innecesaria.

—Somos un periódico republicano y democrático —dijo el señor Von Manberg—, pero si uno lee el artículo de usted, entonces ya no sabe a qué atenerse. No he podido encontrar en él ninguna expresión de pena por el hecho de que un hombre tan meritorio como el señor Marx se haya visto obligado a dimitir.

—Lo siento, pero no puedo sentir pena por algo que no me apena. El señor Marx es un muchacho aburrido, y para nuestro periódico republicano y democrático sería mejor si la República pudiera

presentar por fin a un personal más joven y más hábil.

—Protesto por la expresión «aburrido».

—Entonces retiro esa expresión con expresión de pena.

—Usted se está burlando de mí.

—No.

El señor Von Manberg era un hombre de cincuenta años. Su padre había sido comandante general del 11.º cuerpo de ejército, y el joven Manberg estaba de oficial en activo en el 168.º regimiento de infantería en Offenbach del Meno cuando se vio involucrado en un duelo en la primavera de 1913. Manberg rechazó el duelo por motivos religiosos, tal como afirmó él mismo. Tuvo que abandonar el ejército y tomó la decisión de convertirse en sacerdote. Sin embargo, al cabo de algunos semestres dejó la universidad y se fue a Estados Unidos como representante de un grupo de periódicos de pequeña tirada. Regresó al estallar la guerra y entró en la redacción del *Berliner Allgemeine Zeitung,* que se alegraba de contar con cualquier colaborador después de que la movilización se llevara al campo de batalla a más de la mitad de sus redactores. Algunos se sorprendieron de que no hubieran llamado a filas a Manberg, pero después de rechazar el duelo, lo habían eliminado de la lista de oficiales, y dado que no figuraba en ningún escalafón, había dejado de existir para la administración militar. Habría podido alistarse voluntariamente, y es de suponer que en ese caso lo habrían reincorporado al servicio activo, pero Manberg permaneció en silencio, y con aplicación y constancia se granjeó un buen puesto en la redacción del periódico.

—Me parece que usted es demasiado estricto —dijo el doctor Achtermann al señor Von Manberg—. El señor Chindler habría podido incluir en su artículo tal vez alguna frase de pesar, pero visto en conjunto, su escrito está redactado de manera impecable, yo lo he leído con placer. Con toda seguridad habrá otra oportunidad que nos permita decir algunas frases amables para el señor Marx, siempre y cuando esto fuera realmente necesario.

—Es algo más que necesario —respondió el señor Von Manberg—, se trata de nuestra condenada obligación y de nuestro cumplimiento del deber, y ya he proporcionado esa ocasión y he escrito un artículo en ese sentido. Saldrá en la edición matutina.

Manberg hizo una reverencia y salió del despacho.

—Ya va siendo hora de que tomemos las riendas de este periodicucho —dijo Leopold.

El doctor Achtermann se echó a reír.

—A usted le encanta expresarse con audacia.

—Digo lo que pienso, y estoy convencido de que usted me

entiende.

—No del todo.

—La República es demasiado seca, necesita mentes más audaces.

El doctor Achtermann extrajo el reloj del bolsillo.

—Van a dar ya las dos. ¿Me hará usted el gusto de acompañarnos en el almuerzo? Voy a llamar ahora mismo a mi esposa. Ella se alegrará mucho. Sería una pena interrumpir una conversación tan provechosa y sugerente solo porque van a dar las dos, y aquí en el periódico nunca se llega a hablar como es debido.

Leopold aceptó la invitación y cinco minutos después los dos caballeros salían de la redacción.

---

18. El modelo dominante del *Berliner Allgemeine Zeitung* de la novela es el *Frankfurter Zeitung* (véase la nota 2 de la p. 16), para cuyo suplemento cultural escribió Bernard von Brentano como sucesor de Joseph Roth, pero también él (igual que Leopold Chindler) no solo para ese suplemento cultural. El *Frankfurter Zeitung* poseía una redacción en Berlín, dirigida por Bernhard Guttmann (1869-1959), que constaba de una redacción de economía (por aquel entonces «de comercio»); los superiores de Brentano en Berlín eran sobre todo, por tanto, los redactores de economía. Es posible asignar la identidad en la vida real de algunos de los redactores que aparecen en la novela; el crítico anónimo de teatro debe de ser un retrato de Bernhard Diebold; el crítico musical «doctor Kleim» encaja bien con Karl Holl. «Achtermann», que en la novela desempeña el papel más importante de esa redacción, podría estar basado o bien en Guttmann, que se jubiló prematuramente en 1930, o bien en el jefe del suplemento cultural, Benno Reifenberg, o bien, sobre todo, en Arthur Feiler (1879-1942), que se había quedado en Fráncfort. Al cabo de unos años de redactor en la sección de comercio se pasó en 1910 a la sección de política; además, según los recuerdos de un colega, estaba «contaminado de intelectualidad» (Erik G. Wickenburg). En paralelo a su puesto de redactor, Feiler era profesor asociado, a continuación catedrático no numerario (de economía política) en la Universidad de Fráncfort, hasta que en 1932 dejó el *Frankfurter Zeitung* y dio clases en la Universidad de Königsberg; en 1933 emigró a Estados Unidos. Desde el final de la Primera Guerra Mundial, el *Frankfurter Zeitung* estaba sumido en una crisis económica, que se hizo pública con la admisión de accionistas externos en abril de 1929 y una declaración *Por propio interés* (véase al respecto y en detalle Wolfgang Schivelbusch, *Intellektuellendämmerung. Zur Lage der Frankfurter Intelligenz in den zwanziger Jahren* [El ocaso de los intelectuales. Sobre la situación de la intelectualidad en Fráncfort en los años veinte], Fráncfort del Meno, 1985, pp. 53-76). *Franziska Scheler* comienza un mes después de esa declaración.

19. En este punto, la novela no encaja con exactitud en la historia de la República de Weimar. El político del Partido de Centro, Wilhelm Marx (1863-1946), fue canciller del Reich entre 1923 y 1924 y entre 1926 y 1928; en cambio, en el momento de acción de la novela estaba de canciller del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) entre 1928 y 1930 Hermann Müller (1876-1931), que fue el último canciller de la República de Weimar que pudo gobernar con mayorías parlamentarias y sin decretos leyes.

20. Cita de Montesquieu en *Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence* (1734), noveno capítulo: «Por regla general, cuando en un Estado al que se denomina República, todo el mundo permanece quieto y callado, puede uno estar seguro de que en él no hay libertad».

21. En la PE continúa aquí: «Pero aun así, nuestros gobiernos deberían proseguir en el cargo algo más de tiempo. También en política es raro que las continuaciones garanticen una mayor calidad».

Capítulo 4

He organizado mi tiempo de tal modo, que siempre dispongo del suficiente para las amistades.
Goethe

1

Por la noche, Leopold Chindler estuvo cenando en casa de su amigo Wilhelm Braun. Era un martes, y los dos hombres tenían la costumbre de reunirse las noches de los martes. El doctor Wilhelm Braun era médico[22] y tenía una pequeña consulta en Hallesches Tor. No le reportaba mucho dinero, pero le bastaba porque le procuraba el mayor de los lujos para una persona moderna: le dejaba un montón de tiempo libre. Wilhelm Braun podía dar largos paseos y abismarse de camino en sus pensamientos, ir al cine o al teatro, leer o debatir con sus amistades, y todavía le quedaba tiempo suficiente para dedicarse a su ocupación favorita: traducir poemas en latín. Como médico era meticuloso y concienzudo, pero como traductor era un hombre de primera calidad. La traducción de la *Eneida* en la que llevaba trabajando muchos años era considerada una obra maestra entre los entendidos[23].

Wilhelm Braun era de menor estatura que Leopold (que tenía aproximadamente 1,78 de altura) y muy gordo. Su cabello había encanecido tempranamente, pero su frente era hermosa, y sus manos y sobre todo su boca, la forma de sus labios era extraordinaria. Su mujer había muerto hacía siete años, y Braun vivía soltero desde entonces, mientras su única hija se educaba en un internado de Turingia.

Dos años después de la muerte de su esposa, Wilhelm conoció a Erika Welter, y esa es una historia que tal vez se desvía un poco de nuestra trama, pero que no obstante hay que contar.

Wilhelm Braun estaba cubriendo la consulta de un colega que se había ido de viaje por algunas semanas en las vacaciones cuando una tarde recibió una llamada telefónica de un tal Szatmary, de profesión agente teatral. El señor Szatmary se había cortado en el pulpejo con un cuchillo oxidado y afirmaba estar padeciendo unos dolores horribles. Braun se subió a su automóvil y condujo hasta la zona alta de la calle Friedrich. Al llamar al timbre, le abrió una chica con una

melena negra que chapurreando el alemán le preguntó qué quería. Braun dio su nombre y dijo que lo habían llamado por teléfono. La chica lo condujo a una antesala en penumbra, y Braun se quedó sorprendido de que lo hicieran esperar allí. Cinco minutos después entró una mujer embadurnada y declaró que ningún europeo culto y gravemente herido podía esperar tanto tiempo a un doctor, que su marido se estaba desangrando y por eso había solicitado la asistencia de otro médico. En ese instante se abrió una puerta que estaba tapada por una gruesa cortina de color verde y el señor Szatmary acompañó a una muchacha joven a la antesala en la que se hallaba Braun con la señora Szatmary. La muchacha era extraordinariamente hermosa, y Braun se puso a contemplar aquella encantadora aparición. El señor Szatmary vio a Braun y debió de divisar también que Braun contemplaba a su visita con miradas de admiración, pues se apresuró a colocarse al lado de la muchacha y trató de acompañarla rápidamente fuera de la sala.

—¡Bueno! ¡Qué locura! —dijo Braun, y se dirigió asimismo hacia la puerta para irse con la muchacha. El señor Szatmary se olió el peligro y se dirigió a Braun.

—Pero quédese usted, señor doctor, quédese, ya que le he llamado por teléfono para que viniera a verme. Dos cosidos son mejor que uno... le mostraré la mano para que la vea; le pagaré, pues yo soy un artista, y un artista no tiene en el mundo otra cosa que su mano.

El doctor Braun vio que la mano estaba vendada como mandaban los cánones y apartó a un lado a aquel extraño paciente.

—En medicina —dijo con ira— solo se cose una vez —y salió de la vivienda.

La muchacha estaba parada en el pasillo y esperaba el ascensor. Braun se colocó a su lado cuando oyó a través de la puerta del piso las palabras de un hombre furioso:

—¿Es que tienes que hacer pasar a ese satanás rubio justo cuando estoy yo saliendo con la pequeña?

El ascensor llegó a la planta, y Braun entró en él detrás de la muchacha. En la calle se quitó el sombrero y preguntó si le permitía ofrecerle su coche para acompañarla. Era solo un Opel pequeño, pero Erika Welter subió a él con alegría y dejó que Wilhelm Braun la condujera a casa.

—¿Qué quería de usted ese fauno grotesco? —preguntó Wilhelm.

—¿Es usted ingenuo o solo lo aparenta?

—Soy ingenuo —dijo Wilhelm.

—Quiero un papel, y lo que él quiere puede imaginárselo usted tal vez a pesar de su ingenuidad.

—Por una cosa así habría que arrancarle un ojo y arrojar su mano a la hoguera.

—¿Y quién me consigue entonces un papel?

—Su belleza y su talento.

—Usted ha dicho la verdad, en efecto —replicó la actriz en ciernes —, es sin duda un ingenuo.

La impresión que provocaba Erika Welter en Wilhelm Braun era la de una salvaje bella e incomprensible. Era al mismo tiempo fría y muy impetuosa (estaba poseída, por ejemplo, de una irascibilidad desmedida); era muy vaga cuando se trataba de escribirle una carta a Wilhelm o felicitar el cumpleaños a su propia madre, pero incansablemente pertinaz y diligente cuando estudiaba un papel nuevo; era despreocupada en asuntos de dinero, pero astuta cuando había que redactar un contrato. Fumaba y bebía como si no hubiera un mañana, pero se volvía prudente de inmediato cuando le flaqueaba la salud. No mostraba ningún sentimiento hacia sus congéneres (exceptuando a los colegas ancianos o enfermos), pero era muy sentimental con los animales. Una crítica suave podía dejarla abatida durante días, pero un elogio con gracia la volvía a poner en pie, y cuando se ponía en marcha, su ambición no conocía límites.

Wilhelm Braun la impresionaba, pero había amplios aspectos en su naturaleza que le eran completamente indiferentes, y guiada por un instinto asombroso y una desconfianza siempre en estado de alerta, se dejaba gobernar solo hasta donde a ella le convenía.

Un año después de conocer a Wilhelm Braun consiguió por fin un gran papel. Interpretó a Hannele en una reposición de *La ascensión a los cielos de Hannele* de Gerhart Hauptmann, y cuando al día siguiente del estreno salieron los noticiarios vespertinos, vio que ella era la actriz más famosa de Berlín. Alquiló un piso grande y comenzó a recibir a hombres ricos que la cortejaban y la colmaban de regalos.

—Esta espantosa vida acabará arruinándote —decía Wilhelm—, ¡vas a acabar en el cine!

—¿Acabar? ¿Qué significa «acabar»? Voy a comenzar en el cine. Anda, abre mi carpeta, en ella está ya mi primer contrato.

Wilhelm Braun aguantó medio año más, después se retiró. Estaba desesperado, pues amaba a Erika Welter como no había amado jamás, con los anhelos de un adolescente en los últimos años de instituto y con la pasión de un hombre maduro, pero no tuvo más remedio que confesarse a sí mismo que no tenía ningún poder sobre esa mujer. Guardó sus manuscritos e intentó ganar dinero tratando de ampliar su consulta por un lado, y especulando en la bolsa, por otro[24].

El resultado fue que Wilhelm Braun perdió un montón de dinero.

«En este mundillo», pensó él, «no voy a imponerme nunca. ¡Así que dejémoslo y renunciemos a él!». Sacó sus manuscritos del armario e intentó trabajar y olvidar. Un día lo llamó Erika Welter por teléfono. Estaba enferma y acudió en su ayuda. Braun lo dejó todo y se apresuró a ir a su casa. Erika tenía una apendicitis grave, pero la operación salió bien, y cuando Erika estuvo sana, pasó tres semanas con Braun a orillas del mar Báltico.

Desde entonces volvieron a verse con regularidad. Erika Welter siguió su camino y Braun el suyo, pero ahora Braun cedió y se sometió.

2

Leopold entró. Wilhelm estaba sentado, trabajando en su escritorio. Cuando miró a su alrededor y vio a Leopold de pie en la habitación, metió su manuscrito en el cajón y se levantó.

—No te molestes por mí —dijo Leopold—. Me fumo un cigarrillo y espero.

—No es necesario —dijo Braun—. Hace tiempo que acabé. No estaba trabajando, tan solo estaba limando un poco el texto. En cambio tú sí que has trabajado por todo lo alto. Vuestro periódico se está volviendo cada vez más estúpido, cierto, es incluso de una imbecilidad supina, pero tu último artículo era excelente.

—Puede que sea el último que publico en el *Allgemeine*.

—¡Anda, qué dices!

La señorita Gehrke, el ama de llaves de Wilhelm, anunció que la cena estaba servida, y los caballeros se dirigieron a la mesa. Leopold desplegó la servilleta y le contó a Wilhelm Braun la historia de su bronca con el señor Von Manberg.

—Todavía no sé qué habrá escrito en su artículo —concluyó—, pero si me pone en evidencia, dejaré el periódico.

Wilhelm Braun había estado escuchando con atención y preguntó:

—¿Quién es ese Manberg? ¿Por qué tiene tantas cosas que decir ese hombre?

—Es un renegado —dijo Leopold.

Wilhelm Braun cató el vino y preguntó si el término «renegado» no era un poco duro para un hombre que al fin y al cabo no tenía sino unas convicciones diferentes a las de su padre y sus antepasados.

—A un hombre así lo apreciaría yo mucho, y para el periódico sería una suerte que tuviera convicciones. Sin embargo, ese Manberg es algo más que un renegado. Afirma ser un republicano, pero en realidad es un antihombre puro. Detesta a sus antepasados y los teme.

No lucha en pro de algo, en pro de un ideal, sino que solo lucha en contra de. Por desgracia, esa es una actitud ampliamente extendida que crea un gran perjuicio especialmente a nuestro periódico. Dos tercios de nuestros caballeros están poseídos por un resentimiento insoportable. Ese onanismo de los impotentes es un vicio deplorable, y además tiene la espantosa consecuencia de que aquellos que lo padecen se tienen por personas de una moral excelsa. A mí eso me parece repugnante y no sé qué hacer: alguien dijo una vez que en política no había nada más repugnante que el rencor. Ese alguien tiene razón.

El caso Manberg comenzó a interesarle a Wilhelm, y Leopold contó a su amigo la historia del duelo y el comportamiento de Manberg durante la guerra. Wilhelm Braun afiló el cuchillo y cortó unas lonchas finas de la imponente pata de carnero mientras escuchaba con toda atención. Sin embargo, Wilhelm Braun era un enemigo de los duelos, y la conversación de ambos se enredó de pronto en un ovillo de contradicciones. Leopold defendía el duelo, mientras que Wilhelm hablaba de las consecuencias fatales de los duelos con sable en las hermandades estudiantiles.

Leopold dejó la servilleta encima de la mesa y se levantó.

—¡Un momento! Voy a contarte una historia. ¡Presta atención! París, rue Royale. Restaurante Wéber. Un hombre joven entra en el local, pálido, con bigote negro, vestido con mucha elegancia, zapatos de charol, abrigo de piel. En la entrada está sentado un señor mayor, un embajador retirado, y cuando pasa Proust[25] —pues se trata de él—, se imagina haber oído un comentario poco amable del embajador. Se dirige a una mesa en la que está sentado Léon Daudet bebiendo un café y le dice que ciertamente es enemigo de semejantes lances, pero que esa ofensa le resultaba insoportable, y le pide que se dirija de inmediato a la mesa del diplomático y le pregunte si pretendía ofenderlo o, en el caso de que no tuviera esa intención, si estaba dispuesto a disculparse. Léon Daudet no recibe el recado con entusiasmo, pues tales duelos se llevaban a cabo con sable o pistola, y el bueno de Proust era un hombre enfermizo y para nada adiestrado en el combate. A pesar de todo obedece, tal como es debido entre hombres y amigos.

Wilhelm Braun sonrió, y Leopold prosiguió:

—Todo transcurrió bien. El diplomático aclaró enseguida que no había pensado ni en sueños ofender al señor Proust, a quien no conocía de nada —¡y es que Proust todavía no había publicado nada! —, pero que le gustaba que ese hombre joven poseyera un sentido del honor tan sensible. Con ello quedaba liquidado el asunto.

—En un país así es fácil convertirse en un buen novelista —dijo Wilhelm.

—¡Y en un buen articulista —dijo Leopold—, pues no creo que puedan escribirse buenos artículos sin un sentimiento del honor! —Leopold volvió a sentarse frente a su plato, y Wilhelm Braun le puso otro pedazo de asado—. Debemos tener paciencia entre nosotros. En nuestra tierra reinan otras costumbres, y cada uno de nosotros está herido; ninguno de nosotros volverá ya nunca a estar sano del todo. Nuestra nación, que ha sufrido en 1914 y en 1918, lleva en su corazón dos heridas: todo lo que fue ya no es, y todo lo que será aún no es.

Se originó una pausa en la que los dos hombres se quedaron abismados en sus pensamientos. Luego, Wilhelm Braun preguntó por el doctor Achtermann.

—Es un hombre al que aprecio mucho —dijo Leopold—, pero me quedé sorprendido al ver lo pesimista que es en el fondo de su corazón.

—¿Por qué? ¿Ya no cree en tu República?

—Ya no cree en Europa.

—Esa es tremenda incredulidad, ya lo creo[26].

Wilhelm se acercó al globo terráqueo que estaba en una mesita por detrás del escritorio y contempló la imagen del mundo mientras ponía en movimiento y detenía la esfera de colores brillantes con suaves golpecitos del dedo anular de la mano izquierda.

—Los Estados Unidos son grandes, y nosotros, pequeños —dijo—. Además, nosotros no estamos unidos.

La señorita Gehrke entró en el cuarto y anunció que la señora Welter estaba al teléfono y deseaba hablar con el señor doctor.

Wilhelm se pasó dos veces la mano por el pelo y mantuvo un soliloquio consigo mismo.

—¿Y eso por qué? ¿No está actuando? ¿Está enferma? ¿Qué está ocurriendo?

Se sacó el reloj del bolsillo y vio que eran las nueve y cuarto.

—¡Ah, vale! —prosiguió—, a esta hora tiene el intermedio, acaba de ir a su camerino.

Salió del cuarto mientras Leopold se dirigía al globo terráqueo abandonado y contemplaba los gigantescos continentes que rodean Europa.

Wilhelm regresó al cuarto.

—He cometido una estupidez —dijo—, una estupidez incomprensible del todo. Le he dicho a Erika que estabas aquí, y ella vendrá después de la función.

—¿Te molesta eso?

Wilhelm no respondió y se metió las manos en los bolsillos.

—No es una dificultad que no pueda resolverse —dijo Leopold—. Me iré antes y ya está.

—No te enfades conmigo —dijo Wilhelm en voz baja, y se sacó las manos de los bolsillos—, pero no se te habrá pasado por alto que ella está enamorada de ti.

—¿Quieres decir que la otra noche ella...?

—Sí —se apresuró a decir Wilhelm—, eso es lo que quiero decir.

—No me lo creo. Estaba agitada porque venía de un estreno, y un poco bebida, además.

—No la conoces. No estaba enamorada porque hubiera bebido demasiado, sino que bebió demasiado porque estaba enamorada.

—Ya me puedes encerrar con ella en una torre. Tengo el corazón completamente paralizado...

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Me comporto muy mal contigo despachándote de aquí, por decirlo de alguna manera, pero todavía no he visto a ningún hombre que se hubiera resistido a esta mujer... Todo esto es muy difícil para mí, y como a ti te quiero igual que a ella, al menos no deseo estar presente.

—¿Quieres que me vaya ya?

—¿Te enfadas conmigo?

—Ni pensarlo. Te entiendo muy bien.

—Todavía no son ni las nueve y media. Ella actúa hasta las once. Así que si te fueras a eso de las once, me harías muy feliz... Es una maldita profesión la que tiene ella, y están todos esos ricos despilfarradores... ¡Pero el peor de todos fue ese Scheler!

—¿Quién?

—¿Eh? Un banquero llamado Scheler que la estuvo cortejando un tiempo y la pervirtió por completo.

—¿Richard Scheler?

—¿Conoces a ese hombre?

—Era un conocido mío. Estudiamos juntos un semestre en Heidelberg.

—Conoces a mucha gente.

—¡Cuenta, vamos! ¿Qué ha hecho?

—Ese idiota no solo era rico sino que además estaba enamorado, y lo estaba como un primerizo, como un estudiante, ¡como un romántico de Heidelberg! Y como estaba enamorado, Erika Welter descubrió de repente qué poder puede tener una mujer bella y famosa sobre un hombre que ha perdido el entendimiento por ella. Si ella se

hubiera topado con un viejo cínico, tal vez habría aprendido entonces que en este mundo hay que pagar por todo y que cada cosa tiene su precio. Pero como se topó con un enamorado, le concedían todo gratis y no tenía más que dar una orden y su antojo aparecía de la nada como por arte de birlibirloque. Desde entonces, ella tiene al amor por una especie de imbecilidad... ¡Ay! Todo esto es una amargura, pero no puedes entenderla porque ni barruntas las posibilidades que se esconden en esa mujer. ¡Podría haberse convertido en una Eleonora Duse, y en lugar de eso actúa en películas tontísimas, y se compra acciones, y ridículas casas de fin de semana, y cuadros de impresionistas anticuados!

—No me creo nada de eso —dijo Leopold.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que no crees? —preguntó Wilhelm.

—No creo que una mujer que podría convertirse en una Duse no se convierta en ninguna Duse, y a la inversa. No hay desarrollo. Uno es lo que llega a ser, y nada más.

—Ya te lo digo yo: no la conoces.

—Tú eres una de las personas más inteligentes que conozco, pero el hecho de que creas que se puede cambiar a una persona me deja más perplejo de lo que me dejaría un caballo que hablara o un elefante que cantara.

—He cambiado mucho —dijo Wilhelm—, y creo que se puede cambiar a una persona siempre y cuando tenga las capacidades necesarias, por supuesto.

—Esa es la moda de la época —dijo Leopold—, y no eres ningún caso aislado, en absoluto. Desde 1917 se educan en Rusia cien millones de personas, y en Italia, cuarenta. Pero el gato sigue cayendo siempre sobre sus patas, y las personas siguen siendo como siempre han sido. ¡Tú eres como Gilgamesh, y Gilgamesh era como tú!

—La revolución rusa era necesaria —dijo Wilhelm—. Esa banda de grandes príncipes debe de haber sido horrososa.

—Las clases derrotadas comparten el destino de las naciones derrotadas. El derrotado es un bellaco y está equivocado. Esa es una vieja historia. La semana pasada estuve en una reunión en la que se encontraba también un báltico muy sensato... creo que se llamaba Üxküll, que huyó a nuestra tierra en los años veinte. Ese hombre contó una historia que me impresionó: un día invitaron al embajador Eulenburg a un baile que una rica princesa de San Petersburgo ofrecía en honor de alguien. Esta ama de casa llevaba su famoso collar de perlas del tamaño de huevos de paloma. De pronto, en un movimiento enérgico de la princesa, el collar se desgarró y las perlas cayeron y rodaron por el suelo como los guisantes de un saco deshilachado.

Cerraron todas las puertas y los presentes se pusieron a buscar las perlas, pero cuando las hubieron reunido todas, resultó que faltaba la perla más grande. La propietaria aceptó la pérdida, y la fiesta prosiguió. El embajador había observado el lance, y cuando se despedía de la princesa al final de la velada, le preguntó por qué no había mandado registrar a todos los presentes. «Ya sabemos quién se quedó la perla —dijo la princesa—. ¡Pero es un pobre individuo que está de deudas hasta el cuello!»

—Es una historia bonita, sí, pero...

—Ya no lo es, ya no... Una historia bonita es algo tremendo y una preciosa rareza.

—Tengo que volver de nuevo al asunto de Erika Welter —dijo Wilhelm—. ¿Te has enamorado alguna vez de una mujer estúpida?

—Sí.

—¿Te provocaba eso?

—Sí, por supuesto. La visión de la estupidez es provocadora. Las personas estúpidas son capaces de dar respuestas que te hacen desesperar.

—Bien. Y cuando ves que esa mujer tiene cerebro debajo de su estupidez pero que es demasiado vaga para utilizarlo, ¿qué ocurre dentro de ti?

—Eso no existe. Uno es o bien inteligente, o bien estúpido. Y además, si no se es demasiado estúpido, uno es siempre ambas cosas.

—¿Y qué hiciste con esa mujer que era estúpida?

—Cuando mi amor se extinguió, me retiré.

—Así pues, ¿estás firmemente convencido de que una persona no puede ejercer ningún influjo en otra?

—El encanto de las personas reside en que son como son, y sus malas cualidades sirven para enseñarnos la virtud del autodominio. Si tienes un casero infame, entonces tendrás que engañarlo o mudarte de casa, y si tienes una amante estúpida, tendrás que ahogar sus palabras con besos.

—Entonces, ¿por qué eres de izquierdas?

—Nuestros burgueses no entienden nada de política, y albergo la esperanza de que los trabajadores sean más inteligentes en ese campo.

—Así que pretendes cambiarlo, ¿verdad?

—De ninguna manera. Yo quiero ser ministro y conseguir la aprobación de algunas leyes que creo que serían provechosas.

—No sabía que fueras tan egoísta.

—No lo soy en absoluto. Nuestra conversación me hace parecer más inteligente y mejor de lo que soy. Pero el egoísmo lleva tamborileando tanto tiempo que se ha convertido de nuevo en una

virtud. Desde hace ciento cincuenta años, Europa está entregada a un altruismo que ya no tiene ningún valor. Los líderes de esa religión son todos esos Manberg que, contemplados a la luz del día, no son en absoluto mejores que sus adversarios. A Talleyrand lo criticaron porque expresó la opinión de que las palabras sirven para ocultar los pensamientos, pero a estos charlatanes meapilas y patéticos los discursos les sirven para ocultar su vida entera.

Eran las once menos diez, Leopold se levantó y se despidió.

—Es un coñazo que tengas que irte —dijo Wilhelm—. Yo quería leerte una cosita que hice la semana pasada.

—¿El qué?

—¿Conoces las elegías de Propercio? ¿No? ¿Ni siquiera la undécima[27]? ¡Oh, amigo mío! entonces, el próximo martes te esperan dos grandes deleites: un nuevo Pfälzer que he comprado y un poema divino:

> *Deja, Paulo, de abrumar con lágrimas mi sepulcro:*
> *la negra puerta no se abre ante ninguna súplica...*

Leopold se subió a un tren elevado y se dirigió a la Plaza de Nürnberg. La calle Schaper estaba a oscuras, y cuando Leopold estaba cruzando desde la acera izquierda hacia la derecha, vio que había una luz encendida en el comedor de su casa. Se detuvo y miró hacia esa ventana. El cristal de la ventana brillaba en la noche como una estrellita de cuatro puntas. «¿Qué está pasando ahí arriba?», pensó. Abrió la puerta del edificio y subió las escaleras. La puerta del piso estaba cerrada con llave, y cuando la abrió vio una carta tirada en el suelo. La levantó y se dirigió al comedor y después recorrió todas las demás habitaciones. La vivienda estaba vacía, y Leopold no podía explicarse quién podría haber encendido la luz. Cogió la carta, la abrió y vio que era de Franziska, que lo invitaba a tomar el té el jueves por la tarde. La carta estaba escrita en un papel de color azul. La letra era clara, pintada con una pluma suave, y con muchos trazos redondos, amplios, incluso dinámicos. En concreto las ges y las zetas minúsculas, pero también las emes y las pes mayúsculas, estaban dispuestas como con un pincel o como pequeños intentos de improvisación de viñetas. Aquí y allá había también una rúbrica encima de una letra, igual que un pintor romántico estampa una pequeña luna amarilla sobre el paisaje, o como un sombrero de primavera, atrevido y muy de moda, de una mujer hermosa a la que se ve allá abajo, al final de una calle, apresurándose y alejándose en un balanceo veloz.

A Leopold, el escrito le pareció hermoso, lleno de imaginación y adorable, y se alegró muchísimo por la invitación.

22. El consultorio ficticio de Braun en la Hallesches Tor no está ni a diez minutos a pie de la consulta real de Gottfried Benn en los años veinte (calle Belle-Alliance, 12; en la actualidad, calle Mehringdamm, 38); la relación de este personaje con Benn queda sugerida de una manera evidente. También la primera esposa de Benn falleció en 1922; la hija, Nele, no creció con él; la estatura y la fisonomía de Braun se corresponden asimismo con las de Benn. El lírico y médico de enfermedades venéreas se ha convertido aquí en el médico y traductor de la *Eneida* de Virgilio. Brentano y Benn se conocían ya en los años veinte (véase la carta de Benn a Brentano del 10 de enero de 1929, en la que se dirige a él como «querido marqués» y que concluye así: «Saludos cordiales desde mi tasca de medianoche, con una cerveza fuerte y una depresión profunda»; *G. B.: Ausgewählte Briefe* [G.B. Selección de cartas], con un epílogo de Max Rychner, Fráncfort del Meno, 1986, p. 23; primera edición en tiempos de Brentano, Wiesbaden, 1957).

23. Continuación en la PE: «que supera con creces los trabajos de Voss y solo puede compararse a la labor genial de A. W. Schlegel». Además de las traducciones canónicas de la *Ilíada* y de la *Odisea* de Homero, el ilustrado Johann Heinrich Voss publicó una traducción de la *Eneida* (1799). Brentano escribió en 1943 la primera biografía de August Wilhelm von Schlegel, de quien procede una parte de la traducción canónica de Shakespeare (debida a Schlegel y a Tieck).

24. Aquí sigue en la PE una digresión de dos páginas sobre las especulaciones de Braun con el trigo en las que perdió la mitad de su fortuna. Brentano estaba familiarizado con el complejo de las operaciones comerciales especulativas por su cercanía a la redacción de economía del *Frankfurter Zeitung*, y apreciaba el libro de dos redactores de la sección de economía del *Frankfurter Zeitung,* Ernst Kahn y Fritz Naphtali, *Wie liest man den Handelsteil einer Tageszeitung?* [¿Cómo se lee el apartado de comercio de un diario?] (1921) (posteriormente regaló ese libro a su hijo Michael von Brentano). La amistad de Bernard von Brentano y Bertolt Brecht puede haber dado origen también a los detalles expuestos, pues esta digresión recuerda la exposición de las operaciones especulativas en la novela *Dreigroschenroman* [Novela de tres al cuarto] (1934). Su distanciamiento de Brecht después de la guerra podría darnos la explicación del recorte de este pasaje.

25. Léon Daudet cuenta esta anécdota sobre Marcel Proust y el diplomático de Lagrenée en *Salons et Journeaux,* en Léon Daudet, *Souvenirs des milieux politiques, littéraires, artistiques et médicaux. De 1880 à 1908,* vol. 4, París 1917, pp. 300 y s.; tampoco aquí es posible saber nada acerca del sentido de la presunta *phrase désobligeante*.

26. En este punto se añade en la PE un tercio de página sobre la política económica de Estados Unidos hacia Alemania.

27. Del Libro Cuarto, Elegía 11, la difunta Cornelia le habla desde el inframundo a su marido Paulo (L. Aemilius Paullus Lepidus) en el año de su muerte (16 a. C.), el mismo año de esta elegía (cf. Sextus Propertius: *Sämtliche Gedichte* [latín/alemán], traducción y edición de Burkhard Mojsisch y otros, Stuttgart, 1993, pp. 317, 405). La traducción de los versos es de Antonio Ramírez de Verger, en la edición de las *Elegías* de Propercio de Gredos.

Capítulo 5

Sobre las aves serpiente, las estrellas centelleantes cuelgan de torres que se balancean.
Georg Heym

1

Los pájaros cantaban y Franziska se despertó. Era la madrugada, la hora del amanecer, las seis, tal vez solo las cinco. Las hojas de la ventana estaban abiertas y la luz joven del nuevo día inundaba la habitación. Era una luz gris mezclada con el brillo azulado de la noche y el resplandor plateado de la luna, y todavía muy tímida. Anki contempló el papel pintado; aún no relucía. Incluso la alfombra verde tenía un color adormilado, y los contornos de los muebles se desdibujaban y parecían diluidos como si estuvieran muy lejos. Anki sacó el brazo derecho de la cavidad suave y cálida de las mantas y puso la mano debajo de la cabeza. Aquel brazo hermoso estaba desnudo, y el aire frío fluía y lo acariciaba.

Todo causaba una sensación agradable. El cuerpo y los pies estaban calientes, pero el aire fue enfriando poco a poco el brazo y el despertar se hizo más luminoso y fresco.

Los mirlos cantaban como si estuvieran ensayando una sinfonía. «Están jubilosos», pensó Anki, y esta palabra le pareció hermosa. «¿Volverá a hacer buen tiempo... como ayer?», siguió pensando Anki. «No se oye el murmullo de los árboles. ¡No se oye nada de nada! Me pregunto si estarán inmóviles y a la espera, igual que yo estoy aquí tumbada aguantando la respiración y a la espera.» Anki apartó a un lado la manta y se dirigió a la ventana. En el pequeño jardín que tenía justo enfrente de la ventana había un grupo de abedules, casi un bosquecillo. Hace unas semanas, las ramas estaban todavía negras, desnudas, rígidas, como si las hubiera pintado Brueghel. Entoces brotó el follaje como en un estallido y casi simultáneamente aparecieron montones de frutos, pequeñas umbelas colgantes que ondeaban en las ramas como los adornos en un árbol de la Navidad, y que cubrían con un destello castaño el imponente ramillete del grupo. Sin embargo, desde ayer habían vuelto a desprenderse los frutos, y el gigantesco matorral de las copas entrelazadas mostraba a la vista un verde suave

y tierno.

Una cosa extraña: los pájaros gritaban, por decirlo así, pero Franziska tenía una sensación de paz profunda y de un silencio casi perfecto. El canto apasionado de esos animalitos (invisibles, por cierto) no turbaba el silencio. Las ramas más externas de los árboles se movían arriba y abajo, como los velos de una bailarina, pero no se les oía, y el imponente firmamento era como un altar de mármol gris que con sosegada inmovilidad recibía las sacudidas de las ramas y el canto de las aves. La noche había desaparecido, pero el sol aún no había salido; la tierra, más tranquila que Anki, esperaba el disco candente, igual que una orquesta espera la orden del director que acaba de levantar los brazos y entonces se demora cinco segundos antes de realizar el primer movimiento y dar libertad al vibrante torrente de las notas. Las manecillas del pequeño reloj azul de la mesita de noche se hallaban en una línea vertical que dividía la esfera en dos mitades. Anki rozó con una mirada fugaz ese alfabeto de números y volvió a meterse en la cama. La semana pasada, un científico joven y sensato había explicado a Anki que la vigilia no era el estado natural del ser humano, sino el sueño, que nuestra vida vegetativa, es decir, la respiración, la circulación, la actividad estomacal y glandular, era independiente de la luz de la conciencia despierta y tenía lugar en la oscuridad maternal de los sucesos naturales. En cambio, la vigilia era una actividad y una tarea del sistema nervioso central. La mente arrebataba al ser humano de la esfera vegetativa del universo viviente que se manifestaba en un estado de duermevela. La mente exigía la claridad, y su esfera en el mundo era la de la cognición.

Anki memorizó las palabras, pero le parecieron difíciles de entender y decidió preguntar de nuevo al joven investigador de alta frente qué quería decir con aquello. Se trataba de un tipo guapo, todo sea dicho, y seguramente Valerie Bendemann lo había invitado únicamente por ella, pero casarse con un profesor... ¡Qué idea más peregrina!

Media hora después, Anki se calzó las zapatillas de andar por casa y se dirigió al cuarto de baño. Se quitó el camisón, se puso bajo la ducha y se dejó rociar primero con agua caliente y después con agua fría. A continuación se secó con una toalla pequeña, frotando hasta que la piel quedó enrojecida en todas partes y se puso una bata de franela rosa. El espejo por encima del palanganero estaba instalado para la comodidad. Anki se contempló la cara, la nariz con los orificios nasales de forma modelada, las cejas espesas y oscuras y el pelo de color castaño oscuro con un destello negro. Agarró el peine, se hizo la raya a la derecha y sacudió los cabellos hacia atrás. Luego se puso

crema en la frente y en las mejillas, pero secó enseguida el ungüento blanco con un pañuelito y se dirigió rápidamente a la habitación de Hans Karl atravesando la antecámara. Hans Karl ya estaba despierto. Estaba sentado a un lado de la colcha y jugaba con la almohada, con la que acababa de formar un elefante.

—¡Ya es la hora! —dijo Anki, y abrió las contraventanas.

El niño soltó la almohada y miró a su madre.

—¿Has dormido bien? —preguntó Anki.

Hans Karl asintió con la cabeza y no respondió; todavía no sabía para nada lo que significaba dormir mal.

Anki se sentó frente a su hijo durante el desayuno y miró cómo se metía un panecillo en la boquita. Hans Karl era un chico guapo, tenía los ojos de color azul claro de su madre y el pelo castaño de su padre. La boca y la naricita también habían salido por completo al padre, y el muchacho, en conjunto, era más un Scheler que un Westegg. Anki lo amaba tanto que a veces se preguntaba si era bueno para el niño estar apasionadamente pendiente de él. Sin embargo, él era ahora lo único que ella tenía en el mundo, y sabía que no podía cambiar ese sentimiento por su hijo.

—Tienes que lavarte otra vez las manitas —dijo Anki—, le has dado de comer mermelada a tus dedos. ¿Tienes las orejas limpias? A ver, enséñamelas.

El niño inclinó la cabecita y dejó que su madre le mirara los pequeños pabellones auditivos, que estaban completamente limpios. A las nueve y media, Anki salió de casa con Hans Karl y lo llevó a la guardería de la señorita Landolt, que estaba a cinco minutos en una calle lateral. A continuación caminó hasta la estación de Halensee y allí tomó el autobús para ir al oculista. Desde hacía algún tiempo estaba perdiendo vista; no era grave, tan solo dos dioptrías, pero le afectaba en la calle y en el cine, y se había decidido por unas gafas graduadas. Ahora le llevaba las gafas al médico para que comprobara que el óptico había realizado correctamente su trabajo.

El oculista era un soltero estrafalario que vestía un chaqué de medio faldón y puños almidonados. Después de saludar a Anki con una profunda reverencia, se sentó junto a una especie de telescopio y examinó las lentes.

—¡Si se trata de tus ojos, ve a Ruhnke[28]! Sus gafas están impecables —dijo—. Veamos ahora cómo le sientan.

Agarró las gafas con sumo cuidado entre el pulgar y el dedo índice de ambas manos al tiempo que separaba los dos dedos meñiques, y se dispuso a colocar las gafas a Anki, pero ella se las quitó con rapidez de las manos, deslizó las patillas por encima de las orejas y dentro de la

cabellera y se colocó delante de un espejo.

—¡Ha elegido un buen color, le quedan muy bonitas! —dijo el doctor.

—Es muy amable de su parte, pero la belleza es otra cosa —dijo Anki, girando la cabeza a derecha e izquierda.

—Podría llevar un monóculo —dijo el médico.

—Eso sería demasiado llamativo —dijo Anki—. No soy actriz.

El oculista vivía en la calle Kleist, y cuando Anki salió del edificio, decidió ir a la cercana calle Nettelbeck y hacer una visita a los Bendemann. Desde la velada en casa de Karl Chindler, Franziska no había vuelto a ver a sus amigos, y quería preguntar a Otto qué le había parecido el sacerdote. Abrió la anciana Fine.

—¿Qué tal están? —preguntó Anki.

—Hoy no van bien las cosas —dijo Fine—. Yo iba a llamar por teléfono incluso, pero la señora baronesa no me lo permitió. Está en cama.

Anki dejó el sombrero en el perchero, y Fine guardó los guantes de Franziska en el bolsillo del abrigo.

—¿Qué tiene? —preguntó Anki.

—Reúma, y el corazón anda otra vez terco.

Anki llamó a la puerta del dormitorio y entró con cautela.

—¿Se puede o molesto?

—¡Franziska! ¡Qué agradable sorpresa! —dijo la señora Von Bendemann—. Eres de verdad una buena persona, creo que la única en toda Berlín que aún tiene suficiente corazón para visitar a un enfermo. Las demás la dejarían morirse a una y no se darían cuenta siquiera. ¿Quieres que me levante porque has venido? Podría levantarme, pues el corazón esta mañana me va un poco mejor. Si se echa una en la cama con decisión y de inmediato, y se está sin moverse, los achaques pasan con mayor rapidez.

Anki cogió una silla y se sentó en la cabecera de la cama, pero no como un médico que se sienta enfrente del paciente, sino al lado de su prima, de modo que tenía frente a ella la habitación. Era un cuarto alargado, no muy amplio, que estaba atestado de gigantescos castillos de madera de caoba. Incluso las paredes estaban cubiertas de arriba abajo de cuadros y fotografías.

A los pies de la cama había una cómoda con la parte superior cubierta asimismo de fotos que en marcos pequeños y grandes estaban dispuestas una tras otra, muy pegadas. Anki contempló aquel bosque de fotografías y preguntó a la señora Von Bendemann cuánto tiempo hacía que estaba enferma en cama.

Valerie respondió con una evasiva y Anki se levantó.

—¿Desde cuándo tienes expuesta esa cantidad enorme de fotos?

—Eres buena observadora —dijo Valerie.

Anki sacó las gafas del bolso y contempló las imágenes.

—¿Qué es esto? ¿Ahora llevas gafas? ¿Es que ya no ves? Te quedan pero que muy bien.

Anki giró la cabeza a un lado y dejó que se le vieran las gafas, luego volvió la vista a las fotografías.

En primerísima fila estaban en marcos de piel de color azul las imágenes de ella, de Hans Karl (¡su marido divorciado!), de su hermana Inge y los hijos de esta.

—Me gusta la foto de la izquierda —dijo la señora Von Bendemann.

—¿Cuál?

—La que está a la izquierda del todo...

—¿La mía?

—Sí.

—Eres una conservadora —dijo Anki, contemplando la foto de su exmarido.

—¿Por qué? ¡Ah, vale...! ¿Me lo dices porque tengo en pie una foto de Scheler? Sí, mi niña buena, me pasan esas cosas... No puedes negar que era un muchacho simpático... No puedo cambiar mis sentimientos solo porque tú hayas cambiado los tuyos. ¿Eres realmente feliz ahora? ¿Está bien eso de andar sola todo el día?

—Pensaba que sabías lo que significaba un matrimonio infeliz.

Valerie no respondió y Anki prosiguió contemplando las fotografías. En el centro había una foto del príncipe heredero en un marco de plata en el que estaba grabada su firma en la parte inferior. Al lado estaba la foto de una mujer joven muy bella con una pesada corona de cabellos y dos ojos oscuros y tristes.

—¿Quién es? —preguntó Anki levantando la foto en alto.

—Está muerta —dijo Valerie—. Era una amiga de mi madre, una princesa Weißenburg, la mujer más bella que he visto nunca. Amaba al hermano de su marido, y cuando lo mataron en un duelo poco después de la boda de ella, cayó en una tristeza tan terrible que durante años estuvo sin decir una sola palabra. La gente decía que el marido había organizado el duelo para deshacerse de su hermano... No sé si esa historia es cierta, por aquel entonces yo era una niña pequeña, pero mi madre me contó la historia de esta manera. Yo adoraba fervientemente a esa mujer, y estoy contenta de que me la hayas traído a la memoria. Cuando me ponga bien, iré a llevarle unas flores a su tumba.

Fine entró en el cuarto y preguntó si la señora Scheler se quedaría a comer.

—No, gracias —dijo Anki—. Tengo que volver a casa.

—Claro que te quedas aquí. Acabas de llegar...

—Tengo a Hans Karl conmigo y no puedo dejar que coma solo.

—Es realmente una cruz con vosotras, las madres modernas. Todas no sois nada más que niñeras. ¿Por qué razón no va a poder comer solo el chico? Tu Luise es una perla como criada, y si tu Marie ha cocinado algo bueno, al pequeño le sabrá a gloria.

—Tengo invitados para el té...

—¿Ah, sí? Eso sí que es una novedad. ¿Desde cuándo has vuelto a recibir invitados en casa? Bueno, pero entonces nos salen bien las cuentas. Te quedas a comer aquí y te vas a casa a tomar el té. Ponga mesa para tres, por favor.

—¿Vas a levantarte?

—Sí. Voy a levantarme ahora y a tomar un baño caliente. Si te parece bien, puedes hablar mientras tanto con Otto.

Anki se levantó y se dirigió al cuarto de Otto Bendemann, que estaba enfrente. El diplomático estaba sentado frente a su escritorio con una chaqueta de lino verde sin cuello y contemplaba un libro cuyo papel examinaba con una lupa grande. Cuando Anki entró, él se sobresaltó y colocó rápidamente una hoja de papel secante por encima del libro, pero cuando reconoció a Anki, retiró el papel secante y se levantó.

Anki se quedó sorprendida; el señor Von Bendemann había realizado un movimiento como el de un ladrón pillado en plena faena, y le resultó espantoso ver la mezcla de temor y de rabia que apareció durante unos instantes en sus ojos.

—Esta es una visita que pone contento a mi corazón —dijo Bendemann, y besó la mano de Anki—. Además, llevas un vestido encantador.

—¿Qué tal estás? —preguntó Anki.

Otto Bendemann miró hacia la puerta y se aseguró otra vez de que realmente no hubiera entrado nadie más que Anki. Entonces dijo:

—Estoy bien. He vuelto a encontrar una joya. ¿Quieres verla? ¡Aquí está la joya de mi nuevo hallazgo!

Cogió con sumo cuidado el libro que había tapado con el papel secante cuando entró Anki en su cuarto y se lo tendió a esta. Se trataba de un pequeño volumen en edición rústica, ligero como una pluma y con aspecto de ser antiguo. Anki abrió la cubierta y leyó: «Alemania, de Anna Germaine, Baronesa von Staël-Holstein. Berlín 1814».

El señor Von Bendemann había seguido la mirada de Anki y le quitó el libro de las manos.

—Hay que entenderlo, pero cuando tienes un poco de conocimiento en estas cosas, entonces entiendes que este ejemplar poco llamativo es un libro raro y, además, exquisito.

Anki se sentó en el sofá, y Bendemann le preguntó si ya había visto a Valerie.

—Sí. Me asusté cuando Fine me dijo que estaba enferma, pero parece que se siente ya mejor.

Bendemann no replicó.

—¿Qué le pasa realmente a su corazón? ¿Habéis consultado a un buen médico? Una no puede estar padeciendo del corazón y tomar baños calientes, ¿no te parece?

—Debería callarme, pero esto que quede entre nosotros: ¡está rebosante de salud!

—¿Por qué está en cama entonces?

—Es su invención más novedosa. Hay que tener compasión de ella, pues se mata trabajando, pero se lo pone condenadamente difícil a todo el mundo.

—¿De verdad crees que no tiene nada?

—Nada de nada. Solo está enfadada, colérica y amargada. Está otra vez pasada de rosca, contra mí, y contra Dios, y contra la República, y contra los astros, y contra la criada, y contra mis libros, y contra mi peinado. No puedes hacer nada por remediarlo, simplemente soportarlo. Pero es difícil de soportar, créeme.

—También es difícil vivir a solas.

—Ya lo creo, pero cuando estás viviendo de la mañana a la noche con una persona que te critica constantemente, entonces te entran unas ganas de estar a solas que en ocasiones apenas puedes dominar.

—Tiene un carácter complicado, pero también tiene sus lados buenos.

—Ese es un consuelo de muchos. ¡Vive como vivo yo! Pero las raíces de este mal son mucho más profundas. Vosotras, las mujeres, habéis emprendido un mal camino al precipitaros en la igualdad de derechos.

—Esas son afirmaciones que dan risa —dijo Anki.

—Cuando dejé el Ministerio de Asuntos Exteriores en el año 18 porque yo, como hombre conservador, no tenía ningunas ganas de convertirme en un enviado de los socialdemócratas independientes, Valerie se puso en contra y, hecha una furia, despotricaba de que un hombre de mi edad se quedara tumbado a la bartola. Cuando en 1922 me decidí a aceptar el puesto y fui como enviado a Bruselas, ella se puso de nuevo en contra. Escupió a la bandera negra, roja y dorada, y mandó que le colocaran un banderín negro, blanco y rojo en su coche,

hasta que el secretario de Estado me escribió en persona una carta. Entonces, cuando tuve mi bronca con Stresemann, ella volvió a ponerse en mi contra, y así ha sido siempre con todas las cosas que he emprendido en mi vida. Ella cree que una mujer moderna tiene el derecho a opinar, pero eso es un error, pues es muy difícil juzgar un asunto que no lleva a cabo uno mismo, sino que solo observa. Además, ella no opina en absoluto sobre el asunto en cuestión, sino únicamente para autoafirmarse ella misma. No puede dejarme en paz, pues opina que si lo hiciera, se rebajaría a ser una esclava mía. Estar a mi favor, tirar del carro conmigo, eso lo considera una actitud sumisa que vulnera su seguridad en sí misma, y como no tiene nada que hacer, ni tampoco quiere hacer nada, se echa encima de todo lo que hago yo, y lo critica por criticar. Es una situación horrorosa que llevo soportando desde hace veinte años. Lo último de todo es que siente aversión por mis libros. Ya no tenemos más bienes ni fortuna, y como soy un funcionario jubilado, ella considera que soy un mendigo fracasado y un despilfarrador que tira su dinero por la ventana. Eso es una estupidez y una injusticia, pues toda mi vida he sido un hombre prudente y nunca he gastado más dinero del que tenía. Estos libros son valiosos, y hay ejemplares que he comprado muy caros, de acuerdo, pero valen su peso en oro, y lo abominable es que estoy invirtiendo en esta colección por Valerie. Moriré antes que ella y recibirá una pensión muy pequeña, pues las pensiones por viudedad no son muy elevadas en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Pero ella dispondrá entonces de estos libros, y si vende esta biblioteca con sensatez, recibirá por ella una pequeña fortuna. Entiendo de estas cosas y he adquirido una gran parte de mis ejemplares muy por debajo de su valor real. No soy agente de bolsa y no entiendo nada de acciones, pero sé que hasta el momento he gastado aproximadamente sesenta mil marcos en mi colección y que su valor es, por lo menos, de noventa mil. ¡Ay! Es un destino insignificante estar casado con una persona que no te entiende. Me he esforzado mucho con Valerie, pero todo ha sido en vano. Ese eterno criticarme me ha envenenado. No quiero volverme mejor de lo que soy, en absoluto. He cometido errores en mi vida, y tal vez me equivoqué al enemistarme con Stresemann. ¡Pero es que yo era un admirador de Brockdorff-Rantzau[29] y estoy a favor de los rusos! Además, todos cometemos errores, y todos los días. Esto no es nada nuevo y tampoco es algo que no pueda corregirse, pero si un buen día comienzas a reflexionar sobre tus errores, entonces estás perdido. Ya no puedes deshacer lo que hiciste. ¡Estás nadando río abajo, así que déjalo estar! Ahora bien, eso que debes o quieres hacer esta tarde... eso sí puedes pensarlo, y lo

puedes hacer o tal vez dejar de hacer. ¡Todavía está en tu poder!

Anki miró al exterior por la ventana y pensó que esa tarde había invitado a Leopold Chindler a tomar el té.

La montaña de libros de Bendemann estaba alojada en cuatro grandes estanterías que ocupaban por completo las paredes de la habitación y que alcanzaban el techo. Bendemann se acercó a la estantería central, y su mirada se posó un instante en los lomos apretados e inmóviles de sus tesoros, como se posan los ojos de un pastor orgulloso que cuenta atentamente los vellones de sus ovejas. Sin embargo, al cabo de un segundo se extinguió esa mirada. El antiguo enviado se dio la vuelta con un movimiento rápido y dio la espalda a sus amados libros como se aparta uno de un amigo que te ha herido profundamente.

—Ya no me gusta esto —dijo en voz baja—, ya no me gusta esto. ¡Estoy comenzando a despreciarme a mí mismo!

—¿Qué quieres que hagamos las mujeres, di? —preguntó Anki—. ¿Una mujer debe decir siempre «sí» y «amén» a todo?

—¡Sí! ¡Su misión es servir! ¡Debe obedecer! Eso la hace libre. ¡Ese es su deber, y lo único que te hace libre en la vida es el deber cumplido!

Anki pensó en Richard Scheler y en su casa, de la que salió una buena mañana para no volver a entrar en ella nunca más.

—Esto suena muy chapado a la antigua —prosiguió Otto Bendemann—, pero es que la verdad rara vez aparece con la figura y de los labios de una chica joven. No estoy exigiendo algo injusto; si engaño a Valerie, ella puede defenderse, está en su derecho; pero si yo colecciono libros, ella tiene que dejarme en paz, ¡es mi derecho! Pero una persona que no tiene ninguna noción de sus deberes tampoco la tendrá de sus derechos, y quien no conoce sus derechos tampoco respetará los de los demás. Es una cadena en la que un eslabón se engarza en otro.

—Deberíais haber adoptado a la criatura por aquel entonces.

—¿Qué criatura?

—Ibais a adoptar a una criatura, de algún hombre que murió en Silesia poco después de la guerra.

—Ah, vale... Sí. ¡Sé lo que quieres decir! Pero en esta casa siempre sucede lo mismo: yo estaba a favor y Valerie estaba en contra.

—A mí me contaron una historia diferente.

—Lo siento. Solo puedo repetirte que yo estaba a favor. Pero ese fue también un asunto con el que ella me volvió medio loco. Por aquella época fuimos a Breslavia a ver a la pequeña. A mí me gustó mucho, y realmente estábamos decididos cuando de pronto Valerie

comenzó a titubear. Decía que la niña no tenía un aspecto muy saludable y que primero había que indagar qué enfermedades existían en la familia. A mí eso me pareció un aburrimiento porque hay familias sanas que tienen hijos enfermos, y familias enfermas que procrean hijos sanos. Beethoven era hijo de un borracho. En resumidas cuentas, mandé que indagaran, y cuando los resultados realmente eran favorables, Valerie quiso que yo le confirmara que esa niña era la criatura más sana, más inteligente, más bonita, más genial, más aplicada, más cariñosa y más apacible de todos los tiempos y de todos los siglos, y cuando yo dudé de tal cosa, ella dijo que yo también estaba en contra de la adopción, y ya no quiso ver más a la niña.

Fine entró en el cuarto y anunció que la comida estaba servida. Anki se levantó y fue con Otto Bendemann al comedor. Valerie no estaba todavía allí, y Anki fue al dormitorio de Valerie a buscarla. Valerie estaba sentada frente a su espejo con unas pinzas tratando de arrancarse un pelo que le había crecido en la barbilla.

—Habéis estado conversando entre susurros —dijo, y se recostó en el sillón.

«¿Habrá estado escuchando a escondidas?», pensó Anki. «Eso no sería agradable.»

—¿De qué habéis hablado?

—Bueno, pues... de todo tipo de cosas, y al final, Otto me leyó algo.

Valerie se inclinó hacia delante y examinó la forma de su barbilla.

—¿Ha vuelto a comprarse otro libro?

—No, creo que no, era un libro viejo el que estaba hojeando casualmente cuando entré.

—¡Te equivocas, querida! Otto solo compra libros viejos. Se gasta todo nuestro dinero en esas tonterías. Pero cuando me pongo enferma y necesito un doctor, entonces no hay dinero. Ya estoy harta, y si las cosas continúan así, un día agarraré un puñado de sus libracos, los venderé y me embolsaré el dinero.

Valerie hablaba con mucha calma, pero eso solo hizo que el efecto de sus palabras fuera aún más vehemente, incluso escalofriante.

—La de cosas terribles que puedes llegar a decir —replicó Franziska —. Ahora ven, la comida está servida.

Valerie inclinó la cabeza a un lado, sujetó el pelo con las pinzas y lo arrancó.

—No está bien envejecer —dijo—. Alégrate de que aún seas joven y no vivas como una monja. Un día te arrepentirás de todo lo que no hiciste, y entonces será demasiado tarde. Voy a confesarte mi propia experiencia: una persona no se va haciendo mayor... Esa es una expresión errónea. La edad se asemeja a una enfermedad y llega igual

que una enfermedad... Un día te despiertas y tienes dolores o te despieras una buena mañana y eres vieja.

Valerie se inclinó hacia delante y acercó la cara al espejo. Entonces dijo:

—Todavía no es mi caso, ¡pero lo será dentro de dos años!

Valerie era una muy buena ama de casa, y la comida sabía a gloria. Hubo algunas ensaladas como entrantes, sopa de pollo con arroz y después una crema fría que era una obra maestra.

Hablaron de comidas, y Otto Bendemann contó que encontró el mejor restaurante en toda Europa en la pequeña ciudad polaca de Radom.

—El dueño se llamaba Wierzbicki —dijo Otto—, y visto por fuera era una tasca normal y corriente, pero el muchacho nos preparó un pato *à la nantaise* como no han vuelto a servirme en mi vida.

Valerie no tenía buenos recuerdos de Polonia y habló de Bruselas, donde también se comía muy bien.

—Donde mejor se come en Alemania es en Hamburgo —dijo Otto.

Anki prestaba atención. Ella había estado una vez con su marido en Madrid y no había vuelto a salir de Alemania nunca más.

El señor Von Waldstein llegó después de comer. Era un jinete famoso y desde hacía un año estaba destinado en Hannover, en la Escuela de Equitación para Oficiales. Valerie lo apreciaba y afirmaba que Waldstein era la única persona que sabía cómo cortejar a una mujer. Anki se mantuvo al margen, pero no pudo evitar que el señor Von Waldstein estuviera más pendiente de ella que de Valerie.

«Ya veo que van a volver a machacarme los oídos», pensó Anki. Sin embargo, Valerie estaba esa tarde de muy buen humor, y Anki se dio cuenta de pronto de que Valerie estaba incitando realmente al señor Von Waldstein a cortejarla.

Los dos caballeros se dirigieron a la biblioteca, donde Otto Bendemann quería mostrarle al señor Von Waldstein un libro sobre la doma de caballos.

Valerie se levantó y recogió las tazas de café.

—¡Este Waldstein! Ese sería un marido para ti —dijo de pronto—, yo en tu lugar me casaría con él.

—¿Desde cuándo eres tan generosa? —preguntó Anki, que miró con desconfianza a su amiga.

—No soy nada generosa —dijo Valerie—, pero tengo un defecto de nacimiento. Adoro a ese Waldstein, pero eso no me impide ver que sería el marido correcto para ti... y, después de todo, yo ya tengo un marido.

Los caballeros regresaron al salón y la conversación continuó sobre

temas generales hasta que Anki miró el reloj y constató con horror que eran casi las cuatro.

—Oh, Dios mío —dijo—. Son ya las cuatro y tengo invitados a las cuatro y media.

Se levantó, paró un taxi en la calle y se dirigió a su casa.

---

28. Lema publicitario del óptico Carl Ruhnke; su empresa existió desde 1896 hasta 2002, y desde el año 1915 fue la mayor marca alemana de gafas a buen precio.

29. El diplomático independiente Ulrich von Brockdorff-Rantzau (1869-1928) fue el primer ministro de Asuntos Exteriores de la República de Weimar; dimitió en 1919 junto con el gabinete al completo porque no quería firmar el Tratado de Versalles. Como embajador en Moscú desde 1922, abogó por un acercamiento prudente de Alemania a la Unión Soviética.

Capítulo 6

¡Infancia y adolescencia, las alabo con toda la dicha!
Goethe

1

Anki entró con precipitación en su dormitorio. Eran casi las cuatro y media y quería cambiarse de ropa. Dejó que la falda se le deslizara desde las caderas hasta el suelo y al mismo tiempo llamó apretando con el codo el timbre que estaba atornillado a la pared junto a la puerta.

Marie entró en el dormitorio.

—¡Mi pequeña Marie! ¡Criatura angelical! ¿Tiene usted un momentito? ¿Puede ayudarme un poco? ¿Ha puesto ya todo bien en la mesa para el té?

Marie asintió y sacó el vestido rojo del armario.

—¿Quiere ponerse este? —preguntó sosteniendo el vestido en alto y mirando alternativamente a Franziska y el vestidito vaporoso que colgaba de la percha.

—¿Me lo pongo? —preguntó Franziska examinando el vestido—. ¡No, no, es demasiado rojo! Deme mejor el azul. ¿No acaban de llamar al timbre? La campanilla del pasillo se ha vuelto muy tímida desde hace algunos días.

—No han llamado al timbre. Yo no he oído nada. ¿Qué vestido azul quiere usted? ¿El viejo o el nuevo?

—¡El nuevo! ¡Tenemos que darnos prisa! ¿Dónde está mi cepillo del pelo? ¿Se ha acordado de poner los tulipanes en la mesa?

—El cepillo lo tiene a su lado, frente al espejo.

—Es que ya no veo nada. Hoy he ido a hacerme unas gafas. Deme mi bolso, por favor.

Marie se acercó al pequeño escritorio que estaba frente a la ventana y tendió a Anki el bolso. Anki sacó las gafas nuevas del estuche, se las puso sobre la nariz y miró a Marie inclinando un poco la cabeza y apoyando las manos en la cadera.

—Pero qué bien le quedan —dijo Marie sorprendida.

—¿Es verdad eso?

—No parece usted mayor para nada, sino más joven... como una

muchacha... Siempre pensé que las gafas hacen parecer mayores a las personas.

Anki se puso ante el espejo y se cepilló el pelo.

—¿Puedo irme ahora? —preguntó Marie—. Tengo nuestro chocolate al fuego.

—¡Por supuesto! Mil gracias por la ayuda. ¿Qué está haciendo Hans Karl? ¿Ha comido como es debido?

—Estuvo muy simpático y con mucho apetito.

Anki examinó su vestido, cuyo plisado ya no mostraba la frescura de lo reciente, y se giró a un lado y al otro frente al espejo. A continuación se humedeció las puntas de los dedos índices con la lengua y se alisó las cejas.

—¡Bien...! ¡Ya está lista la señora!

Salió de su dormitorio y se dirigió a la habitación de Hans Karl atravesando la antesala. El chico estaba sentado ante una mesita barnizada en azul y pintaba aplicando grandes manchas de colores sobre papel y arrojando al suelo con ímpetu las pinturas terminadas. Anki se sentó al lado de su hijo y besó la piel suave de sus mejillas.

—¿Has comido bien? ¿Quieres un pedazo de tarta después?

—¡Mami! Esta mañana he visto una liebre.

—¿Una liebre de verdad? ¿Dónde ha sido eso?

—Estuvimos en el bosque de Grünewald.

—Eso es una novedad tremenda. Me la tienes que contar con todo detalle.

El chico se subió al regazo de su madre y le contó la excursión que había organizado la guardería al bosque de Grünewald y el encuentro con la liebre. Anki contemplaba la pequeña frente y las hermosas y largas pestañas y prestaba atención. Marie había vestido a Hans Karl con unos calcetines cortos, y la mano de Anki se posó en la pequeña y cálida rodilla desnuda.

Sonó la campanilla de la puerta del pasillo.

—Oye... ahora tengo que irme. Han llamado a la puerta, viene una visita. Pero si te portas muy bien, para la cena tendrás un pedazo grande de tarta.

La sala de estar de Franziska estaba amueblada con muebles tapizados de color verde claro. En el suelo había una alfombra grande, muy blanda, de color rojo oscuro, mientras que las cortinas eran de nuevo verdes, confeccionadas con una seda ligera, suave, de caída larga. En las paredes colgaban dos grabados antiguos. Uno mostraba unas vistas de la ciudad de Stettin; el otro, el Palacio Real de Berlín en la época de Federico Guillermo I de Prusia.

En una mesita había una traducción alemana de la novela *Arte,*

amor y todo lo demás[30] del inglés Huxley que se había publicado hacía poco.

Leopold había leído el libro y le gustó que Anki lo tuviera en casa; se trataba de una creación literaria inusual, el intento osado y muy transparente de una mente aguda y mordaz, que al otro lado del Canal de la Mancha contemplaba los mismos problemas con los que también luchaba la juventud del continente.

Anki entró. Sus ojos resplandecientes y claros sonrieron a Leopold, y la primera sensación que tuvo fue de asombro de que una mujer tan joven y tan bella estuviera divorciada y viviera sola.

—Lee libros difíciles usted —dijo él, y señaló el de Huxley.

—No es fácil de leer —respondió Anki—, y todos los personajes que aparecen son, por desgracia, antipáticos.

—¿Le parece eso? El escritor es un tipo simpático.

—Solo he leído la mitad del libro —dijo Anki—, pero hasta el momento no me ha gustado ninguno. Tal vez mejoren esos personajillos con el tiempo.

El comentario de Anki fue lo que por aquella época se denominaba «banal», y Leopold preguntó si Anki deseaba encontrarse en los libros solo a héroes brillantes.

—No tengo nada en contra de los villanos —dijo Anki—, pero deben poseer un algo, tienen que gustarme.

Anki pidió el té, y los dos estuvieron hablando un rato más sobre la lectura de novelas; sin embargo, Anki respondía de repente con mucha cautela, casi con timidez. Se comportaba como alguien que se ha aventurado en exceso en un primer arranque y que luego retrocede despacio para retirarse a posiciones seguras. La vivacidad de su carácter, visible durante unos instantes como un coche que pasa a toda pastilla o como el pecho de una mujer que se agacha hacia el suelo y recoge su pañuelo, desapareció y en su lugar volvió a aparecer la máscara cortés y sonriente con la que Anki había recibido a Leopold al entrar en la sala de estar. La conversación se volvió superficial, y Leopold se limitó a contemplar los movimientos de la anfitriona, el juego de sus brazos desnudos hasta el codo cuando Anki alzó la tetera del infiernillo de plata y vertió el agua hirviendo en la jarra o los gestos de vigoroso agarre de sus manos, cuando Anki ofreció a Leopold diferentes fuentes pequeñas, llenas de sándwiches y de pastelitos.

Anki se había olvidado de ofrecer cigarrillos.

—Ah, no, guárdeselos —dijo ella cuando Leopold se sacó la pitillera del bolsillo y preguntó a Anki si se le permitía fumar—; tengo cigarrillos aquí, quiero que en mi casa fume usted mi tabaco.

Se levantó y se acuclilló frente a una cómoda. Los cigarrillos estaban en el cajón de abajo. Al agacharse, su falda rozó la pelusilla de la alfombra, y su talón derecho, un diminuto montículo, se alzó del zapato pequeño con forma de zapatilla de color azul.

Es una tarea del hombre comprar y ofrecer todo aquello relacionado con fumar, y cuando ella se agachó ante la cómoda y extrajo aquel pesado cajón, Leopold percibió que vivir a solas era mucho más penoso para una mujer que para un hombre.

Eran las seis y media y Leopold se levantó para irse a casa.

—He descubierto un pequeño y simpático restaurante en la calle Kant —dijo él—. ¿Me daría usted la alegría de almorzar conmigo alguna vez en él?

—En estos momentos tengo a mi hijo en mi casa —respondió Anki —, y no me gusta dejarlo solo. ¡Pero cuando él vaya a casa de sus abuelos y yo me encuentre sola de nuevo, iría con mucho gusto!

Leopold no sabía que Hans Karl iba a viajar a Pomerania ya al acabar esa semana y que, por tanto, Anki iba a quedarse sola muy pronto, y por eso le pareció que su respuesta era más que una evasiva, casi una negativa, unas calabazas con cortesía.

—Como usted mande —dijo él.

—No ha cambiado para nada —dijo Anki echándose a reír—. Ese tipo de respuestas ya las daba usted también en Heidelberg.

—Parece que observa muy bien a sus congéneres.

—Con algunas personas lo consigo, y con otras, nada de nada.

—¿Cuánto tiempo vivió en Heidelberg?

—Seis años.

—¿Estudió la carrera en Heidelberg?

—No. Mi padre no quería. Fui de oyente a algunas clases magistrales, pero tampoco habría podido estudiar una carrera porque no hice los exámenes del final de la secundaria.

En su piso, Leopold se sentó al lado de la estufa blanca y trató de reflexionar sobre Anki; sin embargo, no lo consiguió, no reunió el recuerdo de ninguna imagen nítida de su carácter. Su figura escapaba a cada intento de sus pensamientos por captarla. «¡Qué diablos!», pensó, «me conoce mejor que yo a ella», y ahora, al acordarse de aquella Anki a la que había visto hacía mucho tiempo en Heidelberg, recordó también lo atolondrado y torpón que era él por aquel entonces. Ay, qué burra es una persona cuando tiene veinte añitos y no posee todavía ninguna experiencia, pero quizás se imagina que lo es todo con su pequeño entendimiento.

Un sombrero fue lo primero que Leopold divisó la primera vez que se topó con Franziska. No la conocía y no sabía quién era, solo vio un sombrero alto de paja suave y blanca y, debajo, una cara oblonga como las del Greco, unos cabellos oscuros, ojos de color azul claro, una nariz recta y austera, unas mejillas suaves, intactas y sonrosadas, y una boca displicente.

Fue en la calle Kaiser, donde por aquella época remoloneaban los universitarios de Heidelberg, y Leopold se dio la vuelta de inmediato y se fue detrás de aquella visión hermosa y llamativa. En la esquina siguiente, a la dueña de aquel sombrero encantador la saludaron una chica que se parecía a ella y que posiblemente era su hermana y dos estudiantes, de los cuales Leopold conocía a uno. Se llamaba Richard Scheler y estudiaba derecho. Era seis años mayor que Leopold y había combatido en la guerra en un regimiento de artillería de Westfalia, pero ocupaba un rango especial entre los estudiantes en general porque como hijo único de un banquero era el estudiante más rico de toda la universidad. Su padre le había concedido la compañía de un antiguo criado y dos grandes dogos, y Richard vivía a todo tren. La mayoría de sus compañeros no lo apreciaban, pero la manera con la que expresaban su rechazo y se burlaban de sus perros era banal y provinciana, y motivada en primera instancia por la envidia pura y dura. La guerra había afectado gravemente a casi todas las familias, y por aquel entonces la gente exhibía la pobreza, incluso la exageraba y estaba orgullosa de ella. Leopold tenía una opinión diferente a la de los envidiosos. A él le agradaba que en Heidelberg hubiera al menos una persona que vivía como habían vivido sus padres. Cuando Richard Scheler iba paseando por el puente antiguo con sus dos perros gigantescos, con los finos guantes de color marrón y un sombrero de paja, anticuado pero muy elegante, en el corazón de Leopold se instalaba entonces el recuerdo de las anécdotas que contaba Theodor Chindler de sus años de estudiante, y «suena tan hermoso lo que hacían nuestros padres...». Además, Richard y Leopold tenían dos pasiones en común: ambos adoraban ir a la cafetería por las tardes y leían allí un montón de periódicos. En resumen, Leopold tenía mucho aprecio a Richard.

Al día siguiente, Leopold aguardó con impaciencia a Richard Scheler de pie en un corro que charlaba en el vestíbulo de la universidad y le preguntó por la muchacha hermosa del sombrero blanco de paja. Richard se burló de él y dejó que la curiosidad de Leopold le saltara encima como un perrito al que le gusta comer

chocolatinas y se le pone una tableta marrón delante del hocico, pero era un tipo bondadoso y al final le contó todo lo que sabía. Poco después, por recomendación de Richard, el señor Von Westegg, el padre de Franziska, invitó a Leopold a su casa.

Era uno de esos días de verano como solo se conocen en el sur de Alemania, cálido, bajo un cielo azul en el que todavía había mucho blanco, un día embriagador, lleno de flores, vestidos claros, risas y excursionistas jóvenes de caras serias. Richard Scheler fue a buscar a Leopold a su cuarto, y Leopold vio con asombro que Richard se había puesto un traje que era de seda amarilla de arriba abajo.

—¿Por qué me mira así, con esa cara de susto? —dijo Richard con enfado—. ¿Está usted también tan aburguesado y es tan remilgado como esos filisteos del comedor universitario? Lo que llevo puesto es algo muy práctico, una vestimenta fresca y un color bonito. ¡En territorios más osados lo lleva todo el mundo! Por cierto, yo en su lugar dejaría el chaleco en casa; con este calor siciliano, un chaleco no es ni elegante ni aconsejable. Pero dígame, ¿por qué lleva esa corbata tan tristona? ¿No tiene algo más divertido en el fondo del armario? A ver, ¡muéstreme sus tesoros!

Scheler se dirigió al armario ropero de Leopold y examinó con atención las corbatas.

—Un lujo escaso —dijo—, no son compras para nada baratas, pero sí exentas de valentía... ¡exentas de valentía! Pero si usted es joven todavía. ¡Debe manifestar más ánimos! Tome, si no tiene nada en contra, póngase esta, la roja, es la menos tristona de todas.

Leopold hizo lo que le mandaba Richard, y los dos estudiantes salieron de la habitación.

—Bueno —dijo Richard en la calle—, ahora nos toca cumplir con el latoso deber de la compra de flores. Lo resolveremos en el negocio de la señora Salzer.

Entraron en la floristería de Salzer, y Richard Scheler se acomodó en un sillón verde de mimbre. Leopold permaneció de pie y contempló a Richard en el espejo que estaba atornillado a la pared alargada de la angosta tienda. Con su traje amarillo y sentado en aquel sillón verde en medio de un bosque de claveles, narcisos y lirios de los valles, el mismo Richard tenía el aspecto de una gigantesca planta exótica.

Una vendedora bajita, pelirroja, se acercó con timidez, y Richard la saludó como se saluda a una vieja conocida.

—Muy buenas, señorita Irma, querría unas rosas —dijo a la vendedora—, una docena. ¿Las tiene bonitas?

—Muy bonitas incluso, señor Scheler —dijo Irma, y cuando regresó al mostrador desde la trastienda, le tendió a Richard Scheler un

imponente ramo de rosas. Scheler lo examinó y realizó un movimiento de negación con la cabeza.

—No, mi niña adorada, lo encuentro demasiado abigarrado. Traiga para acá todas las que tiene usted y armaremos juntos nuestro ramito.

La señorita Irma volvió a la trastienda y trajo un cubo grande lleno de rosas.

—Esto tiene mucha mejor pinta —dijo Scheler, y entonces señaló con la punta de su bastón aquellas flores que deseaba comprar. Leopold lo miraba con admiración, pues Richard escogía con gran serenidad las flores más bonitas y a su mirada implacable no se le escapaba el más mínimo defecto, ni la hoja marchita más oculta.

En la calle se puso el ramo sobre un hombro, de modo que las flores iban balanceándose por detrás.

—Cargar con esto es pesado, pero no se puede cambiar —dijo—. Propongo que nos turnemos y que regalemos juntos este pequeño arriate.

Los Westegg vivían en una casa antigua en el centro de la ciudad. Una criada de pelo cano y cara amable abrió la pesada puerta de la casa de color marrón oscuro y condujo a los dos caballeros directamente al gran jardín a través de un largo y fresco pasillo cubierto de azulejos rojos. Ya había acudido un montón de gente, y los vestidos de las damas animaban el verde del césped igual que una alfombra china de colores da vida a una habitación. Richard Scheler desempaquetó sus rosas, atravesó el césped en diagonal y presentó a Leopold primero a la señora de la casa, luego al señor de la casa y por último a las dos hijas. El señor Von Westegg era un hombre de estatura apenas mediana. Llevaba monóculo, un traje azul oscuro y en sus pies pequeños calzaba unos zapatos abotinados de color marrón, elegantes, incluso gráciles.

Bajo la nariz asomaba un pequeño bigote blanco, y su boca y sus ojos azules burlones delataban arrogancia, lo que significa que sentía cierto desprecio por todas las personas exceptuándose a sí mismo. La señora Von Westegg era más alta y más gorda que su marido; entre sus cabellos grises había todavía mucho pelo rubio, y su cara era más franca y menos fría. Ahora bien, si el señor Von Westegg se asemejaba a un cernícalo que gusta de posarse en muros altos para poder observar el mundo abajo, la señora Von Westegg parecía ser la hembra del cernícalo que siempre se posa una roca más arriba para tener vigilado al esposo y sus excursiones volanderas.

El señor Von Westegg saludó con cortesía a Leopold y preguntó por Anna, la cuñada de Leopold, a cuyo padre había conocido. Leopold respondió, pero cuando hubo dicho la última palabra, el señor Von

Westegg se giró de nuevo hacia una anciana de pelo blanco, la princesa Lippe, que estaba sentada en una silla baja de jardín. Llevaba un vestido de seda gris y en la mano un pequeño bolso bordado con cuentas de colores, y Leopold oyó decir al señor Von Westegg:

—Comienzo a hacerme viejo, y es que me doy cuenta de que ya no me cabrean las contradicciones de la humanidad, sino que solo me divierten, de un modo muy especial las increíbles afirmaciones de los periodicuchos. La gente de poca monta nos critica y nos insulta a nosotros, los nacionalistas, pero ni barruntan que así se están criticando a sí mismos. Pues mire usted, alteza, en la época anterior a 1815 había en Europa veinte mil familias, y quien pertenecía a una de ellas era un europeo, y quien no, pues era un nacional, y esto significa que era alemán o inglés o saboyano o danés o vete tú a saber qué. Cuando tras 1815 quedaron derrocadas esas veinte mil familias y los nacionales comenzaron a ascender, Europa se dividió en eso que solo hasta entonces había sido la gente de poca monta, esto es, se dividió en franceses y belgas y vascos y holandeses, resumiendo: ¡en nacionalistas!

—Esa es al menos una nueva lectura de ese viejo problema —replicó la princesa.

Leopold se alejó de allí y regresó donde Franziska. Le había guardado un asiento a su lado y le puso enseguida en el plato dos pedazos de tarta, y Leopold se mostró muy dichoso al observar tantos gestos amables hacia su persona. Se enamoró al instante, y la pasión rebosaba en su corazón como la savia en los arbustos del jardín que todavía eran jóvenes y de un color verde claro con mucho amarillo miel dentro, y el azul del cielo flotaba delicada y vaporosamente por encima; podía contemplarse perfectamente porque ese color suave le hacía bien a los ojos.

Franziska llevaba un vestido de seda natural de mangas cortas y un pequeño escote anguloso guarnecido con un ribete de colores.

—Estoy completamente encantado con su jardín —dijo Leopold.

—Ya lo sé —replicó Franziska—, se le ve en la cara.

—¿Ya me conoce usted tan bien?

—Un poquito. El señor Scheler nos ha hablado mucho de usted.

—Entonces me lleva ventaja. Conmigo, en cambio, ha guardado silencio.

Richard Scheler había saludado al gran número de sus conocidos y se acercó para presentarle a Leopold otros invitados. Leopold se sintió aliviado al alejarse de allí, pues se había enamorado hasta tal punto que probablemente se habría callado tontamente o habría dicho cualquier bobada si hubiera permanecido más tiempo al lado de

Franziska.

—Deténgase —le dijo a Scheler—, y contemple su entorno en silencio. Un día como este no es muy frecuente. ¡Lo que vemos aquí no volveremos a divisarlo nunca de esta manera, y lo que no descubramos ahora se habrá escapado para siempre de nuestra experiencia!

—¿Tan sediento está usted de vida? —preguntó Richard.

—No siempre, pero en realidad apenas se vive si uno no lo está.

Scheler se detuvo y miró a su alrededor. Tenía una cara hermosa y en tales instantes poseía una expresión melancólica que le sentaba muy bien. Sin embargo, vio poco (y probablemente casi nada de lo que estaba viendo Leopold): caras que le eran indiferentes, el traje del señor de la casa que le quedaba bien y el globo grotesco en la cabeza enjuta de la princesa Lippe. Él tenía una manera de ser lenta y mesurada, y por aquel entonces, unas difíciles reflexiones tenían asediados su corazón y su mente: había decidido comprometerse y estaba dándole vueltas a si debía elegir a una de las hijas de los Westegg, y si la menor, es decir, Franziska, encajaba más con él que la mayor.

Así pues, ambos estudiantes estaban allí en silencio, cada uno ocupado con sus reflexiones, cuando llegó Gertrud Below, de quien Leopold se había enamorado la semana anterior. Era un poco más alta que Franziska, de ojos castaños y morena de pelo, y cuando se dirigió a Franziska, Leopold dejó plantado a Richard Scheler, se encaminó asimismo otra vez hacia Franziska y conversó con las dos muchachas. Él volvía a estar lúcido, completamente en sus cabales y enérgico, y el pequeño grupo reía mucho, y las voces de las muchachas eran como un cántico: Franziska poseía un órgano de sonido nítido y rápido, mientras que Gertrud hablaba con voz profunda y con tímida discreción.

3

Los Westegg recibían a sus invitados todos los jueves de 4 a 7, pero cuando el jueves siguiente Leopold fue a la calle de Heilbronn, solo encontró allí a Inge von Westegg. Franziska se había ido de viaje, y como Leopold no estaba interesado en Inge, pronto se marchó de allí. En el guardarropa se encontró con Richard Scheler, que había ido a buscar asimismo su sombrero, y los dos estudiantes se dirigieron a una cafetería desde cuya terraza podía divisarse el flujo lento del río Neckar. Dos mesas más allá estaba sentada Herta Schönberg, una estudiante de medicina, alta y muy rubia que era la amante de un

estudiante de física. El físico, un pelirrojo que jugaba muy bien al tenis, se lo contaba a todo el mundo, y Leopold preguntó a Richard entre susurros si conocía a Herta Schönberg.

—También acabo de descubrirla, y la conozco —respondió Richard —. Ese tipo de chicas es muy poco inteligente. Pero ¿qué le vamos a hacer? Determinadas actitudes conducen a determinadas consecuencias. Estamos metidos en una época que adora el altruismo y las reivindicaciones puritanas, y como no deseamos ser tan viciosos como nuestros vecinos galos con sus casas de la alegría, pues somos aún peores, y lo que hace determinada gente es meterse con los demás.

El río Neckar tenía ese día una coloración verdosa que se asemejaba mucho al color de los ojos de Herta Schönberg.

—He escrito a mi padre —dijo Richard de pronto—, y opina que Franka me convendría más que Inge. Yo también lo creo, pero si sigo indeciso y haciendo el cantamañanas, al final me quedaré deshojando margaritas. Tal vez no deba ser así en absoluto... La guerra lo ha maltratado a uno condenadamente... Voy a decirle algo: los años pasados en las trincheras no cuentan el doble, como opina el fisco, ¡cuentan el triple! Y ahí se encuentra uno, un poco como en la ermita de Uhland[31].

Lo que Richard contaba tenía un tono más de soliloquio que de conversación, y Leopold no replicó nada.

—Prefiero a Franziska —dijo finalmente.

—Es la que más vale —dijo Richard. Miró a Leopold de forma escrutadora y luego añadió—: Usted es todavía un poco joven, de lo contrario le diría que se quedara con Ingeborg, yo me quedaría con la hermana más alta y celebrábamos una boda a lo grande... En realidad es una locura de diálogo este que mantenemos ahora, pero una boda doble es una idea bonita... Podríamos ir desovillándola como un hilo de verdad, y ¿sabe? Me parece que usted sería un cuñado agradable.

Empujó hacia atrás la taza de café, se sacó del bolsillo un pequeño lápiz plateado y se puso a dibujar caras en la placa blanca de mármol de la mesa. Leopold contempló la suave y bonita cabellera de Richard, un poco rizada, y pensó en la carta del anciano Scheler, de la que había hablado Richard, y le pareció que Richard, pese a sus preocupaciones del momento, era más digno de envidia que de lástima. El padre de Leopold, Theodor Chindler, era un señor extraño y muy reservado, con unas preocupaciones misteriorsas e impenetrables que Leopold no entendía y que desde hacía muchísimo tiempo despertaba en el corazón de su hijo más temor que amor. Nunca se había informado acerca de los sentimientos de Leopold, y

Leopold no habría osado contar a su padre ni siquiera la más inocente de sus pequeñas aventuras.

Richard Scheler se guardó el lápiz y señaló sus dibujos con el dedo.

—Todos estos son amigos míos —dijo—, todos están muertos, son héroes que conocí en su día, y que hace tiempo que se han convertido en polvo y duermen bajo un bosque de cruces uniformes. Es un gran misterio la cantidad de valentía que guardan dentro de sí los seres humanos, especialmente las gentes sencillas, y eso es algo que usted desconoce. Nosotros teníamos un jardinero, un trabajador silencioso que conocía sus flores y sobre todo los árboles que solía podar siempre con mucha atención y cuidado, pero un día lo llamaron para la jura de la bandera y entonces ese hombre se colocó detrás de una ametralladora y luchó con mayor valentía que un león, y cuando hirieron a nuestro sargento mayor a treinta metros de su posición, él salió de la trinchera en medio de una lluvia de balas, lo levantó de la tierra y se lo llevó a retaguardia, sin pensar que tenía una mujer a la que amaba y dos hijos, y solo una vida... ¿Sabe usted por qué el ser humano es tan malo? ¡Porque es capaz de olvidar!

Leopold no entró al trapo de este tema y dijo:

—Lo envidio a usted.

—¿Por qué? ¿Me envidia tal vez la indecisión mía? No es nada envidiable. Usted es más inteligente que yo, mucho más intenso, simplemente toma a las chicas de la mano y las invita a un café. Eso es lo correcto. En la guerra yo también era así, pero lo de casarse parece ser algo mucho más difícil...

—Lo envidio por su buena relación con su padre.

—¿Ah, sí? ¿No se lleva usted bien con su viejo?

—Es complicado... Para confesarlo abiertamente: ¡No!

—Es una pena. Eso significa que le falta ese buen amigo que es un padre. Las mejores cosas de mi vida me las dijo mi padre. ¿No puede hacerse nada en esa mala relación? ¿De quién es la culpa?

Hasta ese momento, Leopold había estado convencido de que toda la culpa era de su padre, pero la pregunta de Richard le propinó una sacudida, y su corazón (siempre necesitado de ayuda, pero también accesible a las sugerencias) experimentó ese auxilio feliz que Goethe denominó «el estímulo significativo mediante una única expresión ingeniosa»[32].

—No sé quién tiene la culpa —dijo pensativo y vacilante como una persona que acaba de despertar de un sueño extraño—, creo que probablemente tendremos ambos la culpa, pero no puedo librarme de la sensación de que a él le resulta difícilmente comprensible y nada simpática mi forma de ser, toda mi persona.

—Disculpe —dijo Richard—, oigo eso con desagrado... Eso son sentimientos de alumno de secundaria. Escríbale a su viejo una carta simpática y cuéntele un poco sobre lo que hace y lo que experimenta, y háblele de sus amigos y de por qué lo son. Los papás son también personas. Nosotros, los hijos varones, lo olvidamos a veces. Escríbale una carta sensata. Conozco esto por experiencia. Semejantes esfuerzos del corazón producen a veces milagros, y voy a decirle algo a pesar de que usted parece ser una persona no creyente, como lo son, dicho sea de paso, todas las mentes brillantes, lo único que ayuda realmente en esta vida son los milagros.

Richard se había comprado un coche la semana anterior, y su orgulloso dueño preguntó a Leopold si quería ver tal vez «el cacharro». A Leopold le entró la curiosidad por saber cómo era y qué aspecto tendría Richard sentado al volante, pues en los años después de la Primera Guerra Mundial no era habitual ni mucho menos que un estudiante se comprara un coche. Los jóvenes salieron de la cafetería y se dirigieron al garaje Urania, donde se encontraba aparcado el coche. La carrocería era de madera marrón lo cual procuraba al vehículo la apariencia de un barco de vela —solo faltaba el mástil—, pero el capó era elegante y estilizado para los estándares de la época, y el motor era bastante potente.

—¿Nos vamos de viaje a Fráncfort y cenamos a orillas del Meno?

—No es una mala propuesta —dijo Leopold.

—¡Al menos no es usted una persona aburrida!

Richard conducía muy bien, y a Leopold le resultaba muy divertido atravesar Neustadt en coche, pero mantuvo la boca cerrada e hizo como si ir en un automóvil fuera un asunto tan cotidiano como ir a nadar o fumarse un cigarrillo después del café.

El coche había dejado atrás Neustadt y se adentró en una amplia carretera forestal. Leopold se recostó en el asiento y contempló los rayos del sol de poniente que hacía destellar las hojas de los árboles.

—Este tipo de cosas no se pueden hacer cuando uno está casado —dijo Scheler.

—¿El qué?

—Montarse en un coche y viajar a cualquier parte con un amigo sin tener que pronunciar largos discursos ni ofrecer explicaciones convincentes.

—Pero a cambio viajas con una mujer bella y joven que se acurruca en el tapizado y te hace comentarios graciosos.

—Hay placeres que solo pueden disfrutarse entre hombres —dijo Richard—, y hay mujeres que son igual de celosas de los amigos de su marido que de cualquier amiga. Una mujer celosa me volvería loco.

Los dos estudiantes habían cenado y entraron en el vestíbulo del Frankfurter Hof. Un botones con vestimenta azul preguntó si podía retirarle el abrigo al señor Scheler. Richard lo apartó a un lado y no dio ninguna respuesta.

—Venga usted, Leopold —dijo—, nuestro viajecito bien merece la pena que lo empapemos en el bar. Hace un tiempo agradable, no importa entonces si regresamos a Heidelberg a las doce o a las dos.

Los dos estudiantes entraron en el bar. Richard estaba de buen humor y en momentos así se movía con una soltura, una elegancia y una seguridad envidiables. Leopold lo contemplaba con placer. Le caía muy bien, pero veía que Richard era diferente de las personas de los círculos en los que se había criado Leopold. La seguridad de Richard era un tanto más ruidosa que la de un terrateniente y un tanto más visible que la de un oficial. Era un señor de cabo a rabo (y para nada un «señorón», tal como Franziska Westegg llamaba a la gente que era ciertamente rica aunque se comportase con malos modales y poseyese poca formación), pero sus ademanes eran, sin embargo, los de un hombre pudiente cuya riqueza es bien conocida, y cuyo inagotable billetero ejerce un gran poder de atracción sobre todo lo que es comprable.

Richard parecía ser muy conocido en el bar, pues al entrar y acomodarse en la barra, centelleó todo el local, y las botellas coloridas dispuestas en batería comenzaron a destellar como si las alumbrara un foco secreto. El camarero jefe encargado de los cócteles se apresuró a recibirlo en persona, y las damas rubias y morenas lanzaron miradas anhelantes al hombre que llevaba camisas tan caras y cuyas propinas eran a veces (no siempre) ostentosas. Había entrado el dinero en persona y todo lo que se movía entre aquellas cuatro paredes rojas se puso a brincar, pues en ese local todo lo que podían divisar los ojos estaba a la venta, por entero o por partes, según deseara uno: los cigarrillos, y los licores, y las personas que los ofrecían también. Sí, incluso podían tenerse estas, y eso significaba por entero o por partes; se podía tener silencio (para pensar tal vez en un negocio), o una conversación, caras serias y participativas o risas, un poco de música atenuada o los chistes verdes más recientes, y si eras un hombre, incluso un beso o a una mujer entera. Existía una oferta completa, y solo era una cuestión de dinero, pero, por otra parte, el dinero volvía a ser tan poderoso que no precisaba prestar atención a esa plenitud de entrega y pasión, así que Richard solo compró esa noche dos martinis, y cuando el camarero sirvió los cócteles, él levantó su copita y brindó con Leopold.

—¡Por su futuro y por su inteligencia! —dijo, y se rio.

Dos días después de esta excursión, Richard Scheler partió repentinamente de viaje a Silesia sin despedirse de sus conocidos. La señora Von Westegg estaba bastante indignada «con esos modales», y cuando al final del semestre universitario Leopold fue a hacer una visita de despedida a la casa de los Westegg, no se mencionó en ningún momento el nombre de Richard.

En el semestre siguiente, Leopold fue a Múnich, pero cuando una tarde regresó a su habitación de estudiante, entre su correo había un impreso en el que el barón Von Westegg comunicaba el inminente enlace matrimonial de su hija Franziska con el señor Franz Ludwig Richard Scheler.

4

Sonó el teléfono. Leopold descolgó el auricular y decidió llamar a Franziska y darle las gracias por el té.

—Hola —dijo—, ¿quién es?

Era Wilhelm Braun.

—El pintor Spalding está en mi casa —dijo Wilhelm—. Se le ha metido en la cabeza que tiene una otitis media, y le he prescrito ir al cine conmigo. ¿Te vienes?

Leopold se lo pensó y se le pasó por la cabeza que su mayor deseo era volver a ver a Anki.

Tal vez ella tuviera ganas de ir al cine.

—Lo siento —dijo—. Tengo que resolver un asunto todavía, pero si después estáis por algún sitio, tal vez me apunte.

Quedaron en encontrarse en la terraza del Romanisches Café, y Leopold marcó el número de Anki. Ella estaba rígida y formal, pero él, a través de la máscara de ella (pues también su voz llevaba una máscara al teléfono), percibió que se había puesto contenta con su llamada.

—¿Cuándo viaja su hijo a Pomerania? —preguntó Leopold.

—Pasado mañana.

Leopold se quedó tan perplejo que le llevó un buen rato darse cuenta de lo feliz que era.

—Pasado mañana —dijo—, eso será entonces el domingo... ¿Podríamos almorzar juntos el domingo?

—El domingo estoy invitada con los Bendemann en casa de la señora Steiner —dijo Anki.

—¿En Wannsee?

—Sí.

—También la conozco. ¿Le molestaría si me apuntara yo al

almuerzo?

—No tengo que prescribirle yo nada a usted —dijo Anki—. Si el señor Steiner lo invita a usted, estaría encantada de verlo.

---

30. La novela satírica de Aldous Huxley *Those Barren Leaves* (1925) apareció en alemán en el año 1929 en la traducción de Herberth E. Herlitschka, en la editorial Insel (Leipzig). Se trata de otro indicio (indirecto) acerca de la época en que transcurre la acción en la novela de Brentano.

31. Tosca simplificación del poema de Ludwig Uhland, «Die Kapelle» [La ermita] (1805), en el que un zagal «escucha a escondidas» un «coro fúnebre» y el repicar de campanas, y se le recuerda que en su momento esas mismas canciones serán cantadas también para él.

32. Fragmento del segundo volumen de *Zur Morphologie,* primer cuaderno (1823); en la edición de Múnich, vol. 12 (1989), pp. 306-309.

Capítulo 7

Nunca serás olvidado porque el amor nunca muere.
Max Rychner

1

La señora Scheler fue a la cocina para hablar con la señora Gerold. Había venido por la mañana para hacer la gran colada, pero Marie, siempre eficiente, ya se había ocupado de todo. Anki se despidió de la señora Gerold y regresó a su habitación. Cogió la novela de Huxley y se tumbó en el sofá, pero después de leer algunas páginas, cerró el libro y lo depositó a un lado. La luz del exterior apenas tenía ya fuerza, y Anki se sentía demasiado perezosa para levantarse y encender la lámpara situada sobre el sofá. Estaba oscureciendo, y en los rincones de la sala la sombra formaba unos huecos profundos y oscuros. Luise fue al comedor, encendió la luz y puso la mesa. Anki oyó el ruido de los platos y pensó en Leopold. Ese hombre le había caído bien, su llamada había sido tal vez un poco apresurada, pero era una persona nada convencional y muy educada. Anki apoyó el mentón en la mano izquierda y se preguntó si se estaba enamorando.

Luise entró en el cuarto y encendió la lámpara de araña.

—La luz grande, no —dijo Anki parpadeando—, solo la lámpara de pie, por favor... ¡Sí, la verde que está encima del escritorio!

Luise bajó las persianas y apagó la araña de cristal. Luego dio las buenas noches a la señora Scheler y salió de la habitación.

Anki volvía a estar sola como lo estaba desde hacía más de tres años, cuando Hans Karl se acostaba en su camita y la noche se extendía. Colocó también la mano derecha bajo su cabellera y se puso a reflexionar sobre su vida. En el primer año después de su divorcio de Richard Scheler había vivido en una soledad tan completa y tan insoportable que Anki a veces —sobre todo los domingos o en las horas melancólicas y deprimentes del crepúsculo vespertino— apoyaba la cabeza en el escritorio y lloraba hasta que no le quedaban más lágrimas. Esta situación mejoró cuando los Bendemann se fueron de Bruselas y se mudaron a Berlín, pero esa vida solitaria seguía siendo difícil de soportar, no obstante[33]. Todo era tan absurdo, tan sin futuro, y estaba forjado con las férreas cadenas del recuerdo de un

pasado que también era absurdo, lleno de lágrimas y de errores... Un desierto de esperanzas rotas... ¡Ay! Y eso que su vida de mujer había tenido un buen comienzo.

2

Habían transcurrido unos tres meses desde la partida repentina de Richard Scheler de Heidelberg, y ya había comenzado el semestre de invierno en la universidad cuando Richard Scheler regresó un día de Silesia y fue directo a casa de los Westegg a hacerles una visita. Inge Westegg se había comprometido al final del semestre de verano con un tal señor Von Klemm, y el padre y la madre habían viajado con Inge a Fráncfort para comprar el ajuar para la inminente boda. Anki se había quedado sola en casa. Inge le había pedido encarecidamente que fuera también a Fráncfort para ayudarla a elegir la ropa, pero Anki se había negado, y cuando regresó de la estación y pisó el patio fresco, se arrastró por el silencio de las habitaciones vacías y la soledad de la casa desierta como una niña enferma que se refugia en su cama y se echa la manta por encima para tapar su acalorada cabeza, oscurecer la habitación y borrar de su vista el mundo. Era muy infeliz, y su corazón, cuya primera experiencia había sido Richard Scheler, padecía terriblemente por su huida cruel sin decir palabra. Entonces le anunciaron de repente la visita de Richard Scheler, y Anki se puso muy contenta de volver a ver a Richard de esa manera tan inesperada, y la alegría, ese destello de sus ojos mitad de susto y mitad de felicidad, esa alegría que ella no podía ocultar, ni tampoco quiso ocultar para nada al abrir la puerta y ver a Richard de pie junto a la ventana, bajo el retrato de su padre y junto al pequeño escritorio de su madre, decidió su vida.

La alegría de Anki no iba destinada únicamente a Richard, sino a la vida misma que volvía a brotar de ella, esa vitalidad y esas ansias de vivir de la juventud que la vivencia dolorosa de la huida de Richard había doblegado, igual que una nevada doblega las ramas de un abedul y las presiona hacia abajo hasta quebrarlas, pero llegado su momento cae esa carga fría, la madera nervuda y elástica vuelve a enhestarse, libre, hacia el cielo azul y el sol.

Richard se había alegrado también de volver a ver a Anki, y tenía un montón de preguntas en la mente que deseaba que ella respondiera; preguntas por Leopold y por la vida en Heidelberg, y por el compromiso matrimonial de Inge, y por el casamiento, pero cuando divisó a Anki y percibió la alegría que sentía al volver a verlo (justo ese destello de sus ojos que era como un rayo y que también disparó

un rayo en el corazón de él), entonces supo de pronto que allí solo había una única pregunta que formular.

Anki, que no sospechaba nada, tampoco se daba cuenta de nada y se puso a charlar enseguida. Le preguntó cómo le había ido en Silesia, si había cazado muchas liebres y cómo se encontraba su padre. Richard estaba confuso y respondía cada vez con más monosílabos cuanto más inocentes se volvían las preguntas. Cuando al cabo de media hora se levantó y se marchó, se sentía extremadamente abatido. Se había comportado como un tonto, y cuanto más reproducía en la mente su comportamiento simplón, tanto más se convencía de que se había acabado todo y de que había perdido a Anki para siempre. Estaba a punto de partir y de abandonar definitivamente Heidelberg, pero cuando dieron las tres, fue al negocio de la señora Salzer y envió cien rosas a Anki, y cuando dieron las cinco hizo que anunciaran su visita por segunda vez.

A Franziska le parecieron muy bonitas las flores, pero consideró que aquel voluminoso envío era una más de las bromas y de las extravagantes ocurrencias que se le pasaban a veces por la cabeza a Richard Scheler, así que se quedó poco sorprendida cuando la criada subió y anunció que el señor Scheler estaba otra vez en la casa y pedía que se le recibiera.

Richard estaba esta vez en medio de la sala, y cuando Anki, que suponía que se encontraba en la sala de los caballeros, abrió la puerta de cristal y entró desde el comedor, él se dirigió de inmediato a ella.

—Pero ¿qué cosas se le ocurren? —dijo Anki, y le dio la mano a Richard—. ¡Me ha enviado dos floristerías enteras! No teníamos suficientes jarrones en casa, ¡pero de todos modos me han alegrado mucho esas flores!

—La amo —dijo Richard—, he venido para rogarle que sea mi esposa.

Anki se quedó muy sorprendida, Richard tenía un aspecto muy cambiado, estaba pálido y tembloroso y mantenía los ojos muy abiertos, inquisitivos. Se inclinó ante ella y le besó la mano, pero un instante después la rodeó con los brazos y Anki sintió cómo le cubría de besos la cara y el pelo. Eran besos del todo extraños, y Anki no los correspondía pero le dejaba hacer, estaba desorientada y desarmada. Mantenía cerrados los ojos y pensaba en su madre y en Inge, y en que ahora también ella era —tal vez— una novia y habría que comprar un ajuar...

Richard tomó a Anki de la mano, la condujo al sofá y se sentó a su lado.

—Eres la primera persona a la que amo —dijo en voz baja—. Hasta

ahora conocía ese sentimiento hacia mi padre, y lo quiero mucho, pero a ti te amo mil veces más y de una manera completamente distinta. En mi vida he estado contento con frecuencia, pero hoy soy por primera vez feliz... Tal vez soy un poco mayor para ti, pero está muy bien que sea así, pues yo sé ahora cómo es la vida y que hay que llevarte en palmitas, ¡y yo te llevaré en palmitas, siempre, cada día, cada mañana, cada tarde y cada noche!

Eran frases como las que oyes a veces en sueños, que inventas tú mismo o que descubres en una novela de Dickens que cierras entonces y dejas de seguir leyendo porque te han conmovido el corazón y te asoman las lágrimas a los ojos, pero eran frases verdaderas las que pronunció Richard, una promesa solemne que su corazón hacía a su voluntad y que fluyó de él con facilidad. Era un buen tipo y una persona decente, y así como en la guerra su serena valentía lo había distinguido y algunas veces lo había encumbrado incluso por encima de sus superiores, así lo elevaba ahora la tremenda pasión por la bella muchacha que había estallado repentinamente en su corazón después de un periodo de maduración tan largo.

También el cuerpo de Richard era hermoso, tenía una buena planta, y con su pelo suave y sedoso y sus ojos inteligentes y de una serena tonalidad oscura, era una persona bella; si en ese mismo instante (en el que se sentía orgulloso, humilde y floreciente a la vez) hubiera estado en un estadio deportivo, y el premio hubiera ido a parar a sus manos por una competición bien librada y con resultado de victoria, el público lo habría aclamado con júbilo y todo el mundo, hombres y mujeres, habrían aplaudido a rabiar por él en las tribunas. Así pues, estaba radiante sentado al lado de Anki, pues el amor es también una victoria, una victoria de la naturaleza sobre los dioses que nos han creado y a los cuales nos asemejamos en ese instante, somos iguales a ellos en fuerza y en audacia, embriagados y embriagadores como ese sentimiento innombrable en nuestro pecho, y capaces de todas las hazañas que ya han logrado los seres humanos, a las que hay que añadir aquellas que son impensables, hasta que llega uno y las hace.

Anki quería decir algo, pero no encontraba las palabras adecuadas, y no sabía qué replicar al hombre que estaba sentado a su lado y que le seguía manteniendo firmemente la mano entre las suyas y hablando como una persona que ama. Todo había sucedido de sopetón, y ella tenía una naturaleza que precisaba de preparativos.

—No me has dicho todavía nada —susurró Richard—. ¿Puedes darme una respuesta a mi pregunta? ¿O no quieres darme ninguna?

Anki quiso mover los labios, pero no funcionó y permaneció callada.

Richard le soltó la mano.

—Piense en usted misma —dijo él—, no en mí, pero diga una palaba: sí o no.

Anki permaneció en silencio. «Eso significa que no», pensó Richard, y se levantó. En ese momento, Anki le cogió la mano, y cuando ahora Richard se inclinó sobre la mano de ella, Anki percibió de pronto que él estaba llorando y en su propia piel se deslizaron las lágrimas que, para sorpresa suya, eran realmente muy cálidas.

—Ven... —dijo ella—, ven, quédate aquí..., ¡quiero ser tu esposa! Te amo mucho, yo me quedé del todo muerta cuando te marchaste repentinamente a Silesia sin decir ni escribir una sola palabra. Es una felicidad que hayas regresado...

Ella lo besó en ambos ojos y dejó que él la besara de nuevo.

Richard se había ido y Anki llamó por teléfono al Hotel Hessischer Hof en Fráncfort. Quería hablar con su madre, pero Inge fue más rápida y se puso primero al aparato.

—Tengo que contarte algo, Inge.

—¿Qué pasa? ¡Tienes una voz de ultratumba!

—Me he prometido...

Inge arrojó el auricular encima de la mensa, corrió a la habitación contigua, y Anki oyó cómo exclamaba dos veces en voz muy alta:

—¡Mamita! ¡Noticia bomba! ¡Franziska va a casarse con un hombre!

Inmediatamente después, la señora Von Westegg tomó el auricular:

—¡Mi niña! ¡Me alegro tremendamente! ¿Quién es el afortunado?

—Richard Scheler.

—Richard Scheler... Es una buena elección. Tu padre estará feliz. Ahí viene.

El señor Von Westegg acercó una silla a la mesa en la que estaba el teléfono, se sentó, se subió los pantalones un poco por las rodillas y dijo:

—Ya me había olido yo que había gato encerrado. Bueno, mi más cordial enhorabuena, y pon mis manos sobre la cabeza del señor Scheler y mi corazón a sus pies. ¿Está él contigo todavía? ¿No? ¡Caramba! Eso es lo que yo llamo estar bien criado. Bueno, entonces dale el recado, ¿vale? Por cierto, no volvemos a casa mañana sino pasado mañana, pero eso no te importará mucho que digamos, ahora tienes mejor compañía que nosotros, cascarrabias resecos...

Colgó y le dijo a su esposa:

—¡Por todos los diablos! ¡Estas chicas! Ahora se nos desbocan de golpe las dos como los caballos jóvenes, una tras otra, ¡como los caballos jóvenes! Pero la vida es así, y seguramente pronto te harán

abuela. ¡Vaya, no, vamos! En el fondo me gustaría subir al próximo tren para ir a ver a Franka. ¡Es una buena chica! La echaré mucho de menos.

3

Los Westegg no eran ricos. En el año 1917, los estadounidenses confiscaron al señor Von Westegg la mayor parte de su fortuna, pero este (con la obstinación de carácter que Anki había heredado de él) se esforzó por mantener en pie un estilo de vida por encima de sus posibilidades. Era una persona fantástica, y como quería recuperar su dinero, emprendió uno de esos misteriosos e interminables pleitos de los cuales sacan tajada los abogados. Además, había una finca en Pomerania que pertenecía a un hermano de la señora Von Westegg, quien como viudo sin descendencia había dejado en herencia a su hermana. Visto desde esta perspectiva, Richard Scheler resultaba un gran partido, e Inge Westegg, que había pensado alguna vez en Richard para ella, lo sabía muy bien. Era una persona simpática, pero su carácter tenía algunas lagunas y abismos, como un pequeño volcán o como el lago Stechlin, que sin duda tenían que hacerse notables con el paso del tiempo.

—Las amigas son siempre envidiosas —le dijo a Anki.

—¡Ah! ¿Es así de verdad?

—Nos hemos prometido, ¡y las dos al mismo tiempo! Es una buen variación para esta triste aldea a orillas del Neckar, pero si te encuentras a Gertrud Below, verás que pone una cara como si hubiéramos enviudado.

—¿Qué dice, pues? —preguntó Anki—. A mí me ha felicitado cordialmente.

—A mí también, pero no me gustaría saber lo que dice de Georg a mis espaldas.

—¿Qué es lo que dice de Richard?

—Tonterías.

—¡Sé buena y sigue soltando más cosas!

—Que era muy simpático y tremendamente rico, pero que no era una persona distinguida.

Anki era soberbia, pero se desanimaba con facilidad, y lo estúpido de ese comentario era que Heinrich Geldern le había dicho exactamente lo mismo a Anki. El señor Von Geldern era un erudito pobre que estudiaba medicina en Heidelberg. Entre sus profesores pasaba por ser un genio, y Anki lo encontraba simpático, sensato y extraño. Solo iba en raras ocasiones a la casa de los Westegg, pero

Anki percibía que no le era indiferente, y cuando Richard Scheler se fue a Silesia, estuvo pensando si Heinrich Geldern podría ser un marido para ella.

Una tarde jugó con él al tenis y Heinrich preguntó a su compañera si tendría ganas de probar una limonada que había inventado la semana anterior. Anki lo siguió y entró en la habitación de Heinrich. Estaba en la planta baja, justo detrás de la pista de tenis. El cuarto estaba repleto de libros, y junto a la ventana había un soporte sobre el cual podía verse una gran cantidad de botellas. Anki titubeó antes de entrar. El umbral de una habitación de estudiantes era todo un obstáculo para los pies de una muchacha con una educación estricta. Heinrich preparó un cóctel excelente, y Anki se sentó a su lado. Al cabo de cinco minutos estaban inmersos en una conversación seria que comenzó sobre la medicina y acabó sobre el sentido de la vida, y a Anki le pareció que Geldern era inteligente y agradable. Ella apuró su copa y se la tendió a su vecino, pero Geldern dejó caer la copa al suelo, agarró la mano de Anki, la atrajo hacia sí y la besó en la boca. Anki no se resistió. La copa se había hecho añicos a sus pies, y a Anki le pareció magnífico que Geldern tratara con tanta indiferencia las cosas indiferentes. Dejó que la besara y ella le devolvió los besos, y al pensar por un instante que todo había terminado con Richard Scheler, besó a Heinrich con mayor vehemencia aún.

Era la hora de volver a casa y Franziska se levantó, pero en ese instante Heinrich puso un semblante serio y comenzó a largarle un discurso a Anki. Le dijo que la amaba mucho, pero que él era más pobre que un ratón de iglesia, y Anki tenía que pensárselo bien si era capaz de esperar al menos cuatro años a un hombre que entonces tampoco tendría mucho que ofrecerle. Anki no respondió. Esa larga espera de la que hablaba Heinrich la amedrentaba poco. En esos instantes no estaba en condiciones de pensar en asuntos tan complicados como esperar y casarse, pero el tono empleado por Heinrich en su charla era extraño y la objetividad que mostraba él no le resultó agradable. Heinrich Geldern se levantó y se puso a hablar de Richard Scheler, y Anki se dio cuenta de que lo detestaba y lo temía.

—No te conviene —dijo Heinrich—. De lejos causa una impresión pintoresca con sus graciosos rizos y sus perros mal criados, pero de cerca se ve que tiene emociones ordinarias; en el fondo no es más que un especulador de la guerra.

Anki se quedó muy dolida. No volvió a ir donde Geldern, pero ese comentario suyo le causó una herida que cicatrizó mal.

Richard había ido a la casa de su padre y la criada llevó a Anki la primera carta de Richard. La letra era pequeña, fina y apresurada.

Anki rasgó el sobre y leyó la carta. Trataba de amor, pero en su estilo había algunos comentarios banales. Al día siguiente llegaron unas flores por la mañana, un anillo espléndido al mediodía y una extensa carta urgente por la tarde. Anki depositó el anillo en el cajón del escritorio, pero cuando hubo leído la carta urgente, sacó el anillo y se lo puso. Dos días después llegó un collar de perlas y la carta más bella que Richard escribiría a Anki: «Disculpa que te envíe el collar en lugar de dártelo en persona. Es un regalo que me hizo mi madre poco antes de su fallecimiento. Yo tenía por aquel entonces dieciséis años y era muy infeliz porque mi madre estaba gravemente enferma y mi padre había dicho que tal vez dejaría pronto de estar entre nosotros. Desde entonces no había vuelto a ver ese collar, pero estaba destinado a ti, y no te lo llevo en persona porque así es, por decirlo así, como si te lo enviara mi inolvidable madre. (Era casi tan hermosa como tú.) Llévalo ahora y siempre. Y si te gusta la fotografía de mi madre que adjunto, hazle un sitio, por favor, en tu habitación. Ella te habría querido mucho, y es duro pensar que no pudo vivir esta alegría».

Anki se puso un vestido azul oscuro, se colgó el collar y se colocó ante el espejo. El collar era muy bonito y le quedaba muy bien. Anki se sentía bastante orgullosa cuando bajó despacio por la escalera y entró en el comedor en el que ya estaba reunida la familia.

Inge vio enseguida el collar y dejó la cuchara en el plato de la sopa.

—Pero ¿qué es esto otra vez? —dijo—, ¡es increíble, por lo menos hay cincuenta perlas!

Lo había sabido desde el primer momento: Richard era el gran premio de la lotería en carne y hueso.

Anki pasó al lado del asiento de Inge y dio un beso a su hermana, pero Inge estaba un poco envidiosa del hermoso collar, así que le soltó:

—¿Sabes qué me parece extraño? ¡Que no os llaméis nunca por teléfono! En mi vida he visto nunca a una pareja de novios que no se hablaran. Yo tengo que hablar todos los días con Georg, de lo contrario no podría casarme con él, ni él tampoco conmigo.

Anki jugueteó con su collar y respondió:

—Richard considera que el teléfono es un aparato para hombres de negocios, opina que las personas que se aman deberían escribirse cartas.

—No sabía que Richard tuviera unas ideas tan anticuadas —dijo Inge respondona.

—A mí no me parece anticuada esa idea, sino muy moderna —dijo el señor Von Westegg—, me gusta mucho. El teléfono es un trasto negro, tonto, insensible. Detesto oír solo la voz de una persona sin

tener su cara delante...

El padre de Richard, Gustav Scheler, era paralítico, y Anki viajó a Berlín para hacerle una visita. Cuando regresó, estaba muy callada, y a Inge le pareció que estaba deprimida. Gustav Scheler era un anciano amable que a Anki le cayó muy bien, pero la única hermana de Richard le gustó muy poco. Betty Scheler se había casado con un dentista y vivía en Duisburg. El doctor Cramer ganaba dinero a espuertas, y los Cramer residían en una lujosa mansión, pero Betty estaba siempre enferma y era una persona pendenciera que sospechaba que todo el mundo miraba a su marido por encima del hombro. Anki se esforzó mucho, pero Betty se volvió insultante de repente e hizo unos comentarios bastante estúpidos y muy groseros sobre familias anticuadas.

—En otros tiempos te casabas con una familia —dijo la señora Von Westegg—, pero hoy en día es diferente. Hoy en día te casas solo con un hombre. ¿Se portó Richard bien contigo?

Anki se enfadó.

—Yo me porté bien con él —dijo con rabia—, él no tuvo el más mínimo motivo para no portarse bien conmigo.

Inge entró en la habitación y la señora Von Westegg se puso a hablar del ajuar de Anki.

Después de la cena, Anki se fue enseguida a su cuarto. No podía olvidar el encontronazo con la señora Cramer. Durante media hora estuvo pintando flores y caras en el papel secante blanco de su escritorio y después sacó las cartas de Richard de una caja roja de cuero y las leyó todas otra vez. Finalmente, desenroscó su pluma estilográfica y escribió una carta larga a Richard. «Debería haberme puesto sobre aviso», pensó, y decidió decírselo por escrito.

Se abrió la puerta e Inge entró en la habitación. Llevaba un camisón fino de color rosa, y por la forma de su cabello, Anki vio que ya había estado acostada en la cama.

—¿Continúas despierta? —dijo Inge—. Es exactamente como me lo había imaginado.

Se dirigió al escritorio, sacó un cigarrillo de la pitillera de Anki y se sentó en la cama.

—Dime, mi niña, ¿habéis discutido?

Anki frunció las cejas y decidió no responder.

—No arrugues la frente —dijo Inge—, es perjudicial para tu cutis.

—Fuimos muy felices —dijo Anki.

—Me alegra oír eso, pero tu voz sonaba bastante sosegada.

—¿Pretendes interrogarme?

—¡Tonterías! Me gustaría ayudarte. He venido expresamente a

decirte que puedes contar conmigo en todo momento y en todo lugar, ¡ocurra lo que ocurra!

—¿Qué te ha contado mamá?

—Ya la conoces. No puede tener la boca cerrada, pero bueno, ella también te cuenta todo sobre mí.

La puerta del balcón estaba abierta, y una fresca brisa nocturna se colaba en la habitación procedente del jardín.

—Me estoy helando —dijo Inge—. ¿Me dejas meterme un ratito en tu cama?

Anki asintió.

—Mejor cierro la ventana. —Y señalando con el dedo hacia la planta superior, añadió en voz baja—: Podrían oírnos.

Inge se deslizó bajo la manta de Anki y colocó el cenicero al lado, encima de la alfombrilla de cama.

—¿Qué te ha pasado con tu cuñada? ¿Os habéis peleado?

—No quiero hablar de eso —dijo Anki—. No fue nada importante. Me enfadé con ella, sí, pero ahora quiero olvidarlo todo.

—Me parece razonable —dijo Inge—. A fin de cuentas, no te casas con esa mujer estúpida, sino con Richard. Estoy convencida de que te ama. ¡Vas a ser muy feliz!

—Lo quiero mucho —dijo Anki—. Es el mejor de su familia.

4

Llegó el día de la boda. Anki había mandado que la despertaran ya a las siete, pero cuando fue a ponerse el vestido de novia, la modista le había cosido la cintura demasiado ancha. Anki tuvo que quitarse otra vez el vestido y esperar que le cambiaran de sitio algunos botones. Sin embargo, eso no fue sino el primer error. Tampoco le encajaban bien los zapatos blancos de seda. La tienda había confundido los envíos y le enviaron un par de zapatos dos tallas más grandes. Anki se los puso de todas formas y se echó a reír; aquellos zapatones eran divertidos de verdad, traqueteaban al caminar como unas zapatillas viejas de fieltro. La señora Von Westegg miró a su hija, pero no hubo manera de que se riera también; estaba fuera de sí.

—¡Esto es inaudito! —dijo—. ¡Llevamos diez años comprando en la tienda de ese tío, y ahora el tonto del bote nos envía semejantes canoas del Neckar!

El señor Von Westegg tuvo que pedir un taxi, y ella fue en persona a la tienda a cambiar los zapatos.

La vieja Johanna, a quien la señora Von Westegg conocía ya de niña, se sentó en el sofá de Anki y se puso a arreglar el vestido. Había

oído todo sin decir palabra y tenía cara de preocupación. También Inge, que ya estaba lista desde las ocho y media, estaba confusa y callada en la habitación.

—Siéntate, anda —dijo Anki, pero Inge permaneció de pie. No quería que se le arrugara el vestido nuevo.

Anki se colocó al lado de Johanna y miró con atención cómo cosía.

—¿Por qué pone usted esa cara tan amargada, Johannita? —preguntó ella.

Johanna se puso colorada y buscó las tijeras para cortar el hilo.

—¿Es supersticiosa? —preguntó Anki.

Johanna humedeció el hilo y lo tensó entre el pulgar y el dedo índice.

—No soy supersticiosa —dijo después de reflexionar unos instantes —, pero en un día como este todo el mundo desea que las cosas vayan sobre ruedas...

Johanna había acabado con su faena. Anki se puso el vestido por segunda vez (con la ayuda de Inge), y al colocarse ante el espejo y mirarse de frente, de espaldas, del costado derecho y del izquierdo, le pareció que era muy bonito y que ahora le quedaba muy bien.

—Sois todas unas supersticiosas, pero yo no —dijo Anki—. A lo que no va sobre ruedas solo hay que ponérselas. Yo me tomo como un presagio divertido que Behrend me haya enviado unos zapatos tan grandes. Ha comprendido a la perfección que a partir de hoy voy a vivir a lo grande...

—Tienes un pico de oro —dijo Inge, pero se alegró por el comentario de Anki. Le pareció inteligente y valiente; a ella no se le habría ocurrido algo semejante.

La ceremonia de la boda tuvo lugar en la pequeña iglesia de Santa Úrsula. La señora Von Westegg estaba ya sentada en el banco reservado a la derecha, junto al altar, cuando Anki entró en la iglesia del brazo de su padre. Anki había acabado poniéndose muy nerviosa también y estaba un poco cansada; intentaba mirar al frente y no a su madre. La señora Von Westegg había llorado en la despedida delante de la iglesia y Anki se temía que se echara a llorar de nuevo si miraba a su madre a los ojos. Se puso a contemplar los recorridos sinuosos de los hilos de lana de color rojo y verde de la alfombra bajo las sólidas y recias botas del párroco, la madera marrón del altar y los colores fulgentes de las hermosas ventanas que tanto adoraba su padre. La primera ventana de la izquierda fue un regalo de sus abuelos a la iglesia, y un rayo de sol iluminaba el escudo de su familia, tres rosas rojas sobre un campo azul. De pronto sonó la voz alta y pura de soprano de una cantante y por la iglesia comenzó a flotar una canción

de Beethoven. Anki se quedó sorprendida. Aquella era una buena ocurrencia. ¿A quién se le había ocurrido contratar a una cantante? ¿A Richard? ¿O tal vez a Inge?

La melodía de la canción se elevó por los aires y ascendió velozmente y sin esfuerzo hasta el techo de la iglesia, como un pájaro que salta de la rama de un árbol y flota hacia las nubes, pero llegadas junto a los capiteles de las columnas y bajo el revestimiento del techo, las notas giraron su curso y al fluir en sentido descendente como las gotas jubilosas de una fuente, tomaron justo el rumbo directo hacia Anki, se acomodaron en su corazón y lo cubrieron por completo. El efecto fue intenso, y la magia, perfecta.

El cansancio abandonó los miembros de Anki. Como un barco azota de pronto las olas y abandona el puerto, y como las hierbas cuando cae el rocío, sus nervios alzaron el vuelo hacia lo alto. La música liberó el idioma de sus sentimientos, y recién animada por la voz impactante pero dulce y suave de la melodía, Anki sintió que era hermoso vivir y era hermoso ser joven. Tensó los músculos estirándose un poco y percibió que las notas penetraban en su corazón y se desplazaban con rapidez por su sangre y sus venas como peces danzantes, precursores coloridos y relucientes en la hermosa senda que Anki veía ahora de pronto ante ella como una avenida amplia y larga que no acaba sino en el horizonte.

Pensó en Richard y por primera vez giró la cabeza hacia él. Richard llevaba uniforme, el viejo uniforme azul de su regimiento de antes de la guerra con las vueltas rojas, y en la parte izquierda de la pechera llevaba colgada la cruz de hierro de primera clase. Tenía la mirada al frente fijada en el sacerdote, la boca cerrada con firmeza y la cara pálida. «Sí, es mi marido», pensó Anki, «y será mi marido para siempre, ¡lo amo!»

Richard percibió la mirada de Anki y giró asimismo la cabeza hacia ella. ¡Qué dulzura desprendía Anki! Richard se quedó atónito, creyó que se daba cuenta de ello por primera vez. Franziska había vuelto a bajar la vista al suelo y puso una cara seria, pero el velo blanco de delicadísimo encaje y la pequeña corona encima hecha con flores de mirto atenuaban su ensimismamiento. Richard la miró un buen rato, y entonces comprendió de pronto los versos que su padre le había escrito en un papel cuando vio a Anki por primera vez.

—¿Estás contento conmigo? ¿Te gusta tu nueva hija? —le había preguntado Richard.

—Voy a darte una respuesta exacta —dijo el señor Scheler. Cogió un pedazo de papel, escribió dos versos en él y se lo entregó a su hijo.

«De una flor ha brotado una segunda flor,

¿quién tiene conocimiento de cómo sucede eso?»

Richard no entendió los versos y lanzó una mirada inquisitiva a su padre.

—¿No sabes la respuesta? —dijo el señor Scheler—; entonces dame ese papel otra vez. Y escribió:

«¡De tu semblante de rosa blanca, la más bella,
florece el par de rosas claras de los ojos!»[34].

El párroco tendió a Richard una bandeja pequeña, en la que había dos anillos de oro. Richard despertó de sus sueños, cogió el anillo más pequeño y lo puso en el dedo de su esposa.

Georg e Inge viajaron a Lugano, mientras que Richard y Anki fueron en coche a Garmisch. Permanecieron dos semanas allí y después viajaron en tren hasta Dahlem, donde la señora Von Westegg, con la ayuda de Peukert, lo había dispuesto todo para su recibimiento.

El primer año de su matrimonio fue bastante difícil. Richard era mucho más nervioso de lo que Anki pensaba. En ocasiones tenía un modo descontento de comportarse o de impartir órdenes al que Anki no estaba acostumbrada, y eso la tentaba a una resistencia extrema, incluso muy pueril... A comienzos del tercer año nació Hans Karl. El parto fue duro, pero Anki estaba muy feliz, y Richard era un padre cariñoso y enamorado, hasta que en el cuarto año ocurrió de repente la historia con la actriz...

Anki se levantó y se dirigió a su dormitorio. Se desvistió despacio, y ya iba a echarse en la cama cuando oyó sonar el teléfono. «¿Será otra vez Leopold Chindler?», pensó. Corrió descalza hasta la sala de estar, pero cuando descolgó, solo se oía el zumbido de la línea. «¿Habrá colgado?», pensó Anki, «¿o lo he soñado?». Colgó el auricular y permaneció un rato de pie frente al teléfono. Luego se echó a reír de sí misma y regresó alegre al dormitorio.

---

33. Continuación en la PE: «Lo mecánico asomaba por todas partes, como los huesos a través de la piel de una persona hambrienta: levantarse, asearse, comer, volver a lavarse e ir a la cama...» (p. 122). Una alusión a la crítica de lo mecánico de Georg Büchner, quien hace decir a Dantón: «Es muy aburrido ponerse siempre primero la camisa y después los pantalones, y meterse en la cama por la noche y volver a salir de ella arrastrándose por las mañanas», en *Dantons Tod* [La muerte de Dantón], 11.º acto, 1.ª escena. Fragmento eliminado porque los lectores de la posguerra probablemente habrían asociado la primera frase a un campo de concentración antes que al drama de Büchner.

34. De un poema del poeta hindú Kalidasa (siglos IV-V), traducido del sánscrito clásico; sin embargo, el segundo dístico dice en realidad: «De tu semblante la flor de loto blanca, la más bella / florece el par de flores de loto oscuras de los ojos».

Capítulo 8

Pero el amor, ¿no adopta en cada siglo una forma diferente?
Lessing

1

El banquero Siegfried Steiner poseía una mansión junto al parque de Grünewald y una casa de campo en Wannsee, y Leopold tomó el tren de cercanías para ir a Wannsee. El compartimento estaba vacío y Leopold abrió la edición dominical del *Deutsche Allgemeine Zeitung*[35] que había comprado en el quiosco de la estación. En Nueva York había descarrilado un tren subterráneo: catorce muertos y ochenta y seis heridos. A Berlín había llegado la campeona de tenis, Helene Wills, y el gobierno esperaba la visita del rey de Egipto para mediados del mes de junio. En la conferencia sobre desarme de Ginebra, el delegado del Reich, el embajador Von Bernstorff, había pronunciado un discurso, y el delegado inglés, lord Cushendun, había rechazado las propuestas del conferenciante ruso. En el suplemento cultural publicaban una novela de Klaus Mann, y en la página de literatura se comentaba el libro de un profesor de Zúrich, Theophil Spörri.

Era un día caluroso de junio. Cuando Leopold llegó a la mansión Steiner, el criado le dijo que los señores habían ido a la playa y se estaban bañando.

Leopold se había olvidado del traje de baño, pero el criado lo condujo a una habitación de invitados y le llevó un bañador azul que era bastante viejo y un albornoz marrón novísimo y muy elegante. A pesar de estar ataviado de esta manera, se sintió extraño al caminar descalzo sobre la alfombra de una casa ajena, y la gravilla del sendero del jardín era puntiaguda y torturaba las plantas de los pies. El señor Steiner estaba sentado con las piernas cruzadas en una silla verde de jardín y leía el *Times*. Cuando vio venir a Leopold, se levantó y fue a su encuentro trastabillando algunos pasos.

—Me parece muy sensato de su parte —dijo— que haya ido a mi armario ropero directamente.

—Sobreestima usted mi valor —respondió Leopold—. Este completo equipamiento me lo ha proporcionado un guarda de su castillo encantado.

El señor Steiner se echó a reír.

—Lo principal es que esté usted aquí. Me parece que las damas ya están en el agua. Para mi gusto, el lago está todavía demasiado frío, me conformo con un baño de aire.

El señor Steiner no tenía muy buen aspecto. El largo invierno había procurado un color pálido y malsano a su cuerpo enjuto, en el que se extendían las manchas marrones de la edad. El pelo que crecía en tupidas matas en el pecho del señor Steiner era fuerte y rizado como la crin vieja de un caballo e igual de gris, como la fina corona que se extendía desde las sienes hacia atrás en torno a su calva resplandeciente.

Ruth Steiner llegó atravesando el prado. Era gorda y tan bajita como su madre, pero tenía una piel bonita y fresca, y su bañador amarillo hacía juego con sus melancólicos ojos de color marrón corzo.

—Parece usted un budista —dijo ella, estrechando la mano de Leopold—. Qué bien volver a verlo.

Leopold se quitó el albornoz y lo colgó de la rama de un plátano. Ruth siguió sus movimientos, y cuando Leopold hubo fijado la cinta y se volvió de nuevo a Ruth, vio que ella contemplaba su cuerpo con detalle y sin tapujos.

—Mamá se alegrará de verlo —dijo Ruth.

La señora Steiner estaba echada en la tumbona y escribía cartas.

—Por fin una persona culta —dijo ella dándole la mano izquierda a Leopold—. Los demás tarugos no tienen más que deporte y bíceps... Bueno, ¡los cerebros van después de eso! Venga usted, Leopold, siéntese un ratito conmigo, ¿o es que quiere pillar también un catarro? Mi hija Waldmann ya se ha resfriado.

—Te equivocas, mamá —dijo Ruth, que se había quedado de pie junto a Leopold—. El agua no está nada fría.

—Dieciocho grados —dijo la señora Steiner, y echó una mirada al lago por el lado de su hija—. Me dan escalofríos solo con verlo. Yo pillaría una pulmonía.

No era tarea sencilla conversar con Lilli Steiner. Su mente inquieta era capaz de hablar ya a las once de la mañana sobre Richard Wilhelm y Lao-Tse[36] o de declarar erróneas las ideas del conde Coudenhove[37] porque Inglaterra...

Otto Bendemann salió del agua, voluminoso y chorreando como un dios fluvial, y como la señora Steiner volvía a tener compañía, Leopold pidió permiso para saludar a los demás invitados.

—Hágalo —dijo la señora Steiner—, y si ve por alguna parte una caja de fósforos, láncemela para acá.

Leopold se dirigió a la playa. Algunos jóvenes a los que no conocía

chapoteaban en el agua.

—Mi hermana Waldmann está también en casa —dijo Ruth Steiner, y Leopold saludó a la señora Waldmann, a Valerie Bendemann y a Franziska Scheler, que estaban recostadas en tres tumbonas contiguas. Franziska llevaba un bañador blanco, y Leopold vio que tenía unos pies bonitos. Eran suaves, muy femeninos y con unos dedos pequeños, bien formados y perfectamente rectos. Franziska miró las manos de Leopold, su cara y sus ojos, y Leopold le devolvió la mirada.

—Coja una silla y venga a conversar con nosotras —dijo Valerie.

Leopold se sentó en el suelo al lado de Franziska y le preguntó en qué tren había llegado. Anki se inclinó hacia Valerie y le preguntó si estaba la toalla de ella a sus pies. Valerie bajó el brazo izquierdo, levantó la toalla y se la tendió a Anki, que se tapó el cuerpo con ella. Solo quedaron al descubierto los médanos hermosamente abovedados de sus pechos, el cuello y los hombros. Leopold había seguido los movimientos de Anki y preguntó si eso no le daba demasiado calor.

—Todo lo contrario —dijo Anki—, hay que protegerse del sol.

—Para eso hay un remedio mejor —dijo Leopold—, meterse en el agua y nadar.

—Eso mismo opino yo también —dijo Ruth Steiner, que había estado esperando detrás de Leopold. Se dio la vuelta y se dirigió a paso lento al trampolín que sobresalía al final de un puente de madera sobre el agua. Llegada al extremo, levantó sus hermosos brazos, se aseguró el gorro de baño, dobló un poco las rodillas, se inclinó hacia delante y realizó un excelente salto de cabeza.

Leopold la siguió y trató de alcanzarla, pero Ruth nadaba a crol y avanzaba con una rapidez asombrosa. Franziska levantó la cabeza y siguió con la vista a Leopold y a Ruth. Cuando los dos llevaban un rato nadando a lo lejos y solo sobresalían las bolitas de sus cabezas sobre la superficie del agua, se levantó, corrió a otra parte de la orilla, se zambulló en el agua y nadó unas cuantas brazadas, pero se dio la vuelta pronto, y cuando Ruth y Leopold regresaron a las tumbonas un cuarto de hora después, Franziska hacía mucho rato que estaba echada y tapada por la toalla, y ya casi seca de nuevo.

Después del almuerzo, el señor Steiner preguntó a Leopold cómo le iba con el libro y si su trabajo avanzaba.

—Pero ¿cómo dice? —exclamó Otto Bendemann—. ¿Así que está usted escribiendo un libro, Leopold? Esa novedad me la ha ocultado por completo.

—Pensé que usted solo tenía interés en obras famosas.

—Ni hablar —dijo Bendemann—, me suscribo por la presente al ejemplar número dos con dedicatoria manuscrita del autor.

El señor Steiner pidió a los señores que entraran en su biblioteca y Leopold le preguntó qué opinión tenía sobre Metternich.

—Así que le gustaría saber eso ahora —dijo el señor Steiner, poniendo su mano sobre el hombro de Leopold—, pero no tengo ninguna opinión. ¿Ha leído usted el libro de Srbik[38]? Ese hombre parece haber sido más importante de lo que aprendimos en la escuela.

El señor Steiner volvía a tener un mejor aspecto. Llevaba un traje azul oscuro y tenía la cabeza bien formada. Cuando reía, tenía unos ojos simpáticos; decididamente era un hombre que se bañaba mejor a solas y que solo se quitaba la ropa en el cuarto de baño.

En ese momento se abrió la puerta y entró Franziska.

—¿Se puede escuchar? —preguntó.

Otto Bendemann le acercó un sillón, el señor Steiner le ofreció un cigarrillo, y luego habló Otto Bendemann:

—He leído el libro de Srbik y me mantengo en la opinión de que Metternich era una mente plana y un calavera.

—¿Y qué opina su nuevo biógrafo? —preguntó el señor Steiner.

—El señor Metternich era un diplomático —dijo Leopold—, no un político, y creo que se encontraba en el lugar equivocado. La eterna política de guerra civil[39] de los Habsburgo era una idea estéril y Metternich tuvo que ponerse toda su vida en contra de todo... contra Napoleón, contra Berlín, contra la libertad, contra los liberales, contra las tendencias de su época. Eso le hizo peor de lo que era[40]...

En la casa de los Steiner se hablaba de la mañana a la noche, y a menudo muy bien y con ingenio, pero rara vez se producía una conversación de verdad porque todos se tiraban los trastos y querían estar en todo.

Otto Bendemann estaba a punto de dar una respuesta cuando Lilli Steiner entró en la biblioteca con un cigarrillo en una boquilla larga y negra en la mano y un velo de humo tras ella.

—Esto que os traéis entre manos es pura Edad Media —dijo ella—. ¡Queréis desterrar nuevamente a las mujeres a los gineceos! ¿Tal vez queréis que espere ahí enfrente tejiendo unas medias?

Tenía una labia graciosa, y cualquiera que la escuchara sin mirarla pensaría que Lilli Steiner era más parlanchina y superficial de lo que era. Era una excelente ama de casa, y tal vez sabía incluso tejer unas medias, pero no podía soportar que la gente se reuniera a sus espaldas. Bendemann dijo algo más sobre Metternich y sobre el libro de Leopold, pero Lilli Steiner lo interrumpió.

—Metternich no tiene nada de interesante. Si el señor Chindler tiene que escribir un libro sobre semejante asno, lo siento por él. Usted sabe que leo todo lo que escribe, mi caro Leopold —añadió—,

pero si de verdad escribe usted sobre ese difunto donjuán, entonces ¡paso! Bueno, y ahora me gustaría oír la opinión de Bendemann sobre la conferencia de desarme.

2

A Anki le gustó el pequeño restaurante de la calle Kant, y conversaron bien hasta que Leopold preguntó a Anki por los Steiner.

—Son gente desagradable —opinó Anki.

Leopold defendió a Ruth Steiner. Tenía una mala figura, pero era una chica simpática, Leopold tenía una predilección por las mujeres con las que se podía contar para todo.

—Tiene mucha labia —dijo él—, pero se puede confiar en ella de una forma poco común, creo que volaría de Múnich a Königsberg para sacar a un amigo de un apuro.

Anki no replicó y Leopold se puso a pensar por qué motivo ella iba a casa de los Steiner si le parecía que era gente desagradable. Anki debía de tener buenas antenas, pues respondió a la pregunta de Leopold a pesar de que solo la había formulado mentalmente.

—Otto Bendemann me arrastra una y otra vez a casa de gentes así, pero cuando después regreso a la mía, siempre tengo la impresión de que he perdido y desperdiciado mi tiempo.

—¿Ama usted la soledad? ¿Le gusta estar sola?

—¡Eso no! Pero la vida es corta. Creo que no habría que juntarse con personas que no tienen ningún valor.

—Todas las personas tienen un valor —dijo Leopold—, y creo que en este punto nos igualamos a las abejas. Tenemos que echar a volar si no queremos morirnos de hambre, y ese abandonar el nido es en sí un ejercicio útil y fortaleciente.

—Todo eso es diferente para un hombre —dijo Anki—, pero los hombres se han vuelto también repugnantes. Solo quieren una cosa siempre, y cuando una mujer vive sola, se convierte en un objetivo de caza libre.

—Disculpe —dijo Leopold—, usted es todavía muy joven, y no me necesita a mí para nada, tan solo precisa de un espejo para constatar que es muy bella. ¿Por qué vive sola?

Anki jugaba con un fósforo. Lo partió en tres trozos iguales y respondió:

—Cuando no tienes dinero, nadie quiere casarse contigo.

Leopold no presentía siquiera lo que le había costado a Anki pronunciar ese comentario sincero, y lo entendió de una manera completamente errónea.

Anki había querido decirle que él era la excepción y distinto a los demás hombres, pero Leopold entendió que quería casarse y que no tenía ningunas ganas de atreverse a un flirteo o a enamorarse. Estaba decepcionado porque el mundo volvía a ser diferente de como sus sentimientos querían que fuera, pero no estaba sorprendido, pues la actitud de Anki parecía encajar con la serenidad prudente que exhibía; sin embargo, también estaba un poco asustado, y al contemplar los dedos de Anki jugando con el fósforo, se preguntó si ella lo contemplaba como a un posible nuevo marido.

Anki volvió a reunir los trocitos del fósforo roto y puso un trocito tras otro en el cenicero. Luego dijo:

—Dejemos eso. Háblame de su libro.

Hacía un año que Leopold estaba escribiendo un libro sobre Friedrich von Gentz[41], el famoso colaborador de Metternich, y se ocupaba de su trabajo con tanta vehemencia que le gustaba hablar de sus estudios y de los descubrimientos que había hecho durante su faena. Anki lo dejó hablar y percibió que ella lo escuchaba con placer y con atención.

Hans Karl permaneció una semana en casa de sus abuelos y Anki iba todos los mediodías al pequeño restaurante de la calle Kant. Leopold trajo un día consigo dos libros, una edición muy bonita de las *Reflexiones sobre la Revolución Francesa* de Burke[42] que había traducido Gentz. Anki contempló los volúmenes y pensó que probablemente esa sería una edición que le gustaría a Otto Bendemann.

—¿Conoce usted la biblioteca de Otto? —preguntó ella.

—Sí. Es magnífica, le envidio ese tesoro.

Anki cogió los libros con cautela y los abrió con sumo cuidado.

—Es usted una buena discípula de su primo —dijo Leopold—, ¿me permite regalarle estos dos volúmenes?

—¡No! —dijo Anki—. Son sus herramientas. Necesita los libros para su trabajo.

—Ya encontraré otro ejemplar —dijo Leopold—. Deme, por favor, el primer volumen, quiero escribirle algo en él.

Sacó del bolsillo una pluma estilográfica, y cuando hubo escrito y devuelto el libro, Anki leyó: «No debe abatirnos cuando nos agobia el comentario de que lo grande es efímero; más bien, si nos parece que lo pasado fue grande, eso debe animarnos a lograr nosotros mismos algo importante». Goethe.

Leopold había seguido la mirada de Anki, y cuando ella hubo leído el texto, dijo él:

—Me gustaría escribirle una dedicatoria también en el segundo volumen.

Anki contempló los dedos de Leopold y su manera de sostener la pluma, y Leopold escribió con trazos muy rápidos: «La presencia de un pensamiento es como la presencia de una amante». Schopenhauer. «Y la presencia de una amante es como la presencia de muchos pensamientos». L. Ch.

Anki no tenía ni idea de quién era Burke, pero no se atrevió a preguntárselo a Leopold. Se avergonzaba de su ignorancia, igual que su pudor, que revive con cada nuevo amor, se había avergonzado en Wannsee ante los ojos de Leopold. No quería mostrarle ninguna desnudez a su mente, y temía que su defectuosa formación pudiera ponerle de mal humor o incluso asustarlo y espantarlo. Sin embargo, cuando Leopold regresaba a la redacción después de tales conversaciones, Anki se iba corriendo a casa de Otto Bendemann y consultaba todos los nombres que él citaba en la enciclopedia Brockhaus y tomaba apuntes. A continuación buscaba en la biblioteca de Otto si había en ella libros de esos hombres o sobre ellos, y se llevaba a casa todos los que podía encontrar. De este modo aprendió un montón de cosas y comenzó a conocer al menos (y un poco) la época en la que habían vivido Gentz y sus amigos.

Estas clases tuvieron unas asombrosas consecuencias. Por primera vez en su vida, Anki comenzó a leer correctamente, es decir, a leer de una manera sistemática y avanzar de un libro en otro para formarse una imagen de una época del pasado. Poseía un buen conocimiento de la naturaleza humana, pero ahora estaba conociendo a unos caracteres de un calado mayor que el que habían mostrado los colegas de su marido, y su corazón descubrió en las cartas de los hombres y de las mujeres del siglo xviii páginas y posibilidades del carácter humano que nunca aparecen a los ojos de un observador que depende únicamente del trato con personas vivas, lo que significa con personas que mienten, y disimulan, y ocultan sus sentimientos. Ahora, ella era lo que se denomina una «autodidacta», pero igual que un diletante es casi siempre una persona culta aunque no haga nada más que dibujar flores, también una persona autodidacta, diligente y adulta es un campo muy fértil. La formación de Anki florecía y el mundo de su imaginación se poblaba con seres humanos que un muchacho o un estudiante joven todavía no puede entender. A la juventud le falta la experiencia que cada persona debe realizar por sí misma y que nadie es capaz de aprender, pero una persona madura, cuyo corazón ha sufrido, conoce con deleite las vivencias de los antepasados y observa sus destinos con un placer que es casi tan grande como la alegría de encontrarse con una persona viva que es significativa y cuyos ojos tienen la capacidad de reflejar el mundo de una manera nueva y

peculiar.

Leopold le había hablado a Anki del amor de Gentz hacia la bella bailarina Fanny Elßler[43]. Anki se compró una edición de las cartas de Gentz a la señora Von Varnhagen, en las que relata el nacimiento de ese amor, y Anki se quedó asombrada. Ahora —y de pronto— tenía mucho que hacer, y aprovechaba cada hora libre para volver a su lectura.

Hans Karl había regresado de su visita a Pomerania. Charlaba con el jardinero y con su pequeña pala ayudaba a ese hombre cavando detrás de él. Anki estaba echada en la tumbona de rayas verdes y rojas que había colocado a la sombra del bosquecito de abedules, y leyó: «Usted es un ser infinitamente productor, yo soy un ser infinitamente receptor; usted es un gran hombre; yo soy la primera de todas las mujeres que han vivido...»[44]. Anki colocó un dedo entre las páginas y hojeó una vez más hacia delante. Pero era cierto, sí, no se había equivocado, la carta era de Gentz y dirigida a la señora Von Varnhagen. «Eran gente osada», pensó ella, «¡algo así no me habría atrevido siquiera a pensarlo en la actualidad!». Luego continuó leyendo: «Lo sé: si me hubiera convertido en una mujer física, habría tenido el orbe a mis pies. Nunca he inventado nada, nunca he escrito nada, nunca he hecho nada; dese cuenta de esta peculiaridad: de mí a solas no extraigo la chispa más miserable; soy tan poco eléctrico como el metal, pero justo por eso soy un conductor de la electricidad como ningún otro. Mi receptividad no tiene límite ninguno; su espíritu eterno (no me refiero a la mente, sino al alma, todo), eternamente activo, eternamente fértil, encontró esta receptividad ilimitada y de esta manera dimos a luz ideas, y sentimientos, y lenguajes, todos ellos tremendos e inauditos. Lo que ambos sabemos, no se lo figura ningún mortal».

Anki arrancó una brizna de hierba, la colocó como señal en esa página y dejó el libro en el suelo a su lado. Al cabo de un rato lo alzó de nuevo y siguió leyendo[45].

Hans Karl vino saltando por el césped. Tenía las mejillas ardientes y los ojos brillantes, y a Anki le pareció que su hijo era encantador y adorable sin medida. Llamó a Hans Karl y le colmó de besos hasta que el chico se soltó de sus brazos y corrió de nuevo a su regadera roja y a su carretilla verde. Anki se levantó. El jardinero estaba cavando en el arriate de las flores, así que era seguro dejar con él a Hans Karl. Ella entró en la casa, cogió la enciclopedia Brockhaus (que Otto Bendemann había tenido que comprarle) y calculó. De 1764 a 1830 (ese era el año de la fecha de la carta): Gentz tenía sesenta y seis años cuando amó con esa pasión.

Poco tiempo después se compró un librito sobre Karoline von Humboldt y se quedó asombrada y conmovida cuando leyó en él que también Karoline, la felizmente casada Karoline, madre de seis hijos, había amado a otros dos hombres durante su largo matrimonio, y entre ellos estaba aquel Karl von Burgsdorf, de quien sabía algunas cosas porque había frecuentado el salón de la señora Von Varnhagen. Hasta ese momento, Franziska había tenido a Karoline von Humboldt por una especie de reina Luisa, una imagen encumbrada, sublime, ejemplar, y ahora veía que Karoline fue una persona como ella («¡aunque mucho más importante que yo, por supuesto!», pensó Anki), apasionada, compleja, fiel, pero sometida al poder del corazón y al poder del amor. Se compró la correspondencia entre Wilhelm von Humboldt y Karoline, siete gruesos volúmenes, y leyó las cartas línea tras línea.

3

Herbert Müller, el dueño de la editorial Herbert Müller, había leído los siete primeros capítulos del libro de Leopold. Le gustaron mucho, y Leopold fue a su casa a firmar el contrato. Leopold no creía que Herbert Müller fuera a ceder a sus exigencias, pero no tuvo que emplear muchas palabras para que Herbert Müller se mostrara dispuesto a entregarle a Leopold seis mil marcos de anticipo. A Leopold le pareció una cantidad más que decente, pero mantuvo la boca cerrada, y cuando hubo guardado el cheque en la cartera, salió del despacho despacio y mesurado. Una vez en la calle, caminó mucho más deprisa y en la esquina paró un taxi y se dirigió a la casa Wanderer. Desde hacía tres meses, en los escaparates de esta empresa podía verse un coche descapotable pintado de amarillo. Leopold conocía a la perfección ese coche porque estaba completamente enamorado de ese elegante vehículo. Ahora había llegado la ocasión propicia. Entró en la tienda y compró el coche igual que uno se compra un día cualquiera una caja de puros o una cinta nueva de color para la máquina de escribir. El vendedor era un caballero joven, bien vestido, con gafas de concha y patillas.

—Es nuestro ultimísimo modelo, le felicito por tener el coraje para comprarlo de este color.

—Es una ventaja extra —respondió Leopold—. Los condenados ladrones lo tendrán difícil a la hora de hacer desaparecer un coche amarillo.

—¿Sabe conducir? —preguntó el vendedor.

—Sí.

—Entonces está todo en orden. He mandado que le faciliten los papeles.

Bajaron la gran luna del escaparate y Leopold salió conduciendo enseguida por allí.

—Cuidado —dijo el vendedor señalando a las nubes—. Está lloviendo y el sirimiri es lo peor que hay para el asfalto en Berlín. El coche puede hacerle un giro repentino de modo que quede mirando hacia el barrio de Siemensstadt cuando usted lo que quería era ir a la Plaza Alexander. Sería una lástima por el coche.

Leopold condujo con prudencia, y cuando llegó a la calle Kaspar Theys, el cielo volvía a estar azul. Anki estaba sentada en el cuarto de Hans Karl, y Leopold le pidió que se asomara un instante al balcón.

—¿Es su coche? —preguntó ella.

—Sí. Me permito presentarle mi automóvil recién estrenado.

—¿De verdad que lo estrena ahora?

—Hace un minuto que ha cumplido un cuarto de hora. Lo he comprado hace dieciséis minutos. ¿Me permite invitarla a un pequeño paseo de estreno?

Anki fue al dormitorio, y Leopold tuvo que esperar un buen rato, pero cuando Franziska apareció por fin en la sala de estar, tenía un aspecto encantador.

—¿Adónde vamos? —preguntó Leopold.

—A Tegel —dijo Anki.

Leopold conducía despacio y contemplaba el cielo y los coches que pasaban, y a veces también las rodillas de Anki, que asomaban por debajo de su falda corta, o sus ojos, que eran igual de azules que el cielo por encima de su sombrero pequeño, pero mucho más brillantes. Llegados a Tegel, atravesaron la avenida que conduce al Palacio de Humboldt, y entraron en la antigua y famosa casa. Leopold había estado ya dos veces en el Palacio de Tegel, pero Anki lo veía por primera vez. Ella contempló todas las salas y todos los papeles pintados, el escritorio de Wilhelm Humboldt, y se detuvo mucho rato ante los bustos que había realizado Thorwaldsen del gran hombre de Estado. Para acabar, caminaron por la avenida de tilos hasta el lugar de enterramiento de la familia Von Humboldt. Leopold examinaba las inscripciones de cada lápida, mientras que Anki tenía la mirada puesta en el pequeño palacio en el que habitó en su día aquella mujer cuyas cartas ella tanto adoraba y admiraba.

—Usted es el mejor de mis maestros —dijo Anki—. En mi vida nadie me ha dicho ni me ha mostrado tanto como usted. He leído entero su libro de Gentz (Anki se refería a su traducción de la obra de Burke), y le estoy tan agradecida por los muchos estímulos que usted

me ofrece que me gustaría también regalarle algo. Sin embargo, con toda probabilidad posee usted todos los libros que podrían ocurrírseme a mí, así que me daría una gran alegría si quisiera decirme con qué podría darle yo una alegría a usted.

—Solo tengo un deseo...

—¿Qué desea?

—Querría verla a usted todos los días.

Anki se puso el guante y se inclinó sobre el botón que no se cerraba.

—Ese no es el deseo al que me refería —dijo ella—, o... quiero decir que... ese deseo ya se lo tengo concedido... pues lo veo a usted casi todos los días.

—Venga usted —dijo Leopold—. Vamos a pasear un poco.

Anki lo siguió.

—No tiene por qué ser un libro —dijo ella—. Hay otras cosas que podría regalarle... Tal vez encuentre algo para su coche nuevo.

—Tengo un deseo muy grande —dijo Leopold—. Me gustaría pedirle que me permita invitarla a mi casa.

—¿Cuándo quiere que vaya? —preguntó Anki.

—Hoy... ahora... esta tarde.

—Hoy no puedo —dijo Anki—. Marie está enferma. He llamado al médico y me gustaría estar en casa para cuando venga. Pero mañana iré a tomar el té a su casa.

Leopold no tenía ni idea de quién era Marie, pero Anki tenía la costumbre de nombrar a sus amigos y parientes por el nombre sin aclarar nada más, y por esa familiaridad sobreentendida trataba también a Leopold como a alguien que está por entero en su vida y que sabe todo lo que ella sabía, y conoce todo lo que ella conocía y a lo que estaba acostumbrada todos los días.

—Se lo agradezco —dijo Leopold—, no puedo decirle la ilusión que me hace ya su visita de mañana.

El médico acababa de llegar y se encontraba ya con Marie cuando Anki llegó a su casa. Fue a la sala de estar y mandó a Luise que le comunicara al médico que lo esperaba después de examinar a la paciente.

—Es una pleuritis —dijo el médico al entrar en la habitación de Franziska—, sería más que recomendable enviar a la muchacha al hospital.

Anki pidió un taxi por teléfono y fue a ver a Marie. Marie estaba echada en la cama y se incomodó cuando entró Anki y se acercó a los pies de la cama.

—No es nada, señora Scheler, no me pasa nada de nada. No hacía

falta que viniera el médico. Voy a echar una cabezadita y mañana me levantaré temprano otra vez.

—Le he pedido un taxi, va a ir al hospital unos días. Eso le hará bien. Si la cuidan como es debido, en dos semanas estará usted otra vez bien.

Veinticuatro horas después, Anki salía de la boca del metro en la Plaza de Nürnberg y subía despacito por la calle Schaper. «Hoy me va a besar», pensó, «pero eso es lo que quiero, y yo lo besaré también».

Se detuvo y miró a su alrededor para ver si alguien la seguía, pero la calle estaba vacía y desierta. Entró en el edificio con el número veintiuno. Solo fueron tres segundos hasta que la puerta se abrió de golpe, pero a Anki le parecieron larguísimos, y como no había ascensor, subió apresuradamente las escaleras. Leopold ya había abierto la puerta de la vivienda, y Anki entró en la pequeña antesala, que era fresca y estaba a oscuras. Se quitó los guantes y los depositó sobre la mesita debajo del espejo, pero se dejó puesto el sombrero y entró en el cuarto de trabajo de Leopold, que le pareció sorprendentemente pequeño. Miró a su alrededor en todas direcciones y descubrió el comedor. La puerta estaba abierta y Franziska divisó la mesa puesta para dos comensales.

—¡Ah...! Ahí hay otra habitación —dijo ella, y entró.

Leopold se dio cuenta de que su piso no era motivo de admiración.

—Ha entrado usted en el cubículo de un escritor.

—Vive usted un poco como su héroe Gentz.

—¿Le desagrada eso?

Anki entró en el comedor y puso su bolso encima de la mesa del té. Leopold había puesto su mejor porcelana de Meißen, azul y blanca. La leche y el azúcar estaban ya en la mesa, solo faltaba la tetera.

—¿Tiene usted cocina? ¿Me permite hacer el té?

No había mucho que hacer. Leopold lo había preparado ya todo en la cocina, pero Anki estuvo tanteando las cosas con satisfacción. Colgó el sombrero del asidero de la ventana, calentó la tetera y, rociando con cuidado el agua caliente sobre las hojas, preparó un té fuerte y excelente. Después del té, ella se situó ante los libros de Leopold, pero este la tomó suavemente del brazo.

—Hoy no vamos a hablar de libros...

—¿De qué quiere hablar entonces?

—Del amor...

---

35. Chindler lee a la competencia conservadora de derechas del *Frankfurter Zeitung,* el *daz,* que a diferencia del ficticio *Berliner Allgemeine Zeitung* sí es histórico, como lo son las personas y las catástrofes que se comentan a continuación.

36. Wilhelm (1873-1930) era el traductor de chino más importante de esa época; en sus últimos años propagó intensamente el taoísmo, cuyo fundador fue Lao-Tse.

37. El conde Richard Coudenhove-Calergi (1894-1972) fundó en 1924 la Unión Internacional Paneuropea, una iniciativa que, después de la Primera Guerra Mundial y en la época de los nacionalismos, abogó por una Europa democrática unida.

38. El historiador austríaco Heinrich von Srbik acuñó en su bibliografía básica *(Metternich,* Múnich, 1925, 2 volúmenes) el concepto de «sistema Metternich».

39. En la PE dice: «la eterna política antialemana de guerra civil».

40. En la PE: «y de lo que habría podido ser... Debería haber hablado toda una semana con Grillparzer, pero por desgracia eso no estaba de moda en Viena...».

41. El periodista político Friedrich von Gentz, nacido en Breslavia en 1764 y fallecido en Viena en el año 1832, fue consejero de Metternich desde 1809 hasta que este rompió con él en el año 1830. Gentz es considerado un liberal moderado que al principio estuvo impresionado por la Revolución Francesa pero que luego se convirtió en un conservador y tuvo que abandonar Prusia por su actitud antinapoleónica, antifrancesa incluso. Como personaje histórico que se distinguió por complejos cambios de dirección, que luchó contra las consecuencias de la Revolución Francesa y que fue exiliado varias veces, Gentz era una figura con una proyección especialmente interesante para los círculos conservadores y liberales en el exilio después de 1933. Golo Mann, a quien Brentano ya conocía por su vecindad temporal con Thomas Mann en la ciudad suiza de Küsnacht durante los años treinta, también se ocupó intensamente de Gentz; primero con un artículo en la revista de exiliados publicada en Zúrich, *Mass und Wert* (1938), posteriormente en su primer libro *Friedrich von Gentz. Geschichte eines europäischen Staatsmannes* [Friedrich von Gentz. Historia de un hombre de Estado europeo] (que apareció primero en Estados Unidos en 1946; publicado en alemán en 1947; véase el epílogo). Según una nota encontrada en su legado, entre las fuentes de Brentano había una tesis doctoral suiza: *Hans Lang: Politische Geschichtsbilder zu Anfang des 19. Jahrhunderts (Metternich — Friedrich Gentz —Adam Müller)* [Hans Lang: Imágenes políticas de la historia a comienzos del siglo xix (Metternich — Friedrich Gentz — Adam Müller)], Aarau, 1944.

42. Edmund Burke, *Reflections on the French Revolution* (1790), en la traducción de Friedrich Gentz, *Bemerkungen über die französische Revoluzion und das Betragen einiger Gesellschaften in London*. [Reflexiones sobre la Revolución Francesa y la conducta de algunas sociedades en Londres], Viena, 1793. En la red está digitalizado en la dirección: http://ubsm.bg.ac.rs/cirilica/dokument/1418/.

43 . Bailarina austríaca (1810-1884), que estuvo comprometida con Gentz desde 1830 hasta la muerte de él en 1832.

44. Carta de Friedrich von Gentz a Rahel Varnhagen, 1803, en *Rahel Varnhagen. Briefwechsel. vol. III: Rahel und ihre Freunde* [Rahel Varnhagen. Correspondencia. Vol. III: Rahel y sus amigos], edición de Friedhelm Kemp, Múnich, 1979, pp. 121-123; esta cita está en la página 122.

45. Brentano suprimió aquí casi una página impresa de la lectura que Franziska Scheler hace de Gentz.

Capítulo 9

Di, ¿qué nos deparará el destino?
Goethe

1

Leopold tenía que viajar a Viena por encargo de su periódico.

—Iré en avión —dijo al teléfono—, espero estar de nuevo a tu lado dentro de tres días.

—Eso no me es nada grato —dijo Anki asustada—. Volar en un avión sigue siendo muy peligroso.

—Si me lo ordenas, iré en tren, pero no creo eso que dices. Volar en avión no es más peligroso que montar en un ascensor o escalar una montaña.

—Entonces ve en avión. Encaja contigo.

—¿Estarás inquieta?

—Me controlaré; eso sí, si tienes tiempo, llámame cuando lleguéis a Viena.

El avión había despegado a las tres del aeródromo de Tempelhof. A las cuatro se levantó una tormenta y una lluvia que fue en aumento hasta convertirse en un huracán. El agua se deslizaba por las ventanillas, y Leopold no veía nada, ni tierra, ni cielo, el mundo entero no era más que una masa gigantesca de color gris, impenetrable, a través de la cual el avión luchaba por abrirse paso. Eran ya las seis, y hacía rato que el avión debía haber llegado ya a Praga, pero el piloto continuaba lidiando con la lluvia, la tormenta y la falta de visibilidad. Su acompañante abrió la estrecha puerta del piloto y salió a la cabina.

—Nos detendremos en Praga —dijo—, ¿o hay alguien que tenga urgencia por llegar?

Todos los pasajeros estaban a favor de quedarse en Praga, a excepción de un anciano inglés que estaba sentado con sus dos nietos en las primeras filas y que abogaba por continuar el vuelo.

De todas formas, el vuelo quedó interrumpido en Praga. Leopold no llevaba ningún paraguas consigo, y en Praga estaba diluviando con tanta intensidad que quedó completamente calado como un gato ahogado cuando alcanzó el hangar del aeropuerto. En el hotel pidió

que le pusieran una conferencia con Berlín. Se puso al aparato Anki en persona.

—Estoy sano y salvo —dijo Leopold—, pero tengo que confesarte que me encuentro en Praga. Tuvimos una lluvia tonta, un lloriqueo de diluvio de las nubes que lo emborronaba todo y suprimía toda la visibilidad.

—Lo sabía —dijo Anki en voz baja—. Debiste haber cogido el tren.

—Iba a hacerlo, pero se me pasó por la cabeza que en ese caso no habría podido llamarte por teléfono hasta mañana temprano.

—Soy muy feliz de que pienses tanto en mí.

Leopold colgó y Anki se dirigió al comedor. Luise le había dicho que la cubertería de plata no estaba completa y Anki se sentó a la mesa y contó los cubiertos.

—Tiene razón usted, faltan tres tenedores grandes y una cucharita de café. Es mucho, y deberían aparecer.

—Tal vez los haya puesto Marie en algún lugar imposible de encontrar —dijo Luise.

—Mire bien una vez más, por favor. Marie está bastante enferma, podría alterarse si se le pregunta al respecto.

—El jardinero dice que ya está sana otra vez —dijo Luise indignada.

Anki fue a la sala de estar y se sentó junto a la ventana. Abrió el bolso, sacó una foto y contempló los rasgos de Leopold. «Si él quisiera», pensó ella, «me levantaría ahora mismo y viajaría de inmediato a Viena. El amor te consume por completo... Haría todo lo que me pidiera... y lo haría con agrado... yo ya no soy para nada yo, pero por fin soy yo de nuevo...».

Al día siguiente se dirigió a la calle Nettelbeck. Fine había llamado por teléfono y dijo que la señora Von Bendemann estaba muy enferma. El autobús estaba abarrotado y Anki tuvo que viajar de pie. Se puso a mirar las caras de los demás pasajeros. A excepción de una muchacha joven que miraba con frescura y descaro (y que devolvió la mirada examinadora de Anki con una sonrisa), todos los rostros tenían esa expresión de tensión y cansancio que distingue a los habitantes de las grandes ciudades de los que viven en ciudades pequeñas. Eran personas que regresaban del trabajo o que se dirigían al trabajo, pero incluso el hecho de viajar en aquel vagón caluroso y abarrotado era un trozo de trabajo, un esfuezo adicional sobre el que nadie gastaba una palabra porque las cosas eran así y querían ser hechas así. Anki también lo percibía así, y cuando pensaba que hubo una época en la que ella podía quejarse de los pequeños esfuerzos (y emplear muchas palabras para ello), le parecía que por aquel entonces todavía era muy

infantil. Inmadura.

Podemos denominar al amor un juego, y los siglos pasados parecen haberlo percibido así. También podemos denominarlo una enfermedad, y hay estudiosos que han dejado por escrito la opinión de que las hormonas de la esfera sexual, liberadas en nuestra sangre, tienen como consecuencia un ligero envenenamiento de la corteza cerebral. La primera definición ya no es aprovechable porque nuestro siglo ya no conoce los juegos, sino tan solo las luchas. Ya no *jugamos* al tenis sino que nos ejercitamos para embolsarnos un premio en un torneo cualquiera, y una muchacha joven que pisotea la pista roja para «jugar» de cuatro a cinco y media trabaja más esforzadamente de lo que solía trabajar antiguamente un director de banco, y más o menos con el mismo afán que emplea un artista joven que atormentado por sus visiones pinta encerrado en su taller o trata de copiar el muslo de una modelo bella. La segunda definición es banal porque no explica nada, pues para explicar la liberación de aquellas hormonas en nuestra sangre (a lo que llaman amor) hay que suponer al... amor como la causa de esa liberación. Anki estaba muy lejos de realizar tales consideraciones, y ni siquiera se asombraba del cambio de su ser que se había producido en ella, pero si está permitido que desde la plenitud de esos milagros que somos, que hacen que nos movamos, vivamos, respiremos, que nos llevan a pensar así y no de una manera diferente, y que nos mueven a amar a una persona de tal manera que el pensamiento de morir por ella no resulta terrible ni espantoso, sino, por el contrario, dulce, mientras que el hermano de la persona amada nos es ya casi indiferente... si de esta confusión incomprensible que llamamos vida se nos permite enfocar a la luz durante un instante un costado, entonces es muy asombroso y digno de examinarse a fondo que Anki, de pronto, estuviera exenta de toda antipatía hacia los penosos trabajos que poco tiempo atrás la ponían de mal humor, y se viera ahora henchida de simpatía por las personas a las que veía regresar de un trabajo duro o dirigirse a un trabajo duro.

El amor había doblegado su corazón igual que el dulce peso de las peras maduras doblega la rama de un árbol, y si es verdad que el corazón es la morada del amor, ahora también su corazón tenía que realizar un tremendo esfuerzo para crear y para soportar esa gran pasión, inconmesurable e incalculable, de la que, de pronto, se veía anegado por completo.

Madre desde hacía mucho tiempo y mujer desde hacía mucho tiempo, su amor la había convertido en otra persona, y al igual que el agua no se convierte lentamente en hielo sino que, después de

soportar el frío durante un tiempo, pasa a helarse de un segundo a otro, así también a Anki, después de soportar el amor durante un tiempo, el primer dolor de ese amor, la partida repentina y peligrosa del amado a Viena la había convertido en mujer de un segundo a otro, y eso significa convertirse en una persona que está situada por entero en el centro de todo lo humano.

Se preocupaba por Marie, cosa que no había hecho nunca antes, y en ocasiones hablaba con la esposa del jardinero que había alquilado el sótano[46] del edificio. Tenía el corazón doliente, y después de haber gozado de las delicias del amor, ahora soportaba también sus tormentos como la más excelsa entre las mujeres y como la más insignificante. La esposa del jardinero había aportado una criatura al matrimonio, una niña que ahora tenía veintinueve años. Hanna era esbelta, pero no era ni guapa ni fea. Un dentista chapucero le había reemplazado el incisivo izquierdo por un diente de oro, lo que tenía un aspecto repelente y procuraba a la muchacha, especialmente cuando reía, un rasgo tosco y repulsivo. Sin embargo, los ojos de Hanna eran dulces y las manos, a pesar de su desgaste, eran suaves, delgadas y bellas. Hanna amaba a un tipo rudo que durante un tiempo había trabajado en casa de su padrastro pero que un buen día se fue de allí y ahora encontraba trabajo unos días aquí y otros allá. Los jardineros no le permitían acercarse, pero Hanna le era fiel. Le permitía entrar en su alcoba y le daba hasta el último céntimo. Ella sabía que él era una mala persona, pero sabía lo que no sabía nadie más porque todos eran demasiado apáticos para querer saber que ese hombre tenía también sus lados buenos, y ella lo amaba. Sin embargo, igual que tal vez no haya nadie a quien se le pase por la cabeza reírse de Isolda (mientras que Tristán es un hombre del que puede hablarse mucho), así tampoco había nadie que se hubiera reído de Hanna. Sus padres la reprendían y sus amigas la persuadían para que dejara a ese tío infame, pero nadie osaba tocar la región secreta de su corazón, justo esa en la que moraba su amor por el muchacho.

Anki conocía esa historia de Hanna. La madre había hablado con ella sobre este asunto, pero la misma Hanna, que trabajaba en una fábrica en el barrio de Spandau, había evitado siempre a Anki, y esta, en los tres años que hacía que vivía en la calle Kaspar Theys, solo había intercambiado con ella alguna que otra frase sin importancia. Un día —la mañana siguiente a la partida de Leopold— se acercó a Hanna para hablar con ella. Hanna estaba sentada en la parte trasera de la casa y cosía. Levantó la vista de su labor y respondió, y así fue devanándose una conversación sobre la costura de vestidos y cómo ganarse la vida, y al cabo de poco tiempo ambas mujeres conversaban

sobre hijas e hijos y la mejor manera de guiarlos y educarlos. Hanna tenía un entendimiento natural, y como era buena observadora (y le tenía mucho cariño a Hans Karl), supo dar respuestas inteligentes.

Al atardecer, Anki estaba echada en la tumbona mientras Hanna atravesaba el jardín. Anki la vio venir y siguió leyendo, pero en el camino de vuelta Hanna se acercó a la tumbona por detrás, le puso un ramo de claveles rojos en el regazo y entró corriendo en la casa.

Contemplada esa acción con superficialidad, se trataba de un agradecimiento por la conversación mantenida, pero era también algo más. San Francisco experimentó el milagro de poder hablar con los pájaros, y aunque ese sea un milagro muy grande, en nuestros días poder hablar con las personas es un milagro aún mayor, y Anki sintió que el ramo de flores era menos una expresión de agradecimiento que una señal, una continuación de la conversación, un consentimiento secreto de un alma a otra alma. El ramo bonito y el gesto amable de la muchacha le depararon una gran alegría y se sintió tocada por aquella fuerza misteriosa que había despertado en su corazón simultáneamente con su amor y que le daba alas para atreverse a lo extraordinario y probablemente también a realizarlo si se lo hubieran exigido.

Pero el amor no percibe ninguna otra alegría que la que da el mismo amor, ni tampoco ningún otro consuelo, y todo el bálsamo del mundo se desliza como el agua desde un corazón herido por el amor.

Anki contempló los claveles, y su primer pensamiento fue enviar el ramo a Leopold; el segundo, que él no había regresado todavía; el tercero, que el vuelo de vuelta podía ser aún más peligroso que el de ida a Viena.

> «Cuando a una persona, a su hora,
> el amor verdadero la trastoca,
> nunca más volverá a estar sana
> a no ser que bese la misma boca
> de la persona que trastocó su alma[47].»

2

Anki tuvo que esperar en la farmacia y llegó a la calle Nettelbeck media hora más tarde de lo que había prometido. El señor Von Bendemann había esperado a Anki con impaciencia y abrió él mismo la puerta.

—Tu tardanza me ha costado veinte céntimos —dijo.

—¿Y eso?

—Con los nervios he abierto la puerta a dos viejos mendigos, lo cual me ha costado dos veces diez céntimos, o, lo que es lo mismo, veinte céntimos.

—¡Pobrecito! ¿Tal vez tengo que reembolsarte los gastos?

—¡La próxima vez! Pero, bromas aparte, Valerie está muy enferma.

—¿Otra vez? ¿Qué le pasa?

Valerie estaba echada en el sofá de la biblioteca, y Franziska fue a verla de inmediato.

—Pensaba que estarías en cama —dijo dándole la mano a Valerie.

—Hace demasiado calor —dijo Valerie—, y estoy cansada de tanta cama. Ese ataúd blanco y mohoso se me llevará lo bastante pronto. Ya os veo a todos de pie alrededor de un agujero negro al que me habréis arrojado.

Valerie era una paciente difícil, y Anki permaneció a su lado hasta el anochecer.

—Eres el único ser humano al que puedo aguantar —le dijo Valerie a Anki—. Agáchate para que pueda darte un beso.

Anki se inclinó sobre la enferma y acarició la frente de Valerie. Estaba cubierta de sudor, y Valerie gimió con fuerza al moverse.

—La vida es una marranada... La detesto desde hace veinte años.

Otto Bendemannn se había ido a pasear una hora, y cuando regresó, desembaló una edición de los diarios de Gentz. Había comprado el libro a un vendedor ambulante con la intención de obsequiárselo a Anki.

—Me he traído un librito que me gustaría regalarle a Anki —dijo temeroso y mirando alternativamente el libro y a su esposa.

—Eso es algo muy diferente —dijo Valerie—. A Anki le debemos mucho, y me hace feliz que se presente de vez en cuando una ocasión para depararle a Anki una alegría.

Le pidió el libro y hojeó en sus páginas, pero el texto no le interesó. Volvió a sumirse en su silencio observador y en sus dolores, y no revivió hasta que llegó el correo.

—¿De quién has recibido noticias? —preguntó ella a Otto.

—De mi hermano Fritz. Escribe que espera llegar a Cuxhaven el 15 de julio.

—A Jutta le dará un alegrón tremendo —dijo Valerie—. Ya hace cuatro meses que está sola, eso es más de un cuarto de año... Nosotros no estuvimos nunca separados tanto tiempo.

Ningún comentario habría podido ser más sorprendente que ese. Anki miró a Valerie, su cabello teñido, que ya volvía a tener un brillo gris en las raíces, su cara demacrada con una frente fría y altiva, mientras que la boca pendía con un gesto cansino, con las orejas

desproporcionadamente grandes a las que no se les escapaba nada y con los ojos pequeños y duros que ya eran capaces de sonreír.

—Nosotros estuvimos separados demasiado poco, mi querida Valerie —replicó el señor Von Bendemann—. Los jóvenes de ahora hacen algunas cosas mejor que nosotros; ese eterno estar uno al tanto del otro no es bueno. *Partir c'est mourir un peu*[48], incluso el amor, de vez en cuando tiene que... no voy a decir morir, pero sí adormecerse, para despertar como nuevo y recrudecerse en el reencuentro.

—Siempre tuvimos concepciones diferentes acerca del matrimonio —replicó Valerie—. Una no se casa para separarse, sino para permanecer juntos. Discúlpame, Anki —añadió al cabo de unos instantes—. Un divorcio de verdad es otra cosa, por supuesto...

3

Leopold llamó a Anki por teléfono desde el aeródromo de Aspern.

—Tenemos un avión, grande y hermoso, un águila reluciente que me llevará a ti con rapidez y tranquilidad. Hace un día azul y soleado, y el cielo entero es pura paz. En cinco minutos despegamos, y ya tengo tanta ilusión por verte como tu hijo en las Navidades. ¿Has estado ya en Viena? ¿Sí? ¿Viste los Brueghel y el pequeño cuadro de María con vestimenta azul de Durero? ¿Sí? Qué bien. Tendremos un montón de cosas de que hablar. ¡Ah! Es muy agradable volar. Mi deseo de ti no puede refrenarse apenas. No soportaría ningún otro medio de transporte. ¿Has ido en avión alguna vez?

—No.

—Tienes que vivirlo. Esa experiencia te enriquecerá. Anoche solo dormí tres horas y el resto del tiempo estuve pensando en ti. Eres mucho más grandiosa de lo que crees, y estoy convencido de que posees más talento que yo.

—No hagas cumplidos tan exagerados —dijo Anki—, de lo contrario no podré creerme ninguno más.

—Te colmaré de cumplidos.

—Te daré un beso.

—¿Uno? Eso no es nada de nada.

—¡Mil!

—Eso está mejor... Ayer por la noche, en una reunión de sociedad, vi a mujeres vienesas muy elegantes. Muchas son guapas, algunas muy guapas, pero no vi a ninguna que pudiera compararse contigo.

Franziska apartó la manga de su muñeca y miró la hora que era.

—Soy feliz de escuchar tu voz, pero vas a perder tu avión y yo tendré que vivir *otro* día sin ti.

—¡No hay peligro! —replicó la voz de Leopold—. Esta práctica cabina telefónica tiene una ventana, y estoy viendo al piloto sentado sobre una caja fumando un cigarrillo. Deberías volar también alguna vez. Si hubiera tiempo, te propondría que fueras a Praga a mi encuentro, y entonces volaríamos juntos de regreso a casa. Pero ya no hay tiempo para eso y podría llamar la atención. Por desgracia esto de volar es muy caro, y seguramente nos encontraríamos con tres o cuatro que ejercen la profesión de ricos y te examinarían de arriba abajo con ocultas intenciones. Y es que la gente rica tiene unos ojos inquietos y, en general, una fuerza combinatoria que puede subestimarse. Bueno... El piloto se ha levantado y se está abrochando la gorra. Adiós. Estaré en Tempelhof en ciento noventa minutos.

Anki corrió escalera abajo saltando los peldaños de dos en dos y fue hasta la oficina de Lufthansa. El avión a Praga despegaba en veinte minutos y todavía había asientos libres, pero cuando Anki iba a comprar un billete, constató que no tenía visado.

—Sea usted amable —le dijo al funcionario—. No quiero ir a Praga, no. Solo quiero ir al aeródromo de allí y subirme de inmediato al avión procedente de Viena.

—Usted es irresistible, señora —dijo el funcionario—, y yo la dejaría viajar a Egipto, pero los checos son gente que necesita dinero, como en general todos los gobiernos, y no la dejarán pasar.

Anki salió de la oficina. Estaba tan colérica por aquella resistencia invencible que se confundió de dirección y caminó por el lado equivocado de la calle, hasta que en el primer cruce volvió en sí y desanduvo sus pasos. «¡Este continente aburrido», pensó, «está compuesto de fronteras y de barreras, y de tipos estúpidos que acechan detrás de ellas y te hacen la vida imposible!».

Se dirigió a casa y recogió a Hans Karl de la guardería. Después fue hasta Tempelhof y se sentó en la sala de espera. Un mozo vendedor de periódicos entró y Anki le preguntó si tenía el *Berliner Allgemeine*.

—Recién salido, señora mía, fresquito todavía de la prensa —le contestó en berlinés.

Anki le dio veinte céntimos. El mozo saludó y siguió su camino. Anki abrió el periódico pero no había nada en él que la interesara. El rey de Egipto había llegado a Berlín, y Anki contempló una foto del señor Von Hindenburg saludando a su invitado en la estación de Berlín Anhalter.

El avión aterrizó suavemente y casi sin ruido. Leopold cogió el abrigo y la pequeña bolsa de mano, y al llegar a la barrera, divisó a Anki.

—Estoy muy conmovido —dijo él—. Es un mimo muy agradable

que te vengan a buscar.

—Soy feliz de que estés aquí de nuevo.

En el taxi, Leopold preguntó si Anki tenía ganas de ver al rey de Egipto.

—Ya lo he visto —dijo Anki.

—¿Dónde?

—Tu periódico lo ha fotografiado y ha publicado la imagen.

Anki abrió su bolso y le tendió a Leopold la edición vespertina.

—La Ópera Estatal ofrece esta noche una función de gala. La sección del suplemento cultural me ha regalado dos asientos. Si te apeteciera, podríamos ir juntos.

Leopold llevó a Anki a casa, y como todavía tenía que pasarse por la redacción, se citaron a las ocho menos cinco delante de la entrada principal de la ópera por la avenida Unter den Linden.

Cuando Leopold llegó, Anki estaba de pie, apocada y tímida junto a la caja. Llevaba un vestido largo, y a Leopold le pareció que le quedaban bien la falda amplia y el escote profundo.

—Podría ser que nos encontráramos a un montón de conocidos —dijo él—, ¿te molestaría eso?

Anki no respondió. En el palco se puso las gafas y se inclinó sobre la barandilla. Leopold no sabía que Franziska usara gafas y la contempló como si la viera por primera vez.

—Pareces una actriz americana interpretando un papel muy fino.

—¿Es un cumplido?

—¿Has visto alguna vez a una actriz fea?

La mayoría de los caballeros vestían frac, y para la celebración de ese día el doctor Kleim se había anudado una corbata blanca a juego con el esmoquin. Su esposa llevaba un bolsito diminuto en la mano, y su vestido ingenuo lucía como la hierba recién cortada.

—Uno puede pensar de una manera diferente a su siglo —dijo Leopold—, pero no vestirse de diferente manera.

—Acaban de llegar los Steiner —dijo Anki.

Leopold dirigió la vista al palco de enfrente. Ruth estaba sentada al lado de su madre y sostenía ante los ojos unos gemelos de nácar blanco.

—Te está observando como si no te hubiera visto nunca —dijo Anki con rabia—. Pero tú tienes debilidad por las personas impertinentes.

Ruth lucía un peinado nuevo y un vestido de terciopelo rojo, y Leopold replicó:

—Supongo que estará observando tus gafas y tu bonito vestido.

Se representaban *Las bodas de Fígaro*. Antes de la obertura, la orquesta tocó el himno nacional egipcio, y todo el mundo se levantó y

lo escuchó de pie. Leopold se colocó detrás de Anki y miró en dirección al palco de autoridades. El sucesor de los faraones era un señor corpulento de mirada amable con un bigote retorcido. Llevaba frac, una amplia banda azul de condecoración en diagonal sobre la pechera e iba tocado con un fez de color rojo oscuro con una borla. A su lado estaba el presidente de Alemania, el señor Von Hindenburg, ataviado asimismo con un frac con condecoraciones y unos guantes blancos de cabritilla sujetos por la mano izquierda. Detrás del rey estaba el bajito Löbe, presidente del Reichstag, y a su lado la señora Von Schubert, esposa del secretario de Estado del Ministerio de Asuntos Exteriores a quien Anki había conocido hacía dos semanas en una reunión de sociedad.

Se extinguieron las notas de los himnos nacionales y los espectadores se sentaron. Inmediatamente después se apagaron las luces y comenzó a sonar la obertura. La función fue muy buena, y Leopold se fijó en que Anki no apartaba la mirada del escenario ni un instante.

Durante el intermedio, Leopold se dirigió al doctor Kleim para agradecerle los buenos asientos en el palco.

—¿No le parece a usted también que esta música es del todo bávara, como una iglesia de los hermanos Asam? —preguntó la señora Kleim.

Anki le había comprado a la encargada de los palcos una biografía de Mozart de la editorial Reclam, y cuando Leopold fue a hablar con Kleim, ella se recostó en una columna y comenzó a leer. La columna estaba recubierta de espejos, y dos hombres jóvenes se detuvieron y contemplaron el cuello de Anki y el destello de los pequeños brillantes engarzados en el cierre de su collar. Anki no se daba cuenta de nada y leía inmersa en su libro.

—Soy una inculta —dijo cuando Leopold regresó—. No tenía ni idea acerca de la vida de Mozart.

—Pero a cambio eres una buena lectora.

Anki había tenido a Mozart por una persona que había vivido con el mismo júbilo con el que ella percibía su música radiante y alegre, y ahora acababa de enterarse de que ese gran hombre había tenido que vivir una vida desdichada y al final sucumbió a la infamia más miserable, como un ciervo sucumbe a la jauría y a la superioridad de los perros, un ciervo que puede más que los demás ciervos, pero solo lo saben unos pocos, y eso no impide a los cazadores que lo persiguen darle caza y matarlo, sino al contrario, ¡los azuzan! Anki no había sido pobre nunca, pero su confianza en sí misma se había llevado algunos zarpazos que habían cicatrizado mal. La eterna falta de dinero de los

últimos años en Heidelberg y la cantinela constante de «esto es demasiado caro», «esto no toca ahora», «esto no nos lo podemos permitir» habían envenenado esa época de su vida. Su padre soportó aquella época con mayor facilidad porque era quien poseía más imaginación. Estaba firmemente convencido de que ganaría su juicio y de que un día volvería a tener mucho dinero, y así poblaba de antemano sus castillos en el aire y los amueblaba con los objetos más caros, que él se imaginaba en sus sueños con tanta viveza que conocía incluso el contenido de los cajones de esos muebles. Desde el final de la guerra, la señora Von Westegg se había retirado a los amplios y sinuosos corredores de sus recuerdos, de los que solo regresaba a regañadientes a la luz del día, y así sucedió que las dos chicas fueron quienes más sufrieron. Su hermano Waldemar era todavía demasiado pequeño por aquel entonces, pero Inge y Franziska se hallaban en el umbral de la existencia y todavía no poseían ningún recuerdo con el que hubieran podido soñar. Su vida se alzaba como el día joven tras el crepúsculo de la infancia, y ahora ellas mismas exigían recolectar las vivencias y tener esas experiencias que posteriormente acaban convirtiéndose en recuerdos, pues así como todo lo que hacemos asciende desde nuestro interior, de la misma manera todo lo que hicimos vuelve a caer en los cuencos de nuestras almas y se transforma en esos procesos, igual que un brote se convierte en una flor, una flor en un fruto y el fruto en semilla de la que —tal vez— surgirán flores nuevas.

Anki deseaba leer, pero los polvorientos volúmenes de la biblioteca de los Westegg no le bastaban, y para libros nuevos había poco dinero. Deseaba viajar, pero aunque la invitaran sus parientes en Silesia o en Westfalia, es decir, a pesar de que la estancia no le habría costado nada, los billetes resultaban demasiado caros. El único lujo que se permitía la familia eran las grandes reuniones para tomar el té, que ofrecía la señora Von Westegg. El señor Von Westegg era una persona sociable, y dado que le gustaba hablar, siempre encontraba especialmente estimulantes las invitaciones que cursaba. Ahora bien, determinados círculos eran más exigentes, y Anki se enfadó muchísimo una vez que le contaron una declaración que había hecho circular la señora Von Rodenwaldt, viuda socarrona de un general y golosa famosa en toda la ciudad, acerca de que en casa de los Westegg había sillas.

También a Inge le parecía desolador y opresivo ese modo de vida, pero el señor Von Westegg la increpaba y le llevaba la contraria.

—No sabéis en absoluto lo bien que vivís —decía él, y luego seguían descripciones de pobreza verdadera que eran muy plásticas y

que quedaban impresas en la mente de Anki como un cuño duro que se presiona sobre el lacre blando. Sí, Franziska detestaba y temía la pobreza, y ahora leía que Mozart había figurado entre los más pobres de los pobres.

El apogeo de la velada estaba todavía por llegar: la gran aria que canta Susanna en el jardín en el último acto:

> ¡Por fin se acerca la hora,
> en la que, oh, mi amado,
> voy a poseerte por entero!

Anki estaba prestando mucha atención, y cuando Susanna se colocó tras los arbustos, le susurró a Leopold al oído:

—De un momento a otro voy a romper a llorar con fuerza.

Anki hizo los mayores esfuerzos por dominar su emoción, pero todo fue inútil, las lágrimas brotaban de sus ojos, y lo único que pudo evitar a duras penas fue no sollozar en voz alta. La cantante había terminado la magnífica aria, y el patio de butacas prorrumpió en aplausos en plena escena. Anki se quitó las gafas, sacó un pañuelo y fingió que se limpiaba las lentes, pero finalmente tuvo que limpiarse los ojos e incluso la nariz. Leopold le cogió la mano y se la acarició. Anki le dejó hacer, pero al cabo de unos instantes retiró la mano. Estaba tan conmovida que la emoción de Leopold le afectó de nuevo y temía romper otra vez a llorar. Cuando se encendieron las luces y todo el mundo prorrumpió en otra tormenta frenética de aplausos, Anki huyó a la antesala del palco y se miró al espejo. Tenía los ojos rojos, llorosos de verdad. Se empolvó y se arregló el pañuelo amarillo sobre el cabello de modo que le cubriera bien la frente, y ya no pudo ver casi nada más.

En el coche, Leopold preguntó a Anki si tenía ganas de comer alguna cosita en alguna parte.

—Estoy sola —dijo Anki en voz baja—. Marie sigue en el hospital, y Hans Karl se ha ido esta tarde de viaje con Luise al barrio de Kladow. Sus padres encontraron un corzo joven, y me estuvo pidiendo mucho rato que le dejara ir a ver al corzo hasta que le di permiso para la excursión. Es un chiquillo raro, adora a todos los animales, incluso los ratones y las repugnantes lombrices.

Por la mañana, Leopold se levantó y se acercó a la ventana. Su coche estaba aparcado a la espera delante de la puerta, y Leopold regresó tranquilo con Anki.

—¿Has ido a ver si estaba tu coche? —preguntó Anki.

—Sí.

—¿Y está todavía ahí?

—Sí.

—¿Amas a tu coche más que a mí?

—En ese caso habría pasado la noche con mi coche.

Anki le tiró de la oreja a Leopold, pero ella tenía razón: había algo en el carácter de él que le impedía entregarse por completo y olvidarlo todo.

—Un hombre ama de una manera completamente distinta a la de una mujer —dijo Anki.

—Esa es una antigua sabiduría —replicó Leopold.

Anki, que no quería discutir, sino sacudir y cambiar un poco a Leopold, preguntó:

—¿Te ayudan realmente en algo tus muchos conocimientos?

Leopold no entendió la pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—Yo sé que una aguja pincha, y que un pinchazo duele, pero si me pincho en el dedo, me dolerá de todas formas, tanto si lo sé como si no.

—¿Tú quieres que lo olvide todo en tus brazos?

Anki agarró la cabeza de Leopold con ambas manos y le besó en la boca.

—Todo —susurró ella—, todo... ¿me has entendido? ¡Todo!

Encendió la lamparita y contempló los ojos del amado.

—Si hubiera ahora un terremoto, ya no podría ser infeliz.

Leopold buscó su imagen en las pupilas de Anki.

—¡Es una dulzura besarte —dijo él—, y si ahora hubiese un terremoto que nos engullese a ti y a mí, eso me impediría besarte otra vez mañana por la noche!

—No hay más —dijo Anki—. Lo has tenido todo, y un buen día querrás tener algo diferente.

—¿Lo has tenido todo también tú? —preguntó Leopold.

—No. ¡Pero es un hecho que una mujer ama de una manera diferente a la de un hombre! Siempre estoy ahí, siempre esperando, sintiendo las ansias de ti. Desde que te pertenezco, vivo de contemplar tus emociones y de oír tus pasos. Muero cuando te vas, pero cuando vienes, ¡revivo!

A la mañana siguiente, Anki quería levantarse y preparar el desayuno, pero Leopold lo consideró innecesario y pidió a Anki que permaneciera en la cama.

La mañana era fresca y deliciosa, y el color del coche sonreía a Leopold como el mismo sol. Accionó el estárter. El aparato funcionó y arrancó el motor, y cuando Leopold puso la primera marcha y pisó el acelerador, fue impulsado con suavidad hacia delante. En una

cafetería en la parte alta de la avenida Kurfürstendamm estaban sacando en ese momento las sillas a la calle, y Leopold se detuvo para desayunar al aire libre.

«Anki ha sufrido demasiado», pensó. «Un divorcio es un asunto tremendamente duro, un cisma, un despedazamiento, una operación para la que todavía no hay anestesia. ¡Tengo que esforzarme por hacer que olvide definitivamente esos años estúpidos! La vida es bella, y una mañana como esta vale toda lucha, probablemente también todo dolor...»

Pero Leopold estaba confundido. Era tan feliz porque amaba, y se olvidaba de lo áspera, y de lo dudosa y carente de luz que puede ser la vida cuando el corazón duerme. Solo la altura del ser humano es el ser humano...

---

46. Brentano sustituye *Souterrain* de la PE por *Kellergeschoß,* ambas con el sentido de «sótano», pero esta última de uso más frecuente en el sur de los territorios germanohablantes.

47. Poema de la poeta mística Matilde de Magdeburgo (1207-1282).

48. Francés: «Partir es morir un poco».

Capítulo 10

Bendiciones en forma de catástrofes.
Macaulay

1

Richard Scheler mandó ir a buscar a Hans Karl y viajó con su hijo a Überlingen para pasar cuatro semanas a orillas del lago de Constanza. En el divorcio de su padre y de su madre, el tribunal otorgó a la madre la custodia del niño, mientras que al padre se le concedió el derecho de ver al chico cuatro semanas una vez al año y una tarde cada dos semanas. A la mañana siguiente de su partida, Marie fue a la habitación de Hans Karl «para dar un repaso al cuarto de arriba abajo», y después del desayuno fue también Anki a poner orden en el armario ropero de Hans Karl. La ventana grande que daba al jardín estaba abierta, y la alfombra, enrollada y apoyada sobre el alféizar. Marie se arrodilló junto al cubo del agua en el suelo y sacó una locomotora rota de debajo de la cama.

—Vamos a tirar todos estos trastos viejos ahora —dijo ella—. ¡Nuestro pequeño Hans ya tiene bastantes cosas de estas!

—Por el amor de Dios —dijo Anki—, usted lo conoce demasiado poco. Ese es su juguete preferido. Siempre tiene que desmontarlo todo. No le interesan las cosas hasta haberlas roto.

Era chocante tener que obedecer una orden tan ilógica, y Marie no estaba de acuerdo.

—Así no habrá nunca orden en esta habitación —dijo ella.

«No se trata solo del orden», pensó Anki, «se trata también de Hans Karl». Sin embargo, se calló y colocó la locomotora en el estante superior del armario. Entonces se dirigió de pronto a la sala de estar y llamó por teléfono al *Berliner Allgemeine Zeitung* impulsada por una de sus abruptas decisiones.

—El señor doctor Chindler está hablando por la otra línea —dijo la telefonista—. ¿Quiere mantenerse a la espera?

—Sí.

Anki cogió un lápiz, arrastró con la mano izquierda un pedazo de papel y repasó la última factura de la modista hasta que se puso Leopold al otro lado de la línea.

—¿Puedes venir esta tarde a mi casa? —preguntó Anki.

—Va a ser difícil —dijo Leopold—. A las tres tenemos una reunión, y después tendré que escribir algo seguramente. Además, tengo ante mí montañas de correo.

—Esta noche no puedo —dijo Anki.

Estaba muy irritada. Leopold no la había oído hablar nunca tan escueta y enfadada, y cuando ella calló, él se asustó.

—¿No te encuentras bien?

—No... para nada.

—¡Entonces iré!

—Gracias, eso es muy amable de tu parte —dijo Anki, y colgó el teléfono.

A Leopold no le gustaban las llamadas misteriosas, ni las insinuaciones. Eran las nueve y media, y calculó que ahora podía pasarse por lo menos siete horas cavilando acerca de lo que le ocurría a Anki, por qué estaba tan irritada y el motivo de que por la noche no tuviera tiempo. Pero no había manera de cambiar eso ahora, como en general no puede cambiarse casi nada en la vida, y probablemente lo mejor era entrenar la paciencia, esperar y trabajar lo mejor posible mientras tanto.

La reunión duró más de una hora, y Leopold bendijo su coche, que le llevó a casa de Anki en veinte minutos. Anki tenía realmente muy mala cara. Mostraba unas ojeras profundas y en sus manos blancas ni siquiera las venas tenían ya color.

—Pareces un poco fatigada —dijo Leopold.

Anki cerró la puerta del comedor y dijo en voz baja:

—Tenemos que ser mucho más prudentes. No debes aparcar tu coche delante de mi puerta. Por favor, baja ahora mismo y apárcalo seis casas más allá.

Leopold cumplió los deseos de Anki y regresó a la casa.

—Perdona por hacerte subir dos veces esas aburridas escaleras, pero tenemos que ser mucho más prudentes. Tampoco debemos ir más juntos al teatro. Siempre hay alguien que te ve, y eso no va bien... eso no va nada bien... es imposible... ¡hay que evitarlo!

—Pero ¿qué ha sucedido? —preguntó Leopold—. Ya somos muy prudentes. ¿Por qué tenemos que ser de repente aún más prudentes?

—Richard se llevó ayer a Hans Karl.

—Ya lo sé —dijo Leopold—, pero eso se acordó así hace tiempo. Lo hace todos los años.

—Si llevo una mala vida, él podría quitarme al niño.

Anki se sacó el pañuelo de la manga de su blusa blanca y se limpió la nariz, pero Leopold vio que le asomaban las lágrimas a los ojos.

Despedirse de Hans Karl la había afectado mucho, se había pasado media noche llorando.

—Échate en el sofá —dijo Leopold— y, por favor, piensa que de esas cuatro semanas habituales y ordinarias ya han pasado dos días. Además, Überlingen es una localidad muy bonita, y estoy convencido de que Hans Karl está en la playa en estos momentos dando unos gritos tan tremendos con su cocodrilo que la gente no tendrá más remedio que reír.

Anki se sentó en el extremo del sofá y se puso a jugar con su pañuelo. Al cabo de dos minutos dijo:

—No lo conoces. Si yo... si nosotros... si la mala suerte lo quiere así, él me quitará al chico. Lo quiere mucho... mucho más de lo que me quería a mí. Y eso me dejaría destrozada.

Leopold creía conocer bien a Richard Scheler y le resultaba difícil imaginarse a un Richard escenificando una acción tan cruel e innecesaria. Pero las personas son imprevisibles, y Leopold tampoco se habría creído nunca que Richard dejara a una mujer como Anki por una actriz superficial (como él la calificaba por aquella época) como Erika Welter.

—El miedo no mejora las cosas, ni tampoco ayuda en nada —dijo él.

—Sabía que me hablarías así —respondió Anki—, y me he esforzado mucho por permanecer tranquila y razonable, pero no ha servido de nada, desde hace algunos días estoy muy nerviosa. Tienes que prometerme que a partir de hoy vamos a ser muy prudentes.

Leopold se lo prometió.

De camino a casa pensó en Anki y se preguntó si lo más correcto no sería casarse con ella. La mayor dificultad era que ambos tenían muy poco dinero. Anki vivía de una pensión que tenía que pagarle Richard Scheler, y Leopold todavía no ganaba lo suficiente para poder contentar a una mujer tan exigente.

Dos días después vino de visita el hermano de Anki, y esta lo alojó en la habitación pequeña de invitados. Waldemar Westegg era un joven de veinticuatro años. Era alto y fornido, y su cara bonita, con los ojos de color marrón claro de su madre y la nariz fuerte y huesuda de su padre, gustaba a las mujeres. Era frívolo de carácter sin llegar, no obstante, a ser superficial, y tenía un modo sereno y mesurado de reflexionar, de desplegar despacio las facultades de su mente, que Leopold admiraba mucho. Le interesaba principalmente la política, y Leopold veía que leía todos los días montones de periódicos. Anki adoraba a su hermano, y Leopold estaba contento de que Waldo hubiera venido; Anki volvía a tener mejor cara, incluso sabía reír de

nuevo. Sin embargo, el buen humor no duró mucho tiempo. Al acabar esa semana, Waldo se fue a Hannover a visitar a unos amigos durante el fin de semana, y cuando al atardecer llegó Leopold a casa de Anki, tenía el aspecto de un ramo de flores que uno se ha olvidado de poner en agua. Luise había enviado un informe completo sobre Hans Karl, pero Anki apenas pudo leerlo; la idea obsesiva de que Richard andaba maquinando para quitarle al chiquillo la llevaba aferrada al corazón como una garra y no la soltaba. Todo estaba como siempre: los muebles en su sitio, el reloj del escritorio hacía tictac, el sol brillaba a través de la ventana... pero el engendro gris de ese peligro inquietante —irradiado por el corazón de Anki— se asentaba en cada silla y acechaba desde lo alto de cada armario.

Leopold solía pensar en Anki y Richard, y en su matrimonio, pero Anki no le hablaba nunca de esa época, y Leopold tampoco quería preguntar. Ahora pensó que tal vez lo mejor sería agarrar ese destino por los cuernos y hacerlo hablar, y cuando Anki le preguntó de repente por qué era amigo de Wilhelm Braun, él le preguntó por Richard Scheler. Tal vez la aliviaría si se pronunciaba a fondo al respecto.

—Sigo siendo una estúpida —dijo Anki—, sé que no te gusta oír eso, pero es así... Cuando me casé, era una ignorante tremenda. No tenía ni idea acerca de la vida, sabía muy poco qué es un hombre, igual que en la actualidad sé muy poco sobre cómo funciona mi radio o lo que es la electricidad.

—Yo tampoco lo sé —dijo Leopold—, y creo que no lo sabe nadie.

—Lo bueno de ti es que siempre tranquilizas a los demás —dijo Anki.

Marie entró y preguntó si el señor Chindler se quedaba para la cena.

—Tengo incluso un hambre canina —dijo Leopold.

Marie, que apreciaba a Leopold, se echó a reír y regresó a la cocina. Leopold se levantó y comprobó si el escritorio de Anki estaba cerrado con llave.

—¿Qué haces? —preguntó Anki—. ¿Quieres cigarrillos?

—He examinado si cierras con llave los cajones.

—¿Desconfías de Marie?

—La letra de mis cartas es bastante legible, y soy partidario de no exponer a nadie a tentaciones.

Leopold examinó también el armario y decidió volver a darle a Marie diez marcos de propina.

—Nunca cierro con llave —dijo Anki—, no soy desconfiada. No tengo el más mínimo talento para las barricadas.

—¿Amabas a Richard cuando te casaste con él?

—Mucha gente pensaba por aquel entonces que me casé con él por su dinero, pero yo lo amaba mucho. Fue el primer hombre al que quise, y a veces pienso que fue una equivocación.

—¿Por qué?

—Una persona con experiencia no puede quedar tan tremendamente decepcionada como un corazón inexperto.

—Sí —dijo Leopold—, en la realidad ocurre que las respuestas suelen llegar la mayoría de las veces antes que las preguntas.

—Me quedé al borde de la locura —prosiguió Anki— cuando aquel asunto con... ¿sabes realmente por qué nos divorciamos?

—Creo que sí.

—¿Conoces a esa persona?

—Sí.

—¡Ah, no me digas! ¿Conoces a esa persona?

—Sí. La conozco, pero es que conozco a mucha gente.

—¿Está bien?

—A medias.

—¿De qué la conoces?

—Es... una conocida de Wilhelm Braun.

—¿La has querido?

—¡No! Nunca.

—¡Gracias a Dios! Si pudiera matar a esa mujer, lo haría aunque tuviera que ir a la cárcel por ello... de inmediato... en el acto... con una daga larga y puntiaguda...

Anki se quitó los anillos y los dejó a su lado en el sofá, lo cual era en ella siempre una señal de especial nerviosismo, y Leopold percibió que había elegido un tema peligroso, de doble filo, y que probablemente habría sido mejor permanecer callado que preguntar y hablar acerca de cosas de las que el tiempo se había hecho dueño y que era mejor dejárselas a él. El repentino e intenso arrebato de odio contra Erika Welter le demostró que Anki continuaba muy apegada a Richard y que se preocupaba por Richard por lo menos tanto como por él. Ese fue un descubrimiento doloroso y ofensivo, y un conocimiento difícil de soportar. Leopold sentía a veces celos de Hans Karl porque Anki parecía estar apegada en exceso al chico, y una vez hasta se enfadó incluso porque Anki, sin decir palabra, se levantó y se alejó de sus besos al creer que Hans Karl había tosido y podía estar tal vez enfermo. Sin embargo, esos celos hacia el chico eran muy leves comparados con los que sentía ahora hacia Richard. «No debería saber nada de todo esto, y debería pensar tan poco en ello como Anki», pensó Leopold. Pero era demasiado tarde; Anki se puso de nuevo los

anillos y continuó hablando.

—Nuestro viaje de novios fue bonito, pero el año siguiente fue terrible. No estaba habituada a obedecer, y Richard tenía una manera de impartir órdenes irrevocables que me hería y me volvía terca. Papá no me daba nunca órdenes, pero tenía una cierta influencia en mí porque pronunciaba sus deseos de una manera divertida o los disfrazaba en forma de consejos. Richard era del todo distinto. Se ponía pálido al instante cuando yo intentaba contradecirle, y lo peor de todo era que me quería cambiar desde la mañana hasta la noche.

—Ese es un vicio horroroso —dijo Leopold—. ¿Qué no le gustaba de ti? ¿Qué deseaba cambiar?

—¡Todo!, o muchas cosas por lo menos...

—¿Por ejemplo?

—Solo muy pocas personas me parecen encantadoras —dijo Anki —, y Richard tenía invitados todas las tardes. Eso no podía cambiarse, formaba parte de su profesión y de su carácter, y la sopa llegaba también puntualmente a la mesa y estaba siempre muy buena, pero eso no le bastaba, quería obligarme, además, a que toda esa gente a la que él invitaba continuamente me pareciera que tenía un encanto especial, que era agradable y adorable y yo qué sé qué más. Sin embargo, yo encontraba estúpidas y aburridas a la mayoría de esas personas. Eran de una banalidad indecible y tan huecas como la paja vieja y vacía.

—¿No había nadie que fuera un poco entretenido?

—Conoces a los Steiner —dijo Anki—, ya sabes que les profeso solo un afecto moderado. Y eso que son de los mejores...

—¡Ah! ¿Conociste a los Steiner a través de Richard?

—Sí.

—¿Continúan relacionándose con él?

—Sí. Ya no nos invitan a los dos juntos, claro, pero son de los pocos conocidos de Richard que siguen invitándome. Los demás se pusieron todos del lado de Richard. Por aquel entonces yo era tonta y pensaba que nuestros conocidos permanecerían a mi lado porque yo tenía la razón y era inocente, pero todos se quedaron con Richard... porque tiene más dinero...

Anki parecía no percibir la contradicción que había en su comentario, y Leopold lo dejó estar.

—Tal vez sea un defecto de mi carácter —prosiguió Anki—, que exijo demasiado a las personas, pero es difícil cambiar, y en ocasiones me pregunto si en la actualidad he cambiado en algunos puntos, si me he vuelto mejor que antes. Con seis meses, Hans Karl era exactamente el mismo que es hoy en día, y creo que durante toda nuestra vida

seguimos siendo como Dios quiso y nos creó.

—De todas formas aprendemos a escribir y a leer —dijo Leopold—, y hay algunos libros de los que se puede sacar algo de vez en cuando.

—No te burles —dijo Anki.

—No me estoy burlando en absoluto —dijo Leopold—. Tan solo quería comentar que los dos tenemos razón. Y en lo que a mí respecta, también he aprendido un montón de cosas de algunas personas.

Anki permaneció callada. Su padre le había advertido a veces de cierta dureza en su manera de ser, o, mejor dicho, de su brusquedad perceptible, que con frecuencia se interpretaba como dureza y también lo parecía. «No tienes amigas, Franziska», le había dicho el señor Von Westegg, «y eso me tiene preocupado. Gustas a los hombres, y eso es del todo normal porque eres una chica guapa, y tu destino es casarte, pero para un hombre es importante tener amigos, y para una mujer, amigas. El amor es un hermoso sentimiento, pero no es el único, y nuestro corazón es una criatura inquieta e insaciable que precisa de mucho alimento...». Anki se acordaba muy bien de esa conversación y también de que en aquella ocasión replicó a su padre. Él había pensado en Gerda Below como amiga, pero Anki le contradijo irritada y brusca: «¡No sé qué hacer con gansas como esa!». Ahora hacía ya mucho tiempo que se había dado cuenta de que su padre tenía razón por aquel entonces y que en aquellos años ella había sido algo insensata y había tratado mal el sentimiento de apego por las personas. No era fácil ni bueno vivir a solas.

—De jovencita estaba yo tan ciega como una gata al nacer —dijo a Leopold—, y probablemente sigo siendo igual de estúpida que por aquella época, con la única diferencia de que no reconoceré mi estupidez actual hasta dentro de tres años... Es difícil seguir los consejos de tus padres. Una vez estuve con Richard en Colonia y la catedral me pareció muy bonita, pero hace poco, cuando hablaste de las iglesias del gótico y de la catedral de Colonia, entonces la vi por primera vez; me gustaría muchísimo viajar esta noche a Colonia para ver la catedral como es en realidad y como tal vez la vería yo ahora.

—Richard tenía seguramente un círculo especial —dijo Leopold—, pero él no era ni un aristócrata como tú ni un terrateniente como tus parientes; al fin y al cabo sabías que era un comerciante que maneja dinero y tiene trato con comerciantes.

—¿Pretendes reconciliarme con él? —preguntó Anki.

—No tiene sentido renegar de un hombre del que se quiere hablar.

—Estoy celosa —dijo Anki—. ¡No debes amar a nadie que me haya hecho daño!

—Yo también estoy celoso —dijo Leopold.

Marie entró en la habitación y anunció que la cena estaba servida.

—Ven —dijo Anki—. He mandado que te cocinaran algo que te va a gustar.

Cogió a Leopold de la mano y le dio un beso rápido en la sien a espaldas de Marie. A continuación se dirigieron al comedor.

—Vamos a hablar de otras cosas —dijo Anki—. Lo pasado está muerto, y es mucho más interesante cuando hablas tú y yo te escucho. Olvidé decirte que Waldo ha llamado por teléfono. Me pidió que te transmitiera sus recuerdos. Creo que te venera. Eso sería muy bueno para nosotros. En Waldo se puede confiar plenamente.

2

Waldemar Westegg había traído a su hermana un cachorro de fox terrier y una caja llena de discos de gramófono. Anki jugaba con el fox terrier, y Leopold desembaló los discos y los colocó en un práctico soporte que poseía Anki.

—Es una donación considerable —dijo él—. Tu hermano te ha regalado el *Concierto para violín* de Beethoven. ¿Lo conoces?

—Sí.

—¿Me dejas que lo ponga de todos modos?

Anki se puso en el regazo al perrito, todavía muy asustado, Leopold se sentó a su lado, y durante casi una hora estuvieron oyendo la música divina que emana de esa composición.

—¿Estás ahora más tranquila otra vez? —preguntó Leopold a Anki.

Franziska acarició las orejitas marrones y suaves del perro, que cubrían los pabellones rosados de las orejas, y negó con la cabeza.

—Las disputas matrimoniales son una cosa espantosa, y nosotros tuvimos encontronazos que no puedo olvidar. Richard producía una impresión externa de tranquilidad, pero podía tener unos ataques de ira que me dejaban petrificada y congelada. Cuando tuve el niño —prosiguió Anki al cabo de un rato—, él mejoró, todo sea dicho, y por aquel entonces creí que todo iba a ir bien. Era un padre cariñoso, iba todas las mañanas y todas las noches al cuarto del crío. Incluso entendía algo de niños, y cuando Hans Karl estaba enfermo, enseguida sabía qué le pasaba. El pediatra se quedaba a veces asombrado por esos conocimientos realmente sorprendentes. Pero entonces vino la historia con esa mujer y todo se acabó.

—¿Por qué se acabó todo? ¿Quería divorciarse?

—No habría hecho eso nunca. Incluso quería tener otra criatura conmigo.

—¡Ah!

—Era muy difícil adivinar sus intenciones —dijo Anki—, muy difícil, pero lo conozco... Tenía unas facetas en las que era completamente amoral; si yo hubiera cedido, habría vivido con dos mujeres con toda la calma del mundo.

—¿Estaba liado con esa Welter de manera pública? ¿Te dijo que la amaba?

—No. Yo no tenía ni idea; al comienzo de esa historia él estuvo incluso muy atento conmigo hasta que un día me lo contaron todo. Richard había viajado a Dresde, y esa Welter le escribió que no podía ir. Descuidada como suelen ser esas mujeres, echó la carta demasiado tarde, y el hotel se la remitió a Richard. Era un sobre oblongo, de color gris claro, perfumado en exceso, y a mí me pareció raro al instante. Richard la leyó en mi presencia y se la guardó en el bolsillo, pero cuando se fue al banco, la encontré en la alfombrilla de cama en su dormitorio, y entonces me enteré. Quise coger de inmediato a mi hijo y salir corriendo de casa, y tal vez eso habría sido lo mejor, pero estaba tan confundida y desesperada que era incapaz de tomar una decisión. Fue peor que un terremoto, pues un temblor de tierra echa una casa abajo, pero esa carta lo derrumbó todo, mi mundo entero y mi vida entera.

—Has tenido que soportar muchas cosas —dijo Leopold.

—¿Debería haberlas soportado? —preguntó Anki.

—¡No! Pues entonces no te habría conocido.

Anki cogió la mano de Leopold y acarició cada uno de los dedos. A continuación dijo:

—Te quiero mucho, y solo te amo a ti, pero eres una persona inteligente y quiero que por un instante no pienses en nosotros dos, sino tan solo en mi pregunta. ¿Tendría que haber soportado mi destino y quedarme?

—Esa es una pregunta que nadie puede responder.

—Nos queremos mucho —dijo Anki—, pero si mañana te enamoras de otra mujer, ¿tengo que soportarlo? ¿Me exigirías eso?

—Un amor y un matrimonio no son la misma cosa.

—Eso es lo que dicen todos los hombres... Papá y Otto Bendemann y todos los hombres... Yo no puedo entenderlo, para mí es lo mismo.

—Si yo me enamoro de otra mujer, te quito todo lo que te he dado, pues no te he dado otra cosa que mi amor, pero en un matrimonio quedan otras muchas cosas...

—¿Qué queda?

—Una casa, y un hijo, y una promesa ante el sacerdote, y un futuro amplio y bien abovedado que es imprevisible.

—¡Un juramento roto! —dijo Anki con vehemencia—, ¡un

juramento pisoteado!

—Una palabra rota por un lado...

—¡Quien me miente no posee ningún derecho más! ¡Para mí está liquidado!

—Si alguien te roba, no tienes derecho a robarle.

—Hablas como papá. En el fondo todos los hombres son iguales, solo las mujeres somos diferentes. Pero no quiero ningún doble rasero. Eso es indigno. Me habría ido a pique si me hubiera quedado en Dahlem... ¿Dejarse abrazar por un hombre que la noche siguiente yacerá en Dresde y abrazará a otra?

—Me habías pedido que no habláramos de nosotros, sino de un problema.

Anki era una persona mucho más sencilla que complicada, pero tenía una forma de pensar muy intrincada y a menudo difícil de entender, y sobre todo difícil de entender para sí misma. Era una persona muy consciente del deber, y cuando Hans Karl se ponía enfermo, se levantaba en mitad de la noche para cuidar de él, y habría corrido en camisón lloviendo a cántaros si ese hubiera sido el único modo de ir a buscar a un médico. Ahora bien, a sus ojos, un niño era un ser desvalido que posee todos los derechos, mientras que un hombre era más o menos lo contrario, un ser que posee un montón de deberes. Educada de esta manera en lo concerniente a los deberes, Anki creía poseer solo o casi solo deberes en relación con su hijo, pero un montón de derechos en relación con su marido. Un marido era una persona a la que ella había seleccionado, y que tenía que hacerla feliz a ella en primer lugar, y continuamente, y siempre. Anki nunca habría admitido todo esto y se habría remitido probablemente a todos los deberes posibles que ella había cumplido fielmente, pero no sabía muchas cosas, como todos nosotros no sabemos casi nada de nosotros mismos, y seguramente se habría reído a carcajadas si Leopold le hubiera dicho que ella era un producto de las sufragistas. Anki, no obstante, no se había preocupado nunca por las cuestiones relativas a los derechos de la mujer. Hacía mucho tiempo que los libros de George Sand y de J. S. Mill habían quedado olvidados y cubiertos de polvo, y nunca había tenido ante sus ojos los escritos de Luise Otto-Peters y de Helene Lange, y probablemente tampoco le habrían interesado[49]. Anki no había nacido aún cuando las primeras estudiantes luchaban por el acceso a las aulas de las universidades, y el derecho de voto que la República había otorgado a las mujeres no constituía para ella —a pesar de que Anki iba a votar— ningún logro especial (y de esta manera lo utilizaba también más para defender determinadas posiciones en el Estado que para provocar unos estados

de cosas contra los cuales tal vez no habría tenido nada que objetar). Sin embargo, igual que la lluvia se filtra bajo la superficie de la tierra cuando las nubes han pasado y el viento ha secado las calles, así, en las generaciones que siguieron a aquellas precursoras que lucharon por la igualdad de derechos de la mujer, se mantuvieron determinadas nociones acerca de los derechos que les correspondían a las mujeres. No estaban fijadas ni delimitadas con precisión, ni tampoco habitaban la conciencia de la mayoría de las mujeres, sino que proliferaban en esas cámaras oscuras, inaccesibles y nunca ventiladas en las que mora el subconsciente y hace de las suyas, y solo se le revelaban a la conciencia en consignas tan generales y tan cargadas de morfina, pero muy efectivas, como: «¡Es mi derecho!» o «¡Ser feliz!».

Leopold no había visto nunca la casa de Richard Scheler en Dahlem, pero podía imaginarse la mansión de un hombre rico, y preguntó a Anki si era agradable ser rico. Anki se quedó pensando un rato. Luego dijo:

—Era muy agradable, pero cuando todavía era rica no me daba cuenta en absoluto. Mi abuelo era rico, y siempre me pareció la cosa más natural del mundo que las personas como nosotros tuviéramos dinero.

—¿Qué hiciste con el dinero?

Anki reflexionó.

—Se te da bien preguntar —dijo ella, echándose a reír—. No hice muchas cosas. Me compré vestidos, y abrigos de piel, y libros, y perfumes caros, y siempre las medias más delicadas y los pañuelos más finos... y llevaba la casa, que consumía grandes sumas de dinero... ¿Qué habría debido hacer si no? Yo no tenía apenas dinero... Mi padre me enviaba algún dinerillo, pero la mayor parte del dinero era de Richard.

—Podrías haber hecho muchas cosas.

—¿El qué, por ejemplo?

—Habrías podido coleccionar libros, como Otto Bendemann, o cuadros, o grabados antiguos, o porcelana, o podrías haber hecho equitación, o haber tomado clases de piano con un profesor muy bueno, o haber mantenido a dos artistas pobres...

—Soy aplicada e indolente —dijo Anki—. Hago lo que se me pide, pero no se me ocurren más cosas. No me crees cuando te digo que soy estúpida, pero un día te darás cuenta y entonces me dejarás.

—Una persona estúpida no sería capaz nunca de decir de sí misma que es aplicada e indolente.

—Eres estimulante —dijo Anki—. Sí, sí, no me lo niegues con la cabeza, lo eres, y por si no lo sabías todavía, te lo voy a decir yo aquí

y ahora. Richard me quería siempre distinta de mi manera de ser, pero tú me quieres solo un poquitín mejor, un poquitín más fresca, y eso me da más ánimos en un minuto de los que recibía yo antes en todo un año.

Anki se sentó en el regazo de Leopold, le rodeó el cuello con los brazos y le dio un beso en cada ojo. Al cabo de unos instantes lo soltó, y cuando Leopold abrió los ojos, vio que Anki lo observaba con una mirada escrutadora. Él sonrió, ella le devolvió la sonrisa, pero inmediatamente después la expresión de sus ojos volvió a ser seria, casi codiciosa, como la mirada de un ciervo salvaje. Ella lo besó de nuevo y lo abrazó con ambos brazos y con una fuerza de la que Leopold no le habría creído capaz.

—Te amo mucho —dijo ella—, mucho más de lo que ya sabes, creo que te amaría incluso si me engañaras. ¡Ay, ojalá te hubiera conocido bien cuando viniste a nuestra casa en Heidelberg! Te vi, me gustaste mucho, y siempre sentía curiosidad cuando Richard hablaba de ti con elogios. Pero eras un invitado poco frecuente, y un estudiante, y yo quería casarme, y por desgracia, sí, por desgracia no te tenía en cuenta en esa cuestión. Nadie en absoluto es como tú —prosiguió al cabo de un rato—, nadie. Nadie me ha hecho tan serena y tan feliz. Pero ahora tienes que contestarme aún a una pregunta. Te juro que en ella no pienso en mí, ni en Richard y ni siquiera en ti: ¿debe permanecer una mujer con su marido en todos los casos?

Leopold no quería volver a comenzar la conversación desde el principio, así que dijo:

—Excepto si él la engaña.

—No —dijo Anki—, eso no vale. No quiero que te burles ni que hagas chistecitos. ¡Quiero que me digas tu opinión real y verdadera!

—Meditaré sobre esta difícil cuestión —dijo Leopold— y cuando lo haya meditado bien, te comunicaré a qué resultados he llegado.

—¿Es verdad eso?

—Sí.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

—¿Lo sellamos con un beso?

—¡Sellémoslo con un beso!

---

49. La escritora (sobre todo novelista) francesa George Sand (1804-1876) y el filósofo inglés John Stuart Mill (1806-1873) defendieron en época temprana posiciones feministas; Luise Otto-Peters (1819-1895) y Helene Lange (1848-1930) son cofundadoras del movimiento feminista alemán.

Capítulo 11

Me he dicho a mí mismo cien veces que yo podría ser feliz si fuera tan limitado como mi vecina, pero la verdad es que no desearía una felicidad semejante.
Voltaire

1

Desde la conversación sobre el matrimonio había dos Ankis para Leopold. Una era bella, y de una belleza visible que llamaba la atención incluso de la gente de la calle y de una forma muy especial entre las vendedoras, quienes cada vez que Anki entraba en una tienda se enamoraban de ella al instante, igual que se enamoraban después del trabajo de una fotografía nueva de Marlene Dietrich, o de la imagen de una joven tenista que acababa de comprometerse con el hermano del príncipe heredero de Suecia. Esta Anki estaba rodeada de un encanto misterioso que brillaba en sus ojos como la luz de una llama oculta cuando Leopold la besaba en los labios, pero también era benigna, adorable, joven, a menudo divertida y tan entregada incondicionalmente al corazón de Leopold como él al de ella. Se interesaba por todo lo que concernía a Leopold, por su libro sobre Gentz y por su lavandera, por las arrugas de su frente y por el enfado que daba origen a esas arrugas, y por su futuro. Estaba de buen humor la mayoría de las veces, e incluso cuando se sentía deprimida, se alegraba de inmediato cuando Leopold entraba en la habitación ya fuera por la mañana, al mediodía o al atardecer.

Sin embargo, al lado de esta Anki había emergido la sombra de otra Anki. Esta segunda Anki era una esposa un tanto complicada que no se había entendido con su marido y no se las arreglaba bien con su vida. Tenía algo de indolente, siempre yacente, y su aparición (que de todos modos solo tenía lugar en la imaginación de Leopold, justo para oscurecer como una sombra a la verdadera Anki) le recordaba a una mujer o, mejor dicho, a la imagen de una mujer que mira el reloj y consulta si está ya al caer la tarde para que el marido regrese a casa y finalice ese día al que no puede hacérsele ya nada. Ahora bien, en algunas ocasiones confluían esas dos apariciones, y entonces surgía una tercera Anki que era difícil de comprender.

Leopold estaba trabajando en el último capítulo de su libro. Anki se

interesaba por el progreso de su trabajo, pero cuando acabó de leer la correspondencia del matrimonio Humboldt, dejó de nuevo su manera de estudiar sistemáticamente. Volvía a leer como leía antes, lo que caía en sus manos en ese momento y aquello que la cautivaba o distraía, y cuando Leopold estaba alguna vez dos días sin ver a Anki, esta podía tener algo de rigidez, algo de aturdimiento, como una persona que duerme demasiado o que reflexiona con excesiva intensidad sobre uno y el mismo asunto.

Un día estaba conversando Leopold con Anki sobre las palabras «extraer» y «distraer» y su significado y se dio cuenta de lo que hasta entonces solo había sentido: que a Anki lo que más le gustaba era distraerse de sí misma y de su vida. Ella solía decirle que era feliz por fin, y lo era, sí, pero solo lo era cuando él estaba sentado o acostado a su lado; cuando él se marchaba, el día se le diluía entre las manos.

—Es condenadamente difícil vivir como vives tú —le dijo Leopold a Anki.

—¿Por qué?

—Haces muy pocas cosas.

Anki replicó diciéndole que se ocupaba de su hijo, de la casa y de Leopold, y le parecía que eso ya era suficiente trabajo.

—Todo eso son placeres —dijo Leopold—. Deberías cargar con algo que te requiera un esfuerzo y te cueste sudor...

Al mediodía siguiente, Leopold estaba invitado a desayunar en casa de los Bendemann, y cuando fue a casa de Anki al atardecer, le preguntó por el apellido de soltera de Valerie Bendemann.

—Sedlmayr, su padre era director de una fábrica de maquinaria en Augsburgo.

—Me lo había imaginado —dijo Leopold—. Se nota que es una burguesa.

—Estás soñando —dijo Anki—. Tendrías que haber conocido a mi tía, la condesa Gessler. No sabe atarse los zapatos siquiera, y sería completamente incapaz de coser un botón.

Leopold replicó.

—Hay diferentes tipos de actividad, y he observado que un cierto tipo de ociosidad es una cualidad que solo se encuentra en las mujeres de la burguesía. Esas infelices consideran que es algo fino estar en las jaulas de sus mansiones como las aves de corral en una percha, pero por otra parte hay que concederles que hacen de la necesidad virtud. La esposa de un banquero no puede ser banquera, ni cervecera la esposa de un cervecero. Las profesiones de sus maridos son tan incomprensibles, residen en áreas tan misteriosas y tan cerradas a las mujeres la mayoría de las veces, que ni siquiera pueden hablar de

ellas, mientras que un ministro puede preguntar a su esposa si debe permanecer o no en un gobierno, y la esposa de un campesino entiende por lo general más sobre gallinas que su marido.

Anki no quería dejarse convencer y defendió a Valerie, pero Leopold eludió el asunto y desvió la conversación hacia otros temas. El conocimiento puede adquirirse, pero la comprensión es la hermana de la experiencia, y las experiencias debe realizarlas cada cual para conocerlas y comprenderlas...

Hay un tipo de tranquilidad que en realidad o, mejor dicho, que contemplada con lupa es un temblor apenas visible y cuyas ondas irradian un nerviosismo vibrante. Leopold tenía muchas cosas por hacer. Tenía que terminar su libro y escribir casi cada día un artículo, y Anki no le molestaba nunca en el trabajo. A pesar de ello era difícil soportar su modo de esperar. Ella siempre lo esperaba, pero hay una gran diferencia si solo espera el corazón de la amante al amado o si espera la persona entera. En el caso de Anki, siempre esperaba a Leopold toda su existencia, y cuando se agotaba el tiempo de él y tenía que irse a casa o a la redacción, entonces no solo se volvía infeliz el corazón de Anki, nada de eso; cuando la puerta se cerraba tras él, la vida entera de ella cesaba de vivir.

Desde aquella larga conversación, Anki no había vuelto a hablar de Richard Scheler, y Leopold se alegraba de ello, pero sus pensamientos regresaban con frecuencia a los relatos de Anki y a los problemas que ella había acarreado ante los ojos de él, como un río que se ha desbordado y deja en tierra todos los objetos posibles. Una noche estaba buscando Leopold un pasaje de Nietzsche y leyó de repente: «La moral no es más que (es decir, sobre todo es) la obediencia a las costumbres, sean las que sean, y las costumbres no son más que la forma tradicional de comportarse y de valorar. En las cosas en las que no manda la costumbre, no existe moral; y cuanto menos determinada esté la vida por la costumbre, menor será el rango de la moral. El ser humano libre es inmoral porque quiere depender en todo de sí mismo y no de una tradición. En todos los estados primitivos de la humanidad, lo “malo” significa lo mismo que “individual”, “libre”, “arbitrario”, “desacostumbrado”, “imprevisto”, “incalculable”. Siempre medido por la vara de esos estados, si se realiza un acto, no porque lo ordene la tradición, sino por otros motivos (como, por ejemplo, por un beneficio individual), incluidos los motivos que fundamentaron por aquel entonces una costumbre, ese acto se denomina inmoral, y así lo percibe incluso el autor de la acción, ya que no ha sido realizada por una obediencia a la tradición. ¿Qué es la tradición? Una autoridad superior a la que se obedece, no porque lo

que ordena nos sea útil, sino por el hecho mismo de que lo ordena»[50].

Este pasaje atenazó a Leopold, como un alicante atenaza un clavo, y su primer pensamiento fue: «esto es Anki y el destino de Anki». Su marido había hecho algo reprochable, y ella había huido de él, pero «el ser humano libre, que quiere depender en todo de sí mismo, es inmoral». Anki había huido por motivos morales porque su marido había hecho algo inmoral con su adulterio, pero lo importante es la cuestión acerca de lo que la ley inmutable de este mundo ordena ahora en realidad: si debemos aguantar y soportar el mal y los tormentos o si está permitido y es mejor librarse de ellos y huir. Según el Código Civil, Anki había actuado correctamente, y el juez también le había dado la razón; ella era lo que se denomina la cónyuge inocente en el divorcio, pero en lo que respecta a la costumbre y a la institución del matrimonio, seguía siendo una cuestión de esfinge si en una institución que, como el matrimonio, se compone de dos personas, la otra debe actuar asimismo en beneficio individual porque la una ha hecho o hace esto o lo otro.

Muy a menudo, además de la belleza de Anki, a Leopold le atraía también su tristeza, un hálito de pena recibida que se derramaba sobre ella como un velo muy fino sobre una imagen antigua de la Virgen María... Leopold fue a su escritorio y sacó seis fotos de Anki. Las había guardado bajo llave, Anki no quería que las viera la mujer de la limpieza, ni la secretaria guapa y curiosa a quien él dictaba su libro. Eran fotografías de gran formato tomadas por Lentner, la mejor fotógrafa que había en esa época en Berlín.

No era fácil fotografiar a Anki. Ante el objetivo ponía una cara seria y faltaba esa expresión radiante que podían adquirir sus ojos cuando se sentía feliz o cuando una conversación estimulante reavivaba las mareas de su corazón. En las fotos no se veía su belleza, sino los contornos de esta: su pelo, su nariz con las fosas nasales claramente formadas, su boca orgullosa, sus manos y sus piernas, que en realidad eran perfectas. En una foto tenía la cara apoyada en ambas manos y miraba con gesto serio y escrutador, pero al menos podía verse un atisbo de sus ojos, y cuando Leopold se quedaba mirando esa instantánea con atención durante mucho rato, le inundaba su amor y se apagaban sus pensamientos sobre el destino de Anki y sobre su carácter, igual que un dolor físico desaparece cuando se toma un remedio que actúa imperceptiblemente y nos alivia de pronto de nuestros tormentos.

Era un martes al atardecer, y Leopold fue a la casa de Wilhelm Braun.

—Diez adulterios son menos malos que un divorcio —dijo estando todavía bajo la puerta, y a continuación añadió—: Buenas tardes.

—Anda —dijo Wilhelm tratando de poner una cara seria—, ¿es este tu descubrimiento más reciente?

—Sí. Si mi esposa me engaña, o bien tengo que matar al ladrón de mi mujer y enemigo de mi paz, o bien debo aguantarme... Huir es una actitud miserable, como mínimo tienes que admitirlo.

Wilhelm Braun no era amigo de conflictos matrimoniales.

—Estás en la situación afortunada del soltero... Dejémoslo.

—¿Cómo le va a Erika Welter? —preguntó Leopold mientras contemplaba una foto grande de la interesante actriz que veía por primera vez en el escritorio de Wilhelm.

—Apenas la veo. Está ensayando una obra nueva, una horrible chorrada francesa, pero tiene un papel bomba, y supongo que volverá a tener un éxito bomba. ¿Tienes tu coche por aquí? ¿Sí? ¿Me dejarías verlo?

—Con mucho gusto. No sabía que te interesaran los coches, de lo contrario te lo habría mostrado hace tiempo.

Wilhelm Braun había heredado unos cuantos miles de marcos de una tía suya y estaba pensando si comprarse un coche o un cuadro pequeño de Kaspar David Friedrich[51] que le había ofrecido un paciente. Los dos amigos bajaron, y a Wilhelm le pareció muy bonito el coche.

—Esto lo has hecho bien —dijo—, es un automóvil bonito, no demasiado grande ni demasiado pequeño y pintado con un color bastante audaz. ¿Y cómo llevas tu libro? ¿Lo has acabado?

—Estoy en el último capítulo.

—Así que la criatura ha venido al mundo antes que la madre —dijo Wilhelm contemplando las luces de posición del coche.

—Sí —dijo Leopold—, para dar una alegría a su ajetreado padre.

—La literatura es un asunto de locos, pero tu libro sigue siendo un descubrimiento, te felicito por el tema. Solo algunos extranjeros conocen realmente nuestra historia, nuestra propia gente la conoce aproximadamente como mi ama de llaves la teoría de la relatividad desde que su autor se ha convertido en el niño mimado de la prensa democrática.

La señorita Gehrke se asomó a la ventana y gritó que había una llamada telefónica para el señor doctor Braun.

—*Lupus in fabula*[52] —dijo Wilhelm, que regresó al piso.

—¿Y qué tal tu libro? —preguntó Leopold en las escaleras.

—Mi libro me asombra. Anteayer, mientras estaba tumbado en el

sofá mirando un mosquito, vino una persona que afirmaba ser editor y de Leipzig, y lo era de verdad, y esta mañana llamó temprano a las ocho y dijo que quería imprimir mis escritos.

—Te vas a hacer más famoso que Erika Welter —dijo Leopold.

—Me pondrán una entrada en la Brockhaus, y eso ya es mucho. Esas enciclopedias las lee más gente de lo que uno piensa.

—¡Conozco a una mujer joven y guapa que hace un tiempo se compró la Brockhaus entera!

—¿Ves? —dijo Wilhelm—, entonces mi nombre se deslizará entre las pestañas de una mujer guapa y joven. ¿Qué más se puede pedir? ¿Me permites que después te lea media página que he escrito esta noche?

A finales de esa semana, Waldo Westegg fue a ver a Leopold al local del periódico.

—No he visto nunca nada igual —dijo en tono campechano—, y me gustaría echarle un vistazo, siempre y cuando esté permitido y no le moleste, claro.

Leopold le mostró la biblioteca, el archivo, la sala de reuniones y por último el taller de tipografía.

—Esta está bien, me gusta —dijo Waldo.

Tenía el mismo pelo oscuro que su hermana, y desde que había regresado de Hannover cubría su labio superior un bigotito marrón. Al doctor Achtermann le pareció que le quedaba muy bien, un poco como a Menjou, pero eso fue uno de aquellos errores que dicen muchas cosas sobre su autor. Menjou tenía el aspecto que la gente de la calle se imagina en un gran señor, mientras que Waldo tenía un parecido al príncipe Pückler[53], con quien estaba emparentado además.

Leopold conversaba con agrado con Waldo, a pesar de su terquedad y de que jamás, en ninguna circunstancia, diera su brazo a torcer. Anki tenía miedo de esas discusiones, pero no sabía que los hombres a veces se pelean inofensivamente, igual que los novillos. Los Westegg tenían unos parientes ingleses; una hermana del abuelo de Anki se había casado con un noble escocés, y Waldo visitó después de la guerra a esos parientes. Sin embargo, no le gustaban los ingleses, y se sabía de memoria un montón de pasajes que Byron y otros escritores habían escrito contra Inglaterra. En cambio se deshacía en elogios hacia Rusia, y entre las asombrosas contradicciones en el carácter de un hombre tan joven estaba el hecho de que considerara las *Caminatas por la marca de Brandeburgo* de Theodor Fontane y la novela *Oblómov* de Iván Goncharov los dos libros más hermosos que había leído nunca. Lo que dificultaba la conversación con Waldo eran los tópicos. El Reichstag era para él un nido de cotorras, y Leopold ya podía decir lo

que quisiera porque Waldo estaba convencido de que los ministros democráticos eran corruptos por naturaleza.

—Esas frases no van con usted, Waldo —dijo Leopold—. Es demasiado inteligente, no debería emplear los eslóganes de gente de poca monta. ¡Invéntese los suyos propios!

Waldo bajó la cabeza e intentó alguna ocurrencia, pero no le gustaba reflexionar en presencia de otras personas. De repente se levantó, se sentó ante la mesita marrón y comenzó a desmontar la radio de Franziska que no funcionaba desde hacía tres días. Anki se sentó a su lado en el respaldo de la silla y se lo quedó mirando con atención, y los dos hermanos, unidos de esa manera, ofrecían una bella estampa. Waldo tenía muy buen porte al lado de su hermana, y Franziska producía la impresión de una muchacha de quince años cuando se apoyaba en el hombro de Waldo y observaba atentamente los movimientos de sus dedos largos y habilidosos. En tales momentos, Waldo era el hermano mayor que repara un juguete a la hermanita, mientras que cinco minutos después, cuando se escapaba de su boquita descarada de muchacho algún comentario inapropiado sobre su hermana Inge o sobre Otto Bendemann, él era entonces el hermanito pequeño, a quien la hermana mayor debe ayudar a educar. Ese estar arriba y abajo por la edad y la juventud era un juego divertido, y el amor de Leopold hacia Anki se volvía aún más grande de lo que ya lo era gracias a la presencia de Waldo.

Una noche, Leopold llevó a Waldo a casa de Wilhelm Braun, y Wilhelm quedó tan encantado que sacó los mejores vinos de su bodega.

—Es un chico con una simpatía inusual —le dijo a la mañana siguiente a Leopold por teléfono—. Conozco a las personas. Cuando tienes que abrirles el cuerpo alguna vez o cuando no puedes ocultarles por más tiempo que tienen cáncer, entonces las conoces bien. En nuestra tierra solo hay dos tipos de personas realmente sanas y fuertes: los obreros cualificados y ese tipo de campesinos de muy buena crianza. El resto de la gente apenas es gobernable, y mucho menos podría gobernarse a sí misma.

3

Había muerto el corresponsal del *Berliner Allgemeine Zeitung* en Varsovia, y le pidieron a Leopold que se trasladara a Varsovia algunos meses. Él no tenía ganas, pero le propusieron que hiciera un viaje y visitara a fondo esa región.

—Es una bonita excursión —dijo el doctor Achtermann—. Llévese

su coche y escríbanos diez buenos artículos. Si le gusta aquello, quédese a orillas del Vístula; si no le gusta, regrese acá con nosotros.

«Anki será muy infeliz», pensó Leopold, y no verla durante cuatro o incluso ocho semanas era un pensamiento oprimente. Llamó por teléfono a Waldo y le pidió que fuera a verlo. Waldo fue enseguida, y Leopold le preguntó si tenía ganas de hacer un viajecito por la Europa Oriental.

—Varsovia es una cosa a medias —dijo Waldo—. Debería ir usted a Moscú.

—Una cosa después de la otra —dijo Leopold.

—Después de todo, ¿por qué no? —dijo Waldo—. Si realmente quiere llevarme con usted, estaré encantado de ir.

—Lo llevaría con mucho gusto —dijo Leopold—, pero dos hombres son, a la larga, una yunta seca. ¿Cree usted que podría persuadir a doña Franziska de que se apuntase?

Waldo prometió hablar con Franziska.

Anki dudaba.

—¿Tienes que viajar allí de verdad? —preguntó a Leopold.

—Sí. Tengo que ir, y me gustaría llevarte a toda costa. Este asunto es tan inofensivo como un paseo por el parque Tiergarten. Vas a hacer una excursión con tu hermano y con un conocido de tu hermano. Eso estaba permitido incluso en el siglo diecisiete.

Anki llamó por teléfono a su hermana, y la señora Von Klemm se mostró dispuesta de inmediato a ir a Überlingen a buscar a Hans Karl.

—Nos vamos a ir de vacaciones —le dijo a Anki—, y nos lo llevamos simplemente. A mis hijos les dará un alegrón tremendo que los acompañe su gracioso primito.

—Eres muy amable y una ricura —dijo Anki—. Podría enviar a Hans Karl con mamá, pero ya sabes cómo es ella: no sabe qué hacer con las criaturas pequeñas, y probablemente yo me arruinaría todo el viaje con pensamientos tontos.

—Eso está hecho entonces —dijo Inge—. Se viene con nosotros y tú te puedes estar fuera el tiempo que quieras. ¿Con quién haces el viaje en verdad?

—Con Waldo y un conocido suyo.

—Waldemar... ¿se ha comprado un coche?

Anki se echó a reír. Cuando Inge se enfadaba o estaba envidiosa, llamaba siempre «Waldemar» a Waldo.

—El coche es de su amigo.

—Eso ya tiene más pinta de Waldo —dijo Inge—. Siempre encuentra a gente que lo lleve en coche.

Anki colgó y comunicó a Leopold el resultado. Leopold lo encontró

satisfactorio y elogió la buena voluntad fraternal, expresada con tanta rapidez, de la señora Von Klemm, hasta que Waldo lo interrumpió con el dedo índice en alto pidiendo la palabra.

—¿Puedo hacer una propuesta pequeña y solo medianamente inmodesta? —preguntó—. Nos pasamos por Klein-Machnow y nos quedamos la primera noche en casa de mis padres. Se llevarán un alegrón colosal.

Leopold estuvo de acuerdo y de esta forma iniciaron el viaje a finales de esa semana, era el catorce de julio[54]. Leopold se sentó al volante y Anki a su lado, mientras que Waldo ocupaba un sitio diminuto en el asiento trasero del coche que le había dejado la montaña de maletas, sacos, cajas, paraguas y zapatos que no habían cabido en ningún otro lugar. Anki miró a Waldo por el espejo retrovisor y le preguntó cómo se sentía.

—¡Gracias por el interés! —dijo Waldo—. Por el momento estoy todavía demasiado gordo para mi sitio, pero eso puede equilibrarse con el tiempo.

—Adelgazaremos todos —dijo Leopold—, os auguro unas carreteras demenciales. Estas pistas asfaltadas acabarán probablemente en la frontera.

Klein-Machnow era una casa bastante nueva y más una gran mansión que un palacio. El señor Von Westegg se había convertido en un anciano con el pelo fino y blanco, unos ojitos pequeños y las mejillas arrugadas. La frente parecía habérsele elevado, pero tal vez solo sobresalía un poco más. Leopold le preguntó por Heidelberg, y el señor Von Westegg opinó que la vida en el campo era más agradable que habitar en una pequeña ciudad. La señora Von Westegg estaba muy feliz con la visita de sus hijos, y Anki se sintió enseguida como en casa.

—¿Dónde habéis puesto la sillita roja que estaba siempre ahí, al lado del aparador?

—No lo sé —dijo la señora Von Westegg.

—Pero sabes a cuál me refiero, ¿verdad?

—No del todo, Franka, o sí... Sí, claro... Ahora está arriba, en la habitación de Waldemar.

El café fue servido en el salón rojo. Leopold estaba de pie frente a la ventana con la taza en la mano cuando la señora Von Westegg le hizo unas señas para que se acercara. Estaba sentada en el sofá entre su marido y su hija, y cuando Leopold se acercó, ella le señaló con el dedo un sillón libre.

—¿Qué hace usted en Berlín? —preguntó ella.

—Escribo artículos.

—Ah... Escribe artículos... Entonces debe de estar trabajando en el periódico *Kreuz-Zeitung*, ¿cierto?

—No, señora, trabajo en el *Berliner Allgemeine Zeitung*.

La señora Von Westegg dedicó a Leopold una mirada que delataba una especie de espanto con asombro.

—Entonces, ¿es usted un demócrata?

—Lo soy —dijo Leopold.

—Eso es algo muy enigmático para mí, me refiero a lo de escribir artículos —dijo la señora Von Westegg, que contempló el cuello de la camisa de Leopold, su corbata y su traje.

»Todos los días leo el periódico —prosiguió ella—, pero no sé cómo se hace eso y me gustaría saberlo, porque cuando vives aquí tranquilamente en el campo como vivimos nosotros, se te ocurren algunas cosas que te gustaría poner por escrito.

El criado se acercó a la mesa y preguntó si debía servirle a la señora baronesa otra tacita de café.

—No, gracias —dijo la señora Von Westegg—, vuestro café vuelve a estar demasiado fuerte para mí. La chica ha preparado puro veneno... Por favor, a mi marido póngale solo media taza también.

El señor Von Westegg había estado escuchando con cara divertida la conversación entre Leopold y su esposa, y salió en auxilio de Leopold.

—Sí, mi querido señor Chindler —dijo él—, las preguntas de las damas son una dificultad muy especial y añadida, por decirlo así, a las complicaciones de este mundo, y voy a contarle rápidamente la historia de una respuesta que me dio una vez un muchacho que tenía ciertamente una cabecita muy lúcida y entendía muchísimo de caballos, pero en lo concerniente a la conversación elevada no tenía precisamente buen verbo. Por aquella época vivíamos en Rostock, y un buen día le preguntó una dama, una encantadora muniquesa que teníamos en casa de invitada, qué era en realidad un controlador aéreo. «Un controlador aéreo —respondió el bueno de mi Fritz en bajo alemán— es un controlador aéreo, ¡y lo que sea un controlador aéreo, eso lo sabe cualquiera!»

A la señora Von Westegg le pareció muy pobre la anécdota de su marido.

—No te entiendo —dijo ella con las cejas enarcadas—, eso no encaja aquí de ninguna de las maneras. Si el señor Chindler sabe escribir, probablemente también sabrá hablar.

La señora Von Westegg tenía razón en realidad, pero el señor Von Westegg era un hombre al que no le gustaba ceder, así que replicó que eso no se daba siempre en el mismo tronco.

Después de comer, Anki mostró a Leopold la casa y el jardín, y él vio que ella adoraba la finca. Anki era por completo eso que desde Goethe se denomina «una personalidad», y lo era también en el sentido de que precisaba de un entorno adecuado para ser totalmente ella misma. Leopold se lo dijo, pero Anki replicó:

—Yo solo te necesito a ti. Si estuviera sola, sería diferente por completo, y estaría muy lejos de ser feliz.

El señor Von Westegg, con un sombrerito verde en la cabeza, salía del establo y caminaba por la granja.

—Es una lástima que se quede usted tan poco tiempo en mi casa —le dijo a Leopold—. Me habría gustado mostrarle un bosque que planté hace dos años y que está creciendo bien porque he sido tan listo como para cuidar al más útil de todos los pájaros, el arrendajo.

Esa plantación del señor Von Westegg podía ser un bosque como muy pronto en cincuenta años, pero el viejo noble hacendado adoraba sobre todo ese rincón de sus propiedades. Volvía a tener suelo bajo los pies, y la idea de que los hijos de sus nietos talaran algún día la madera del bosque que él había plantado era un pensamiento que le resultaba simpático.

---

50. Friedrich Nietzsche, *Morgenröthe. Gedanken über die moralischen Vorurtheile* (1881) [Friedrich Nietzsche, *Aurora. Reflexiones sobre los prejuicios morales*], libro primero, 9 (cf. Friedrich Nietzsche, *Sämtliche Werke [Obras completas],* edición crítica en quince volúmenes, Múnich, Berlín / Nueva York, 1988, vol. 3, p. 23).

51. Kaspar David Friedrich: en los años veinte, «Kaspar» era la forma más extendida de escribir el nombre del pintor romántico.

52. Latín: «El lobo del cuento», con el mismo sentido que la locución: «Hablando del rey de Roma, por la puerta asoma».

53. Un bigote fino fue bautizado con el nombre de un actor de Hollywood, Adolphe Menjou (1890-1963); el príncipe Hermann von Pückler-Muskau (1785-1871) fue escritor, arquitecto paisajista y trotamundos.

54. Franziska, Leopold y Waldemar emprenden un viaje por el este de Europa que Brentano, recién casado, realizó con Margot, su segunda esposa. Informó detalladamente sobre sus observaciones políticas en el *Frankfurter Zeitung* (del 27-4-1930 al 19-8-1930; véase el epílogo).

Capítulo 12

Los estímulos débiles avivan la actividad vital; los medianos, la fomentan; los fuertes, la anulan.
Regla Arndt-Schulz[55]

1

A la mañana siguiente, Leopold condujo el coche por Küstrin y Landsberg y alcanzó el corredor. Waldo tenía un amigo que poseía una finca cerca de Toruń, e iban a dar las nueve de la noche cuando el automóvil de Leopold paraba delante de la alargada casa señorial. El señor Von Sohr se quedó sorprendido por aquella inesperada visita, pero se alegró sinceramente, y la simpatía de Leopold por las escenas teatrales se regocijó viendo cómo Waldo y el enjuto terrateniente se abrazaban y se daban golpecitos mutuamente en los hombros y aseguraban en voz alta lo contentos que estaban de volverse a ver tan sanos y bien conservados. Hubo una cena muy buena y un vino tinto excelente, y todos estaban de muy buen humor, pero después de cenar se nubló de repente esa atmósfera relajada. El señor Von Sohr habló de las dificultades de su existencia y de las duras luchas que tenía que sufrir como hombre que desde la guerra se había convertido en súbdito de un país extranjero. Leopold había leído en los periódicos sobre esas disputas, pero era algo completamente diferente hallarse ahora en tierra extranjera y oír con atención el relato de un hombre que vivía esa situación todos los días.

—Mi familia lleva asentada en estas tierras doscientos cincuenta años —dijo el señor Von Sohr—, pero los conquistadores quieren que me vaya, y a veces es difícil afirmarse aquí. Ya resulta bastante complicado tirar adelante con la economía para pagar los impuestos con los pocos nabos y el escaso cereal de las tierras, y encima nos vienen cada día nuevas trabas y otras políticas que podrían sacarte de tus casillas tres veces al día.

—Es asunto muy duro perder una guerra —dijo Leopold[56].

Anki fue con las damas a la parte delantera de la casa, y Leopold se sentó al lado del señor Von Sohr y dejó que le contara detalles que él iba anotando para un artículo. El señor Von Sohr lo observaba con desconfianza. Era un hombre conservador y no podía creerse de

verdad que un periódico de la orientación del *Berliner Allgemeine* pudiera estar interesado realmente por sus preocupaciones. Leopold consiguió vencer y dispersar la desconfianza, pero la consecuencia fue que el señor Von Sohr se puso entonces a inflar bastante el relato y su lenguaje era más propogandístico que si hubiera hablado directo al grano. Era comprensible que actuara así, pues en los últimos años había tenido que tragar mucho (y callar mucho), pero no era una actitud muy inteligente, y Leopold vio enseguida que Sohr era un hombre que entendía poco de política. Es un tiempo largo, vivir en una casa durante doscientos años, y Leopold había imaginado que se encontraría con experiencias mayores y más profundas de las que se encontró realmente. Sin embargo, los Sohr habían sido siempre tan solo granjeros y oficiales, y el señor Von Sohr era más una persona con coraje que una persona reflexiva. Poseía unos derechos adquiridos y documentados, pero no los defendía con mucha habilidad, y su sensibilidad fácilmente irritable superaba con creces su entendimiento.

El pequeño grupo de viajeros se había propuesto levantarse temprano por las mañanas para tener largas jornadas por delante.

—Vamos a levantarnos a las seis —dijo Waldo.

—A las seis es temprano —dijo el señor Von Sohr—, pero si los señores quieren llegar hasta Königsberg, tendrán que darse prisa.

Las habitaciones de los invitados estaban en la primera planta, y el señor Von Sohr acompañó a sus huéspedes.

—Que duerma bien bajo mi techo —le dijo a Leopold—. Me ha alegrado mucho conocerlo a usted, espero que haya oído lo suficiente para poder contar a esos del Reich, cuando se presente la ocasión, un poco acerca de nuestras penalidades.

Era un hombre alto y delgado, y al despedirse con tanta cortesía de Leopold («como el caballero de una orden, vestido de civil», pensó Leopold), le gustó mucho. La habitación estaba encalada como la mazmorra de un castillo, y también estaba abovedada, pero era espaciosa y agradable y amueblada con muebles de color marrón oscuro de los años noventa cuyas formas feas estaban perdiendo esos años un poco de su sobria ornamentación y comenzaban a convertirse en piezas de museo. La cama era de patas altas, amplia y de una blandura agradable, y Leopold se quedó dormido enseguida, así que Waldo estaba todavía soñando cuando Leopold fue a la mañana siguiente a su habitación y le puso ante las narices el reloj, que marcaba las seis y media.

—Qué demonios —dijo Waldo frotándose los ojos—, me despertaron unos golpecitos suaves a la puerta, pero volví a dormirme otra vez.

—Eso son las costumbres —dijo Leopold, y bajó a la planta baja.

La mesa del desayuno parecía la mesa de una boda campesina, y la anciana señora Von Sohr, la madre del dueño de la casa, insistió en que sus invitados se llevaran una cantidad tal de provisiones como si su intención fuera hacer un viaje por el Sáhara.

Anki se retrasó también y entró con prisas en la sala. La señora Von Sohr le pidió que se sentara a su lado y le tendió un cesto de plata lleno de panecillos recién hechos. A continuación le ofreció mantequilla y jamón cocido.

—Reponga fuerzas —dijo, animando a Franziska a que se sirviera en abundancia.

—Pues, ¿sabe usted? —añadió dirigiéndose a Leopold—, los mesones polacos no son lo que nosotros entendemos como limpios, y una dama tan querida y delicada como la señora Scheler no puede entrar en ellos para nada.

También habían limpiado el coche de arriba abajo, y los viajeros tuvieron que agradecer la hospitalidad con tanta efusión que la despedida duró un cuarto de hora entero. Ya era la segunda despedida en el largo viaje, y Leopold se puso sentimental y estaba conmovido cuando por fin pisó el acelerador y el coche se puso en marcha. El señor Von Sohr se hallaba en la escalinata entre su esposa alta y su madre bajita, y cuando el camino hizo una curva y la nariz del coche salía por el portón de la finca, los tres sacaron sus pañuelos y los agitaron hacia los que partían, hasta que estos desaparecieron de su vista y los Sohr regresaron de nuevo a la soledad que reina en todas las fincas y que en aquellas tierras extranjeras era el doble de grande.

—Ha sido un buen comienzo —dijo Leopold.

—Y una gente amable de corazón —añadió Anki.

Waldo rellenó su pipa y no dijo nada, pero estaba contento de que el bueno y enjuto de Fritz Sohr le hubiera caído bien a Leopold Chindler.

Leopold conocía Prusia Oriental, pero para Anki y para Waldo Königsberg fue una gran sorpresa. Los viajeros permanecieron dos días en la ciudad, y Anki, imperturbable como una estadounidense, iba con su guía Baedeker en la mano izquierda y con la cámara fotográfica en la derecha, de un monumento a otro. Visitó el castillo con la habitación donde nació Federico I de Prusia, la iglesia palaciega del maestro arquitecto Blasius Berwart, la antigua universidad, la catedral y la tumba de Kant en su vertiente norte. A mediodía hacía mucho calor, y como las rejas cerradas impedían el paso, a Leopold le habría gustado continuar camino. Sin embargo, Anki se detuvo mucho rato y acabó anotando la inscripción: «El cielo estrellado por encima de mí y

la ley moral dentro de mí».

Después del almuerzo, Leopold fue a la famosa librería de Graefe & Unzer, enfrente de la universidad, y Anki se compró un paquete bastante grueso de libros y de escritos sobre Prusia Oriental, y Königsberg, y Kant, Herder y Hamann. Waldo observó en silencio hasta que preguntó a Anki de repente cuándo pensaba leerse la biblioteca que acababa de adquirir.

—Es un asunto endemoniado este —añadió en un tono profundo—. Cuando tienes suficiente calderilla, puedes comprarte todos los tesoros de la poesía y de la ciencia, excepción hecha del tiempo para leerlos, y cuando sufres de una falta de dinero...

—... entonces tienes que ir a una biblioteca pública —lo interrumpió Leopold.

Anki se rio a carcajadas. Adoraba la capacidad de réplica, y Leopold le gustó tanto en ese momento que se cogió de su brazo y caminaron así juntos un buen tramo.

Al atardecer aflojó el calor, y una brisa suave y refrescante soplaba desde el mar hacia la ciudad. Anki y Leopold volvieron a salir y descubrieron que media Königsberg parecía estar fuera de casa deambulando por las calles; especialmente los bonitos y cuidados parques estaban abarrotados de estudiantes y muchachas jóvenes. Reinaban una vida y un bullicio tales, que a Leopold le vino el recuerdo de las ciudades del sur de Europa, pero las ciudades del norte y las del sur están mucho más emparentadas de lo que podría pensarse. Estocolmo es una ciudad viva y radiante como Nápoles, y la ciudad más septentrional de Alemania recordaba esa noche a Florencia y un poco a Marsella.

Leopold había profetizado correctamente. Cuando a la mañana siguiente el coche atravesó la frontera entre Prusia Oriental y Lituania, la carretera se volvió mala, y Leopold tuvo que ir reduciendo la velocidad cada vez más.

—Tu velocidad de caracol nos va a costar mucho tiempo —dijo Anki.

—La rotura de un muelle sería peor —dijo Waldo—, y por esta zona sería algo tremendamente desagradable.

Anki se acurrucó en el asiento y trató de dormir. Waldo rellenó su pipa, y Leopold contemplaba el paisaje. Había decidido pasar por la ciudad de Kaunas en el viaje de vuelta, así que atravesó Lituania en diagonal hacia la frontera con Letonia, que no alcanzaron sino en dos días. Por aquella época circulaban pocos coches por esas carreteras, y los guardias fronterizos, sorprendidos, no sabían qué hacer con el coche extranjero ni cómo descifrar los papeles que Leopold les

entregó. Leopold no entendía el lituano, y los hombrecitos con el uniforme gris entendían muy poco alemán, y hubo un largo tira y afloja de malentendidos hasta que de pronto apareció un judío bajito a hacer de intérprete. Tenía una voz aguda y fina y cada vez hablaba más rápido y más alto a los soldados, hasta que estos, que le escuchaban con visible asombro, plegaron los papeles e hicieron señas a Leopold para que siguiera circulando. Leopold se subió al coche y avanzó unos cien metros aproximadamente, pero ahora los guardias fronterizos letones salieron corriendo de una cabaña y se apresuraron a colocar una pesada barrera sobre la carretera.

El intérprete había recibido un paquete de cigarrillos por sus servicios, y Leopold formó un pabellón con las dos manos y le gritó para que se acercara a ayudar otra vez. El hombre obedeció y se acercó con prudencia, pero cuando llegó al mojón fronterizo, se detuvo e hizo una señal negativa con la mano. Probablemente no llevaba los papeles consigo y no se atrevía a seguir adelante.

Los puestos fronterizos habían estimulado la imaginación de Leopold desde siempre. De niño solía mirar una imagen del libro de historia de su hermano en la que un solitario legionario romano miraba fijamente desde el *limes* hacia los bosques de la Germania no conquistada, y posteriormente admiró en las ilustraciones de sus calcetines de piel a los soldados con coleta y capa roja del siglo dieciocho que, sentados tras una empalizada, espiaban a través de mirillas a los pieles rojas que en vano intentaban, por la noche y con todo el sigilo, expulsar al invasor superior en número. A la inversa, sin embargo, la imaginación de los guardias fronterizos es también vívida y está sometida a una tensión leve y casi incesante. Es la situación que se crea: uno contra muchos, lo cual hace redoblar su atención, y quien tiene al peligro por acompañante no cree en ningún ruido casual ni en ningún movimiento inofensivo.

El lenguaje de signos de Leopold allá, en la sagrada y peligrosa frontera, y practicado con el súbdito de un país extranjero, había despertado la desconfianza de los guardias. Los viajeros fueron escoltados a ambos lados por los soldados y conducidos a la pequeña cabaña, donde un hombre se plantó ante ellos para vigilarlos mientras los demás soldados desaparecieron en la habitación contigua con los papeles. Waldo calculó en treinta grados el calor que hacía a la sombra, y aquella casa de troncos pelada era un paradero muy aburrido. De pronto, Anki se acordó de que las provisiones en el coche estaban encima de las mantas y que el sol las estaría fundiendo ahora.

—Nuestros buenos bocadillos... y el chocolate... y la mantequilla... ¡Chicos! ¡Hay que salvar todo eso! ¡No puedo tirarlo así como así!

Anki se levantó, y quería salir corriendo por la puerta, pero el soldado de guardia, un gigantón gordo con el pelo muy corto y un rifle muy grande en la mano, le cortó el paso con un salto imponente y cerró rápidamente la puerta.

—Voy a soltarle un discurso —dijo Anki, y Waldo tuvo que hacer grandes esfuerzos para reprimir la risa cuando Anki trató de aclarar al guardia en lenguaje de signos que tenía mucha hambre y que iba a buscar algo de comer. El soldado la contempló con una cara más seria que un poste, más o menos como un niño o una niña contempla a una actriz o al presentador de una función en el circo, pero el corazón eficiente del soldado permaneció impasible, y su boca, muda como el morro de un pez. Waldo le hizo una señal para que se acercara a la mesa y le ofreció un cigarrillo, y Leopold se apresuró a darle fuego. El cigarrillo era bueno, y el hombre dio algunas caladas que disfrutó visiblemente, pero su sentido del deber no se vio alterado, y Leopold contó a Waldo que ese primer representante de Letonia lo llenaba de un cierto respeto por esa pequeña república y por la disciplina de su ejército. Por fin terminaron las deliberaciones en la habitación contigua. Los viajeros recibieron sus papeles, retiraron la barrera a rastras y Leopold pisó el acelerador. El intérprete de Lituania continuaba esperando junto al mojón fronterizo, pero al ver partir el coche, se dio la vuelta y fue caminando tierra adentro hasta una casita de madera frente a la cual pastaba una cabra y de cuya chimenea salía humo.

Tenían prevista una estancia de una semana en Riga, y Anki estaba muy contenta por ello; el largo viaje la había fatigado bastante, pero a los dos días volvió a estar de buen humor, y cuando Leopold iba por las mañanas al saloncito en el que solía desayunar con Anki, esta estaba sentada ante un mapa desplegado enorme, estudiando con un lápiz en la mano la continuación de la expedición. La siguiente meta era Varsovia, y Anki le explicó (cosa que Waldo le había insinuado a ella) que la mejor ruta y la más divertida para llegar a Varsovia pasaba por Moscú. Leopold no podía ceder, así que acordaron finalmente la ruta Daugavpils-Vilna-Varsovia.

Leopold había parado en Riga en el Hotel Petersburg, y el portero bajito y calvo hizo un movimiento negativo de preocupación con la cabeza cuando Franziska le preguntó por la carretera hacia Daugavpils. Era un hombre muy cortés y tan solo solía decir siempre «¡sí, por favor!» y «¡sí, enseguida!», pero esta vez miró al aire y llevó la contraria.

—Para eso tendrían ustedes que atravesar toda Latgale —dijo—, y esa es la más atrasada de nuestras regiones, con unas carreteras

malísimas.

—Buenas carreteras tenemos de sobra en casa —dijo Anki—, y nuestro amarillo ya se las apañará.

El *Berliner Allgemeine Zeitung* tenía un representante en Riga, un tal señor Von Scheel, y el señor Von Scheel invitó a los viajeros del Reich a una cena en su casa. Procedía de una antigua familia báltica, pero la expropiación de 1920 había despojado de sus bienes a la familia convirtiendo a sus miembros en pobres. Los viajeros se adentraron en un arrabal y entraron en una mansión decorada con torrecitas, en cuya primera planta moraba el señor Von Scheel. Leopold contempló la casa y vio con sorpresa que la mansión estaba situada al lado de una fábrica y compartía la misma finca con ella. En la Europa occidental hacía mucho tiempo que estaban separados los terrenos de la vida y del trabajo, y ocurría solo muy raras veces que un fabricante, especialmente uno rico, estableciera su vivienda en la finca de su empresa. Comunicó al señor Von Scheel su observación y este replicó:

—Esta casa, que por cierto ya no me pertenece, fue construida por mi abuelo, el padre de mi madre, que regentaba una fábrica de muebles ubicada al lado. Yo no me mudé aquí hasta el año pasado, y le confieso que me costó algún esfuerzo alojarme en una casa que le habían robado a mi madre. Pero tenemos escasez de viviendas... no había nada mejor, y me he adaptado de nuevo, y a menos que me lo recuerden por casualidad, no pienso para nada en el pasado. Ha perecido, está muerto, y los tiempos de mis antepasados no volverán nunca más.

El señor Von Scheel era una persona bajita y delicada de manos finas y movimientos tímidos, y Leopold lamentó haberlo herido con su curiosidad. Él se dio cuenta de lo que estaba pensando Leopold y prosiguió:

—Crecí en esta casa, y estas paredes que vuelven a encerrarme otra vez me salvaron una vez incluso la vida.

Se acercó a la ventana y mostró a sus invitados que las persianas enrollables eran de hierro y estaban provistas de pequeñas troneras.

—Mis antepasados paternos entendían poco de política. Se sentaban en sus fincas y gobernaban a los campesinos, de buenas maneras cuando tenían buenos corazones, y de maneras menos buenas si la naturaleza los había hecho un poco menos buenos. Pero el padre de mi madre era un comerciante que vio venir los tiempos que realmente vinieron después, y siendo no solo previsor, sino también prudente, mandó levantar unos muros muy sólidos y colocar estas inusuales persianas. Cuando estalló la primera revolución en el año 1905, precursora de los sucesos de 1917 y de 1919, se colocó junto a

mi madre detrás de esa ventana y defendió a su familia durante una semana con el arma en la mano. Yo tenía doce años por aquel entonces, pero todavía lo recuerdo vívidamente ante mí cargando despacio, apuntando y disparando, y cuando graniza, el repiqueteo de las bolas me recuerda el ruido que hacían las balas que se aplastaban en las persianas.

Hablaron de otras cosas, y era bastante tarde cuando los invitados partieron.

—Este es un territorio salvaje —dijo Waldo.

—¿Sucederá lo mismo en nuestro país? —preguntó Anki.

—Lo de las persianas enrollables de hierro es una ocurrencia digna de mencionarse —dijo Leopold—, y el abuelo del señor Von Scheel parece haber sido un hombre con valor cívico. Sin embargo, tal como nos enseñan las consecuencias, se recomienda realizar una política algo más inteligente que la que llevaron a cabo estas gentes.

A la mañana siguiente, el coche atravesó el imponente río Daugava, giró entonces bruscamente hacia el sudeste y se encaminó a la meta siguiendo siempre río arriba por la región de Latgale. La carretera estaba repleta de baches y pavimentada con clavos, y Leopold se vio obligado a circular casi todo el tiempo en segunda. El paisaje, sin embargo, tenía unas formas magníficas, y aunque los huesos de los viajeros tuvieron que soportar muchas sacudidas, su curiosidad se vio compensada con creces. Circulaban por un antiquísimo campo de batalla, empapado con la sangre de rusos y de suecos, de polacos y de alemanes, y de guerreros que durante siglos conquistaron estas provincias (y sus puertos), y las perdieron y las volvieron a conquistar. Leopold conducía, y Anki se encargaba de las explicaciones, y cuando a lo lejos aparecía un pueblito medio en ruinas, ella informaba sobre los datos interesantes del mismo que leía de una guía que se había comprado en Riga. El bosque se había ido volviendo más ralo y penetrable con la vista y finalmente quedó del todo atrás, y Leopold divisó una aldea en la otra orilla del Daugava.

—¿Qué dice la guía? —preguntó, señalando con el dedo por encima del río.

—Friedrichstadt —leyó Anki en voz alta—, en letón: Jaunjelgava. Mencionada en 1601. Refundada en el año 1647 por la viuda del conde Friedrich de Curlandia. Estación de transbordo, ya que los bienes embarcados por el río Daugava tenían que ser transportados por tierra desde Friedrichstadt hasta Jakobstadt, en letón Jēkabpils, a causa de los rápidos. Despoblada por la peste en 1710. Devastada por inundaciones en 1793 y en 1924. Saqueada en el año 1812. Destruida en la Guerra Mundial. Enfrente... —Anki alzó la mano y dijo—: Aquí,

a la izquierda, justo enfrente de nosotros están las ruinas del castillo Römershof. Destruido en 1905, reconstruido en 1909, destruido de nuevo en 1915. En el parque de la finca hay un jardín botánico digno de ver. Iglesia luterana construida en 1652. Iglesias griegas y católico-romanas. Cuatro sinagogas. Aproximadamente dos mil seiscientos habitantes, entre ellos mil doscientos letones, ochocientos judíos, quinientos rusos y ciento cincuenta y siete alemanes...

Los viajeros hicieron una parada. Anki quería ver el jardín botánico, pero Leopold le llevó la contraria. Daugavpils quedaba todavía muy lejos, y a una velocidad de entre veinte y treinta kilómetros por hora, el avance era muy lento.

Anki cogió su cámara de fotos y fue a pasear un poco, mientras Waldo y Leopold cambiaban la rueda delantera derecha, cuyo neumático ya no retenía el aire. Cuando los caballeros terminaron, regresó Anki, que dijo que fueran rápidamente con ella porque quería enseñarles algo interesante. Ascendieron a una colina a través de un bosquecillo, y cuando llegaron a la cima, Anki les mostró unas vistas magníficas. Allá abajo, a sus pies, las aguas del imponente río Daugava discurrían en dirección al mar. En la orilla opuesta estaba la ciudad de Friedrichstadt, apacible e inmersa en una soledad que parecía perfecta. La poderosa corriente y los bosques de sus orillas, tupidos, asilvestrados, intactos, componían el paisaje de un mundo primigenio, abandonado, pero de ningún modo vacío, saturado en sí mismo y dotado de las potentes fuerzas de una fertilidad impasible e inagotable.

—Esto es salvaje, cruel e inusitado —dijo Leopold—, pero no carece de belleza.

Anki se llevó el dedo índice a los labios y dijo:

—Pst... Voy a mostraros algo más.

Ella volvió a adelantarse y al cabo de unos veinte pasos hizo que sus acompañantes miraran abajo, hacia una terraza que estaba aproximadamente a diez metros de altura sobre la orilla del Daugava. Una familia de almadieros se había reunido en el río, y las almadías reposaban en aquella terraza. Eran rusos, hombres y mujeres en pantalones negros con unas botas altas sobre las perneras y tocados con unos gorros negros. Habían comido y ahora dormían a su gusto al sol y descansaban de su pesado trabajo.

—Lástima que este río no fluya en la dirección opuesta —dijo Waldo—, de lo contrario me subiría un rato a una de esas embarcaciones planas.

Daugavpils era un nido aburrido y feo, y Anki quedó muy decepcionada. Waldo la consoló y le explicó que ya habían superado

lo peor y que en los días siguientes habría mejores carreteras. Pero Waldo estaba muy equivocado.

El hotel de Daugavpils era una caja sucia con habitaciones sombrías. Anki se esforzó para no darse cuenta. Se burló de los papeles pintados y de las patas torcidas de su cama de hierro y aseguró que, en cambio, el palanganero era por lo menos divertido, y el baño, que se hallaba en los sótanos, un monumento a buen precio.

El dueño del taller de coches en Daugavpils reparó los neumáticos, y Leopold conversó con él sobre la ruta hacia Vilna.

—¿Desean ir a Vilna? No llegarán nunca. No existe esa carretera, y además no les dejarán atravesar la frontera. Los polacos de aquí abajo son desconfiados y antipáticos... No, señores míos, yo en su lugar no me arriesgaría. Van a destrozar su bonito coche y no van a llegar a su destino.

Anki sacó el mapa del coche y le mostró al hombre una carretera que estaba señalada allí.

El dueño del taller se quitó la gorra, se rascó la cabeza, volvió a ponerse la gorra y devolvió el mapa a Anki.

—Prúebenlo —dijo—. Tal vez tengan suerte. Nunca he oído hablar de esa carretera, y sería una verdadera pena por este coche bonito.

—El coche lo soportará y llegaremos a Vilna —dijo Anki.

—En el peor de los casos, regresen a mi taller —dijo el dueño—. ¡Este coche es precioso! ¿Lo han comprado en Alemania?

Un muchachito de ocho años, vestido únicamente con un pantalón roto, corría por el patio. El dueño del taller agarró al chico de la oreja y lo sentó en el estribo del coche.

—Les enseñará el camino para salir de Daugavpils —dijo. Era un hombre amable, y a Anki le pareció que compensaba lo de la suciedad del hotel.

El chiquillo había saltado del coche y los viajeros llevaban aproximadamente dos horas de viaje cuando el camino se acabó de repente, como si estuviera cortado.

—Pon la primera y circula por el prado —dijo Anki, y estaba en lo cierto: al final del prado continuaba una especie de camino. Era más un sendero ancho que una carretera, y el suelo era tan arenoso que las ruedas comenzaron a derrapar. Anki y Leopold se bajaron y fueron a pie por detrás, mientras Waldo maniobraba despacio el pesado vehículo. El coche patinaba y danzaba como una barca infantil que se deja flotando en las olas del mar del Norte, pero los neumáticos se aferraban al suelo y empujaban hacia delante la enorme carga. De todos modos, los esfuerzos eran excesivos para el vehículo y el agua del refrigerador comenzó a hervir. Waldo apagó el motor, y los

viajeros se tumbaron a la sombra del bosque y sobre la hojarasca roja del otoño pasado. Anki preparó una pequeña comida que estaba deliciosa y Waldo se sacó dos puros del bolsillo que había guardado allí para ocasiones especiales. De postre le mostró a Leopold una zorrera que había detectado su ojo de cazador, y explicó a Leopold cómo era la caza del zorro. El agua se había calmado de nuevo, y podían continuar el viaje, pero el camino se fue estrechando y empeorando cada vez más. De pronto apareció un carro. El caballo no había visto todavía un coche. Aterrorizado, el animal, flaco pero grande, se encabritó y pretendió pasar. Fueron unos instantes horribles, pues el camino era tan angosto que no existía la posibilidad siquiera de pensar en hacer sitio. El carretero saltó de su asiento y se precipitó con todas sus fuerzas sobre las riendas mientras Leopold apagaba el motor para eliminar al menos ese ruido espantoso de los oídos del animal irritado. El remedio tuvo efecto y el animal se sosegó. Le temblaba todo el cuerpo, pero al menos ya no se encabritaba más. En cambio, el carretero se puso a maldecir y a amenazar a Leopold con el látigo, un instrumento bastante grande y desagradable.

—Es un oligofrénico —dijo Leopold, que llevó la mano a la llave de encendido del motor—. Si no guarda el látigo, los aplastaré a él y a su animal.

—No me había sucedido nunca una cosa así, ver a un caballo asustadizo —dijo Anki—.

El carretero, que tenía una carita de calmuco curtida por el sol, se acercó al coche y con gesto irritado exhortó a Leopold a que retrocediera.

—Ni hablar, señor vecino —dijo Leopold—. No cederé ni un centímetro de este precioso camino.

Anki sacó su pitillera, y cuando el carretero recibió un puñado de cigarrillos, desenganchó a su caballito y lo ató a un árbol. Leopold y Waldo apartaron a un lado el carro ligero y Anki, que realizaba en ese lugar su examen de conducción, logró manejar el coche para pasar junto al carro.

Era ya mediodía cuando el camino volvió a cortarse. El coche estaba en mitad del bosque, y esta vez sí que parecía verdaderamente que no quedaba más remedio que dar la vuelta y regresar a Daugavpils.

—El dueño del taller era un hombre simpático —dijo Anki—, pero el hotel me atrae poco. Intentemos enviar una patrulla de reconocimiento.

—Además, tenemos pinchazo en la rueda trasera izquierda —dijo Waldo.

Leopold cogió la brújula y caminó bosque a través, y al cabo de media hora divisó unas vías de ferrocarril y una estación a cierta distancia. Caminó cien metros más cuando vio de pronto a dos hombres que llevaban uniformes polacos y dormían en un hoyo al lado de las vías. «Esta es la frontera», pensó, «y hasta ahí tenemos que llegar». Se dio la vuelta y consiguió conducir el coche hasta la estación. La estación era un barracón pintado de amarillo. La sala de espera estaba ocupada por media compañía de soldados, y cuando Leopold tocó el claxon, todos se dirigieron a las armas y corrieron hacia el coche. En ese rincón del mundo parecía reinar un ambiente bastante tenso, pero el dueño del taller había juzgado injustamente: los soldados eran de Posen y eran gente simpática, y cuando terminaron el examen del equipaje, uno de ellos los acompañó un tramo para enseñarle la ruta a Leopold. Era alto y rubio, hijo de campesinos alemanes. La carretera era muy buena, y Waldo estaba tan satisfecho que se puso a entonar una canción cuando el buen amarillo pudo circular de nuevo en tercera y mostrar de lo que era capaz a pesar de los agobios sufridos. Waldo tenía una voz hermosa, y Leopold lo escuchó con placer cuando cantó la canción del jinete de *El campamento de Wallenstein*.

Waldo había cantado todas las estrofas y preguntó qué hora era. Anki le tendió la mano con el reloj de pulsera y dijo:

—Las tres.

—Entonces esta noche en Vilna nos zamparemos tres pollos —dijo Waldo—, y de acompañamiento un buena botella de vino si es que hay algo así.

—Y yo iré mañana temprano a la peluquería —dijo Anki.

—No echemos las campanas al vuelo antes de tiempo.

Leopold llevaba una hora conduciendo cuando las carreteras mostraron también en Polonia esa enigmática costumbre de acabar bruscamente en mitad de un bosque.

—En un Estado como este, yo no pagaría ningún impuesto —dijo Waldo—. ¡Qué demonios de carreteras! ¡Hay que joderse! Disculpa, Anki, pero mi corazón necesitaba desahogarse.

—Yo me expresaría de otra manera —dijo Anki—, pero opino lo mismo que tú.

Quedaban todavía más de cien kilómetros hasta Vilna. El pesado coche tenía que deslizarse de nuevo en primera, y el buen ambiente trocó en el humor más deprimente cuando Leopold oyó de pronto un extraño golpe y un estruendo.

—Se ha roto algo —dijo—, solo hay que saber qué.

Siguió conduciendo muy despacio, pero el ruido proseguía a pesar

de ello. Leopold paró, abrió el capó y enseguida vio lo que pasaba: se había roto la dínamo, y ese objeto pesado yacía sobre el bloque del motor, sujeta tan solo por unos cables finos.

—Esto es mucho así, de golpe, y como no disponemos de tienda de campaña, Waldo tendrá que montarnos una cabaña.

Leopold se había aprovisionado de piezas de recambio, y Anki se puso a caminar despacio con su hermano mientras Leopold se quitaba la chaqueta y extendía las herramientas en el suelo.

—Voy a echar un vistazo —dijo Waldo—, en alguna parte tienen que comenzar los pueblitos de este país.

Corrió hasta alcanzar a Anki, y los hermanos salieron del bosque. Caminaban por una pradera cuando de pronto apareció ante ellos un lago. Eran aguas extensas y tranquilas, con las orillas vírgenes de vegetación tupida, y al acercarse Anki salieron volando bandadas de pájaros. El espejo del lago tenía un radiante color azulado, y Anki comentó que no había visto nunca unos colores brillantes tan intensos como las diferentes tonalidades del verde en las colinas que se extendían por la orilla opuesta.

—Esto es celestial —dijo ella—, voy a nadar. Regresa a ayudar a Leopold y venid a buscarme cuando estéis listos.

—¿No tienes miedo? —preguntó Waldo.

—¿De quién debería tener miedo? ¿De esos pájaros?

—Podrían venir hombres por el camino.

—En este país no hay habitantes —dijo Anki—, al menos no en esta región. ¡Pero estaré alerta de todos modos!

Waldo regresó a buen paso, casi corriendo; no era una sensación nada agradable dejar a Anki a solas en esa naturaleza salvaje. Entretanto, Leopold había reparado provisionalmente la avería y se estaba limpiando las manos echándose sobre los dedos agua de colonia de un frasquito plateado que le había regalado Anki. Sin embargo, cuando Waldo llegó y le dijo que Anki estaba nadando en un bello y misterioso lago, Leopold puso una cara de mil demonios y se metió con el coche por el bosque y por las praderas. Waldo tenía que sujetar las maletas, ya que el terreno lleno de baches lanzaba el equipaje hacia arriba, y Waldo pensaba aterrorizado lo que podría hacerse si con aquella loca conducción se rompían los muelles de la suspensión. Pero la cosa volvió a salir bien, y el coche llegó sano y salvo al lago. Anki seguía metida en el agua y gritó a los dos hombres para que bajaran por favor del coche y se dieran la vuelta. Obedecieron, pero cuando Leopold se levantó para coger una caja de fósforos del coche, vio a Anki de pie en la orilla como la Venus de Botticelli en la concha materna. Tenía su hermosa cabecita ladeada y

sus brazos relucientes escurrían los cabellos mojados.

Anki se vistió rápidamente, y Leopold continuó conduciendo, y cuando la dínamo empezó otra vez a hacer ruido, apareció el primer pueblito.

—¿Quién se habría imaginado que a un hombre como yo pudieran resultarle tan agradables las vistas de un asentamiento humano? —dijo Waldo.

La aldea se componía de dos docenas de cabañas y una sinagoga de madera, y cuando Leopold alcanzó la primera de las casas, apagó el motor.

—Aquí estamos —dijo—, y aquí me quedaré aunque cueste el precio del Hotel Adlon. ¡La gente fina como nosotros hará el resto del camino a pie!

---

55. Regla de la farmacología (ya anticuada) que fue presentada en 1899 por el psicólogo Rudolf Arndt y por el farmacólogo Hugo Schulz en la Universidad de Greifswald.

56. En la PE continuaba aquí: «tendremos que pasar por un montón de dificultades económicas hasta volver a estar arriba».

Capítulo 13

Estaba yo de pie y solo, mirando hacia las secas llanuras africanas; caía una lluvia de fuego desde el Olimpo.
Hölderlin

1

La casa, detrás de la cual Leopold había aparcado el coche, era de una planta y de un color marrón desgastado. Franziska fue la primera en bajar, y cuando se acercó, descubrió delante de la puerta de la casa un poste fijado en el suelo, y en el poste de madera había un trozo de papel en el que figuraba la palabra «Hotel» en mayúsculas temblequeantes. Anki se dio la vuelta y exclamó a Leopold:

—Has conducido con acierto, Leopold. ¡Aquí tienes tu Hotel Adlon! ¡Es este!

Leopold se quitó las gafas de sol y se enjugó el sudor con un pañuelo grande de viaje. A continuación se encaminó despacio hacia la casa en el momento en que la puerta se abría y salía por ella un anciano. Llevaba una larga barba gris, un caftán negro e iba tocado con un gorrito negro.

—Mis saludos —dijo Leopold—. Me gustaría alquilar su hotel.

—Mis saludos también —dijo el dueño en un alemán que sonaba raro porque pronunciaba la «ü» como una «i» y la «e» como una «ä», y contemplaba a los recién llegados tocándose los pelos de la barba con la mano derecha igual que una arpista toca las cuerdas de su instrumento. Estaba ostensiblemente sorprendido, y como no había divisado todavía el coche, no podía explicarse de dónde habían salido esos extraños personajes que ansiaban hacer noche en su cabaña.

—¿Tiene una habitación para nosotros? —prosiguió Leopold—. O mejor dicho, ¿tiene tres habitaciones?

—El doctor de los dientes ha venido —dijo el posadero—, habita en la única habitación que tengo. Pero si usted quiere pagar por tres, lo pondré en la cocina, a él y su maletín.

—Pagaré por cuatro —dijo Leopold— porque tengo un coche además que debería recibir tambien un techo sobre su techo.

—Eso es un negocio —dijo el posadero—. Entonces tendrán todo lo que ofrecer puedo.

El dentista se vio obligado a ceder su habitación, y los viajeros entraron en el cuarto. Era de techo bajo y pequeño, y el mobiliario consistía en una cama estrecha de hierro, una mesa, dos sillas y unas setecientas moscas, así al redondeo.

—Bueno, de todas formas tiene cuatro paredes y en una de ellas hay incluso una ventana con vistas a un árbol —dijo Anki—. Ahora necesitamos dos camas más.

El posadero se había quedado parado en la puerta y lo oyó todo.

—Una cama más pueden tener, pero entonces tendrán todo lo que mi casa ofrecer puede a ustedes.

Waldo y Leopold fueron otra vez a la parte trasera del «hotel» a buscar el coche. El buen amarillo estaba sucio, lleno de polvo, y ofrecía un aspecto cansino y desmejorado, y para más inri volvía a haber un clavo enorme en el neumático trasero derecho. Leopold condujo el coche a un cobertizo que estaba junto al «hotel» y en ese momento llegó el herrero de la aldea como si lo hubieran convocado. Era joven todavía, pero tenía una barba de color rojo encendido y como identificador de su dignidad de herrero portaba en la mano un martillo grande. Leopold levantó el capó y el herrero prometió fijar de nuevo la dínamo, limpiar el coche y reparar los neumáticos.

—Usted parece ser un genio universal —dijo Leopold—. Pero confío en su arte. Si usted mantiene su promesa, puede escribirme una factura que le satisfaga.

—¿Para qué gastar papel? —dijo el herrero—. Diez eslotis, y los accesorios aparte.

Eso eran cinco marcos, un precio barato.

Entretanto, en el cuarto habían colocado una segunda cama, y Anki se había desnudado ya y metido en ella.

—Estoy cansada —dijo—, he tenido suficiente por hoy. No tenéis que temer nada, esta ropa está tan limpia como la de mi casa.

El posadero había oído llegar a los caballeros y apareció con la cena. Anki llevaba un pijama de seda con el azul de sus ojos, y cuando el posadero vio a la bella extranjera echada en la cama, se detuvo asombrado y contempló primero a Anki y luego a Leopold.

—¿Está usted casado? —preguntó él.

—No —dijo Leopold.

—¿Y usted tampoco? —preguntó a Waldo.

—Estoy casado —dijo Waldo—, y esta dama —señaló con el dedo a Anki— es mi esposa.

—¿Para qué necesitan tres camas, pues? ¡Por el santo Dios! ¡Si yo tuviera una mujer tan bella, dormiría con ella en una cama, de la mañana a la noche y de la noche a la mañana!

—Tiene usted toda la razón —dijo Waldo.

La cena consistió en seis huevos pasados por agua, un cesto con panecillos de sabor dulce y rellenos de pasas sultanas, té y azúcar. El posadero colocó la bandeja sobre la mesa, pero por lo visto tenía pocas ganas de separarse de sus huéspedes; se quedó parado en el umbral con los ojos puestos en Anki. Anki se había sentado en la cama y estaba cortando un panecillo, y el posadero seguía sus movimientos con indisimulada lascivia. Volvía a peinarse la barba, en cuyos rizos hurgaban de un lado a otro las púas amaneradas de sus dedos, al tiempo que miraba de reojo desde la jamba el pecho de Anki, igual que sus antepasados espiaron a la bella Susana, la hija de Hilcías, cuando estaba tomando un baño. Era una persona afanosa, pero no había aprendido a ocultar sus sentimientos, y mostraba su codicia como un tigre que divisa un cordero.

Leopold daba golpecitos en la cáscara de su huevo, y estaba extendiendo la mano para coger el salero cuando de pronto vio que el posadero seguía en la habitación. En ese instante, el posadero retiró la mano de la barba y preguntó sin dejar de tener los ojos fijos en Anki:

—¿Qué dote trajo ella?

«¡Qué extraña pregunta!», pensó Leopold, que se puso a barruntar una respuesta, aunque Waldo se le adelantó.

—Cien mil marcos —dijo rápidamente, al tiempo que ponía una expresión seria en la cara.

El posadero levantó los dos brazos al aire.

—¡Doscientos mil eslotis! ¡Por el santo Dios! ¡Con eso se puede comprar toda Polonia! ¡Y tan bella, tan bella, que uno querría tenerla incluso sin dinero!

Hizo una pequeña pausa y prosiguió dirigiéndose a Waldo:

—Usted tiene que ser una persona con suerte. Pero entonces, ¿por qué viene a nuestra miserable aldea? ¿Es que quiere hacer negocios aquí?

—Nos dirigimos a Varsovia —dijo Waldo.

—*Do Warszawy* —dijo el posadero—. Bueno... Sí... Eso está bien, es una ciudad con dinero...

—¿Hay una gasolinera por aquí? —preguntó Leopold—. Tengo el depósito de gasolina vacío, y necesito cuarenta litros.

El posadero volvió a acariciarse la barba y arrojó una mirada rápida y escrutadora a Leopold, de arriba abajo.

—Aquí solo hay piedras y árboles —dijo—. Pero usted habla como un gran señor, y los grandes señores dicen: ¡que sea lo que tenga que ser! Yo entiendo ese lenguaje, y si usted darme quiere el encargo, yo le proporcionaré cincuenta litros.

—Hecho —dijo Leopold—, y ahora nos vamos a dormir.

Se levantó y cerró la puerta, en la que no había ni pestillo ni llave. Franziska pidió una caja de fósforos, partió uno en dos partes y dejó que Leopold sacara una. Como sacó la parte más corta, le tocó dormir en la silla. Se fue al coche a por un cojín y dos mantas, y como todos estaban muy cansados, se les cerraron enseguida los ojos.

2

Eran las seis, y los viajeros dormían todavía como troncos, cuando el posadero volvió a entrar súbitamente en la habitación. Tenía un aspecto gris y curtido, como una persona que hace veinticuatro horas que no duerme, y su caftán estaba polvoriento y arrugado.

—¡Es la hora, señores míos! —exclamó dando unas palmadas—. ¡Es la hora! Les he conseguido cincuenta litros de gasolina, una gasolina bonita clara, pura como el agua de un manantial en el bosque, y potente. Su coche se alegrará mucho y correrá como un caballito.

Esa era una buena noticia, pero también habría alegrado a Leopold a las siete o a las ocho. No obstante, ya que estaban despiertos, los dos hombres se levantaron y se dirigieron al patio, donde había una fuente para el aseo. El posadero estaba a su lado y contempló con un interés incansable el jabón, la maquinilla de afeitar y todos los movimientos que hacía Leopold mientras Waldo le sujetaba el espejo. Waldo estaba hambriento, y dijo que quería desayunar, pero el posadero no se mostró de acuerdo.

—¡Eso en su momento, señores míos, eso en su momento! Ahora tenemos que ir a por la gasolina y comprar esa buena mercancía.

El afán de aquel hombre era tan cómico que Leopold se mostró partidario de ceder, así que se pusieron a caminar por la aldea con el posadero. En la amplia e informe plaza del mercado que se extendía en todas direcciones hacia los campos, se veían todavía las trincheras de la Guerra Mundial, y en una de las esquinas del cementerio, que estaba cercado por un muro bajo y resquebrajado, había montañas de alambrada oxidada que producían un brillo rojizo. El posadero caminaba por delante evitando cuidadosamente los charcos. Se había puesto unas botas altas con los tacones torcidos. Cuando el pequeño grupo llevaba diez minutos caminando, él señaló con el dedo una casa que quedaba un poco retirada.

—¡Ahí haremos nuestro negocio!

Como todas las demás casas en Widze, aquel edificio era de madera, pero un poco más grande que las restantes cabañas. El posadero pasó de largo la puerta principal y se dirigió al patio, que

estaba lleno de charcos y de montones de desperdicios. Se acercó a la puerta trasera y se detuvo unos instantes. Cuando comprobó que sus acompañantes estaban allí también, se llevó un dedo a los labios pidiendo silencio. Entonces, de repente, dio una patada con toda la planta del pie contra la puerta al tiempo que estallaba en unas tremendas carcajadas cabrunas. La puerta se abrió de golpe por el enorme patadón, y los moradores de la casa se incorporaron con un sobresalto de terror. Eran tres o cuatro hombres y un número igual de mujeres y de críos que estaban reunidos en un cuarto con apariencia de cocina. Una mujer joven estaba sentada en el centro del cuarto en un taburete, descalza y con las piernas desnudas, y se peinaba la cabellera larga y negra. Se mantenía inclinada sobre las rodillas abiertas, y cuando se enderezó asustada y alzó la cabeza, las cascadas oscuras de sus rizos revolotearon en torno a la cara y se enroscaron alrededor de la frente pálida y de los ojos completamente abiertos. Su vecina sostenía un bebé desnudo en un brazo y lo limpiaba con un trapo. El susto repentino lo convirtió en una especie de bandera que ondeaba desde el mástil del brazo paralizado hacia quienes entraban. Un montón de gallinas, que volvieron en sí mucho antes que las personas, salieron corriendo y revolotearon con miedo por el cuarto para huir finalmente al aire libre por entre las peligrosas columnas de las piernas.

Leopold dudó en entrar. La visión de esa gente asustada no era agradable, y creyó que esta forma diabólica de entrar en una casa ajena iría seguida de un gran alboroto. Sin embargo, el posadero era muy bueno con el fuego, tanto encendiendo la mecha como apagándola.

—Estos son los señores que quieren comprar cincuenta litros de gasolina —dijo, y la palabra mágica «comprar» restauró la paz. Las mujeres se retiraron al fondo mientras que los hombre se acercaron para llevar a cabo el gran negocio. Un hombre joven trajo a rastras varios bidones y vertió un poco de la gasolina en una taza que mantenía sujeta el vecino.

—¡Qué bien fluye! —dijo el posadero—. ¡Ah! Es una mercancía buena, ya pueden comprarla ustedes, no se arrepentirán.

—Esto es una pura cata de vinos —dijo Waldo, que le tendió la taza a Leopold. Leopold quedó satisfecho, y cuando el posadero vio que el trato quedaba hecho, los demás lo despidieron.

—Llevarán la mercancía a su coche —dijo él—, y usted la pagará cuando prosigan su viaje.

Leopold y Waldo regresaron por donde habían venido, y Leopold contempló la aldea. Era un nido desolador; no se veía ningún jardín,

no había una sola flor por ninguna parte. Hasta los niños y las niñas ofrecían una impresión sombría y melancólica, y Leopold divisó a una chica adolescente, sentada inmóvil en una piedra que parpadeaba al sol de la mañana, mientras cientos de moscas utilizaban sus mejillas suaves como avenidas de su codiciosa ociosidad. Waldo se detuvo en la tapia del cementerio, y estaba examinando la alambrada de espino, que por algún motivo dictaminó que era de procedencia rusa, cuando de repente apareció el posadero. Este miró a un lado e intentó escabullirse lo más rápidamente posible, pero Leopold lo llamó, y cuando el posadero se detuvo, le preguntó por qué había asustado tan cruelmente antes a la gente que les vendió la gasolina.

—¿Es usted comerciante? —preguntó el posadero.

—No —dijo Leopold—, pertenezco a un ramo profesional diferente. Soy colaborador de un periódico.

El posadero miró a Waldo y luego a Leopold y replicó:

—Ya lo vi en su pasaporte, ¡y lo hice para que vieran con sus ojos la mierda de la pobreza!

Pronunciadas estas palabras, arrancó una hoja de un saúco, se introdujo el tallo entre los dientes negros y prosiguió su camino.

Waldo se agachó y sacó del montón de alambre de espino una bayoneta rusa. Tenía el filo roto y la empuñadura estaba oxidada. Waldo contempló el arma unos instantes y volvió a arrojarla al montón de alambre.

—El gran César, convertido en polvo, tapona un hoyo en el alto norte —dijo, y los dos hombres continuaron caminando.

Anki ya se había levantado y había preparado un desayuno simpático y apetitoso. Se había atado un pañuelo de color azul claro por encima del pelo, y sobre un jersey amarillo llevaba puesta la chaqueta de ante marrón que le sentaba especialmente bien.

—Como en este local solo hay dos camitas, también hay únicamente dos cuchillitos —dijo ella con aire divertido—, pero ya os he untado yo vuestros panecillos y no tenéis más que hincarles el diente.

El té sabía bien, y lo único molesto eran las setecientas moscas, asquerosos bichos rastreros de color negro, que volvían a estar allí al completo abalanzándose con un zumbido repugnante sobre la mantequilla, el azúcar e incluso las caras de las personas.

—Esto se pasa de la raya —dijo Waldo con enfado, y encendió dos cigarrillos.

Habían reparado bien el coche. El herrero recibió doce eslotis, y los viajeros prosiguieron viaje a eso de las nueve y media. Había acudido media aldea para asistir a aquel suceso poco frecuente, pero el

posadero daba vueltas alrededor del coche como un arcángel y procuraba que los niños y niñas no se acercaran demasiado.

También las carreteras se volvieron algo mejores, y así llegaron al atardecer a Vilna y dos días después estaban en Varsovia. Los viajeros hicieron noche en el Hotel de Europa, y cuando se hubieron bañado y mudado de ropa y pisaron el gran salón comedor bien iluminado, sintieron que habían regresado de nuevo a Europa.

La comida era buena.

—Pero los panecillos en Widze eran mejores —dijo Anki.

Los huevos pasados por agua con pasas sultanas habían sido una novedad para ellos. Leopold le dio la razón, y comenzaron a hablar de los días pasados y de la cantidad de aventuras que habían vivido.

—¿Qué fue en realidad lo más hermoso? —preguntó Anki—.

—El río Daugava —dijo Leopold—, y su imponente cauce.

—Ríos hay en todas partes, y el Elba tampoco es un arroyuelo —dijo Waldo—. Lo más hermoso fue el hombre del látigo grande y el caballito asustadizo que no había visto todavía ningún coche en su apacible vida.

—Lo más hermoso fue el lago con las bandadas de pájaros y mi baño solitario —dijo Anki—. Fuimos estúpidos de verdad, viajamos con excesiva rapidez. Deberíamos habernos quedado en ese lago y pasar allí una semana de vacaciones. Vosotros no lo visteis como yo: no tenía fondo y sus aguas eran mucho más azules que el cielo. ¡Esta Polonia es un país hermoso en algunos lugares!

—Durante días hemos circulado a diez kilómetros por hora. A eso no se le puede llamar «rapidez» —dijo Waldo.

—¿Y cuál fue la segunda vivencia más hermosa? —preguntó Anki.

—Lo segundo más hermoso fue el bosque virgen con la zorrera, justo pasada la frontera, donde descansamos cuando se puso a hervir el agua del refrigerador —dijo Leopold.

—¿Era tan hermosa de verdad? —preguntó Waldo.

—Lo segundo más hermoso fue el cielo antes de llegar a Bialystock —dijo Anki—. ¿Ya no os acordáis de eso?

—Por supuesto —exclamaron los dos al unísono—, Anki tiene toda la razón, eso fue lo segundo más hermoso.

Ese día —el día después de Vilna—, nuestros viajeros habían estado dando vueltas y no llegaron a Bialystock hasta muy entrada la noche. En las semanas anteriores siempre habían llegado a tiempo por la tarde, y ese fue el primer trayecto nocturno del viaje. Durante el día el cielo había estado encapotado, pero hacia el atardecer se despejó del todo, y en el firmamento sin nubes fue apareciendo una estrella tras otra, hasta que el manto azul de la noche quedó moteado con una

cantidad incontable de luces. La naturaleza es inagotable en sus maravillas, pero sigue siendo uno de sus mayores misterios el hecho de que olvidemos con suma rapidez sus imágenes, y especialmente las cotidianas. Cuando llega el otoño y la vista se posa en los bosques coloreados, dos días después no sabemos ya el aspecto que tenía el verano. Contemplamos las luces amarillas y rojizas en los colores de las hojas y nos preguntamos en vano cómo era el verde del verano, lo altas que crecieron las rosas ese año y cómo la rosa se parecía a los claveles que ya hacía tiempo que se habían marchitado.

Waldo estaba sentado al volante y conducía veloz, y todos guardaban silencio. Anki se había sentado atrás con Leopold y contemplaba las estrellas arriba. Una estrella fugaz se deslizó rápidamente por la pared del cielo, y Anki soñó sus sueños, sus deseos y muchas esperanzas de colores...

El camarero, con chaqueta blanca y pantalones negros, trajo tres cafés y una bandeja con tartitas que Franziska había pedido. Leopold cogió una del plato, mordió un trocito y dijo:

—El posadero de Widze merece también una mención. Era un hombre cabal, pues su cuenta era exacta, y sus precios eran bajos incluso para un nido como aquel. Además —prosiguió girándose hacia Anki—, estaba enamorado de ti.

—Eso no fue nada agradable —dijo Anki—. Tendríais que haberme ofrecido mejor protección. Los ojos de esa persona daban miedo.

Capítulo 14

Y con frecuencia, las respuestas llegan antes que las preguntas.
André Gide / Oscar Wilde

1

Leopold se quedó dos semanas en Varsovia, y ya era principios de septiembre cuando los viajeros volvieron a cruzar la frontera alemana y efectuaron su entrada en Silesia. Habían cambiado los asientos. Leopold dormía en la parte trasera del coche mientras que Waldo estaba sentado al volante. La carretera era buena, y la humedad del aire animaba el motor. Llevaba el impulso de un galgo e iba dejando atrás kilómetro a kilómetro.

—Conduce despacio —dijo Anki, y puso la mano en el brazo derecho de su hermano.

—¿Por qué?

—Porque lo quiero yo.

El coche entró en un pueblo, y Anki ordenó a Waldo que se detuviera. En la plaza del pueblo jugaban los niños y las niñas alrededor de una fuente antigua, y Anki contempló pensativa y ensimismada las cabezas hirsutas de los chicos y las pulcras coletitas de las chicas con lacitos de colores, y la fuente antigua, gris, y una casa con entramado de madera al fondo. Leopold se despertó.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Por qué está parado el coche? ¿Volvemos a tener otra avería?

Anki se giró y le tendió la mano a Leopold.

—¿Sabías lo hermosa que es Silesia? Fíjate en los niños y en las niñas y en esa fuente antigua y el rojo suave de la madera del entramado. Todo esto es tan perfecto y tan bello que te dan ganas de bajar y de comprar esa casa y de quedarte aquí para siempre.

Waldo condujo el coche a un lado de la calle y los viajeros se sentaron en un banco a la sombra de un tilo. Waldo se limpió las gafas de conducir, y Anki volvió a contemplar la fuente y las fachadas de las casas y los movimientos tranquilos y serios de las personas que pasaban.

—Nuestro viaje ha sido bonito —dijo ella—, pero me siento contenta de estar otra vez en casa.

Frente al tilo, pero tan cerca que las puntas de las ramas acariciaban el tejado viejo, había una tienda de todo tipo de cosas, y Anki se levantó para comprar unas postales. Volvió con dos y envió una a Hans Karl y la otra a sus padres, y en ambas escribió lo mismo en bajo alemán: «¡No importa donde vayas, si al este o al oeste, al sur o al norte, pues como en casa no se está en ningún otro lugar!».

Por la tarde Leopold entraba con el coche en Breslavia, y esa fue la última parada del viaje; al día siguiente se separaron los caminos. Waldo y Leopold viajaron en el coche a Berlín mientras que Anki se dirigió en tren a Überlingen vía Múnich para recoger a Hans Karl, que se encontraba allí de veraneo con Inge y sus hijos.

Anki pernoctó en Lindau y tomó el barco para el último tramo del viaje. No había contado con el hecho de que un barco de vapor viaja con lentitud y que el lago de Constanza es un mar pequeño, y su corazón, ansioso de ver de nuevo a Hans Karl, se impacientó. Intentó leer una novela cuya protagonista era la actriz cinematográfica Barbara La Marr[57], pero no hacía más que pensar una y otra vez en Hans Karl y era incapaz de concentrarse. Tomó una tumbona, se guardó el libro en el bolso y se puso a contemplar la suave belleza de la ribera al pasar.

Por fin sonó la campana del barco, y el capitán anunció: «Próxima parada: Überlingen». Anki se levantó, se puso los guantes y abandonó la cubierta superior. El barco tomó una velocidad lenta, y en el atracadero, dos hombres agarraron la pasarela. El capitán ordenó: «¡A toda máquina por la popa!», y el barco tembló al colisionar su movimiento de deslizamiento con la contrafuerza aplicada de forma repentina. Los marineros agarraron las cuerdas, y una vez arrojadas a tierra y amarradas, Anki fue la primera en abandonar el vapor. Inge se encontraba con sus dos hijos detrás de la barrera, y Anki estaba haciéndole señas cuando divisó a Hans Karl y a Luise. Hans Karl llevaba unos pantaloncitos azules que le quedaban muy justos y una camisita blanca. Anki corrió hacia él, lo levantó por los aires y le besó el pelo suave y las mejillas tersas. También los hijos de Inge tenían un aspecto gracioso, pero al caminar por delante como niños buenos y bien educados, Anki vio con orgullo que Hans Karl era igual de alto que Ludwig, el hijo de Inge, y eso que Ludwig era diez meses mayor.

—¿Se ha portado bien? —preguntó Anki—. ¿O te ha dado trabajo?

—Se ha portado incluso muy bien —dijo Inge—, mucho mejor que mis hijos, pero ayer le entraron de repente unas ansias enormes de verte y apenas podía contenerse.

Georg Von Klemm había estado esperando a la puerta del hotel y ahora se acercó a Anki.

—Te has puesto muy morena —dijo—, seguro que has tenido un buen viaje.

—Un viaje fantástico —dijo Anki—. Tengo que contaros muchas cosas.

Los niños pudieron quedarse despiertos por la noche para celebrarlo y cenar con los adultos, y después de la cena, la propia Anki llevó a Hans Karl a la cama.

—Mami, ya sé nadar —dijo Hans Karl—, y estoy muy contento de que estés aquí otra vez.

—¿Recibiste mi última postal?

—Sí.

—¿La entendiste?

—La tía Inge me lo explicó.

Hans Karl estaba tumbado en la cama y miraba a su madre. Anki se sentó en el borde de la cama y escrutó en los ojos del niño. Le habría gustado saber qué experiencias había tenido, especialmente en la primera parte de sus vacaciones, pero no se atrevió a confundirlo haciéndole preguntas, y probablemente tampoco habría valido la pena preguntárselo, pues los niños y las niñas se callan igual que los adultos, y hay vivencias que no emergen de las cámaras de sus corazones hasta meses o incluso años después y que ninguna pregunta podría sacar antes a la luz.

La habitación de Hans Karl daba al jardín. Anki tapó a su hijo y abrió la ventana. La noche era cálida, y Anki oyó abajo la voz de Inge y al instante la voz de bajo profundo de Georg. No se entendían las frases, apenas alguna que otra palabra, solo era bien perceptible el sonido de las voces. Anki se acercó al espejo y se pasó por el pelo el pequeño y blando cepillo de Hans Karl. Después se ajustó el vestido correctamente, echó otra mirada a Hans Karl, que ya se había quedado dormido, y salió de puntillas de la habitación para sentarse durante una hora más con sus familiares.

Entre los árboles colgaban pequeñas guirnaldas de bombillitas eléctricas de colores que emitían una luz tenue. «Qué bonito está esto», pensó Anki, que se quedó parada en la puerta hasta que una camarera dijo por detrás de ella: «¿me permite?». Cargaba con una enorme bandeja completamente llena en dirección al jardín.

Georg Klemm arrastró una silla para su cuñada, y Anki cató el vino. Era un vino joven, de la cosecha del año anterior, pero era bueno. Anki se recostó, examinó el jardín y se puso a escuchar con atención. Se había levantado una brisa, y las olas del lago rompían contra los muros del jardín del hotel. Inge era muy curiosa, y Anki tuvo que contarle ya muchas cosas la primera noche. Cuando finalmente se

levantaron después de la medianoche para ir a dormir, dijo Inge:

—Por cierto, tengo que decirte una cosa... Richard está en este hotel. Creo que le gustaría hablar contigo.

Anki se detuvo y dirigió la mirada al suelo.

—¡Ah...! ¿Y eso por qué? ¿Qué significa eso?

—Ni idea —dijo Inge—. Ha aparecido de repente hoy al mediodía, y según tengo entendido quiere proseguir su viaje mañana mismo.

Georg Klemm se quitó el puro de la boca, se lo llevó ante los ojos y examinó la ceniza.

2

Inge había ido a pasear con los niños, y Anki estaba desayunando en el jardín del hotel cuando Richard salió por la puerta giratoria y se acercó a ella con bastante rapidez. No había cambiado, y lo más extraño era que no parecía abatido para nada. Anki se había imaginado que tendría un mohín triste y doliente en la cara, pero era un caballero sosegado, sereno y elegante, vestido con un traje suave de flanela de color gris marengo con una corbata azulada y una cara bronceada, el que ahora se acercaba a la mesa y se sentaba frente a Anki.

—¿Cómo estás? —preguntó Richard.

Anki trató de sostenerle la mirada a Richard y dijo:

—Estoy bien, gracias.

—Hans Karl ha pegado un estirón —dijo Richard—. Estas largas vacaciones le han sentado muy bien.

—Inge ha tenido el detalle de ocuparse muy bien de él —dijo Anki —, le estoy muy agradecida.

Richard se acercó el salero y lo agarró con ambas manos.

—Necesita cuidados —dijo—. Pasamos mucho tiempo juntos cuando yo aún estaba en Überlingen, y creo que está sufriendo nuestra separación más de lo que dice y de lo que un niño tan pequeño es capaz de decir.

Anki no replicó y contempló las manos de Richard.

—No sabía que ibas a llegar ayer —dijo Richard—. Tenía cosas que hacer en Schaffhausen y me pasé una noche por Überlingen para saludar otra vez a Hans Karl.

No era ninguna pregunta, y Anki no dio ninguna respuesta.

Richard estaba sentado al sol y preguntó si podía ponerse el sombrero. Era un sombrero suave, de color marrón, como los que siempre había llevado Richard.

—Sé que te hice mucho daño por aquel entonces —dijo Richard—.

Fue una acción del todo estúpida por mi parte, pero yo era mucho más joven de lo que la gente creía, y de lo que yo mismo me figuraba. La guerra me quitó cinco años, y esos años regresaron de golpe. Tiene poco valor que a uno se le pase por la cabeza *a posteriori,* lo que debería haber sabido con anterioridad, pero sufro mucho por estar separado de vosotros, y me atrevo a preguntarte: ¿Podrías regresar conmigo? Mi casa no ha cambiado... quiero decir... no se ha tocado nada en ella, y tu habitación te espera.

«Es demasiado tarde», pensó Anki, «no puedo, no puedo».

—Sé que quieres a Hans Karl tanto como yo —prosiguió Richard—, y estoy contento de que lo tengas tú... Vivir solo no es bueno, y con un niño como Hans Karl tú al menos no vives sola del todo.

Anki pensó: «He sido injusta con él, es mejor persona de lo que yo pensaba. No me quitará al niño, pero es demasiado tarde... es demasiado tarde... se ha convertido en un extraño para mí, no le pertenezco... solo le pertenezco a Leopold».

—Mi pregunta te ha sorprendido, se te ve en la cara, y puedo entenderlo. Sé que no puedes decirme que sí ahora mismo... Eras muy joven, y no comprendí sino después lo mucho que te había herido... sin querer, todo sea dicho... Y me alegro de que al menos no hayas dicho que no de inmediato.

Richard se levantó.

Anki levantó la cabeza y miró a Richard a la cara.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó ella sin saber por qué había hecho esa pregunta y lo que quería significar. Se hallaba muy confusa y deseaba no haber venido a Überlingen.

—Siempre estoy para lo que necesites —dijo Richard—. Puedes escribirme o llamarme por teléfono, o hacer que vaya donde me digas.

Anki se levantó también. Richard le besó la mano y dijo:

—Adiós, Anki, y dale un beso a Hans Karl. Voy a irme ahora, pues no sería bueno para Hans Karl que nos viera juntos aquí.

Se caló el sombrero un poco ladeado por encima de la oreja derecha, como había hecho siempre, y se dirigió despacio hacia el edificio. Cinco minutos después ponía en marcha el motor de su coche, e inmediatamente después Anki vio marcharse a Richard conduciendo por la plaza grande frente al hotel, en dirección a Lindau. Había cambiado la marcha de primera a tercera y conducía muy rápido.

Dos días después, Anki llegó a Berlín en el tren expreso nocturno. Estaba confusa, abatida y muy infeliz. Leopold fue de inmediato a la calle Kaspar Theys.

—No tienes buen aspecto —le dijo a Anki—. ¿Estás enferma?

—Inge está en mi casa —dijo Anki—. Ahora se encuentra en la ciudad haciendo unas compras, pero vendrá a comer a casa. Lo sabe todo... ¡Da lo mismo! Alguna vez tenía que enterarse, y tal vez sea mejor que la informe yo en lugar de que se entere por cualquier otra persona desconocida.

Leopold se sentó en la silla frente al escritorio de Franziska y dijo:

—No te he entendido del todo. ¿Qué es lo que sabe Inge?

—Todo —repitió Anki—, que te amo... ¿Te enfadas conmigo? ¿Tendría que haber permanecido callada? ¿Habría sido más correcto callar? ¡No me mires con esa rabia! ¡Mejor dame una respuesta!

—Tengo que callar —dijo Leopold—, pero tú puedes decir lo que quieras, y de una manera muy especial a tu hermana.

Anki cogió una silla y se sentó al lado de Leopold.

—Richard estaba en Überlingen.

—¿Quién? ¿Tu marido?

—Sí. Richard.

—¿Y qué quería?

—¡Me quería a mí! Me dijo que regresara con él. Que me quiere de nuevo y que Hans Karl sufre a causa de nuestro divorcio.

—De eso, ni hablar —dijo Leopold.

—Me alegra oírtelo decir. No puedo ir a una casa en la que no estés tú.

Inge había regresado de la ciudad. Leopold oyó en la antesala una voz que tenía cierta similitud con la voz de Anki, e inmediatamente después entró en la sala la señora Von Klemm. Llevaba un sombrero marrón y una gabardina abierta. Había engordado de cara y alrededor de las caderas y en general había cambiado mucho; Leopold no la habría reconocido.

—Nos conocemos —dijo ella, y le tendió la mano a Leopold al tiempo que lo examinaba de arriba abajo.

—Sí —dijo Leopold—, me acuerdo con agrado de muchas horas agradables en la bonita casa de sus padres en Heidelberg.

Inge se volvió hacia Anki:

—Y tú, querida, ¿te sientes mejor? Te he traído un remedio excelente contra el dolor de garganta. En casa lo tomamos todos, tarda medio día en hacer efecto, y mañana te sentirás bien otra vez.

Inge se sentó en el sofá verde y observó a Leopold como se observa a una persona que llega de visita ya a las diez de la mañana en lugar de a las once y media o que a la una sigue sentado ahí en lugar de dirigirse por fin hacia la puerta... resumiendo: alguien que molesta. Tal vez habría podido suponerse que ella observaba con esa atención a un hombre por el que tanto se interesaba Anki, pero la señora Von

Klemm no era una persona que se interesara por otras personas. Sus juicios ya estaban fijados casi siempre de antemano.

Era la enemiga de Leopold, él lo detectó al instante, pero también detectó que se trataba de una de esas aversiones puramente emocionales para las cuales no existe remedio ninguno y a las que tienes que hacerte a la idea. Anki sacó del cajón un pañuelito rojo de flanela y se lo puso al cuello. Tenía un aspecto horrible, y Leopold habría querido quedarse a su lado, pero mientras Inge estuviera allí sentada haciendo de institutriz, lo suyo era ser prudente. Él se despidió de Anki con la mayor rigidez y formalidad de la que era capaz y se fue a casa. A Anki también le habría gustado retener allí a Leopold, pero Inge era como un vendaval desatado, y Anki se sentía tan apagada que cedió sin oponer resistencia.

Inge se quitó el sombrero y el abrigo y los arrojó encima de una silla del vestidor. Por la mañana había hecho un montón de compras y al mismo tiempo había tomado una gran cantidad de decisiones, y apenas podía esperar a estar a solas por fin con Anki.

—Esta no es vida para ti —dijo cuando regresó a la sala—. Esta mañana he vuelto a pensarlo todo... Necesitas a un hombre y necesitas un orden burgués como es debido.

—Leopold también es un hombre —dijo Anki.

—Es un periodista —dijo Inge—. Disculpa si hablo con tanta franqueza, pero algo así no te conviene.

—¿Te parece que un banquero es mejor?

—Sí —dijo Inge—. Claro que me lo parece, y creo que cualquier persona sensata me daría la razón.

—Yo no —dijo Anki—, y además, los Chindler son gente de mayor categoría que los Scheler.

—Eso no lo sé —dijo Inge—. Vistas las cosas desde nuestra perspectiva, es lo mismo una chaqueta que un chaquetón, suele decir Georg en casos así, pero justo por ello la profesión de un hombre es doblemente importante.

Inge se sentó en el gran sillón de color rojo claro y se puso a dar vueltas al anillo de sello verde que llevaba en el dedo meñique de la mano izquierda. Anki observó los zapatos de Inge, sus piernas y la falda ceñida y dijo:

—¿Tú volverías con un hombre al que ya no amas?

Inge se cambió el anillo de sello de la mano izquierda a la derecha y cruzó las piernas.

—La verdad es que no quiero influir en ti —dijo—, pero si yo estuviera en tu lugar, únicamente pensaría en mis hijos y solo en último lugar en mí misma. No somos tan importantes. Los hijos son

mucho más importantes que nosotros, y lo más importante de todo es la familia. Georg dice siempre que la felicidad y la familia son dos palabras que definen la misma cosa, y día a día he ido comprobando que tiene razón.

—Puede que tengas razón —dijo Anki.

Inge puso una cara seria que debía aparentar preocupación, y triunfó.

—La verdad es que no quiero influir en ti —repitió—, pero quiero lo mejor para ti, puedes creerme, y si me permites un comentario más, te diría que a mí Richard, en Überlingen, me gustó muchísimo. Sabe que fue injusto contigo, y a Georg también le dio la impresión de eso que podría designarse como purificado de verdad.

Anki se levantó y tocó el timbre. Entró Luise, y Anki le pidió que trajera el termómetro del dormitorio.

—Tengo fiebre —le dijo a Inge—, y quiero controlarme por Hans Karl, para que no se contagie.

A la mañana siguiente, la señora Von Klemm llamó por teléfono a Leopold en la redacción, y quedaron para almorzar juntos a la una en el restaurante Habel en la avenida Unter den Linden. Leopold tenía mucho trabajo, y era la única hora que tenía libre.

Leopold fue puntual, pero al entrar a la una menos cinco en el local de Habel, Inge ya estaba sentada a la mesa que Leopold había reservado por teléfono.

—Ya sabe usted cómo están las cosas —dijo Inge sin más preámbulos—, y pienso que podemos hablar con franqueza.

—Con la franqueza que usted quiera —dijo Leopold, y se sentó frente a la señora Von Klemm.

Inge llevaba un sombrerito azul, un traje gris con una blusa de color crema, zapatos azules y un bolso grande de mano de color azul, que colocó junto a ella encima del mantel. Se quitó los guantes, y Leopold observó los pequeños verdugones que los guantes habían marcado en los dedos de Inge. Tenía unas manos bonitas, suaves y muy blancas, con unas uñas largas y angostas, pero no podía compararse con Anki. Era una mujer de muy buena raza, y tal vez habría podido ser más bella de lo que era si no tuviera en la boca y en la nariz esa expresión de soberbia, y ciertamente de soberbia intelectual, de sabihondez y de inaccesibilidad, rasgos que no le gustaban a Leopold.

El camarero trajo el menú e Inge dijo que tenía poca hambre.

—Quiero lo más sencillo que tengan.

El camarero recogió las dos cartas e Inge comenzó:

—Estoy haciendo algo que no va conmigo y que no había hecho

nunca: me estoy preocupando por asuntos que en el fondo no son de mi incumbencia, y estoy hablando de Franziska sin que Franka sepa nada al respecto. Pero Franka es mi única hermana. La quiero mucho, y mi corazón le ha vuelto a coger mucho cariño justamente por su hijo, por ese chico encantador que tiene. Probablemente sepa usted que el pequeño Hans Karl estuvo seis semanas con nosotros, y mi marido y yo lo adoramos como si fuera nuestro propio hijo. Es un chico muy dotado, mi marido piensa incluso que es un superdotado, pero lo encontramos algo nervioso, y creo que no será fácil educarlo.

—Anki estaba muy feliz de saber con usted a Hans Karl —dijo Leopold.

—Así es —dijo Inge—, Franka puede confiar siempre en mí, igual que yo confiaría en Franziska si alguna vez fuera necesario... y ese convencimiento me da derecho a expresar esto que tengo que decir: creo que lo mejor para mi hermana sería que se pudiera anular su desafortunado divorcio.

—¿Por qué cree usted eso? —preguntó Leopold.

Inge se molestó. No era de su agrado fundamentar sus hechos o sus afirmaciones. Cuando ella hablaba de un asunto, eso significaba que lo había meditado de antemano y le parecía una exigencia exagerada y agotadora que Leopold quisiera obligarla a dar sus razones.

—Conozco a mi hermana —dijo, y guardó los guantes en el gran bolso azul con un gesto nervioso—, sé cómo siente, y creo de una manera puramente emocional que lo mejor para ella sería que simplemente se deshiciera lo sucedido con una breve resolución.

Leopold vio por segunda vez que Inge iba contra él, y habría tenido que estar ciego para no verlo, pero se comportó como si Inge fuera una amiga suya. En lugar de reflexionar cada frase, respondía con bastante rapidez, y lo peor fue que, además, se puso a hablar con toda franqueza y habló de ciertas teorías que habría sido mejor que se las hubiera guardado para sí mismo.

—No creo que sea bueno para una mujer como Franziska vivir con un hombre al que ya no ama.

—Richard Scheler es el padre de su hijo —dijo Inge—, es decir, no es un hombre cualquiera.

El «hombre cualquiera» era Leopold, pero Leopold pensaba tan firmemente en Anki y en la cuestión de si sería bueno para ella regresar de nuevo con Richard que no percibió la pulla.

—Una mujer como Anki necesita amor —repitió él—. Toda la desdicha sucedió porque su corazón resultó vulnerado de una manera que ella no era capaz de soportar.

—Franziska ya no es una niña —dijo Inge—, se ha convertido en

una mujer que conoce la vida, y en la madre de un niño. Tal vez le resulte difícil a un hombre imaginar los sentimientos maternales de una mujer, pero estos desempeñan un gran papel en nuestro corazón, ¡probablemente el más importante incluso!

—Ya lo sé —dijo Leopold—, pero creo que hay que ser desconfiado frente a esa moda. Me refiero a cierta moda de nuestra época que afirma que los padres existen para sus hijos. Si pretendemos hacer cuentas, los hijos existen como mínimo lo mismo para los padres, y es una cuestión abierta lo que a la postre es mejor para un niño o una niña... o lo peor, si usted quiere: la visión de unos padres divorciados o la de unos infelizmente casados.

Inge estaba a punto de arrojar el tenedor sobre la mesa. La tensión de una conversación en la que había que prestar atención como en un torneo de tenis era superior a sus fuerzas, y el comentario de Leopold sobre los padres y los hijos la dejó dolida.

—Es usted muy inteligente —dijo ella—, algo que ya sabía. Pero hay problemas del corazón de una madre que no puede entender un hombre, especialmente un hombre no casado, un soltero sin hijos. No necesita entenderlos para nada, nadie se lo pedirá, pero me parece que esas cuestiones deberían dejarse en manos de las mujeres.

—¿Qué me está pidiendo usted? —preguntó Leopold.

Esa era la pregunta que Inge llevaba esperando media hora, y ahora se sentía muy aliviada porque por fin podía decir la única frase que tenía en mente. Hasta ahora había tenido que andarse con rodeos y por las ramas. No le gustaban nada las florituras; encontraba «ridículo» pronunciar muchas palabras sobre asuntos serios. En su opinión, todo lo importante en la vida podía formularse con brevedad y precisión. Cuando te vas de vacaciones y el tren sale a las ocho en punto, no tienes que pronunciar largos discursos, sino que dices de forma escueta a los niños que a las siete tienen que estar bien aseados y vestidos y punto.

—Franziska le tiene mucho aprecio a usted —dijo Inge—, pero no debería obstaculizarle el camino. Debería hacer usted el gran sacrificio y no estorbarla en el caso de que tal vez... quiera regresar con su marido.

—¿Estorbarla yo? —dijo Leopold sorprendido—. Nunca estorbaré en nada a Franziska, pero me hallo en una posición difícil: quizás Anki sería ya mi esposa, o como mínimo estaríamos prometidos, si no estuviera el niño. Anki ama a Hans Karl, y se teme que al señor Scheler pudiera ocurrírsele la cruel idea de quitarle al niño si ella le impone eso que se denomina «padrastro». Así que ya ve usted: los dos estamos haciendo sacrificios, y debe usted pensar que ambos estamos

en una situación complicada.

El señor Von Klemm era un hombre que había perdido el hábito de replicar, y a la mimada Inge le parecía obstinado, empecinado y desagradable el modo incansable de Leopold de encontrar siempre nuevas réplicas. Era ciertamente inteligente, pero los hombres inteligentes eran difíciles y casi siempre antipáticos. Su compleja forma de ser le recordaba a ella a un amigo de la adolescencia de su marido que era filósofo y adoraba los debates interminables. Ya en la despedida de solteros, Inge encontró incomprensible y desagradable a esa persona, y consiguió convencer a Georg de que no solo tenía malos modales sino además un carácter muy malo. La relación de amistad fue apagándose enseguida, y Georg tuvo que darle incluso las gracias a Inge, pues el doctor Kleinbeiß se vio implicado en un juicio desagradable a causa del artículo 175 del Código Penal[58]. Leopold era más templado y más hábil que Kleinbeiß, pero Inge decidió que iba a tratarlo de la misma manera. En verdad estaba todo tan claro y era tan simple que solo una persona maliciosa podía llevar la contraria... Anki iba a obtener de nuevo un marido, y además uno al que ya conocía, que había mejorado y que, por si fuera poco, era el padre de su hijo, iba a mudarse de nuevo a la casa bonita y grande (que tan bien le había sentado), la gente podría volver a relacionarse como es debido con ella... La cosa estaba tan clara como la luz del día; prescindiendo de ese Chindler, una persona indeseada y realmente superficial, esa era la mejor solución, y además no solo para Franziska y para Hans Karl, sino para toda la familia, y si ese Chindler se creía alguien y no quería prestar oídos, había que hacérselo entender a leñazos: la letra con sangre entra. Inge ya había debatido lo suficiente e iba a emplear ahora una artillería de mayor calibre. Estaba enfadada, y como era una persona de ritmo urbano y la carta de triunfo que creía tener en su baza le quemaba ya en las uñas, dijo a Leopold con una mirada severa:

—Richard podría quitarle el niño en cualquier momento si quisiera.

Leopold negó con la cabeza:

—No. El tribunal le ha concedido a Franziska la custodia de Hans Karl.

—Ella ha viajado con usted a Polonia.

—Se equivoca usted —dijo Leopold—. Franziska realizó esa excursión, perfectamente autorizada, con su hermano Waldemar y con un amigo de su hermano.

—Ah, bueno... Sí... También puede verse de esa manera —dijo Inge.

—Seguramente lo verá solo así también usted —dijo Leopold.

Inge se pensó una réplica. Se había olvidado de que también

Waldemar había hecho el viaje a Polonia, y como por el momento no conseguía que se le ocurriese ninguna réplica, decidió ceder por esta vez:

—No tengo ninguna opinión al respecto —dijo titubeando—, y como es natural, no solo soy la hermana de Franka, sino también su amiga.

—Ya lo sé —dijo Leopold—, por eso hemos hablado los dos con tanta franqueza.

Inge cambió de tema y habló de los teatros berlineses, que, según dijo, quería frecuentar como era debido. Sin embargo, cuando Leopold fue a pedir café, ella se disculpó alegando una cita urgente y salió del restaurante. Estaba disgustada, y mientras esperaba en la parada del autobús, decidió poner sobre aviso a Anki y, en caso necesario, incluso a sus padres.

3

Al día siguiente fue Waldo a la redacción a ver a Leopold.

—Todavía soy bastante joven —dijo él, y su cara, en consonancia con sus palabras, mostraba una expresión de timidez y de vergüenza que era encantadora—, y las mujeres tienen un alma que me resulta por entero enigmática, de acuerdo, pero creo que usted no ha tratado con mucha habilidad a mi hermana Inge.

—La he tratado con mucha torpeza —dijo Leopold—. Le he dicho aproximadamente lo que pienso.

—Es repugnante tener que mentir —dijo Waldo—, pero creo que en ocasiones hay que hacerlo.

—«Mentir» es un término demasiado duro y demasiado grueso para lo que resultaría apropiado aquí y ahora. No hay que decir todo lo que uno piensa. En un caso hay que emplear unas palabras, y en otro, otras. ¿Está enfadada conmigo la señora Von Klemm?

—Muy enfadada —dijo Waldo—. Dice que usted es una persona inmoral y que afirmó que los padres no tenían el más mínimo deber para con sus hijos.

—Eso no es lo que yo opino —dijo Leopold, que no pudo menos que echarse a reír—, pero reconozco que se me llevó el diablo y que me expresé un poco en términos teóricos. Esas situaciones son condenadamente problemáticas —prosiguió al cabo de un rato—, y en el fondo, mi punto de vista es bastante radical. Si una mujer como Anki regresa con Richard Scheler, será muy infeliz, y no creo que la visión de una madre infeliz sea la medicina correcta para Hans Karl. Todo ese problema es peliagudo. No sé si los padres existen para los

hijos o si los hijos existen para los padres. Hay hombres muy decentes, de mucha moralidad y hasta geniales que provienen de matrimonios horrorosos, y existen asesinos y depredadores sexuales que eran hijos de parejas respetables, laboriosas, piadosas y felizmente casadas. La naturaleza hace lo que le da la gana, y los niños probablemente tampoco son diferentes de los adultos: si evitas una dificultad en el camino, te salen otras dos.

—No puedo mezclarme en estos asuntos —dijo Waldo—. He venido a verlo porque usted es un señor digno de aprecio, por quien albergo un montón de sentimientos en mi corazón. Mi hermana Inge no ha inventado la pólvora, pero es una estupidez que...

—Entre hombres es importante la franqueza —lo interrumpió Leopold—, y voy a confesarle una cosa, querido Waldo, algo que, sin embargo, tendrá que guardar para usted: ¡amo a su hermana! Si el asunto girara en torno a si Anki debería divorciarse o no por mí, entonces reuniría las fuerzas para desaparecer de la escena. Pero es que las cosas son muy diferentes. No nos metemos dos veces en el mismo río. Cuando conocí a Anki... me refiero a cuando la conocí de verdad, ya llevaba tres años divorciada, y dudo que sea posible arreglar eso.

—Yo también —dijo Waldo.

En el escritorio de Leopold estaban las galeradas de su biografía sobre Gentz.

—Me gustaría escribir un libro —dijo Waldo—. ¿Cómo se hace? ¿Podría confiarme el secreto?

Leopold se rio y ofreció un cigarrillo a Waldo.

—Su madre ya me preguntó eso mismo. ¿Sobre qué asunto desea escribir?

—Sobre la política exterior inglesa.

—Ese es un asunto notable —dijo Leopold. Se levantó, se dirigió al armario y sacó algunos volúmenes.

—Esto podría interesarle —dijo—, y esto también... Todos ellos tratan sobre su tema.

—Muchas gracias —dijo Waldo, y se colocó dos volúmenes bajo el brazo.

—¿Va a ir a casa de Anki? —preguntó Leopold.

—No. Dos hermanas en un mismo piso son demasiado para mis nervios. ¿O quiere usted que vaya?

—¡No se moleste! Pero si viera por casualidad a Anki, salúdela con toda cordialidad de mi parte.

—Eso puede arreglarse por teléfono —dijo Waldo.

Inge Klemm se comportaba en verdad de una manera abominable.

Anki había contraído unas anginas en el viaje y estaba en cama con treinta y nueve de fiebre. Al atardecer del día siguiente, Leopold se dirigió a la calle Kaspar Theys. Marie abrió la puerta.

—¿Qué tal? —preguntó Leopold, y dejó el sombrero sobre la tabla de cristal del vestidor.

—Mal —dijo Marie—. El médico ha venido ya dos veces. La señora Scheler tiene unos dolores fuertes y más de treinta y nueve de fiebre. Dice que son anginas, pero yo no estoy muy segura...

Leopold no tenía ni idea de que Franziska estuviera enferma de gravedad, y se llevó un buen susto.

—¿Por qué no me llamaron por teléfono? —dijo iracundo, pero Marie no respondió y se limitó a dirigir la mirada al suelo.

En ese momento se abrió la puerta e Inge entró en la antesala.

—Lo siento mucho, la verdad —le dijo a Leopold—, pero ha venido usted hasta aquí en vano. ¡Si me hubiera llamado por teléfono...! Mi hermana está muy enferma y tiene fiebre muy alta.

Leopold no sabía por qué habría tenido que llamar por teléfono a la señora Von Klemm, y no replicó nada. Inge había cerrado la puerta tras de sí y vigilaba la entrada al dormitorio de Anki como una institutriz iracunda que se ha propuesto echar de casa al amigo de su pupila. Para más inri, llegó en ese momento Hans Karl desde la cocina y corrió hacia Leopold.

—¡Vete a tu habitación! —dijo Inge en un tono severo—. ¡Mamá está enferma, así que un chico como es debido tiene que portarse el doble de bien!

—Salude a su hermana de mi parte —dijo Leopold, y cogió su sombrero—. Mis mejores deseos para una pronta recuperación.

—Muchas gracias —dijo la señora Von Klemm—. Se los haré llegar.

Esta vez Leopold se enfadó de verdad con Inge, y después de conducir hasta su casa a una velocidad de locos, escribió a Anki una carta por correo neumático. Al mediodía siguiente no había recibido todavía respuesta y llamó por teléfono a Waldo.

Waldo vivía en una pensión del barrio de Charlottenburg, pero había salido y no había manera de localizarlo. «Precisamente ahora», pensó Leopold, y envió a Anki un ramo grande de rosas rojas.

A primera hora de la tarde, Waldo no había regresado todavía, y Leopold le envió un telegrama. A continuación llamó por teléfono a Marie, pero Inge se puso al aparato y dijo que Anki se encontraba un poco mejor, pero que todavía era demasiado pronto para pensar en visitas. Leopold perdió los nervios y colgó. Poco después lo llamó Herbert Müller para invitarlo a cenar. Leopold se excusó. Esperaba una llamada de Anki de un momento a otro, y no se atrevía a salir de

casa. Por fin, a las once de la noche, apareció Marie con una carta de Anki. Estaba escrita a lápiz y contenía tan solo unas pocas líneas: «Inge me atormenta. Me gustaría que se fuera ya. Me siento un poquitín mejor. (Amigdalitis.) Te amo mucho. ¡¡No me olvides y no te preocupes!! A.».

Leopold escribió una respuesta larga y llevó a Marie en coche a la calle Kaspar Theys. En el camino de vuelta se puso a pensar en qué interés podía tener la señora Von Klemm en una reconciliación entre Anki y Richard. Le dio muchas vueltas en la cabeza a esa pregunta, pero no halló ninguna respuesta. Probablemente solo la movía un impulso malvado, maligno y mezquino de su personalidad para emparejar de nuevo a Anki y torturarlo a él (¡y a Anki!). Sin embargo, ya entrada la noche se le ocurrió de pronto una respuesta a su pregunta, y percibió que debía defenderse con más energía si no quería perder a Anki.

Waldo seguía sin estar localizable. Leopold llamó tres veces por teléfono a la pensión, pero la dueña le aseguró que el señor Von Westegg no había regresado todavía y que probablemente se había ido de viaje; se había anotado el número, y en cuanto volviera se lo comunicaría de inmediato.

Pasaron seis días así hasta que Anki llamó por teléfono por fin.

—Inge parte hoy a las nueve —dijo en voz baja—, puedes venir a partir de las nueve.

Leopold esperó con el reloj en la mano hasta que fueron las nueve menos diez y entonces se marchó en coche a casa de Anki. Esta estaba echada en la cama y se la veía muy debilitada. Su camisón era de seda de un color amarillo pálido, y el color de su cara no se distinguía del color del camisón.

—Ahora sí que he adelgazado de verdad —dijo Anki. Levantó un brazo en alto y dejó que la mano quedara colgando. Su bonito anillo con la piedra azul resbaló por el dedo y cayó sobre la colcha de la cama. Anki lo cogió y volvió a ponérselo.

—¿Sigues teniendo fiebre? —preguntó Leopold.

—Creo que no, o muy poca en todo caso.

Leopold puso una mano en la frente de Anki. Tenía la cabeza caliente, y Leopold dijo que le haría muy feliz poder ponerle el termómetro a Anki.

—Quita —dijo Anki retirando la mano de Leopold—. Me siento mucho mejor, y tengo que hablar contigo. Inge me ha liado por completo con su cháchara. ¿Qué hago? ¿Qué hacemos? ¡Dime qué he de hacer!

—Estoy muy enfadado con tu hermana —dijo Leopold—. La

encuentro detestable y odiosa. Tiene los ojos de un pato malvado y los dientes afilados, y probablemente tenga su personalidad a juego con ellos.

—Siempre fue así —dijo Anki—, nunca ha sido de otra manera.

—Tiene una personalidad que por desgracia es muy frecuente —dijo Leopold—. Es una persona a la que no tengo otro remedio que llevarle la contraria. No creo en absoluto que ella esté a favor de Richard, simplemente está contra mí y contra nuestro amor. Le molesta que ames, y está envidiosa y celosa como la esposa gruñona de un burgués a la que su marido da muy pocos placeres. Además, tiene unas ideas acerca del orden y la compostura a las que nosotros nos oponemos.

—Cuando por aquel entonces la hice venir para contarle el lío de Richard con aquella persona, ella se mostró inmediatamente a favor del divorcio —dijo Anki.

—¿Ves? —dijo Leopold—. Siempre está en contra de alguien. Por aquel entonces estaba en contra de Richard, en la actualidad está contra mí. Conozco a ese tipo de gente en el mundo de la política. Con esas personas no hay manera de llevarse bien ni de entenderse. Son capaces de llevar a la ruina a todo un Estado.

—Estaba apasionadamente en contra de Richard —dijo Anki—. Todavía la oigo despotricar diciendo que era una ofensa y una infamia engañar con tanta desconsideración y desvergüenza a una mujer como yo con una criatura pequeña. Al principio, mi padre se mostró muy descontento cuando se enteró de mi intención de divorciarme, y creo que le habría gustado persuadirme de que permaneciera al lado de Richard y esperara un cambio en su conducta, pero Inge estaba tan furiosa que al final se quedó completamente callado y apocado y no se atrevió a decir nada más.

—¿Por qué le permitiste quedarse aquí tanto tiempo?

—No me lo tomes a mal —dijo Anki—. Estaba muy enferma, y tan débil que no podía defenderme.

—¿Te comunicó que estuve aquí y que quería venir a visitarte?

—Sí. Le pareció extraño, y me preguntó si yo era tu amante.

—¿Qué respondiste?

—Mentí y dije que no.

—Gracias a Dios.

—No quiero verla más —dijo Anki—. No puedo soportar a esas personas a las que me veo obligada a mentir.

—No vive en Berlín, y la veremos muy pocas veces. Es una verdadera provinciana de tomo y lomo. La podrían convertir en el personaje principal de una comedia.

—No podemos casarnos —dijo Anki—. No sé si Inge ha hablado con Richard, pero algo se han dicho. Él me quitaría a Hans Karl, y eso me llevaría a la tumba. Eres completamente libre, y si quieres, te doy permiso para que me dejes. Tendría que hacer ese sacrificio por ti y renunciar al niño. Sí... sí... ¡no digas nada! ¡Es así! Tendría que hacerlo, pero no puedo... No puedo... Es superior a mis fuerzas... Así que eres libre...

Anki hizo una pausa y se puso a jugar con los botones de la manga de Leopold. Al cabo de un rato prosiguió:

—No volveré jamás con Richard. Se ha convertido en un extraño al que conocí hace mucho tiempo. No estoy enfadada con él, amaba a esa mujer, yo no pude soportarlo y me fui corriendo. Así que estamos en paz. Me hizo daño, yo le hice daño... y asunto listo. Puede que fuera un error que yo saliera corriendo, eso podría admitirlo hoy, pero yo era estúpida e ignorante, y mi orgullo quedó tan profundamente herido que me repugnaban hasta sus tenedores. Puede que eso fuera también una estupidez, pero yo no conocía nada... no sabía cómo era la vida... tú eres la primera persona que habla conmigo. Tú me dices lo que piensas... Richard no habló nunca conmigo... Ese fue su mayor error...

Anki apartó la almohada a un lado y sacó la carta de Leopold.

—Fue un detalle cariñoso por tu parte responderme enseguida. Todas las noches leía tu carta de cabo a rabo, así que siempre estabas a mi lado.

—¿Viven con muchos medios los Klemm? —preguntó Leopold.

Anki puso la vista en la gran cortina blanca frente a la ventana.

—Medianamente. Georg es empleado del Rheinische Bank, y no creo que gane mucho.

—¡Tal vez Richard podría procurarle un empleo de más categoría!

Anki dobló la carta de Leopold y se puso a pensar.

—No, no lo creo. Inge no es tan pérfida. ¡No se le puede ocurrir venderme!

—Eres y sigues siendo una niña —dijo Leopold—. No estoy diciendo para nada que Inge sea pérfida. Cada cual piensa en sí mismo y en su beneficio propio. Ella está convencida de que lo bueno y lo correcto sería que regresaras con Richard, y si además obtuviera una recompensa por una acción tan buena como la reparación de un matrimonio roto, únicamente vería en ese resultado la bendita obra de una justicia superior y esa noche se iría a dormir con la mejor y la más tranquila de las conciencias.

—Sería terrible que tuvieras razón —dijo Anki.

—No —dijo Leopold—, sería humano.

—No sabía para nada que tuvieras un concepto tan bajo de los seres humanos. En mi mente no es lo mismo actuar humanamente y actuar mal.

—En mi mente tampoco —dijo Leopold—. Pero cada persona es un ser compuesto, y supongo que la personalidad de Inge tiene algunos lados buenos que conviven con un montón de lados mezquinos y malos. Seguramente es una esposa fiel.

—Georg es un penoso calzonazos —dijo Anki—, no tiene boca para decir nada.

—¿Dónde está Waldo? —preguntó Leopold.

—No lo sé —dijo Anki—. Tiene miedo de contagiarse, y no lo he visto. Tampoco es un héroe.

—Puede convertirse en uno —dijo Leopold—. Todavía es joven. Aún no entiende lo que estamos viviendo y sufriendo, e incluso me gusta que se mantenga en un segundo plano sin inmiscuirse. Pero te quiere y siempre estará de tu parte.

—A veces hablas con la misma clemencia que nuestro anciano sacerdote en Klein-Machnow —dijo Anki—. Pero ¿qué voy a hacer? ¿Te quedarás conmigo? ¿Aún me amas?

—Todavía puede pasar de todo —dijo Leopold—. Richard no va a quitarte a Hans Karl, para ello se requiere a dos, y en lo que a mí respecta, mañana a primera hora iré a hacer una visita a mi abogado. Después de todo, Alemania es un Estado de derecho.

Franziska volvió a recostarse en las almohadas, jugó con su anillo y examinó la forma de las uñas de sus dedos. A continuación dijo:

—Richard es muy rico y contratará a cinco abogados. Es difícil luchar contra él. Arruinó a una persona ante mis ojos.

—Seré prudente —dijo Leopold.

—Te lo ruego, sé prudente. Pero voy a decirte algo más: te quiero mucho, y es posible que te esté queriendo más que a Hans Karl.

—No te fatigues con imaginaciones —dijo Leopold.

Anki cogió la mano de Leopold y lo atrajo hacia sí.

—Volvemos a estar solos, y quiero darte un beso. Cuando estás aquí, todo está bien.

---

57. Arnolt Bronnen publicó en 1928 una novela sobre la vida de Barbara La Marr (1896-1926), bailarina y actriz de Hollywood. Bronnen, que más o menos hasta 1927 había pertenecido incluso al entorno de Bertolt Brecht, se acercó ya a finales de los años veinte a los círculos nacionalistas; en el capítulo quince se la menciona en calidad de personaje secundario.

58. Artículo del Código Penal alemán que penaba las acciones homosexuales y la sodomía; estuvo en vigor ininterrumpidamente desde el 1 de enero de 1872 hasta el año 1994 con algunas modificaciones.

Capítulo 15

Un talento se forma en silencio; una personalidad se forma en el torbellino del mundo.
Goethe

1

Se había publicado el libro de Leopold. El librero Thomas, hermano del director técnico del *Berliner Allgemeine Zeitung,* que poseía un negocio grande y prestigioso en la calle Tauentzien, tuvo la amabilidad de exponer seis ejemplares en el escaparate de su tienda. Leopold examinó la edición y le pareció que Herbert Müller se había esmerado mucho. El libro se veía bonito de verdad. En la sobrecubierta había una imagen de Gentz, y la faja tenía un texto conciso y efectivo. Leopold entró en la librería. El señor Thomas se acercó y saludó al joven autor.

—Ha escrito usted un libro apasionante. Me ha gustado leerlo y he aprendido muchas cosas.

—Es muy amable de su parte —dijo Leopold—. ¿Va bien mi libro? ¿Lo compra la gente?

El señor Thomas, que todavía usaba un cuello falso de camisa, introdujo el pulgar derecho en el ojal de su chaleco.

—¿Qué quiere que le responda? —dijo—, no va del todo bien... Yo diría que está remoloneando todavía, pero bueno, estamos solo en los comienzos, nos enviaron el libro la semana pasada... ¿Ha leído usted algo ya en la prensa? ¡Este libro necesitará buenas críticas!

—Herbert Müller dice que los temas históricos funcionan por sí solos.

El señor Thomas negó con la cabeza.

—Eso es un error... No es cierto. Un libro sobre Napoleón o sobre Goethe sí funciona por sí solo. La gente lo compra como los panecillos recién hechos. Pero sobre Gentz, no. No fue ninguna estrella de primera fila. La mayoría de los clientes no han oído siquiera mencionar su nombre, y el público es una masa indolente. En mi tierra dice la gente que el agua que no has de beber, déjala correr, y eso es válido, literalmente, para nuestro público. ¡Pero usted tiene buenos contactos! Cuando se es un líder del *Berliner Allgemeine,* los señores

colegas se esforzarán un poco, estoy seguro de ello. ¿Es su primer libro?

—Sí.

—Todos mis respetos entonces. ¿Haría usted el favor de escribir su caro nombre en mi ejemplar?

El señor Thomas le tendió a Leopold su estilográfica y Leopold escribió su primer autógrafo.

—Muchas gracias —dijo el señor Thomas enjugando cuidadosamente la tinta con el papel secante.

Una mujer de unos cuarenta años entró en la librería y pagó una cuenta pendiente.

—Esta es una novedad editorial importante —dijo el señor Thomas, y le mostró a la señora el libro de Leopold. La señora hojeó un poco y pareció quedar decepcionada por no encontrar imágenes por ninguna parte.

—Los temas históricos pueden ser cautivadores a veces —dijo ella —. ¿Figura en él algo relacionado con el amor?

—Sí, claro —dijo el señor Thomas—. Gentz fue amante de la hermosa bailarina Fanny Elßler.

—Me lo llevo entonces —dijo la señora—; si no me gusta, lo podré cambiar.

La señora salió de la tienda y el señor Thomas regresó con Leopold.

—Es un libro valiente —dijo él—, y tengo curiosidad por lo que dirá sobre él la prensa de izquierdas.

Las estanterías de libros llegaban hasta el techo de la librería, y Leopold calculó que el señor Thomas poseía por lo menos veinte mil volúmenes. Uno de esos veinte mil, uno frente a los demás diecinueve mil novecientos noventa y nueve ejemplares, era su libro, o calculado con mayor precisión: uno frente a los diecinueve mil novecientos ochenta y nueve ejemplares restantes, ya que el señor Thomas había recibido un lote.

—Su bonita librería es una buena lección de modestia —dijo Leopold.

—¿Por qué?

Leopold le explicó al señor Thomas sus cálculos, y el librero soltó una carcajada tan sonora que la vendedora se volvió a mirar. Pero entonces retomó el tema del que estaba hablando anteriormente.

—¿Ha oído usted ya campanas de lo que dirá la prensa? Me refiero a la prensa de izquierdas.

—No.

—Pues tengo curiosidad. Ese Gentz era eso que ellos llaman un «reaccionario», y algunos caballeros se quedarán asombrados de que

un hombre del *Berliner Allgemeine* haya elegido a ese personaje. Pero ya veremos. Tal vez alguno monte un escándalo, eso sería bueno para las ventas. Cuando la prensa se enfurece, el público se vuelve curioso. A mar revuelto, ganancia de pescadores.

2

El automóvil estaba valiendo la pena todos los días. Leopold se subió a su coche y diez minutos después ya estaba sentado frente a Herbert Müller.

—¿Ha oído usted algo de la prensa?

—Caro amigo —dijo Herbert Müller—, esa es una pregunta que tendría que formularle yo. Usted conoce la prensa, es el periodista.

—El librero Thomas dice que la izquierda podría refunfuñar.

—Refunfuñará —dijo Herbert Müller—. Eso lo tuve claro desde el principio. Usted ha escrito un libro a favor de Gentz y no en su contra.

—He escrito sobre Gentz, y creo que he escrito un libro justo.

—Puede ser, pero bueno, ¿ha visto alguna vez un partido justo? La gente de un partido toma partido, tal como su nombre indica.

—¡Puede montarse un escándalo!

—Los escándalos son excelentes —dijo Herbert Müller—. Eso crea animación en el negocio, pero usted tendrá que soportar un montón de cosas.

—Soy duro de roer.

—¡Enorme! —exclamó Herbert Müller—, ¡enorme!

Descolgó el auricular, presionó el botón verde y dijo:

—Señorita Atlas. Una botella de coñac y dos copas, por favor.

Colgó el auricular y prosiguió:

—Llevo veintiún años como editor, pero usted es el primer autor que me dice que es duro de roer. Eso hay que celebrarlo con una copa. Sus colegas se echan a llorar solo con olisquear el peligro de un peligro. El *Berliner Allgemeine* ¿estará de su parte?

La señorita Atlas trajo el coñac, y Herbert Müller llenó dos copas hasta arriba. Le temblaba la mano y derramó algunas gotas para cada copa.

—Para los dioses —dijo señalando las gotas.

Leopold miró al editor a la cara y se preguntó si no trabajaba demasiado. Era una persona alta, gorda, con el pelo canoso, pero solo tenía cincuenta años, y a esas edades la mano de un hombre suele obedecer sin más. Se divorció hacía dos años y se casó con la ayudante de su dentista, una belleza rubia con una dentadura nívea que el odontólogo había empleado para su publicidad.

Herbert Müller se recostó y contempló a Leopold.

—¿Quién es la señora Scheler? —preguntó al cabo de un rato.

Leopold se sorprendió, pero procuró que no se le notase. Pidió un segundo coñac y dijo:

—Según tengo entendido, la señora Scheler es la madre de un chiquillo encantador.

—Buena respuesta —dijo Herbert Müller—, y útil.

—¿Se habla de la señora Scheler?

—Dicen que se la ha visto por Varsovia... pero, a propósito de Varsovia... Ese viaje de usted ¿dará para un librito?

—No. Solo algunos artículos.

—Lástima.

—Por cierto, la señora Scheler estuvo en Varsovia con su hermano, y no le oculto a usted que tengo una gran amistad con ese hermano suyo.

El teléfono sonó y Herbert Müller descolgó el auricular. Una voz irritada le hablaba al editor. Herbert Müller se movía de un lado a otro y escuchaba con atención. Entonces se quitó de pronto el auricular de la oreja, lo tapó con la mano y susurró:

—Enorme. Ya tenemos montado el escándalo. Están renegando de su libro.

Volvió a llevarse el auricular a la oreja, y cuando aquella voz irritada se calló, Herbert Müller dijo:

—¡Muy interesante...! ¡Muy interesante! ¿Va a escribir usted todo eso que acaba de decir? ¿Todo no? ¿Por qué no? La libertad, la democracia y la bronca, ¡es el trío inseparable! Por cierto, tengo al señor doctor Chindler aquí delante de mí en estos momentos. ¿Me permite contarle algo de esto? ¿No? ¿La ley del silencio? Está bien. Me callaré como una tumba, y usted escribirá como Catón el Viejo.

Herbert Müller colgó.

—¡Ya tenemos montado el escándalo! ¿Conoce usted a Josef Grün[59]? ¿Sí? Acaba de comunicarme que lo va a hacer a usted trizas.

Leopold se levantó, y ya en la puerta, el editor volvió a preguntarle si el *Berliner Allgemeine* iba a estar de su parte. Hasta ese momento, a Leopold no se le había pasado siquiera por la cabeza dudar de tal cosa, y así se lo dijo a Herbert Müller.

—En su lugar, yo tomaría algunas precacuciones —dijo Herbert Müller—. *On n'est trahi que par les siens*[60]. ¡Y una persona prevenida vale por dos!

Estrechó la mano de Leopold, y Leopold se fue.

Una vez en casa, Leopold se encontró el libro de Wilhelm Braun en el buzón. Lo habían impreso en una de las mejores imprentas de

Leipzig y la edición era preciosa. La encuadernación era también impecable, y Wilhelm le había escrito a su amigo una dedicatoria larga. Su letra no era muy legible que digamos, pero a una distancia de medio metro de los ojos la imagen que componía el escrito era espléndida.

El libro de Wilhelm era una interpretación de la *Eneida* con largas muestras de la traducción de Wilhelm. El prólogo era un ensayo sobre Virgilio como persona y como poeta, y Leopold leyó las cuarenta páginas de un tirón y con la mayor de las emociones.

La conversación con Herbert Müller lo había destemplado mucho, y le fastidiaba la perspectiva de que le criticara una persona como Josef Grün. La alusión de Müller al *Berliner Allgemeine Zeitung* le resultaba del todo incomprensible. «Ahí no pueden tomarse precauciones», se dijo Leopold a sí mismo. «No puedo andar examinando todas las mañanas la silla sobre la que me siento... Si alguien tuviera que vivir así, sería para volverse loco.»

Wilhelm Braun vino a ahuyentar sus preocupaciones. El prólogo sobre Virgilio condujo a Leopold a la compañía de una mente sublime, y su destemplanza se quedó abajo, muy abajo, y se hizo pequeña y lejana, como en la cima de una montaña de tres mil metros se te olvidan esos esfuerzos infames a los que intenta obligarnos la vida, o, a la inversa, como se te van volviendo indiferentes las grandes preocupaciones de este mundo cuando te remangas para reparar un carburador atascado. Ese hermoso libro infundió un sosiego alentador en el corazón de Leopold, y las ideas osadas y peculiares de Wilhelm estimulaban al lector a pensar por sí mismo.

Wilhelm Braun emplazó la primera Bucólica de Virgilio[61] al final de su prólogo. A la izquierda puso el texto latino, y a la derecha su traducción en prosa, que a Leopold le pareció perfecta. Había leído el texto y comenzó a leerlo una segunda vez. Sus conocimientos del latín se habían vuelto deficientes y flojos, y al llegar a la última estrofa decidió aprenderse de memoria el bello poema:

> *Hic tarnen hanc mecum poteras requiescere noctem [...]*
> *Et jam summa procul villarum culmina fumant*
> *Majoresque cadunt altis de montibus umbrae [...]*

Podrías esta noche aquí tendido / en blanda y verde hoja dar reposo / al cuerpo flaco, al ánimo afligido. / Y cenaremos bien, que estoy copioso / de maduras manzanas, de castañas / enjertas, y de queso muy sabroso. / Y ya las sombras caen de las montañas / más largas, y convidan al sosiego; / y ya de las aldeas y cabañas / despide por los techos humo el fuego.

Anki llamó por teléfono.

—Tu amigo Wilhelm Braun me ha enviado su libro —dijo ella—. Pero si no lo conozco de nada, y no sé qué escribirle.

—Es un libro bonito —dijo Leopold—. Te venera porque sabe que yo te venero. Acepta el regalo, lee el prólogo y escríbele unas líneas.

—Tienes la voz cambiada —dijo Anki—. Estás lejos, para nada cerca de mí.

—¿Te lo parece de verdad?

—Sí.

—Es que acabo de tener una conversación larga con Virgilio y Wilhelm Braun.

—¿Está contigo?

—No, solo su libro.

—¿Te apetecería venir a mi casa esta noche? He invitado a los Bendemann. Otto está entusiasmado con tu libro, y Valerie es de verdad mi mejor amiga. Es mucho más inteligente y más cariñosa que Inge. A veces desbarra un poco, pero su corazón es enteramente puro y está exento de toda insidia. Y esto es asombroso para una mujer de su edad.

Leopold no tenía ganas de salir esa noche. Quería escribir una carta y leer el libro de Wilhelm, pero Anki siguió pidiéndoselo hasta que él aceptó ir después de la cena. Ella estaba alterada y colgó. Sin embargo, Leopold la conocía ya un poco a estas alturas: no estaba alterada de ninguna de las maneras por los titubeos de él para ir a su casa, sino que estaba celosa de Wilhelm y de su libro. Richard Scheler nunca habló con Anki sobre su banco, ni sobre sus negocios, y Anki lo había aceptado como algo natural. La profesión era una zona privada del marido, y una profesión tan complicada cuyos detalles se componían casi únicamente de cifras y números, de transacciones difíciles de entender, de letras de cambio, obligaciones y billetes del tesoro que se prolongaban o no se prolongaban, resumiendo, de un bosque de enigmáticas palabras extranjeras, era una isla a la que una esposa dejaba ir con agrado a su marido solo. Con Leopold, las cosas eran diferentes. Los artículos que aparecían en un periódico eran algo comprensible (e incluso algo que podía criticarse), y los libros también lo eran después de todo, y Anki se esforzaba mucho por seguir y por entender los trabajos de Leopold. Le pasaba un poco lo que le ocurría al doctor Achtermann: no siempre aprobaba *lo que* escribía Leopold en sus artículos, pero sí casi siempre la *forma;* su estilo absolutamente claro. Leopold se quedó muy conmovido y encantado cuando un buen

día Anki le confesó de qué manera, en las primeras semanas de su relación, se había hecho ella con los conocimientos preliminares necesarios para entender su libro sobre Gentz, y a él le pareció que ese esfuerzo intelectual le había sentado muy bien. Sin embargo, Anki era una persona que se desanimaba fácilmente, y la alteraba el hecho de que él trabajara tanto y con tanta rapidez, mientras que ella no podía seguirle el ritmo en sus estudios históricos. Leopold intentaba animar a Franziska y le decía que tenía muchísimo sentido común, y que era una actividad gratificante cuidar y educar ese tesoro. Ahora bien, Anki quería ese «más», como lo llamaba ella, quería situarse a un mismo nivel y hablar o callar con Leopold.

—Soy demasiado estúpida —dijo.

—No eres estúpida en absoluto. Pero yo llevo quince años leyendo y tú quince semanas.

—Nunca aprenderé eso... y también da lo mismo.

Ella no quería para nada aprender «eso», y aquí tampoco había nada que aprender en absoluto, sencillamente le entró un ataque de rabia por esos condenados libros y los misteriosos e inescrutables sentimientos que se encendían en el corazón de Leopold. Volvía a estar celosa una vez más y deseaba poseer a Leopold otra vez por entero, su cuerpo, su alma y todos sus pensamientos.

Una noche Leopold estaba sentado frente a Anki tomando una infusión en silencio y con aire meditabundo.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Anki.

—Me pregunto si he caracterizado a Metternich con justicia. Los muertos están indefensos, un historiador asume una gran responsabilidad.

Anki no replicó. Había hablado ya dos o tres veces con Leopold acerca del príncipe Metternich, eso le bastaba. Ahora ya lo conocía bastante bien y no deseaba saber nada más de él. Y tenía razón, pero a ella se le escapaba que tenían razón ambos, Leopold y ella. Opinaba que Leopold estaba equivocado porque seguía reflexionando sobre ese tipo viejo, ese seductor de naciones y de mujeres, en lugar de ponerle un punto final (tal como era capaz de expresarse cuando estaba iracunda).

A veces no era fácil llevarse bien con Anki, pero ¿qué hay en este mundo que sea fácil y por qué una mujer tan bella habría tenido que ser simple? A Leopold le gustaba ella porque era hermosa, y tenía una forma de ladear la cabecita y besarlo en las venitas de las sienes que siempre lo sorprendía y lo dejaba encantado en lo más hondo.

En el suplemento cultural de la edición matinal (es decir, en la mejor tirada del *Berliner Allgemeine Zeitung)* salió una crítica sobre el libro de Wilhelm Braun que ocupaba seis columnas. Era ya la quinta crítica que leía Leopold, mientras que su libro parecía no existir todavía para los críticos. Todos los periódicos guardaban absoluto silencio.

Wilhelm Braun llamó por teléfono a Leopold y le preguntó si iría por la noche a su casa.

—Lo siento —dijo Leopold—, pero hoy hay una gran recepción en casa de Herbert Müller.

—Te equivocas —dijo Wilhelm—, la recepción es mañana.

Wilhelm tenía razón; Leopold había confundido la fecha.

—En ese caso claro que voy, con mucho gusto —dijo Leopold.

La crítica del *Berliner Allgemeine* sobre el libro de Wilhelm era un canto de alabanza, y Leopold decidió leer el libro por fin. Había estado muy ocupado y no había pasado todavía del prólogo.

El libro era excelente. El primer capítulo le gustó a Leopold aún más que el prólogo. Estaba escrito con serenidad y mucha claridad, y el ritmo de las frases coincidía con el movimiento de inspirar y de espirar de una persona lectora sensata. «Es mucho mejor que mi libro», pensó Leopold, «está mucho mejor escrito. Yo trabajé demasiado deprisa, demasiado acelerado y demasiado...».

Dejó el libro de Wilhelm a un lado y se puso a pensar. «Al escribirlo me asaltaban segundas intenciones... y eso ha perjudicado mi trabajo. Pensé en los honorarios, y en Anki, y en el maldito dinero que podría ayudarme a casarme con ella. La literatura es un esfuerzo moral, y las segundas intenciones son lo contrario. El castigo no tardará en producirse... este libro no va a funcionar...»

Cuando Leopold llegó a casa de Wilhelm Braun, este estaba sentado en su escritorio y jugaba con el gato de su ama de llaves. Era pequeño y delicado y tenía el pelaje negro y los ojos amarillos.

—Tu libro está mejor escrito que el mío —le dijo a Wilhelm—. No estoy exento de envidia, pero tu éxito es merecido, y me complace que todo Berlín se entusiasme de repente con Virgilio.

—La suerte de Virgilio se debe a que es un extranjero —dijo Wilhelm—. Tu capítulo sobre Fanny Elßler es un caramelo, pero a un auténtico crítico local no le importa la gente de aquí.

—¿Es cierta la noticia de que vas a ir mañana a casa de Herbert Müller?

—Probablemente me tocará ir —dijo Wilhelm Braun—. Insistió en invitarme un montón de veces hasta que acepté.

—¡Eso es la fama! —dijo Leopold—, la gente se pega por estar cerca de ti.

—La fama no me importa nada —dijo Wilhelm—, pero admito que el éxito es una especie de grasa que hace que funcione con mayor ligereza la máquina de la vida.

Wilhelm era un hombre modesto, pero el inesperado éxito de su libro le produjo una gran alegría. Miró una imagen de Klopstock que estaba colgada encima del sofá, y sus ojos brillaron al recordar de pronto el comentario de Leopold de que toda Berlín estaba interesada en Virgilio. Había sacrificado las noches de cinco años para su libro, y la lámpara de su escritorio habría podido contar muchas cosas sobre una dedicación incansable, una investigación humilde y concienzuda y una devoción entusiasta por los grandes problemas y por la obra de un gran poeta inmortal...

Herbert Müller había invitado a cuarenta y cinco personas. Anki rechazó la invitación, pero Leopold le pidió a Herbert Müller que invitara a Waldo Von Westegg, y Waldo, por deseo de Leopold, persuadió a su hermana para que anulara su cancelación. Leopold deseaba que Anki viera y conociera a la gente con la que se relacionaba él, a sus amigos y a sus enemigos, y tenía una especial curiosidad por saber cómo le caería Wilhelm Braun.

Herbert Müller poseía un piso grande en la calle Meinecke. Cuando entró Leopold, el editor estaba junto a su esposa bajo la lámpara de araña, y entre los dos se hallaba Ruth Steiner. Ruth llevaba un vestido azul muy bonito y un collar azul que le quedaba bien; pero siempre hacía algo que no era del gusto de Leopold: esta vez tenía apoyado el dorso de la mano izquierda en la cadera, y la visión de la palma de su mano no era agradable.

—Buenas tardes, Leopold —dijo Ruth, estrechando la mano de Leopold—. El señor y la señora Müller y yo estábamos conversando sobre la cuestión de quién sería la persona protagonista de esta velada, y yo decía que sería usted, ¡por supuesto! ¡Su libro es realmente bueno! No tenía ni idea de quién era ese Gentz y ya lo estoy leyendo por segunda vez.

—Espero que esté usted de acuerdo con las elogiosas palabras de la señorita Steiner —dijo Leopold a Herbert Müller.

—El corazón de un editor es tan imparcial como el presidente del tribunal de una audiencia territorial —dijo Herbert Müller.

Elisabeth Müller se echó a reír y mostró su dentadura nívea.

—Esos dientes son la prueba de que existe una belleza no natural —le dijo Josef Grün al redactor Werner—. Si yo fuera la señora Müller, fumaría puros o haría que me partieran un incisivo lateral

izquierdo del maxilar superior.

—Si incluye esa observación ingeniosa en su próximo artículo, le envío un telegrama —dijo el doctor Werner.

—Voy a mandar enmarcar el telegrama —dijo Josef Grün.

—Todavía no lo tiene —dijo el doctor Werner.

Leopold saludó a Josef Grün, que casi lo abrazó, y al doctor Werner, que apenas pareció conocerlo. Era bajito, obeso y malicioso, y redactor de la revista *Börsenblatt*.

Wilhelm Braun entró. Parecía pálido y agotado, pero su boca hermosa y su frente elevada le recordaron a Leopold un cuadro de Lord Byron que había contemplado en el Museo Británico. Con Wilhelm entraron el pintor Spalding y su esposa, la señora Gertrud, quien desde hacía años bebía los vientos por Wilhelm y estaba muy feliz por el gran éxito de su libro. Spalding entrecerró los ojos y examinó de arriba abajo a Ruth Steiner. Era pelirrojo y tenía unos ojitos de color azul claro y una tez rojiza. Llevaba un traje oscuro, pero también una camisa oscura; era una persona obstinada, detestaba la ropa blanca, y nadie debía desconocer ese hecho.

Herbert Müller había contratado a un sirviente por horas, y la mano enguantada de blanco del hombre hizo entrar con rapidez, uno tras otro, al redactor jefe del *Berliner Tageblatt,* al representante del *Münchner Neueste Nachrichten,* al dramaturgo Arnolt Bronnen y al jefe superior de la policía[62] de Berlín. Estaba siendo un invierno riguroso, y cuando el jefe superior se acercó al ama de casa, se frotó las manos entumecidas.

De repente Anki estaba allí. Leopold había estado vigilando la puerta, pero a pesar de ello no la vio llegar. Él estaba conversando en esos momentos con Ruth Steiner acerca del pintor Spalding cuando divisó a Anki al lado de Herbert Müller y a su hermano Waldo. Llevaba un largo vestido negro y un ramo de rosas de color rojo oscuro en el cinturón.

—Ha llegado la señora Scheler —dijo Ruth, pero en ese instante se precipitó Gertrud Spalding sobre Leopold y le preguntó si sabía quién era la mujer hermosa que estaba al lado de Herbert Müller.

—Una tal señora Scheler —dijo Ruth, sonriendo.

Gertrud alzó a la altura de sus ojos los impertinentes de oro y contempló a Anki.

—Ese Müller va a divorciarse por tercera vez, eso me da la mala espina a mí de que es una nueva conquista. Y el vestido de la esa... de... ¿cómo decías que se llamaba?

Ruth examinó el vestido de Anki y dijo:

—La señora Scheler podría ir vestida con un saco y gustaría a todo

el mundo, le sienta bien todo lo que se ponga.

Waldo llevaba un monóculo.

—¿Desde cuándo es usted miope? —preguntó Leopold—. Pensaba que tenía la vista de halcón de un cazador.

—Es puro cristal —dijo Waldo poniendo una cara seria—, pero ¿sabe?, había supuesto que estarían por aquí algunos tipos a quienes incomodan estos chismes. Y creo que no me he equivocado.

—Eso es justamente lo que ocurre con nuestros huéspedes cuando invitamos nosotros —dijo Ruth—, siempre hay gente con ganas de enfadarse.

Josef Grün se acercó y se presentó él mismo. Waldo dijo algo entre murmullos, pero Josef Grün preguntó:

—¿Cómo se llama? No lo he oído bien.

—Soy el barón Von Westegg —dijo Waldo.

—Eso acaba de traducirlo usted del inglés —dijo Leopold.

—Correcto —dijo Waldo—. Ya ven ustedes que esta nación tiene también algunas cualidades dignas de imitarse.

Josef Grün comenzó de inmediato una conversación sobre Inglaterra, pero sus explicaciones eran demasiado prolijas para una velada de sociedad y demasiado agotadoras para Waldo, que acababa de ver entrar a una mujer muy guapa que le era desconocida.

El doctor Werner observó con satisfacción que conocía a todas las personas importantes presentes y se acercó a Herbert Müller y a Anki.

—Ha publicado usted un montón de libros buenos —le dijo al editor—. Creo que va a hacer un buen negocio para las Navidades, pero ese Chindler... no... ¿sabe? No puedo con él, ha escrito una historia rara.

—El señor Chindler está allí enfrente, al lado de la señora Spalding —dijo Herbert Müller—. ¿Quiere hablar con él?

El doctor Werner dirigió una mirada a Leopold, que justo en ese momento inclinaba la cabeza hacia atrás y se echaba a reír, y dijo:

—¡No, nada de eso! He perdido la costumbre de hablar con los autores. Ahora comparto mis puntos de vista por escrito, o bien impresos en letra de imprenta.

Anki contempló las sienes bien formadas del crítico y dijo:

—Parece que le desagrada ese libro, ¿verdad?

El doctor Werner no sabía quién era Anki, y contestó:

—Ese libro es reaccionario. Si los nobles hacendados supieran leer, tal vez sería un éxito de ventas.

—El señor Chindler afirma que su libro es imparcial y justo —dijo Herbert Müller.

El crítico oteó el escote de Anki y se rio del comentario del editor.

—Mucha gente no sabe lo que dice, y los autores, la mayoría de ellos, no saben lo que escriben. El camino al infierno está empedrado de buenos propósitos.

Herbert Müller se molestó.

—¡Viva la crítica! —dijo iracundo—, ¡la crítica que nos ilumina a todos!

—No se burle usted —dijo el doctor Werner—. Mañana tendremos una reseña.

—Lo sé —dijo Müller—. ¡De Josef Grün!

—Sabe muchas cosas —dijo el doctor Werner.

Uno siempre se queda perplejo cuando ve lo receptivas que son las personas a los cumplidos, y el elogio más banal pronunciado por la boca más banal es digerido con placer al menos en un primer momento incluso por hombres inteligentes. Herbert Müller sabía muchas cosas en verdad, pero cuando el doctor Werner le confirmó que era un hombre bien informado, sonrió reconfortado y satisfecho.

—¡Herbert Müller lo sabe todo! —dijo—. ¡Salud, señor doctor!

El doctor Werner capó la punta de su puro y dijo:

—No voy a inmiscuirme en su trabajo en la editorial, pero ese libro le va a perjudicar. Debería ser más prudente y conservar su buena reputación.

Herbert Müller era más sensible de lo que aparentaba, y muy irascible, y el comentario de Werner lo irritó:

—El *Berliner Allgemeine* es un periódico poderoso, y creo que el señor Chindler no solo tiene en él un buen cargo, sino también un montón de buenos amigos.

El doctor Werner encendió el puro y sopló el humo a la cara de Anki.

—Disculpe, señora —dijo con cortesía—. Me he vuelto a comportar como si estuviera sentado a solas en mi escritorio.

Abanicó el aire con su manita gorda e intentó apartar el humo. A continuación volvió a dirigirse a Herbert Müller:

—Podría estar equivocado usted. ¡Según he oído decir, algunos amigos del señor Chindler están algo confusos!

Herbert Müller seguía furioso, habría preferido decirle al doctor Werner que era un tipo desvergonzado.

—Bueno, entonces estaré equivocado, mi apreciado señor doctor —dijo—. Sin embargo, yo edito lo que me da la gana.

El doctor Werner se quedó sorprendido por la susceptibilidad del editor y trató de transigir.

—Conozco la historia alemana. Estudié seis semestres en Viena. Ese Gentz era muy diferente de como lo ha caracterizado ese joven.

—Eso es muy interesante —dijo Herbert Müller—. Escríbame un libro sobre Gentz. Si quiere usted, redactamos el contrato mañana a primera hora.

—No tengo tiempo para escribir libros —dijo el doctor Werner.

Leopold se había sentado con Spalding y su esposa y vio que Anki estaba sola. Tenía un aire desdeñoso, parecía mantenerse alejada de cualquier compañía, pero también los demás parecían alejarse de ella. Leopold iba a levantarse para que Anki fuera a su mesa, pero en ese momento llegó Wilhelm del bufé, le llevó a Anki un plato y una copa de vino y los dos desaparecieron en la sala contigua. Waldo se acercó y se sentó al lado de Gertrud Spalding. Esta le pidió que le dejara el monóculo y lo probó al tiempo que esbozaba unas caras divertidas. Su marido la miraba con el semblante inmóvil, y podía suponerse que Gertrud estaba un poquito enamorada del guapo y joven Waldo.

Anki preguntó a Wilhelm Braun quién era el doctor Werner.

—Es un don nadie —dijo Wilhelm—. Es un tipo pretencioso, gordo, que tiene un cierto poder y se aprovecha descaradamente de su puesto para fastidiar a la gente que aún no puede defenderse.

Anki le contó la conversación de Werner con Herbert Müller.

—Eso le va mucho al tipo ese —dijo Wilhelm—. Pero pondremos sobre aviso a Leopold y no tendrá por qué enfadarse. La revista *Börsenblatt* tiene una tirada pequeña, yo en su lugar no me molestaría ni en leer esas estupideces.

El doctor Werner se había informado por Ruth Steiner sobre quién era Anki. Se echó un vistazo en el espejo y comprobó el ajuste del cuello de su camisa y de su corbata. Acto seguido, se dirigió despacio a la sala contigua y se sentó al lado de Anki. Wilhelm Braun le ofreció una copa de vino, y el doctor Werner comenzó a deshacerse en cumplidos hacia Wilhelm por su excelente libro. Wilhelm estaba comiendo rosbif frío acompañado de una salsa excelente y el ala de un pollo tierno, y prestaba atención con la cara inmóvil. Cuando el doctor Werner se calló, dijo él:

—El libro de mi amigo Chindler parece gustarle menos...

El doctor Werner se recostó y extendió los brazos como un actor que sale a escena en una pieza de Ibsen.

—No sabía que fuera yo tan famoso. Todo el mundo me pregunta esta noche por mi opinión acerca de ese libro.

Wilhelm Braun hizo unas señas a una chica y puso también en el plato de Anki el ala de un pollo. A continuación dijo:

—Los combates de la mente tienen una vida tenaz. Ese Gentz tenía un tipo de intelecto que ya irritaba a sus contemporáneos, igual que Goethe, dicho sea de paso, fastidió más que deleitó a muchos de sus

coetáneos, y ahora la gente se lanza contra su biógrafo como en su día se lanzó sobre Gentz. Siempre es lo mismo, y visto desde esta perspectiva, la vida de los hombres inteligentes y grandes ofrece unas vistas deprimentes. El único asiento que la humanidad ofrece de vez en cuando a sus talentos es el duro banquillo de los acusados.

—Prefiero a Virgilio —dijo el doctor Werner.

—Tiene usted toda la razón —respondió Wilhelm—. Una corbata azul es mejor que una pera amarilla.

El jefe superior de la policía se acercó caminando por la alfombra y el doctor Werner aprovechó la ocasión para levantarse. Saludó al jefe superior y le tendió la mano, pero el poderoso funcionario pasó por alto el movimiento, y al inclinarse hacia el doctor Werner y prestarle oídos, el doctor Werner parecía un peticionario nervioso o un escolar que recita una disculpa a su maestro.

—Le has irritado —dijo Anki.

—No tiene ningún sentido acariciar las garras de un jaguar —dijo Wilhelm Braun.

Herbert Müller entró en la sala y se sentó al lado de Anki.

—Regreso enseguida —dijo Wilhelm Braun levantándose para ir a buscar a Leopold.

Leopold estaba sentado entre Spalding y Ruth Steiner, y cuando vio entrar a Wilhelm Braun, fue a su encuentro.

—Es una velada horrible —dijo—. Voy a tener que prepararme para un aluvión de críticas.

—No te tomes ese asunto tan en serio —dijo Wilhelm—. Lo principal es que has escrito un buen libro.

—Esos tipos están tratando de quitarme a Müller, y eso podría ser muy desagradable.

—Müller no es ningún cobarde, pero aunque lo fuera, tú no pierdes nada.

—¿Dónde está Anki? —preguntó Leopold.

—Está sentada con el doctor Müller. Déjala ahí tranquila. Es una gran mujer... Te ayudará cuando sea necesario.

Leopold parecía abatido. Con excepción de Ruth Steiner, nadie le había dicho una palabra sobre su libro. Decidió marcharse a casa.

—Me escaqueo —le dijo a Wilhelm—. Sé bueno y asegúrate de que el señor Von Westegg lleve a Anki a casa.

En el pasillo exterior, Leopold estaba abriendo la puerta del ascensor cuando el doctor Werner salía por la puerta y subió también. Llevaba un sombrero negro tieso y una bufanda gris de ganchillo en torno al cuello, y los dos hombres se miraron en silencio el uno al otro. Cuando el ascensor llegó a la planta baja, el doctor Werner

saludó con el sombrero y salió de la casa con pasos apresurados.

---

59. Retrato de Joseph Roth, con quien Brentano mantenía una muy buena amistad; además fue su sucesor como redactor del *Frankfurter Zeitung* cuando Roth se fue a París como corresponsal de ese periódico. Más detalladamente que en *Franziska Scheler,* Brentano retrata a Joseph Roth con el mismo nombre de personaje «Josef Grün» en su siguiente novela (la última), *Die Schwestern Usedom* [Las hermanas Usedom] (1948). Joseph Roth = Joseph Rojo. Josef Grün = Josef Verde.

60. Francés: «No te traicionan sino los tuyos».

61. Primera égloga de las *Bucólicas* de Virgilio, versos 79-83; la traducción en el original alemán es del mismo Bernard von Brentano. La traducción castellana es de Fray Luis de León.

62. En la época en que tiene lugar la acción de la novela, el jefe superior de la policía de Berlín era el político del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) Karl Friedrich Zörgiebel (1926-1930), en esos momentos un personaje cuestionado en extremo. Fue responsable en 1929 del denominado «mayo sangriento de Berlín». Para mantener la prohibición del derecho de reunión vigente desde 1928, la policía berlinesa reaccionó «de una manera desproporcionada e inadecuada» a las manifestaciones de los trabajadores y trabajadoras del primero de mayo, «generando una atmósfera de guerra civil» y matando a 33 civiles e hiriendo a 198 (Helga Grebing, *Epílogo de la editora,* en Fritz Sternberg, *Der Dichter und die Ratio. Erinnerungen an Bertolt Brecht,* editado y comentado por Helga Grebing, Fráncfort del Meno, 2014, pp. 141-163, aquí pp. 153 y s.).

Capítulo 16

La sociedad no practica ninguna de las virtudes que exige de un ser humano.
Balzac

1

A la mañana siguiente apareció en la revista *Börsenblatt* la crítica del libro de Leopold. Era muy larga y de una hostilidad extrema. El señor Von Manberg estaba sentado en su despacho de la redacción y leía la reseña con una satisfacción creciente. Tenía un grueso lápiz rojo en la mano y subrayaba de tanto en tanto una línea o una expresión que le gustaba especialmente. Cuando terminó de leerla, se levantó, se guardó la publicación en el bolsillo interior y se dirigió al despacho del doctor Wild. El doctor Wild estaba todavía leyendo, y Manberg esperó en silencio, y después de que los dos caballeros hubieron hablado del incidente durante un cuarto de hora, Manberg caminó por el largo pasillo de la sección de comercio e hizo que la señorita Schneider lo anunciase en el despacho del doctor Achtermann.

El doctor Achtermann comenzaba su jornada con la lectura de las publicaciones más importantes de la bolsa, y cuando el señor Von Manberg, alto y vestido con un traje nuevo de color azul oscuro, ya había leído la crítica sobre el libro de Leopold, le tendió el *Börsenblatt* sin decir nada y el doctor Achtermann se lo devolvió igualmente sin palabras.

—No soy historiador —dijo juntando las manos—, pero el tono de esa reseña es repulsivo y hostil. ¡Se nota que hay tal intención, y se queda uno desconcertado[63]! Probablemente tendrá usted otra opinión...

—Esta crítica es, por desgracia, completamente correcta —dijo el señor Von Manberg—, y estoy decidido a escribir en ese mismo sentido sobre el libro del señor Chindler.

—¡No me diga! Pero no en nuestro periódico, ¿verdad?

—¡En nuestro periódico! El suplemento cultural me ha ofrecido el libro para reseñar.

El doctor Achtermann se recostó en el asiento y juntó las manos por las puntas de los dedos.

—Eso es ir demasiado lejos —dijo finalmente—. Usted pretende atacar a un colega... Yo en su lugar me lo pensaría dos veces. Personalmente, me lo pensaría largo y tendido.

El señor Von Manberg estaba concentrado en sus pensamientos y se llevó las manos a la espalda.

—¡Estoy al servicio de la verdad! He entregado mi vida a este sublime servicio, y no permitiré que me desvíen de mi trayectoria. Este Chindler tiene el mismo carácter que ese Gentz... ¡Eso hay que decirlo! Y a tiempo... Antes de que sea demasiado tarde...

El doctor Achtermann no podía soportar las frases hinchadas, pero el señor Von Manberg era un rival susceptible y desagradable con quien era mejor no meterse.

—He hablado con el doctor Wild —prosiguió el señor Von Manberg —, y opina también que el suplemento cultural puede decir lo que quiera.

—No soy historiador —dijo el doctor Achtermann—, pero el libro no me pareció malo. Aprendí muchas cosas de él, y algunos capítulos están brillantemente escritos.

—El estilo es algo secundario —dijo el señor Von Manberg—. Ese libro es reaccionario hasta la médula.

—A mí no me lo parece —dijo el doctor Achtermann. Se sacó el reloj del bolsillo y lo depositó frente a él encima del escritorio. El señor Von Manberg comprendió la indirecta y se levantó.

—¿No tiene usted entonces ninguna objeción?

El doctor Achtermann pensaba en el editorial que tenía que tener listo a las once, y barruntaba una respuesta. Abrió la caja de los puros, sacó uno y lo volvió a dejar. Se había despertado con dolor de cabeza, y su médico de cabecera le había dicho que fumaba demasiado.

—Yo... estoy... algo sorprendido. Llevo nueve años en este despacho, pero el suplemento cultural nunca me ha pedido permiso para publicar un artículo. En este sentido estoy de acuerdo con el colega Wild. Por otra parte, este asunto no me parece que sea inocuo. El doctor Chindler es colega nuestro desde hace varios años, y sería un precedente inusual atacar a un colega en su propio periódico. Yo no lo haría, y es más que probable que el señor Chindler no tolere un ataque semejante.

—Si el señor Chindler escribe libros —dijo el señor Von Manberg—, esos productos personales están sujetos a la crítica pública como cualquier otro libro que reseñamos en nuestras columnas.

—Eso es cierto —dijo el doctor Achtermann con cautela—, eso es cierto en sí, pero en mi vida he experimentado que uno puede sobrevalorar también una verdad y entonces... Pero me parece que le

he interrumpido a usted.

El señor Von Manberg no tenía nada más que decir y salió del despacho. En la antesala se encontró al doctor Wild, que parecía haber estado esperándolo.

—El colega Achtermann no comparte del todo nuestra opinión —dijo—, pero también opina que el suplemento cultural está únicamente bajo la dirección del jefe del suplemento cultural.

—Se montará un numerito —dijo el doctor Wild.

Una hora más tarde, el doctor Achtermann se dirigió a la imprenta y pidió al señor Thomas que le enviara al suplemento cultural la copia corregida de su editorial. Luego pasó al lado de Jabionski, que estaba componiendo su artículo, y se dirigió al despacho del doctor Chindler.

—Hace tiempo que quería darle la enhorabuena —dijo—. He leído su libro con placer. Ciertamente no soy historiador y no puedo juzgarlo por entero, pero he aprendido un montón de cosas de él, y mi esposa lo encuentra incluso fascinante. Su comparación entre Metternich y Talleyrand es de un gran nivel, y creo también que Talleyrand fue un hombre más inteligente que nuestro paisano de Renania. Sin embargo, me he preguntado varias veces por qué eligió usted ese tema. Creo que la materia del libro molestará a algunos.

—Por ejemplo al *Börsenblatt* —dijo Leopold.

—Sí... eso es... eso quería decirle —dijo el doctor Achtermann—. ¿No habría podido elegir a otro... a otro personaje?

—Ese Gentz era un tipo interesante, y una nación que se precie debe preocuparse por su historia.

—Eso es verdad y también es correcto, pero va a crearse usted muchas enemistades.

—Anoche estuve en casa de mi editor —dijo Leopold— y allí me encontré el más puro ambiente de guerra civil. Es realmente asombroso lo cobardes que son nuestros republicanos. ¡Tiemblan de miedo incluso ante los muertos!

El doctor Achtermann se echó a reír, y Leopold prosiguió:

—No es asunto mío influir en los críticos ni en sus reseñas, pero me pregunto por qué nuestro periódico no ha publicado nada todavía y a quién se le encargará hacerlo.

—Tengo entendido que al señor Von Manberg.

Esa era una noticia similar a una declaración de guerra, y Leopold se levantó.

—¡Si se me ataca en mi propia casa —dijo con vehemencia—, entonces me iré, y además de inmediato! ¡Sin titubear!

El doctor Achtermann se encendió un cigarrillo y dijo:

—Puedo entenderlo. ¡Probablemente yo haría lo mismo!

El doctor Achtermann no estaba en contra de Leopold, incluso estaba más de su lado que del de Manberg, pero a Leopold le aburría tratar de convencer al doctor Achtermann y de atraer hacia sí a aquel hombre titubeante y prudente. Sin duda era una equivocación albergar esos sentimientos tiernos y desafiantes en un momento tan crítico y peligroso en lugar de esforzarse un poco e insuflar a un amigo el valor necesario, pero Leopold contempló la cara meditabunda del doctor Achtermann y le interesó más observar la lucha de sentimientos encontrados en el semblante del doctor Achtermann (igual que un pintor estudia un modelo interesante o como Tolstói investigaba el cadáver de una bella suicida) que persuadir al doctor Achtermann.

El doctor Achtermann tiró su colilla en el cenicero de Leopold y se fue al suplemento cultural. El doctor Kleim estaba en la puerta de su despacho leyendo unas primeras pruebas. Cuando divisó al doctor Achtermann, puso una cara de satisfacción:

—Mañana por la noche dan la novena de Bruckner. ¿Irá usted? Le gustará.

—Desgraciadamente tengo que viajar esta tarde a Düsseldorf —dijo el doctor Achtermann.

El jefe del suplemento cultural recibió al doctor Achtermann con especial cortesía. El doctor Achtermann comentó enseguida el caso Manberg-Chindler, y el jefe del suplemento cultural escuchó atentamente sin interrumpir al doctor Achtermann. El señor doctor Achtermann llevaba una corbata negra y una pequeña alhaja en ella, y al jefe del suplemento cultural le pareció que ese detalle resultaba muy elegante y que probablemente no existía ningún otro periódico con un colaborador tan culto como él.

—No soy historiador —concluyó el doctor Achtermann—, pero lo dicho: a mí el libro me parece muy bueno en algunas partes, y yo no provocaría ningún escándalo en nuestra casa a causa de ese libro.

—A mí el libro me parece miserable —dijo el jefe del suplemento cultural—. Es inteligente pero soberbio, y a mí no me gustan los libros soberbios.

—El colega Chindler es joven todavía —dijo el doctor Achtermann —, y solo los canallas son modestos.

—Mejor un canalla modesto que un genio soberbio —dijo el jefe del suplemento cultural, golpeando la mesa con el puño.

Ese gesto, inusual sobre todo en la sección de comercio, tranquilizó al doctor Achtermann. Él se volvía frío cuando los demás se acaloraban, y su naturaleza estaba tan felizmente dispuesta que ganaba en peso y se le engordaban los mofletes cuando se veía

implicado en alguna pelea agotadora. Se recostó en su asiento, metió el pulgar y el meñique entre los botones de su chaleco y miró a la cara a su agitado colega.

—No me ha preguntado usted por mi opinión, ni tampoco tiene por qué preguntarme por mi opinión, pero como esta mañana me han preguntado ya desde diferentes frentes, me tomo la libertad de declarar que desapruebo ese procedimiento. En la sección de comercio, y en determinadas circunstancias, podríamos despedir a un colega, para lo cual no existe el mínimo motivo en el caso del doctor Chindler, dicho sea de paso, pero jamás nos atacaríamos mutuamente.

El jefe del suplemento cultural cedió y comenzó a reflexionar sobre el asunto.

—Ese Chindler estuvo en nuestra sección anteriormente —dijo—, y lo conozco bien... es una persona con talento... eso no se lo voy a discutir... Sin embargo... una pequeña reprimenda le hará bien a su personalidad, y dado que somos por la gracia de Dios un... periódico libre, tendrá que aguantar nuestra crítica... A mí me parece incluso muy... muy... Es un experimento... Me imagino que se podría decir que es un experimento realmente democrático. En todo caso, lo corrupto y lo reprobable sería solo lo contrario... Sí, solo lo contrario... y tengo que decirle con franqueza que me duele que esta vez tengamos opiniones diferentes, ¡pero no voy a influir en mis jefes de sección!

—No somos una institución pedagógica, sino una empresa política —dijo el doctor Achtermann.

—No hay más vuelta de hoja, pero entre las dos no existe, para mí, una gran diferencia.

El doctor Achtermann recordó que Leopold Chindler le dijo una vez que era un signo de estupidez que una persona no quisiera ver ninguna diferencia.

Un mensajero joven entró en el despacho y entregó al doctor Achtermann la copia corregida de su artículo editorial. El doctor Achtermann vio enseguida que el tipógrafo había cometido un error de imprenta ya en el título y se levantó.

—Discúlpeme, señor colega, son ya las once y media, debo apresurarme para ir a la imprenta. Pero quizá tenga usted la bondad de reflexionar unos instantes sobre mi objeción.

El jefe del suplemento cultural acompañó al doctor Achtermann hasta la puerta. Luego giró sobre sus talones y fue a su antesala, en donde la señorita Stiglhammer estaba sentada ante su máquina de escribir.

—¡Ahora mismo, por supuesto! —dijo iracundo—. ¡Justo ahora mismo, faltaría más! —y la señorita Stiglhammer se rio.

La crítica de Manberg no solo era pérfida, sino también breve y superficial, y Leopold fue al despacho del doctor Wild y le dijo que iba a dejar el periódico.

El doctor Wild se hizo el sorprendido.

—Es usted demasiado susceptible, querido mío —dijo—. ¿Quién va a ser el primero en arrojar la toalla? En otro tiempo escribía usted mismo unas críticas muy duras, ¡y por aquel entonces *sus* víctimas tenían que soportar lo que usted va a tener que soportar ahora! El colega Manberg habría podido reseñar el libro de usted con más detalles, eso se lo admito, pero yo en su lugar no le daría una importancia excesiva al asunto. ¿Qué es si no un periódico? La edición matinal sale a las seis, ahora son las nueve y media, y a la una saldrá la edición vespertina. Para entonces, la edición matinal ya solo será maculatura... papel para envolver los bocadillos... o... bueno, ¡ya sabe usted a lo que me refiero!

¡Qué curioso! La generación antigua de redactores del *Berliner Allgemeine* despreciaba su profesión. Se era «tan solo» un escritor de jornada, un jornalero... ¡Los políticos «de verdad» eran otra cosa! Leopold y la generación más reciente lo percibían de otra manera. Estaban orgullosos de pertenecer a un periódico tan añejo y famoso, pero el doctor Wild se burlaba de todo ese tesón juvenil y esperaba alegremente el instante en que ese celo juvenil se sosegaría para acabar en nada.

—«Maculatura» viene de «mácula» —dijo Leopold—, y estoy completamente de acuerdo con usted: esa crítica maliciosa será para siempre una mácula, una mancha, una deshonra en el escudo del *Berliner Allgemeine*. Y en lo que respecta a la susceptibilidad, le diré que usted es muy poco susceptible y, por desgracia, ¡lo es siempre hacia los demás! Se molestaría mucho si se me pasara por la cabeza publicar un artículo contra usted.

—No puede hacer eso —dijo el doctor Wild examinando la punta de su portaplumas—. Yo no escribo libros. Soy un zapatero que se ciñe a su horma.

—Lo sé. El señor Von Manberg es envidioso, igual que toda la gente que alberga resentimientos en la tripa, y a usted le agrada que sea un envidioso.

El doctor Wild miró a Leopold a la cara.

—¿Pretende montarme una escenita?

—Le he arrojado a los pies mi contrato y me permito decirle que su conducta me parece miserable. Usted ha empoderado al suplemento

cultural y ha incitado al señor Von Manberg.

El doctor Wild se levantó y vociferó:

—¡Esa es una imputación que no tolero en absoluto!

—Vocifere lo que quiera —dijo Leopold con calma—. Me han informado bien. Por mí puede incluso abrir la puerta y continuar dando voces hasta que acuda en masa todo el mundo.

—¡No tiene nada más que hacer aquí! ¡Usted es un principiante quisquilloso! ¡Queda despedido!

—Se equivoca usted —dijo Leopold—. Le he presentado mi dimisión, y como ya no soy un empleado suyo, tampoco está en disposición de despedirme. A petición mía, el señor doctor Achtermann ha convocado una reunión de la redacción en la que pronunciaré entre veinte y treinta frases que podrían no ser de su agrado. ¡Usted se imagina en su mente no sé qué cosas, pero en estos últimos tiempos se le han diluido los ánimos y se ha convertido en una persona del ayer! Nuestra historia no comienza en el año 1918... Si nosotros, republicanos y demócratas, no nos adueñamos de toda nuestra historia, desde Carlomagno hasta... hasta Metternich y Bismarck y Lassalle... ¡entonces, la historia, nuestra herencia patrimonial, se nos escaparán de las manos, y con ellas la política, el poder y la juventud! Y ese, el colega Manberg, es un eterno oposicionista, pero eso es una pesadez. Ya no somos la oposición... somos el gobierno. ¡Eso nos impone no solo derechos, sino también deberes! El deber, por ejemplo, de escribir obras de historia.

El doctor Wild se levantó y se acercó a la ventana.

—Si desea ser catedrático, entonces preséntese en la universidad. Y esta es, por cierto, mi última frase. ¡No voy a replicarle nada más! Para mí es como si ya no existiera usted. Ha ofendido al colega Manberg.

«Vaya tío más bobo este», pensó Leopold, «te da la vuelta a las palabras y te convierte al ofendido en ofensor».

Sonó el teléfono. El doctor Wild realizó un movimiento repentino y se dirigió apresuradamente al escritorio. El teléfono sonó por segunda vez, y cuando el doctor Wild descolgó el auricular y dijo su apellido, se lo tendió a Leopold Chindler sin decir una sola palabra.

Era el doctor Achtermann, que preguntaba a Leopold si ya había hablado con el doctor Wild.

—Sí. Acabo de dimitir.

El doctor Wild salió del despacho dando un portazo.

—Todo esto es muy penoso... muy penoso —dijo el doctor Achtermann—. Venga usted un momento a mi despacho. No puedo ir yo al suyo porque estoy pendiente del teléfono. Espero una

conferencia desde París. Me acaban de comunicar vía telefónica que el diputado Huber, ya sabe usted, ese bufón flaco de los escaños nacionalistas, va a leer el artículo de Manberg en el Reichstag.

Esa era una buena noticia, y Leopold decidió ir a visitar al doctor Achtermann.

—Me da lástima este asunto por el *Berliner Allgemeine* —dijo él cuando entró en el despacho lleno de humo de Achtermann y este salió a su encuentro—. Pero eso es lo que pasa cuando el señor Von Manberg hace política en el suplemento cultural.

3

Herbert Müller iba a salir de su despacho para ir a almorzar a casa cuando la señorita Atlas entró en él y le entregó una carta urgente. Elisabeth Müller se hallaba frente al espejo al lado de la puerta esperando a su marido.

—Ven ya —dijo ella con impaciencia—, es la una y media.

—Solo un momento más —dijo Herbert Müller—, voy enseguida.

Alzó un manuscrito grueso de la mesa y buscó debajo el abrecartas. Era un cuchillo largo, pesado, plateado, pero no lo pudo encontrar, y después de dejar otra vez el manuscrito en el tablero del escritorio, rasgó el sobre con el pulgar, cosa que no tenía por costumbre. La carta contenía la crítica de Manberg sobre el libro de Leopold, y en la parte inferior izquierda estaba escrito con lápiz rojo: «¡Mis mejores saludos! Dr. N. Werner».

Herbert Müller se sentó otra vez al escritorio y leyó la crítica.

—¡Maldita la gracia! —dijo medio para sí mismo, medio para su esposa—. Esto es condenadamente desagradable. A ese Chindler no lo vamos a poder publicar más. Ya podemos descartarlo... Lo está crucificando su propia gente.

Elisabeth Müller se caló aún más el sombrero grande, de color marrón oscuro y adornado con un lazo por su lado izquierdo, pero no sirvió de nada, el sombrero no le sentaba bien... nunca le había sentado bien... necesitaba uno nuevo sin falta. Herbert Müller seguía sentado ante su escritorio, y Elisabeth Müller divisó en el espejo la espalda fuerte y curvada del editor y las rayas de color gris claro de su traje marrón.

—¿Qué es lo que pasa en realidad? —preguntó ella, y se puso a mirar las perlas bonitas y uniformes de sus dientes—. ¿Por qué has vuelto a sentarte?

—Una reseña estúpida —dijo Herbert Müller dándose la vuelta—, una reseña infame, una mezquindad inaudita que no me había

ocurrido jamás en la vida...

—Esos periodistas son como las avispas —dijo Elisabeth Müller—. ¡Siempre llegan cuando la comida está en la mesa! Y ahora ven... Es la hora... Tu impuntualidad le cuesta demasiado trabajo a la cocinera... ¡Las criadas no soportan eso!

Herbert Müller arrojó el sobre a la papelera y metió la crítica en el cajón central del escritorio, que cerró cuidadosamente con llave. Estaba muy molesto, pero también asustado y confundido.

—No tengo nada de hambre —dijo, y se levantó—, el mundo es espantoso.

—¡Vamos, venga! —dijo Elisabeth Müller, y le tendió el sombrero, el pesado bastón negro y los guantes grises a su marido—. ¡Van a dar las dos, y *yo* sí tengo mucha hambre!

Herbert Müller se embutió en su grueso abrigo gris, se caló el sombrero y siguió a su mujer. De camino, él se mantuvo en silencio y pensó en Leopold.

—No sé qué hacer —dijo—, esta bronca me va a perjudicar también a mí.

En la esquina de la calle de Augsburg habían inaugurado una sombrerería, y Elisabeth Müller se detuvo ante el escaparate.

—Mira —dijo ella—, ¿te parece bonito ese sombrerito rojo? ¿Crees que me quedaría bien un sombrero así?

Herbert Müller contempló el sombrero expuesto en una barra barnizada en gris marengo mate, y pensó si debía llamar por teléfono al doctor Werner.

—¡Hoy vuelves a estar en la luna! —dijo Elisabeth Müller, que continuó caminando enfadada—. Ya saldrán otras críticas —añadió al cabo de un rato, y se colgó del brazo de su marido—. Con lo encantadora que soy, te compré ayer una bufanda. Tengo mucha curiosidad por saber si te va a gustar.

4

La tribuna de los periodistas del Reichstag estaba abarrotada.

El doctor Achtermann se abrió paso a través de los colegas que estaban sentados incluso en los escalones, y el señor Held, reportero del Reichstag del *Berliner Allgemeine Zeitung,* que había estado esperando a los caballeros, señaló con su lápiz verde los dos asientos que había estado guardando para el doctor Achtermann y el doctor Chindler en la primera fila.

En el orden del día de la sesión figuraba la continuación de la segunda deliberación del proyecto de ley para la preservación de la

infancia y la adolescencia frente a escritos folletinescos y obscenos[64]. Leopold se inclinó sobre la barandilla del palco de periodistas y miró hacia abajo a la sala. Los diputados de los partidos de la derecha habían acudido en su totalidad, mientras que los partidos de la izquierda presentaban algunas lagunas. El presidente del Parlamento había abierto ya la sesión, y el demócrata Dr. Heuss estaba pronunciando un largo discurso. Defendía esa ley, pero con algunas restricciones que parecían irritar a los socialdemócratas.

—¡Vaya! —exclamó el diputado Müller-Ingolstadt—. Pues entonces, ¿por qué proponen semejantes leyes?

El presidente hizo sonar el timbre y el doctor Heuss continuó hablando. Para la segunda intervención se levantó la diputada Lang-Brumann del Partido Popular Bávaro[65].

—El Partido Popular Bávaro está decidido a interceder *a favor* de la forma del proyecto de ley, tal como salió de la comisión el verano pasado.

El jefe del Partido Popular Bávaro exclamó: «¡Bravo!», y toda la bancada del partido se puso a aplaudir. La señora Lang no se dejó distraer por aquel aplauso no muy convincente y continuó hablando. A Leopold le pareció que era una oradora algo sobria, pero tenía un aspecto agradable. Parecía ser una mujer culta, y su defensa del proyecto de ley tenía pies y cabeza.

En cambio, la oradora le pareció farragosa y marisabidilla al doctor Achtermann, y se estaba aburriendo. Se sacó un cuadernillo rojo del bolsillo, y Leopold vio que estaba escribiendo y sumando unas cifras largas a una velocidad asombrosa. Entonces se levantó el diputado Huber.

—Ahora empieza la función —dijo el doctor Achtermann, y se guardó el cuadernillo.

En ese instante apareció en un palco, justo enfrente de la tribuna de periodistas, el señor Von Manberg. No había podido encontrar ningún asiento libre en la tribuna de periodistas, pero como era bien conocido por los ujieres, uno de ellos le permitió la entrada en el palco de diplomáticos. Ese palco estaba casi vacío, por cierto. El embajador francés estaba sentado en la primera fila, y dos filas detrás de él había un hombre joven de piel oscura a quien Leopold no conocía.

El señor Huber llevaba unas notas consigo y depositó sus papeles en el atril de la tribuna de oradores con movimientos lentos y mesurados.

—¡Damas y caballeros! He estado reflexionando mucho tiempo sobre esta ley que el gobierno del Reich quiere regalar por Navidades a la nación alemana. Una ley que seguramente está llena de buenas intenciones, y mis amigos y yo la aprobaremos incluso...

Un comunista se levantó y exclamó:

—¡Eso es típico de este gobierno!

—... sin embargo, no es nada fácil decir qué es en realidad un escrito trivial y folletinesco, y qué es un escrito obsceno, y lo difícil que es responder a esa pregunta lo he experimentado esta mañana en el periódico mientras desayunaba. El *Berliner Allgemeine Zeitung,* un órgano al que yo, como todos ustedes saben, tengo en poco aprecio, tiene en nómina a un redactor llamado Chindler. Este señor Chindler ha escrito un libro sobre Friedrich von Gentz...

Un socialdemócrata se levantó y exclamó:

—¡Al grano!

—... He leído ese libro, y lo rechazo. Está bien escrito, pero contiene algunos capítulos que están contaminados democráticamente y que no encajan conmigo... Sin embargo, damas y caballeros, en nuestros tiempos parece un asunto condenadamente difícil juzgar un libro, pues esta mañana temprano leí en el periódico del señor Chindler un articulillo que condena este libro por completo.

Todo el Reichstag se echó a reír, y los comunistas aplaudieron.

—Este es un suceso muy interesante, damas y caballeros. El autor de la crítica es un tal señor Von Manberg, y me parece importante desmarcarme de él. El señor Von Manberg fue expulsado de nuestro antiguo ejército por cobardía, y tales personas harían mejor, en mi opinión, en tener la boca cerrada en lugar de escribir. Ahora bien, me parece muy digno de mencionar que nada menos que los señores demócratas, que siempre actúan de una manera especial, tan inteligente y tan unánime, estén tan desavenidos que incluso se lancen los unos sobre los otros en el mismo periódico y laven sus trapos, sobre cuyo estado prefiero no exteriorizar mi opinión, los lavan frente a sus lectores. Como ya he dicho, el libro del señor Chindler no es estúpido, ciertamente, pero es democrático, y esas cosas no son de mi agrado. Sin embargo, me pregunto: ¿qué va a suceder ahora en realidad? Ese libro ¿es también folletinesco y obsceno? ¿Y quién es aquí el demócrata de verdad? ¿El redactor Chindler del *Berliner Allgemeine Zeitung* o el redactor Manberg del *Berliner Allgemeine Zeitung?* Quizá los lectores y los suscriptores de ese órgano tengan la bondad de responderme a esta interesante pregunta del millón. Mis amigos y yo hemos respondido ya, y ustedes, damas y caballeros, saben lo que opinamos acerca del Partido Democrático y de toda la prensa democrática.

El señor Huber dejó la tribuna de oradores. El doctor Achtermann se levantó, y Leopold lo siguió.

—Esto va a perjudicar al periódico —dijo el doctor Achtermann—,

ese hombre tiene razón.

—Viva la democracia —dijo Leopold.

—¿Va a dejarnos usted realmente? —preguntó el doctor Achtermann.

—Estoy convencido de que usted aprueba mi decisión —dijo Leopold.

Cuando los dos hombres hubieron abandonado el Reichstag por una puerta lateral y se encontraban en la calle, dijo el doctor Achtermann:

—Esta noche tengo que viajar a Hamburgo, pero estaré de regreso mañana por la noche y me tomaré la libertad de llamarlo a usted por teléfono.

Paró un taxi que circulaba despacio, al paso, por decirlo de alguna manera, le dio al chófer la dirección de la redacción y se subió con apresuramiento.

Herbert Müller llamó por teléfono a Leopold y dijo:

—¡Mi enhorabuena! Vamos a imprimir la segunda edición, entre cuatro y ocho mil ejemplares de un cierto libro sobre el señor Von Gentz.

—¿Por qué? —preguntó Leopold—. ¿Se ha agotado ya la primera edición?

—Parece no saber usted que se ha convertido en un hombre famoso. Pero Herbert Müller lo sabe todo. El diputado Huber ha pronunciado un discurso en el Reichstag sobre usted.

—Leopold Chindler sabe también algunas cosas. Yo estaba en el palco de los periodistas y escuché con atención mientras hablaba el señor Huber.

—¡Enorme! —dijo Herbert Müller—. ¡Enorme! ¿Lo citó a usted con nombre y apellido?

—¡Con nombre y apellido!

—¿Quiere usted cenar esta noche en nuestra casa o no tiene tiempo?

—Tengo todo el tiempo del mundo —dijo Leopold—. Y es que estoy en el paro. Me he ido del periódico del señor Von Manberg.

—¡Enorme! —dijo Herbert Müller—. ¡Tendremos un montón de cosas de las que hablar! Mi esposa está aquí, a mi lado, y le transmite sus felicitaciones.

Elisabeth Müller le quitó el auricular de la mano a su marido.

—¿Le gusta el pescado? Esta noche tenemos eglefino. ¿O quiere que mande a buscar otro pescado?

—Me gusta mucho el pescado —dijo Leopold—, el famoso fósforo le vendrá bien a mi cerebro.

El vicepresidente en funciones del consejo de administración[66] del *Berliner Allgemeine Zeitung* llamó por teléfono al doctor Achtermann:

—Estoy muy disgustado. Esto no debería haber ocurrido bajo ningún concepto.

—Me alegro de que me diga usted eso —respondió el doctor Achtermann—. Yo también me manifesté en contra de esa crítica. Era muy superficial.

—No conozco el libro. Lo encargué ayer mismo, y ahora lo tengo ante mí, pero no lo he leído todavía. ¿Cómo es?

El doctor Achtermann cogió un lápiz y reflexionó si era conveniente defender un poco a Manberg. Al fin y al cabo, Chindler se había ido, y Manberg seguía allí, pero tras unos instantes de indecisión, dijo:

—A mí me parece un buen libro. Ciertamente no soy historiador, y podría contener algún que otro error, pero se lee de maravilla.

—Eso es lo que he oído yo también. Dicen que es ingenioso.

—Además, el doctor Chindler ha presentado su dimisión —dijo el señor Achtermann.

—La cosa se pone cada vez mejor —dijo el presidente del consejo de administración—, entonces hemos perdido, además, a un buen hombre. Dígale por favor al señor doctor Wild de mi parte que estoy muy disgustado, estoy *disgustadísimo,* sin paliativos. Esos señores viven en la luna. Los ingresos por publicidad fueron miserables en la segunda mitad del año, y vamos a tener un balance final penoso... ¡Estoy de verdad muy disgustado! Intente usted retener al doctor Chindler. ¿Cuánto gana? ¿Doce mil? Entonces ofrézcale... bueno... digamos... quince mil.

La reunión de la redacción transcurrió con mucha agitación. El jefe del suplemento cultural defendió la libertad de crítica, y el señor Von Manberg se dejó llevar por arrebatos personales contra Leopold Chindler que causaron una mala impresión. Por último, al suplemento cultural se le comunicó con todos los votos contra dos que en el futuro los artículos sobre obras históricas o sobre libros escritos por colaboradores del periódico solo podían ser publicados una vez que el señor doctor Achtermann, o un representante suyo designado por él, hubiera revisado y aprobado la crítica en cuestión.

El jefe del suplemento cultural estaba hecho una furia.

—¿Nos queda algún libro de historia en el armario? —preguntó a la señorita Stiglhammer.

—Ayer llegaron dos, y en el armario siguen estando dos o tres libros viejos que llegaron en verano.

—Coja toda esa mie... esa basura y arrójela por la ventana. ¡Ese tipo de libros no va a volver a reseñarse nunca más en esta sección!

¡Nunca más! Se acabó... Basta... ¡Venga ya! ¡Yo configuro mi suplemento cultural como me da la gana!

Se dirigió a su despacho y dio un portazo después de entrar. A continuación se sentó en su escritorio y escribió un artículo sobre Van Gogh, que ese año habría podido celebrar su 76.º aniversario si todavía hubiera estado vivo.

---

63. Goethe, *Torquato Tasso,* segundo acto, primera escena, versos 965-969; Tasso: «Por amable que pueda parecer, no sé cómo es, que sólo raras veces pude ser totalmente franco con ella, y aunque ella tiene la intención de hacer bien a los amigos, se nota que hay tal intención, y se queda uno desconcertado». Goethe, *Obras I,* Barcelona, Planeta, 1963, pp. 704-705, traducción de José María Valverde.

64. Esa ley estaba en vigor ya desde el 7 de enero de 1927, por lo que resulta un anacronismo para la época de la acción de la novela. En el transcurso de las protestas antes de su aprobación parlamentaria, Brentano escribió un folleto en contra de esa ley: «¡Fuera la ley del folletín y de la obscenidad! Manifestación de protesta contra la ley para la preservación de la infancia y la adolescencia frente a escritos folletinescos y obscenos, el 10 de septiembre de 1926 en la sala de plenos de la antigua Cámara de los Señores de Prusia. Berlín 1926».

65. Theodor Heuss, con posterioridad presidente de la República Federal de Alemania, fue desde 1924 hasta 1928 y desde 1930 hasta 1933 diputado del Reichstag por el Partido Democrático Alemán (DDP) y luego por el Partido del Estado Alemán (DStP). «Müller-Ingolstadt» es Hermann Müller (véase la nota 2, p. 59), canciller del Reich del SPD en la época de la acción de la novela; para distinguirse de otros diputados con el mismo apellido, utilizó también el de «Müller-Franken» en su distrito electoral. También es histórica la diputada Thusnelda Lang-Brumann (del Partido Popular Bávaro, BVP; después de la guerra se denominó Unión Social Cristiana de Baviera, con las siglas CSU); tan solo no ha podido ser identificado el diputado nacionalista «señor Huber».

66. El *Frankfurter Zeitung* se hallaba inmerso en una crisis económica (cf. Schivelbusch, véase nota 1, pp. 49-50); el presidente en funciones del consejo de administración era el politólogo y político Rudolf Schwander, en su profesión principal era presidente-jefe —es decir, la figura más elevada del funcionariado de la administración en las provincias prusianas— de Hesse-Nassau (cf. Günther Gillessen, *Auf verlorenem Posten. Die Frankfurter Zeitung im Dritten Reich,* Berlín, 1986, pp. 44-60).

Capítulo 17

Una persona solo se conoce a sí misma en la medida en que conoce el mundo, del que ella solo se apercibe en su interior y únicamente en el interior del mundo.
Goethe

1

Todo el mundo tenía éxito menos Leopold. El 12 de enero tuvo lugar en el «Comedia», el Teatro en la Kurfürstendamm, el estreno de *La prisionera* de Édouard Bourdet[67]. Hubo un gran desfile de limusinas negras, de las cuales descendían los abrigos de piel más costosos, unos ojos fulgentes sobre pieles de petigrís de color gris claro o astracanes negros o martas cibelinas marrones con destellos sedosos. El portero con el uniforme rojo mantenía abiertas de par en par las puertas de cristal, y unos diminutos zapatitos de noche, en los que brillaban las hebillas de plata, daban pasos cortos y rápidos para entrar en el vestíbulo con calefacción, mientras que los caballeros vestidos de negro parecían caminar a pasos más largos y más lentos. Erika Welter interpretaba el papel protagonista: una muchacha joven, hija de un embajador francés, que es amada por una mujer a la que ella también ama. Erika Welter interpretaba el papel con la maestría perfecta y fascinante de un gran talento que domina todos los recursos y que no deja al azar ni realiza el más mínimo paso sin reflexión. En el primer acto apareció con una falda gris y una blusa blanca cerrada hasta el cuello, el uniforme de tales criaturas que no le quedaba en realidad nada bien, pero que encantaba incluso a las mujeres de la guardarropía que acudían desde todas partes a la platea oscurecida y miraban hacia el escenario fijamente y con tensa curiosidad. Ya hubo aplausos al abrirse la escena, y cuando cayó el telón y comenzó el intermedio, se vio que Erika Welter iba a tener un éxito tremendo.

Leopold estaba sentado en la cuarta fila al lado de Wilhelm Braun.

—Actúa bien —dijo Wilhelm en voz baja—, pero la pieza es espantosa y asquerosa y repugnante e inaguantable.

—Primero esperar y luego rezongar —dijo Leopold.

Los Steiner estaban también allí, por supuesto. Habían reservado un palco, y Leopold se pasó a verlos mientras Wilhelm Braun se apresuraba a ir por detrás del escenario.

—Erika Welter vuelve a estar bien hoy —dijo la señora Steiner—, ¡pero, para mi gusto, la obra no vale nada y es asquerosa!

—Erika Welter está celestial —dijo Ruth Steiner—. Me gustaría conocerla.

—Tenga cuidado —dijo Leopold—, de lo contrario la harán prisionera a usted.

Ruth Steiner le tendió a Leopold una bolsa plateada con bombones y replicó:

—Mejor presa que esclava liberada.

Ruth Steiner llevaba un vestido de noche amarillo. El vestido tenía un escote largo, y Leopold vio por primera vez que Ruth tenía unos hombros muy bonitos.

—¿Qué hace la señora Scheler? —preguntó Ruth mirando a Leopold con ansias—. ¿Por qué no viene ya a nuestra casa?

—Ella lamenta mucho su ausencia, pero Hans Karl tuvo sarampión y ha estado cuidándolo.

Siegfried Steiner puso su mano pequeña y fina en el hombro de Leopold.

—Cuentan por ahí que ha dejado usted el *Berliner Allgemeine*.

—¿Le habría gustado a usted que me hubiera quedado?

Steiner meneó la cabeza.

—¿Tiene algún trabajo nuevo?

—No.

—Entonces es usted un hombre valiente. La crítica sobre su buen libro fue un escándalo. Es lo que le digo a todo aquel que quiera oírlo, y a los demás también.

—Leeré su libro —dijo la señora Steiner—. A mi marido le parece muy bueno. Anoche me leyó una página y no pude sino quedarme muy callada y prestar atención...

—Disfrutaste mucho escuchando, mamá —dijo Ruth.

—Me has interrumpido —dijo la señora Steiner—. Eso mismo iba a decirle a Leopold.

Leopold se despidió de los Steiner y se dirigió al vestíbulo, donde lo saludó el crítico del periódico sensacionalista *B.Z. am Mittag*. El hombre mostró una amabilidad inusual, pero esa amabilidad se asemejaba un poco al movimiento que realiza un barco liberado de su pesada carga: la presión ha desaparecido, se eleva, se balancea en las olas y mira despectivamente a los demás barcos polvorientos que navegan pesadamente en las aguas. Leopold no era ahora ya eso que en esos círculos se denominaba una «autoridad»; había perdido al poderoso diario que hasta entonces lo había respaldado. Así que no había que tenerle miedo (pues un periodista puede tener arrebatos tan

inesperados como un cuervo irritado) ni tampoco envidiarle (pues su rápido ascenso había fastidiado mucho a algunos colegas), pero a su vez era recomendable ser precavido, pues no se podía prever si mañana por la mañana ocuparía un puesto nuevo y tal vez incluso mejor. Wilhelm Braun se abrió paso a través de los espectadores que estiraban las piernas y se acercó apresuradamente a Leopold.

—¡Ven! —le dijo a Leopold mientras daba la mano al crítico del *B.Z.*—. Erika Welter está en su camerino y te ruega que pases a saludarla.

—Esa es una noticia bomba —dijo el crítico en tono burlón. A continuación le dio la mano a Leopold y continuó su camino.

—Ni hablar —dijo Leopold—, ¿por qué quieres que te fastidie?

—Ya no me fastidias. Se ha vuelto a enamorar de otro. Tú eras demasiado complicado para ella.

—¿De verdad quieres que vaya a verla? Dile que no me has podido encontrar.

—¡Ven! —dijo Wilhelm nervioso—, te lo ruego.

—¿Podríamos ir con Ruth Steiner? Sería una gran alegría para ella.

—¡Por Dios! Erika no dejaría entrar jamás a una desconocida en su camerino.

Erika Welter estaba tumbada en un sofá de color rojo oscuro y la asistenta de vestuario le estaba poniendo unos polvos en el tobillo del pie izquierdo.

—¿Qué le parece la obra? —preguntó a Leopold tendiéndole la mano.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Wilhelm.

—Un técnico de la iluminación idiota me ha dado una patada en el tobillo. Debe de llevar suelas de hierro en los zapatos.

Wilhelm se inclinó sobre la pierna.

—Tienes un pequeño moratón —dijo él—, luego te ponemos una compresa.

—¿Qué le parece la obra? —preguntó ella por segunda vez.

—Hasta el momento solo he visto a Erika Welter.

—Eso no son más que pamplinas —dijo la actriz—, a Wilhelm esta obra le parece estúpida, y me gustaría saber si usted opina lo mismo.

—Tengo debilidad por los papás educados —dijo Leopold—. Me parece tremendamente simpático que el papá de esta obra se vaya de viaje y deje en paz a su hija.

—Eso está bien dicho —opinó Erika Welter—. Así pues, la obra no es estúpida. A mí tampoco me lo parece.

Sonó la campanilla, y la actriz se levantó para regresar al escenario.

—Doy un té el domingo —dijo ella—. ¡Acuda usted, por favor!

Wilhelm viene también. ¿Hecho? ¿Sí? ¡Bien! ¡Adiós!

2

El nuevo amante de la bella actriz era un terrateniente bávaro, un tal conde Le Tocque. Estaba tan moreno como un esquiador que acaba de regresar de Kitzbühel. Era bajito y muy taciturno.

—Tengo el honor de conocer a su señora madre —le dijo a Leopold, pero eso fue también todo lo que dijo.

Los restantes invitados eran menos mudos.

—Me da lo mismo —explicaba Erika Welter—. Yo no he escrito la obra, y el teatro tampoco es mío, así que cualquiera puede decir de la obra lo que le dé la gana. Yo he tenido mi éxito y eso me basta.

Era fácil atacar una obra semejante, y Leopold se sintió con ganas de defenderla. Wilhelm Braun dejó su puro en un cenicero y dijo:

—Esa obra solo tiene una escena buena, y es esa en la que Aiguines advierte a su amigo Jacques acerca de la prisionera y lo exhorta a hacer las maletas y huir por mar. En esa escena tiene razón porque la prisionera es una persona atroz. Tú la has interpretado maravillosamente, pero si solo pienso en la obra, entonces no puedo sino decir que ya no quiero ver ninguna obra en la que su protagonista sea desagradable y superficial. Yo seguiría el consejo del señor Aiguines y viajaría de inmediato a otros climas mejores.

Graf Le Tocque se rio.

—A mí me parece humana esta obra —dijo Leopold.

Gertrud Spalding chilló:

—¿Humana? ¿Ha dicho usted «humana»?

Leopold le dirigió una sonrisa y prosiguió:

—Me gusta ese Jacques. Ama a Irene, pero no le suelta largos discursos, sino que permanece ahí y espera, y ella puede confiar por completo en él.

—¡Un error! —dijo Wilhelm—. Ella lo engaña.

—Todos nos engañamos —dijo Leopold—, y tal vez me engaño yo también, pues eso es lo que hacemos desde la mañana hasta la noche, pero en esa obra los personajes actúan sin estridencias y con mucha cortesía. No soportan sus cargas con ira, sino con la elegancia de un Rastelli[68]. Sufren más o menos como comen y como beben, con buenos modales, y eso me parece humano. Esa obra no pretende cambiar el mundo, ni siquiera a los espectadores de la platea, me cuenta simplemente una historia.

Una curiosa duplicidad de los casos: Leopold había pronunciado la palabra «Rastelli», y ahora el pintor Spalding se puso a dar un largo

discurso. No había visto la obra en absoluto, pero había pillado algunos jirones de las conversaciones y ahora los hacía girar en los oídos de los oyentes, igual que Rastelli hacía con sus bolas o sus platos. Spalding no hablaba con torpeza, pero sus comentarios eran muy superficiales, y Leopold no le prestaba atención. Había cometido una torpeza imperdonable de la que se dio cuenta ahora de repente: le había dicho a Anki que estaba invitado en casa de Erika Welter, y Anki se enfadó por primera vez con él.

Leopold miró la cara de Erika Welter y su pequeño collar de piel de marta cibelina: el más inteligente cede, y esa docilidad fundamenta el dominio universal de la estupidez. Había leído esa frase en alguna parte, pero no le venía a la mente quién la había pronunciado, y se puso a pensar si, a pesar de todo, era su deber ceder ante Anki. Erika Welter dejó que el conde Le Tocque le ofreciera pastel, y Leopold vio lo diferentes que eran los movimientos de las manos de ambas mujeres.

Erika Welter había destrozado el matrimonio de Anki y le había infligido una herida en el corazón que solo se había curado lentamente sin cicatrizar bien. No tenía más remedio que temer a esa enemiga, y Leopold admitió que era una desconsideración por su parte estar sentado en la vivienda de Erika Welter y entregar a Anki a los tormentos de sus celos, de su imaginación y de sus dolorosos recuerdos. Había intentado explicarle a Anki que tenía unas obligaciones frente a Wilhelm Braun y que haría el ridículo si evitaba a una mujer que le era completamente indiferente, pero Anki no replicó nada y se limitó a salir de la habitación. Ella tenía razón: no se puede hablar de los matices, y el tacto, esa delicadeza del corazón hacia lo correcto, hacia lo que uno debe evitar para no herir a la persona que nos ama, esa delicadeza tiene que preceder forzosamente a todas las palabras. Si uno habla primero de eso, entonces el daño ya está hecho, hemos herido a la persona amada... Leopold dejó su taza de té en la mesa y admitió que había herido a Anki.

A Erika Welter se la veía muy guapa, y la compañía, a pesar de la agitada fanfarronería de Rudi Spalding, era estimulante y agradable. ¡Ay! Era agotador y abnegado hacer el sacrificio por Anki y dejar de acudir a esas reuniones que en realidad eran escasas. La seguridad en sí mismo de Leopold se resentiría por esa imposición que él encontraba dura, injusta y muy pasada de moda.

Anki era demasiado celosa, y a veces no era nada fácil en realidad soportar ese sufrimiento pasional absurdo.

«Ella puede ser lo celosa que quiera si tiene algún motivo, si yo le doy algún motivo para ello», se dijo Leopold a sí mismo, «pero si es

celosa sin motivo ninguno, si me conoce tan poco, entonces no puedo ayudarla, así que no le quedará más remedio que aguantar su propio quebranto...».

Erika Welter se levantó, corrió al centro de la sala e imitó a una actriz italiana que había visto en Florencia. Leopold contempló sus divertidos movimientos. Era lo contrario de Anki en todos los sentidos. Anki era bella; Erika Welter, si se dejaban a un lado sus curiosos ojos grises, estaba bien arreglada y era sofisticada. Anki era silenciosa; Erika Welter era enérgica, furiosa, ambiciosa, atrevida, activa, pero en todas esas cualidades estaba guiada por un autocontrol absolutamente astuto. Anki amaba; Erika Welter se divertía. Y de este modo, la única ventaja a los ojos de Leopold que la actriz poseía frente a Anki era que aquella hacía algo, que se movía y tiraba hacia delante. En cambio, Anki era pasiva, y si uno pensaba en sus días (y no en sus noches), estaba casi muerta. Se asemejaba a una mariposa que se alza con la luz del sol y revolotea hacia una flor, por ejemplo, hacia Hans Karl o hacia Valerie Bendemann, pero una vez alcanzada la flor, vuelve a su largo reposo de ensoñación... «Sí, es extraño», pensó Leopold, «la mariposa que reposa mantiene sus alas plegadas. No vemos su belleza, está doblada como un pañuelo y oculta como la perla en una concha. Sabemos que una mariposa es bella porque nos acordamos de las imágenes bellas de sus alas, pero solo las muestra en el vuelo, solo en el movimiento, solo en la actividad... ¡Le diré esto a Anki!».

El conde Le Tocque ofreció licores y puros a Leopold, y Erika Welter lo llamó para que se acercara y le pidió que se sentara a su lado en el sofá.

—Ya vuelve usted a sus ensoñaciones —dijo ella—. ¿Qué estaba soñando ahora? ¿Podría confesármelo?

Leopold se arrellanó en los gigantescos y mullidos cojines y no respondió.

—Wilhelm no tiene ni idea acerca de usted —dijo Erika Welter contemplando el perfil de Leopold—. Me ha dibujado una imagen de su personalidad que es completamente falsa.

—¿Cómo me ve él? —preguntó Leopold.

—Nervioso, tenso, furioso... como el jefe de un partido político poderoso y peligroso.

—¿Y qué es lo que ve usted? —preguntó Leopold.

La actriz entrecerró los ojos:

—Todavía no lo tengo del todo claro... Tiene el aspecto de no estar felizmente enamorado y... tiene mucho más talento del que usted cree.

—A menudo pienso en los versos de *Ifigenia* que pronunció usted una noche en mi casa. ¿No le gustaría interpretar el papel de Ifigenia?

—Me gustaría interpretar a Hamlet —dijo Erika Welter—, pero los directores teatrales son conejos cobardes y tan carentes de imaginación como los ladrillos. Se lo propuse a Gregor, pero me tomó por una borracha o por una loca. Tiene un cerebro de amianto; ya le puede acercar usted el sol, que no se quemará.

—¿Qué ropa se pondría? —preguntó Leopold.

Erika Welter miró a Leopold a los ojos, y él vio que estaba sorprendida por su pregunta y que le habría gustado adivinar sus pensamientos. Ella lo tenía por una persona inteligente porque volvía a estar un poquito enamorada, y quiso darle una respuesta que le gustara.

—Llevaría —dijo ella despacio—, llevaría... un traje negro... unos pantalones negros muy ceñidos... una capa negra, una daga pequeña y corta... pero... el vestuario es algo bastante insignificante. Tiene que ocurrírsele al hombre que crea los decorados. Traugott Müller[69] me diseñaría un espléndido vestuario en diez minutos. Es un chico lúcido. Sabe un montón.

Leopold dijo:

—A mí me gustaría ver el *Hamlet,* y por cierto, también el *Wallenstein,* sin disfraces.

Alguien exclamó: «¡El señor Chindler aboga por que Erika Welter interprete el papel de Hamlet en esmoquin!», y todo el mundo se congregó en torno a Erika Welter y Leopold.

—Me parecería horroroso ver a Hamlet con un frac —declaró Gertrud Spalding, pero en realidad no tenía ninguna opinión al respecto. Hablaba de un tema sobre el que no había reflexionado jamás en su vida y sobre el que tampoco habría podido reflexionar en absoluto. Las herramientas de comprensión de su cerebro y de su entendimiento estaban creadas para otros problemas.

—Wallenstein es un general ambicioso, pero con mucho talento —prosiguió Leopold—, que está al servicio de un monarca limitado y repleto de prejuicios. El monarca piensa en su dinastía y en sus privilegios, digamos que aproximadamente lo mismo que Guillermo II pensaba en su linaje y al mismo tiempo solía alimentar ciertos caprichos autócratas que le entraban en ocasiones, y el general ve que el Reich está siendo empujado a la ruina mediante esa política estrecha de miras. Intenta alzarse en su contra, pero los poderes perseverantes son más fuertes. El levantamiento se convierte en un golpe de Estado, y el golpe de Estado fracasa. Eso es lo que me gustaría ver.

—Todo eso puede imaginárselo usted —dijo un señor mayor cuyo nombre no entendió Leopold en las presentaciones.

—Quiero verlo en el teatro —dijo Leopold.

—Yo no me lo puedo imaginar —dijo Erika Welter—. Wallenstein es una obra histórica, y creo que hay que representarla tal como Schiller la escribió. Schiller fue, después de todo, un gran hombre.

—Schiller fue incluso un grandísimo hombre, pero en el arte solo hay presente, y eso ocurre siempre y en todas las circunstancias, y cuando el teatro se convierte en un seminario de historia, se vuelve muy aburrido. El vestuario es una invención de los tiempos modernos. Los ingleses que presenciaron el estreno de *Hamlet* vieron la historia de un hombre joven atormentado por un conflicto muy complicado y muy doloroso... y eso es lo que me gustaría ver a mí. Los príncipes daneses no me interesan especialmente, pero un joven que carga con el espantoso deber de alzar la mano contra su madre... ese sí me interesa.

La conversación se fue apagando porque el señor mayor, cuyo nombre no había entendido Leopold, se sintió impulsado a realizar algunos comentarios graciosos. Era bastante estúpido, pero se acordó de un juego de palabras que hizo reír a carcajadas a algunos.

—Tenemos que conversar alguna vez a solas —dijo Erika Welter en voz baja.

Leopold asintió con la cabeza, pero sintió que eso no podría ser. Una cita con Erika Welter... No, una cosa así no podía permitirla Anki en verdad, y si él, a hurtadillas y a espaldas de Anki, iba a la casa de Erika Welter y Anki se enteraba, entonces un corazón tan sensible como el suyo no podía menos que despeñarse por un verdadero abismo de pena y de desesperación.

3

Leopold fue a casa y llamó por teléfono a Anki. Anki mandó decir que no estaba en casa. Ni siquiera trató de disimular su ira, pues pasó bastante tiempo hasta que Luise regresó de nuevo al teléfono y anunció a Leopold que por desgracia la señora Scheler había salido. En el tiempo que Leopold tuvo que esperar, habría podido encontrarse una aguja perdida en el piso de Anki. Leopold bajó al sótano, cogió un cesto de leña y calentó la gran estufa de azulejos blancos. A continuación se rodeó de dos mesas llenas de libros, puso los pies en una silla y comenzó a leer.

A la mañana siguiente, Leopold se levantó tarde. Ahora era un hombre libre, no tenía nada que hacer, no tenía que ir a ninguna parte, nadie podía llamarlo o encargarle la redacción de un artículo. En el *Berliner Allgemeine Zeitung* había un artículo de Manberg, y

Leopold pensó si debía anular su suscripción al periódico. Había que considerar esa posibilidad, por supuesto, ya que uno tiene que librarse de los enfados superfluos, pero no había ninguna prisa después de todo, y los artículos del doctor Achtermann merecían mucho la pena. Cuando estaba desayunando, entró la señora Janke, la mujer de la limpieza, y le contó que su marido había llegado borracho a casa y le había pegado. Se desabotonó la blusa y mostró a Leopold un verdugón azulado debajo del hombro. Le dio lástima la señora Janke, su marido debía de ser realmente un maldito bruto. Ella era una persona buena y orgullosa, y parecía tener un corazón espléndido.

—¿Qué profesión tiene su marido? —preguntó Leopold.

—Albañil, y ¿sabe usted, señor Chindler? Se lo digo yo, los albañiles son todos así. Ahora no tienen nada que hacer porque está helando, y eso los pone furiosos y los enloquece. Mi marido ganó mucho en verano, pero si cree usted que ha ahorrado algo, se equivoca. Ni cinco centavos, ni siquiera la mitad de eso. Yo soy quien gana todo el dinero, ¡y a cambio recibo una paliza! ¿Va a tomar un baño hoy? ¿Quiere que deje correr el agua?

—Sí. Por favor.

La señora Janke regresó.

—El agua ya sale bien caliente —dijo ella, y luego añadió—. No irá a contar usted por ahí lo que acabo de decirle, ¿verdad?

—No, mi querida señora Janke, no lo haré.

—No lo haga. Ese Reyt de ahí enfrente, el que le suministra la leche, es un pérfido. Hay que tener cuidado con él.

—¿Qué edad tiene su marido?

—Treinta y uno, y yo tengo treinta y cuatro —dijo la señora Janke —. Tal vez no sea bueno que la mujer tenga más edad que el hombre, pero yo pienso así: todavía no soy ninguna anciana. En mí podría hallar un hombre mucho placer todavía.

La señora Janke se llevó las manos a las caderas y miró por la ventana. Tenía unos ojos de color azul claro, una nariz bonita y recta y el cabello rubio.

Después del baño, Leopold llamó por teléfono a Anki, y esta vez le dijo Marie enseguida que la señora Scheler había salido.

Leopold se quedó preocupado. «¿No voy a volver a verla nunca más? ¿Se acabó todo? ¿Lo he destruido todo?» Fue al escritorio y escribió una carta larga a Anki. La llevó él mismo a Correos y la mandó por mensajería urgente.

—Son las once y diez —dijo el funcionario—, el destinatario recibirá la carta a eso de la una.

Anki estaba almorzando cuando llegó la carta de Leopold. Empujó

hacia atrás su silla, rasgó el sobre y se puso a leer. Por aburrimiento, Hans Karl vertió la compota en su vaso de agua y cubrió el nuevo mantel blanco de grandes manchas rojas, pero Anki leía y no veía nada. Había nevado toda la mañana, y Anki se irguió y puso la carta de lado hacia el exterior para que cayera más luz sobre las letras. Cuando hubo leído la última frase, apartó a un lado el plato, puso la cabeza sobre el mantel y se echó a llorar. A Hans Karl le entró miedo y volcó su vaso. Eso era algo de muy mala educación, y miró a su madre por si iba a regañarle. Anki lloraba y no veía nada. A Hans Karl le entró mucho miedo y se levantó.

—¡Mami! ¿Por qué lloras? ¡Mami! ¡Queridísima mami! ¡Por favor, no llores! ¡No debes llorar!

Rodeó el cuello de Anki con su pequeño y blando bracito y se echó a llorar también. Anki se incorporó y acarició al niño.

—Ven —dijo ella, y sonrió al ver el semblante triste del pequeño Hans—, ven, ahora vamos a continuar comiendo. Me he puesto un poco triste, pero ahora todo está otra vez bien. Tú eres mi pequeño conejito, el mejor de todos y el más querido de todos.

Tras la partida de Inge, Anki había mandado que le instalaran una toma de corriente al lado de la cama, y cuando Hans Karl acabó el almuerzo, ella fue a su dormitorio y llamó por teléfono a Leopold.

—Si quieres, puedo ir ahora mismo —dijo Leopold—. Ahora soy tan libre como una ardilla en la naturaleza.

Anki fue al cuarto de baño e intentó arreglarse un poco los ojos. Cuando sonó el timbre, corrió a la antesala y abrió ella misma la puerta.

Con las prisas, Leopold se había puesto unos guantes finos de verano sin darse cuenta, y ahora tenía los dedos azulados de congelación y completamente entumecidos. Anki cogió la mano derecha de Leopold entre las suyas y se la calentó.

—Te he ofendido —dijo él—, pero no pretendía hacerlo, yo quería...

—Calla —dijo Anki—, fue un día terrible, y además era un domingo, que de por sí ya es muy difícil de soportar. Sé que me amas... Tengo que aprender a dominarme, pero esa mujer es mi peor enemiga, le enviaría un veneno para ratas si supiera cómo se prepara eso.

—No volveré a ir a su casa —dijo Leopold.

Se había esperado que Anki rehusaría su sacrificio y que le diría que le era del todo indifente, que podía ir adonde quisiera. Su carta le había vuelto a decir otra vez lo mucho que la amaba, y ahora estaba de nuevo a su lado, y solo tenía que mirarlo a la cara para darse

cuenta de a quién pertenecía su corazón. Sin embargo, Anki le tomó de inmediato la palabra y se sintió dichosa.

—Tú no la quieres —dijo—, pero ella te quiere a ti, claro que sí... Es como yo te digo, todavía no ves sus intenciones, pero yo las conozco perfectamente. Es una bestia astuta... pero ahora están las cosas bien. No me habría atrevido a exigir de ti que dieras ese paso, pero ahora me has hecho muy feliz. ¡Ah! Eres bueno conmigo, y me avergüenzo de haber estado tan tonta ayer y no haberme puesto al teléfono. Pero es que no habrías sacado verdaderamente nada de mí... Me habría puesto a llorar y no habría podido decir ni palabra, tal vez fue incluso mejor no ponerme al teléfono.

Era muy duro realizar ese sacrificio. Erika Welter le era completamente indiferente a Leopold, y su comentario sobre el vestuario con el que representaría a Hamlet era tan trivial que ni siquiera le interesaba ya como actriz. Sin embargo, a Leopold le resultaba amargo doblegarse y obedecer, someterse a la voluntad de otra persona. Cuando era un muchacho, su madre había prohibido a Leopold que tuviera trato con un compañero de la escuela, Balthasar Vierling, el mejor amigo que tenía en la escuela, y la terrible consecuencia de esta cruel prohibición —Vierling se había pegado un tiro en la escuela— había infligido en el corazón de Leopold una herida que no había curado nunca. Leopold pensó en Vierling y en su madre y se dijo a sí mismo que siempre había sido su cometido hacerse valer, imponerse frente a los demás[70].

Franziska fue al escritorio y buscó una carta de Inge que quería enseñarle a Leopold. Leopold observó cómo Franziska desmontaba los montoncitos de su correspondencia, cuidadosamente apilados, y dijo:

—Soy una persona que necesita mucha confianza. Hay que recordar siempre que amarse no significa ni de lejos conocerse.

Anki había encontrado la carta, pero la dejó sobre el escritorio y miró a Leopold.

—Todo el mundo tiene experiencias —prosiguió Leopold— que oculta. Durante mi época escolar, mi madre estaba en contra de cada uno de los amigos que llevaba a casa. Si al menos me hubiera proporcionado otras amistades, mejores y más inteligentes de las que yo podía encontrar, entonces ella podría haberme encauzado, pero su infatigable aversión a cualquier persona que me gustara fue como una continua guerra preventiva de un poder muy grande contra otro mucho menor, y el mero recuerdo de aquellos tiempos toca algunos puntos de mi corazón que son extremadamente sensibles.

Anki esperó por si Leopold iba a continuar hablando, y como permencía en silencio, cogió la carta de Inge y se la tendió a Leopold.

—Inge me ha escrito una carta larga. ¿Te gustaría leerla?

Richard Scheler había visitado al señor y a la señora Von Klemm, e Inge informaba a su hermana acerca de la visita.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Anki—. Ya no quiero leer esas noticias. No tengo nada en contra de Richard, pero quiero que acepte nuestro divorcio y me deje en paz. No podría casarme con él, como tampoco podría hacerlo con mi peluquero o... no sé con quién...

—Escribe a tu madre y pídele que Inge actúe en ese sentido —dijo Leopold.

—Es una buena propuesta —dijo Anki—, ¡lo haré!

Leopold se levantó.

—Debería escribir algunas páginas —dijo él—, quiero terminar un artículo. Adiós. Volveré mañana...

Salió del cuarto, y Anki se quedó tan desconcertada que no volvió de nuevo en sí hasta que oyó cerrarse de golpe la puerta del pasillo. Corrió a la ventana y vio que Leopold se subía apresuradamente a su coche y se marchaba de allí con rapidez.

Anki echó un vistazo a su reloj de pulsera. Eran las cuatro y media, y cuando fueron las cinco y, según sus cálculos, Leopold debía estar en casa, lo llamó por teléfono.

—¿Por qué te marchaste corriendo antes? —preguntó en voz baja.

Leopold no respondió.

—¡Eh! ¡Leopold! ¿Estás de mal humor? ¿Tengo yo la culpa? ¿Te he ofendido? ¿He vuelto a cometer alguna estupidez?

—No... Pero ¿sabe usted, Franziska? Me ha vencido, y primero tengo que aprender a digerir eso... me refiero al hecho de haberme vencido...

Franziska entendió solo que Leopold la había tratado de usted y no sabía qué decir. Permaneció callada al teléfono, y Leopold también, y al cabo de un rato, Anki colgó. La habitación estaba a oscuras, encendió la luz y caminó de un lado a otro unas cuantas veces. «Hay que dejarlo estar», pensó, «seguramente es un capricho suyo... Tiene tan pocos caprichos...».

Pensó en Richard y sintió que se habría enfadado mucho con él si se hubiera portado de esa manera, pero con Leopold no estaba nada enfadada. Lo amaba, y le era completamente indiferente cómo se comportara.

«Escribiré a mamita», pensó, «ese fue un buen consejo de él». Desenroscó su estilográfica y se inclinó sobre el pliego de papel, y en ese instante se le pasó por la cabeza que Leopold debía de estar también sentado frente a su escritorio, trabajando. Ella lo había visto algunas veces mientras escribía, y era asombroso cómo le cambiaba la

cara. A veces murmuraba al escribir o se levantaba, daba una vuelta alrededor de su silla y volvía a sentarse, pero él no se daba cuenta para nada de lo que hacía: tenía la mente en otra parte, sus ojos grandes espiaban en el mundo desaparecido de generaciones antiguas, el caos de la historia en la que su mente intentaba poner orden.

Anki escribió algunas líneas y dejó la pluma. «¿Por qué le he vencido en realidad? ¿Qué quería decir con eso?»

Se levantó y fue al dormitorio, y poco después salió de casa con sombrero y abrigo.

La señora Janke abrió, y Anki fue directamente a la habitación de Leopold. Leopold estaba sentado al lado de la estufa. Tenía delante una botella de coñac, y olía bastante a alcohol. Anki se quitó el sombrero y se sentó con el abrigo puesto sobre las rodillas de Leopold.

—¿Por qué me has tratado de usted antes al teléfono? ¿Por qué te he vencido?

Leopold recostó la cabeza contra los azulejos calientes de la estufa y miró a Anki a la cara.

—Fue un error por mi parte ir a casa de Erika Welter, pero sueño con una mujer que ame incluso mis vicios.

—Vuelves a luchar otra vez solo contra ti mismo —dijo Anki—. ¡Te amo como eres, por mí puedes tratarme incluso de usted!

Leopold se sirvió otra copa y se la bebió entera de un tirón. A Anki no le pareció bien esa acción, detestaba que los hombres olieran a alcohol, pero no dijo nada y se puso a contemplar la frente de Leopold.

—¿Vuelves a pensar en ese periódico? —preguntó ella—.

—Sí.

—¡Deja eso en paz! ¡Tienes que olvidar ese disgusto estúpido y dejarlo detrás de ti!

—¡Valor! —dijo Leopold—, valor... Todo lo demás viene por sí solo. Achtermann y yo... los dos habríamos podido hacer un montón de cosas en ese periódico. En lugar de ello, esos cobardes me han hecho marchar y han mantenido al estúpido de Manberg... Pero dejémoslo ya... ¿Sabes por qué te he tratado de usted antes?

—No.

—Te amo mucho, solo quería hacerte recordar que no soy solo tu amor, sino también una persona, y una persona significa una persona desconocida, y una persona desconocida significa: ¡secretos! Cuando los secretos se terminan, se acaba el amor...

Anki no entendió a Leopold, pero es que solo le había prestado atención a medias. Adoraba sus ojos, y su frente, y las raíces de su cabello, y lo que más adoraba de todo era el sonido de la voz de

Leopold. Esa voz era tan oscura como el sentido de algunas palabras que él sabía pronunciar.

---

67. La pieza de Édouard Bourdet *La Prisonnière* (estrenada en 1926) fue una de las obras teatrales francesas más representadas en la República de Weimar; la obra estrenada en alemán por Max Reinhardt (el 21 de mayo de 1926 en el Theater in der Josefstadt de Viena) fue retomada en 1927 también en el Teatro en la Kurfürstendamm de Berlín, con Helene Thimig en el papel de protagonista.

68. El proverbial malabarista Enrico Rastelli (1896-1931) actuó también en Berlín en el año 1930.

69. Traugott Müller (1895-1944) trabajó como escenógrafo sobre todo para Erwin Piscator; el nombre de «Gregor» puede referirse al director real del estreno en alemán, Max Reinhardt, cuyo apellido es corriente también como nombre de pila. Las ideas de Leopold Chindler acerca del vestuario teatral hacen referencia a las famosas escenografías de Leopold Jeßner sobre obras dramáticas de Schiller (1924) y de Shakespeare (1926), que no pretendían convertir el escenario en un seminario de historia y que mostraban a los protagonistas como personas modernas con sus correspondientes ropas (cf. Ulrike Hessler, *Bernard von Brentano. Ein deutscher Schriftsteller ohne Deutschland,* Fráncfort del Meno, pp. 226 y s.).

70. Este episodio está narrado en detalle en la novela *Theodor Chindler* (1936). Bernard von Brentano, *Theodor Chindler. Novela de una familia alemana,* Madrid, Alianza Editorial, 2018, traducción de Jorge Seca, pp. 155-186, 266-281. Inmediatamente después del recuerdo de Vierling, Brentano suprimió una buena página con los recuerdos que Leopold Chindler tiene de Fritz Ulbrich, un compañero de clase suyo en Heidelberg, y de sus interpretaciones de las obras de Goethe y de Schiller, pero la suprimió sin adaptar la continuación del texto («Leopold pensó en Vierling, en su madre y en Ulbrich y...»). En esta edición hemos eliminado «y en Ulbrich».

Capítulo 18

El tiempo es lo que sois, y sois lo que es el tiempo, solo que sois menos aún de lo que es el tiempo.
Paul Fleming

1

Herbert Müller tuvo una buena ocurrencia: llamó por teléfono a Leopold y le propuso escribir un prólogo para la segunda edición de su libro.

Anki se levantó y salió de su habitación. Hans Karl se había resfriado y estaba en la cama, y Anki fue a ver a Luise, que le mostró una chaquetita roja que estaba tejiendo para Hans Karl.

Leopold estaba sentado en el escritorio de Anki (que era muy pequeño y cojeaba) y esbozaba su prólogo. Se quedó hasta la cena y luego se fue temprano a casa porque tenía que consultar un libro de su biblioteca para ese trabajo.

A la mañana siguiente se levantó a las seis y media y comenzó a escribir el prólogo. La señora Janke había ordenado las habitaciones, y Leopold oyó cerrar la puerta del pasillo al marcharse. Ahora reinaba el silencio en el piso, y Leopold trabajó con rapidez y a buen ritmo, mientras avanzaban lentamente las agujas del pequeño reloj azul que le regaló Franziska y que Leopold había colocado encima del escritorio.

A las once sonó el timbre de la puerta. ¿Sería Anki otra vez? Leopold levantó la cabeza y la ladeó un poco para escuchar con atención. Sin embargo, Anki iba raras veces a casa de Leopold, y casi nunca sin haber llamado por teléfono primero. Una vez ella se topó con Gertrud Spalding, y no quería exponerse una segunda vez al peligro de toparse en la calle Schaper con una persona que pudiera cotillear acerca de sus visitas. «Será uno de esos desdichados vendedores ambulantes», pensó Leopold, y decidió no abrir. Sonó por segunda vez y Leopold, se levantó; tal vez sí se trataba de Anki o de un correo neumático de ella. En el vestíbulo espió a través de la mirilla y divisó el abrigo de piel de una señora que estaba de espaldas a la puerta. Abrió. Era Erika Welter. Llevaba un sombrerito marrón, sobre el que había echado un velo, pero Leopold la reconoció de

inmediato.

—¿Estaba durmiendo todavía? —preguntó la actriz—. ¿Lo he despertado?

—Estoy trabajando.

—Esa es también una buena ocupación. Especialmente por las mañanas. ¿Me permite entrar de todos modos? No lo entretendré mucho tiempo.

Erika Welter entró. Dejó sus guantes de conducción marrones, gruesos, forrados de piel rojiza, encima del manuscrito del prólogo y su sombrero en la estantería de los libros. A continuación se sentó en el sofá y se frotó los dedos entumecidos.

—Está haciendo frío —dijo Leopold.

—Pero si se da cuenta de todo —dijo la actriz—. ¿Tiene algún licor?

—¿Un coñac?

—No necesariamente. Es cierto que me comporto como un hombre, pero no lo soy. Mejor alguna mezcla.

Leopold mezcló vermut con ginebra y le tendió la bebida a Erika Welter. Después fue a la cocina en busca de un limón, y cuando regresó, Erika Welter dijo:

—Su charla sobre el vestuario teatral fue tremendamente inteligente. ¿Cree de verdad que podría interpretarse a Hamlet en frac?

—No. Eso sería una exageración hacia el otro lado.

—Pero eso es lo que dijo usted ayer.

—Insinué que exageramos ciertas inclinaciones históricas. Nuestros vestuarios teatrales son demasiado pesados. Hay que contenerse en el uso de esos disfraces carnavalescos y vestir a Hamlet de modo que produzca la impresión de ser un estudiante meditabundo de buena familia que se encuentra en una situación difícil.

—Fehling[71] quiere llevarme al Teatro Estatal. Me pide que interprete allí el papel de Leonore del Tasso. ¿Podría hacerse también sin vestuario?

—Eso sería difícil —dijo Leopold—. Sin embargo, yo dejaría de lado todo colorido local. La señora Von Staël dice que es una corte alemana con personajes alemanes la que aparece en la obra, y eso es una observación correcta. La acción de Tasso transcurre en Weimar y no en Ferrara.

Erika Welter apuró su copa.

—He leído su libro... Lo encuentro fascinante.

Dirigió la mirada al escritorio de Leopold y preguntó:

—¿Está escribiendo algo nuevo? Debería escribir una obra teatral.

—No soy poeta —dijo Leopold.

—El señor Bourdet no lo es tampoco. Usted podría escribir una pieza de mayor calidad que la «Prisionera», y yo la interpretaría. ¿Me ayudaría en el caso de que interpretase a Leonore?

—Entiendo demasiado poco de teatro, probablemente le endilgaría cualquier bobada.

—No lo creo... Usted reflexiona al menos... ¿Por qué huye de mí?

—Hoy es miércoles y estuve el domingo en su casa. ¿Llama usted «huir» a esto?

—¿Ama a esa mujer?

—¿A qué mujer?

—Ya sabe a quién me refiero.

—Amo a una mujer, pero no sé a quién se refiere.

—Franziska Scheler.

—El conde Le Tocque me pareció muy simpático —dijo Leopold.

—Tiene buena planta —dijo Erika Welter—. Está emparentado con el rey de Sajonia. Pero usted es más interesante y más inteligente.

Leopold no respondió. Erika Welter se levantó y apoyó la espalda contra la puerta del comedor, mientras Leopold permanecía de pie en la pared opuesta de la sala, frente a la puerta que conducía a su dormitorio.

—Tu libro es muy bueno, pero tus ojos son aún mucho mejores. Podrías hacer cosas tremendas si... No necesitas a las mujeres... ¡necesitas los sueños de las mujeres! ¿Vas a casarte con ella?

—Sí.

—¡Por mí muy bien! Pero yo te quiero, y quiero que me quieras.

—El corazón humano no está en condiciones de obedecer órdenes.

—Tienes miedo del amor.

Leopold no replicó.

—¡Eso es! Todavía no sé muy bien cómo eres, pero hay hombres que aman solo a mujeres que son sus esclavas. Ese es un amor enfermizo... Necesitas enfrentamientos.

—¿Enfrentamientos? —repitió Leopold—. Oh, Dios mío, de ese artículo ando bien provisto.

Erika Welter dio dos pasos y contempló un grabado que estaba colgado de la pared por encima de la cabecera del sofá.

—¿Quién es?

—Mi abuela. La madre de mi madre.

—Te pareces a ella. Desciendes de gente bastante buena. Yo soy una proletaria, pero en mis venas corre la fuerza del pueblo... El Tasso, ¿es una buena obra teatral?

—El papel de Leonore es difícil.

—Todavía no la veo —dijo Erika Welter—, tengo que volver a leer la obra. Pero la vida es también difícil. Una vez es el hombre el que no quiere, y otra vez es la mujer. ¿No te parece anticuado eso?

Se originó una pausa. Luego Erika Welter dijo:

—Me da lo mismo si me amas o no. Quiero que me ayudes si me dan el papel de Leonore. Estoy buscando un estilo completamente nuevo, una forma del todo nueva, ya veo los contornos, pero... tienes que ayudarme.

—Podría ser que próximamente me fuera de viaje.

—¿Cómo es eso que de pronto puedas irte de viaje? —preguntó la actriz, sorprendida—. Pensé que trabajabas en el *Berliner Allgemeine.*

—Ya no.

—¿Te has ido?

—Sí. Me he ido.

—¿Con bronca?

—Sí.

—Me estás gustando cada vez más. ¡Eres un hombre con valor!

—No sé si el paso que di fue especialmente inteligente, pero por desgracia no había ninguna otra solución.

—¿Te resulta imprudente tu conducta?

—Ya no soy un niño, y usted sabe que la admiro mucho.

—Al menos *una* buena palabra... pero le creo, le creo con gusto. Tú... Leopold... ¡No seas pez! No me comporto mal... Eso lo sé, pero me da igual... Todo me resulta indiferente porque en mi cabecita tengo un plan muy grande. Podría convertirme en un tipo completamente nuevo de actriz... te amo mucho... puedes creerme que me ha costado muchísimo venir a tu cuchitril... y haber llamado dos veces al timbre, además... Nosotros dos podríamos sacar al mundo de quicio. ¡Tu libro es magnífico! En el capítulo sobre la bailarina lloré a moco tendido. Willi Braun es la mejor persona con la que me he topado en la vida, tú eres la persona más inteligente. Quiero prestarte atención... ¡quiero saber todo lo que sabes! No tienes ni idea de lo estúpidas que son la mayoría de las personas. Me gustaría interpretar a Ifigenia, pero necesito una cabeza como la tuya que me la explique...

Erika Welter se calló, y Leopold necesitó todas sus fuerzas para no moverse de su sitio. La empatía demoníaca de la genial actriz le había inspirado exactamente las palabras que estimulaban, seducían, debilitaban y dejaban anhelante a Leopold, lo había pillado justo en el punto más sensible: a veces no era fácil escuchar a Anki porque ella a menudo no se esforzaba por entenderlo a él. Poseía una escasa empatía, no tanto como mujer sino como intelecto. A ella le resultaba penoso y difícil consolar a Leopold cuando estaba deprimido, o

estimularlo cuando no había manera de que se le ocurriera nada. Ella lo quería masculino —¡y además siempre!—, y eso significaba a sus ojos: inteligente, con aplomo, sereno y seguro de sí mismo, pero a pesar de que esas exigencias ingenuas eran a veces muy molestas y en ocasiones incluso hirientes, sin embargo las heridas que se producía Leopold en esas esquinas eran curativas, y además mucho más curativas que aquel tipo de comprensión falsa, impostada, que se compone de debilidad, sentimentalismo y carencia de principios, ¡y que en realidad no entiende nada más que la debilidad (de los demás), la dureza (de los demás) y la falta de principios (de los demás)! Leopold defendió una vez a Valerie Bendemann y su comportamiento frente a Otto Bendemann y trató de encontrarle una explicación por la educación y por su ascendencia. Anki escuchó con atención, pero cuando Leopold hubo expuesto sus argumentos y se calló, dijo: «¡Una persona no puede comportarse de ese modo!», y así dio por liquidado el caso. «Ayer me diste el conocimiento de algo muy notable», le dijo Leopold a Anki al día siguiente, «entenderlo todo significa no entender ya absolutamente nada».

Leopold guardó silencio y contempló los zapatitos y los delicados tobillos de aquella bella mujer. Erika Welter vio que había perdido el combate por aquel hombre enigmático y terco. Se encontraba en una situación horrible y pensó en atreverse a una acción extrema despojando a su cuerpo de la ropa, cuando Anki acudió en su ayuda y le procuró un mutis que transformó en una pequeña victoria la derrota inmerecida de su valentía pasional, un acto que quedaría grabado para siempre en la memoria de Leopold.

Sonó el timbre. La actriz levantó la cabeza y acechó en dirección a la puerta.

—¡Ha sonado el timbre! ¿Es esa mujer?

—Probablemente.

El timbre sonó por segunda vez, y la actriz se dirigió al centro del cuarto.

—¿Es ese tu dormitorio? —preguntó Erika Welter señalando con el dedo la puerta del dormitorio.

—Sí.

—Vamos, ve a abrir. Yo voy al dormitorio, y cuando ella esté aquí contigo, me marcharé. ¡Adiós y llámame! ¡Dame la mano! Y sé un hombre de honor y mantén la boca cerrada.

Cogió su sombrero y los guantes forrados de piel y desapareció en el dormitorio mientras Leopold se dirigía despacio a la puerta del pasillo.

Era Anki.

—¿Estabas durmiendo? —preguntó.

—No. Estoy escribiendo mi prólogo. No tenía ni idea de que fueras tú quien estaba frente a la puerta. Todo el día vienen mendigos, y en realidad no iba a abrir. Ya han llamado a la puerta esta mañana una vez.

Anki entró en el cuarto de trabajo de Leopold, y él la siguió y cerró la puerta tras de sí. Erika Welter había desaparecido, pero en la habitación flotaba una fragancia intensa a violetas y a almizcle.

Anki cogió unas tijeras grandes del escritorio de Leopold y abrió un paquete que había traído consigo.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo ella—, ¡siento curiosidad por ver qué cara pones!

Leopold se sentó frente a su escritorio. En los guantes de la actriz habían quedado prendidos unos copos de nieve helada. Los copitos se habían derretido con el aire caliente del cuarto con calefacción intensa y los diminutos lagos en los que se disolvieron forzosamente habían diluido una línea del prólogo como una lágrima diluye la carta de un desdichado... El agua había borrado las palabras «y la crítica», y el papel se había ondulado un poco en ese lugar. Leopold abrió el cajón, sacó otro papel secante blanco y lo colocó sobre la parte dañada.

Anki había desembalado el paquete y dijo:

—¿Se perfuma tu mujer de la limpieza? Tu habitación huele a un perfume horrible.

Leopold se levantó y abrió la ventana.

—Mi buena señora Janke es muy infeliz por desgracia —dijo—. Me ha contado recientemente una larga historia. Su marido no gana nada y le pega. ¡Me da lástima esa mujer! Es una persona orgullosa y muy honrada... Pero...

En ese instante la puerta del dormitorio se abrió, y poco después se cerraba la puerta del pasillo. Leopold volvió a cerrar la ventana y miró a la calle. Erika Welter atravesó el jardín delantero de la casa y se subió a su coche. Había dejado de nevar. Entre las nubes del cielo se ensanchaban pequeñas ventanas de color azul claro que fueron haciéndose cada vez más grandes.

Anki entregó a Leopold un lote de fotografías. Eran instantáneas que ella había tomado en el viaje por Polonia. Anki se colocó detrás de Leopold y miró cómo él contemplaba las fotografías. Algunas imágenes eran buenas, algunas muy buenas, y tres tomas que Leopold puso en el escritorio eran magistrales.

—Son unas fotos excelentes —dijo él.

—Estoy muy orgullosa —dijo Anki—. Al fotógrafo le parecieron también buenas, creo que por primera vez en mi vida he hecho algo

bien. ¡Eso se debe a tu influjo!

2

El prólogo estaba listo, y Herbert Müller envió el manuscrito a la imprenta.

—Tan solo he olisqueado su texto —le dijo a Leopold—, leeré su obra maestra una vez esté el manuscrito compuesto en el taller tipográfico.

Leopold se había levantado temprano, pero su escritorio estaba vacío. No tenía nada que hacer y decidió no escribir una sola línea durante una semana y tomarse unas vacaciones. Ahora era un hombre libre, quería deambular por ahí, pasear y mirar a los berlineses, *vedere e farsi vedere*[72]. Su automóvil necesitaba gasolina. Compró veinticinco litros, pero mientras estaba pagando la cuenta, se le pasó por la cabeza que las cosas no podían continuar de esa manera. Tenía que vivir con menos gastos, y si no encontraba ningún puesto de trabajo, tendría que vender el buen amarillo. Condujo despacio por la calle Tauentzien abajo y pasó por el Puente de Hércules hacia el Tiergarten. Junto a la Puerta de Brandemburgo decidió ir al museo Kaiser Friedrich y contemplar algunos buenos cuadros durante una hora. Habían colgado en otra sala *El hombre con yelmo dorado,* y en opinión de Leopold habían acertado en la elección de este nuevo emplazamiento. Estuvo contemplando media hora ese enigmático autorretrato. En el camino de vuelta descubrió dos cuadros pequeños de Canaletto: *La plaza del mercado de Pirna* y *La puerta principal de Pirna,* encantadoras obras del vedutismo. Todavía tenía tiempo, y se dirigió a la Galería Nacional para echarle un vistazo a la «cortina» de Menzel, un cuadro que adoraba por encima de todos los demás. Qué largo camino se había recorrido hasta llegar a ese cuadro, desde Rembrandt hasta Menzel... Qué plétora de batallas había librado el audaz, inquieto, insaciable espíritu de Europa (y de muchos hombres valientes) para avanzar hasta esa cortina y pintar un cuadro en el que «no había nada» más que luz y sombras, una cortina, un espejo, un trozo de suelo y una brisa que juega con el tejido fino, que acaricia su cuerpo suave, impasible.

Anki se había ido de viaje por tres días a casa de sus padres, y Leopold comía en el pequeño restaurante de la calle Kant en el que tan a menudo había comido con Anki. Después de comer condujo a lo largo de toda la avenida de Frankfurt hasta el final de la gigantesca ciudad y regresó, se tomó un café en la avenida Kurfürstendamm y al atardecer se metió en un cine. Al día siguiente fue a buscar a Wilhelm

Braun y acudió con él a casa de Spalding. Spalding había pintado un cuadro nuevo y le había pedido a Leopold que le permitiera mostrárselo. El cuadro no era especialmente bueno. Se veía un paisaje de las tierras ribereñas del río Havel, pero Spalding no había transformado la naturaleza, apenas la había reagrupado. Un haya caída que formaba una diagonal potente de izquierda a derecha estaba bien pintada. El gris claro de la corteza era la pista de baile de algunas luces que estaban hábilmente dispuestas y brillaban misteriosamente, pero eso era también todo lo que podía gustarle de ese cuadro a un espectador. Igual que un mal poeta utiliza las experiencias de otras personas en lugar de extraer las suyas propias, así Spalding no había pintado la naturaleza, sino que la había copiado. Su alma se había vuelto seca y mísera, las impresiones que sus ojos le transmitían no hacían que le hirviera la sangre. Solo veía lo que todo el mundo veía, y empleaba determinados logros del expresionismo para engañarse a sí mismo y a los demás con detalles difíciles. Su paisaje era tan aburrido como un árbol bello que ha sido talado y transportado a un taller.

—Se ha buscado usted un buen rincón —dijo Wilhelm Braun—. Creo que conozco esa región.

Spalding entrecerró los ojos y miró a Wilhelm Braun. ¿Se daba cuenta de que el entusiasmo de Wilhelm era solo mediano? Sí, se daba cuenta. En algún momento fue una persona talentosa, y al contemplar ahora a Wilhelm Braun, se elevó en él un resto del talento que se hallaba oculto en algún lugar, en un rincón apartado de su alma destrozada y agotada.

—¡Un momento! —exclamó—. ¡No se mueva en unos segundos!

Cogió un bloc de dibujo, se puso dos lápices entre los labios y comenzó a desplazar el tercero por el papel. Leopold se sentó en una caja y contempló el taller, que estaba sumido en un gran desorden. Wilhelm Braun había adoptado una pose inmóvil de modelo y contemplaba un marco grueso y dorado con puntas y cantos y con profusión de oro engastado. Cinco minutos después, Spalding mostró a sus visitas lo que había hecho: una caricatura magistral. El comentario cauto de Wilhelm le había impactado profundamente, y Spalding había dibujado la cara de Wilhelm con aquel odio asesino que podía sentir por sí mismo, por su talento venido a menos y por su miserable facultad de engañarse una y otra vez a sí mismo. La caricatura, en la que ningún trazo era excesivo, mostraba con una fantástica exageración exactamente la mitad de las cualidades de Wilhelm: su soberbia, su sensibilidad y su misantropía.

Wilhelm miró la hoja de papel y se echó a reír:

—Me ha transformado usted en un cerdo.

El comentario de Wilhelm era excelente: Spalding se había convertido en una mujer vieja frustrada, y su postrera habilidad consistía en el hechizo de convertir en cerdo a todo aquel que no quería adorarlo.

En ese instante entró Gertrud Spalding. Llevaba su eterna vestimenta gris, y sobre su hermosa cabellera rubia, un gorro con borla de seda negra.

—¡Visitas importantes! —dijo ella.

Estaba sorprendida de ver a tanta gente en el taller de su marido, y al mismo tiempo asustada. Sabía que Spalding ya no era capaz de hacer mucho, pero al ver a Leopold y a Wilhelm Braun ante el cuadro nuevo, se preguntó si no se habría equivocado tal vez en su juicio. Se había casado con Spalding cuando este estaba al final de su fuerza creadora, pero ella creía que recomenzaría entonces (Gertrud dijo: «comenzar de verdad»), y esa esperanza era tan tenaz como la vida misma. El triste desarrollo de Spalding pisoteó el anhelo de Gertrud por la fama y el éxito, pero a pesar de todo continuaba vivo. Igual que un gusano partido en dos continúa vivo e igual que un cactus revive con una gota de agua, así volvió a enderezarse también la esperanza de Gertrud cuando divisó a Wilhelm Braun y a Leopold Chindler frente al cuadro nuevo de su marido: «dos», como opinaba ella y tal como estaba escrito en los periódicos, «dos hombres de fama y de éxito».

Spalding entregó la caricatura a Gertrud, y Gertrud profirió un grito claro. Vio de inmediato que el dibujo era excelente y... atroz.

—Tienes un alma como una cuchillería —le dijo a su marido.

—¡Disculpa, Gertrud! Yo no dibujo con alma —dijo Spalding—, sino con lápiz. —Miró en dirección a Leopold, y después de reflexionar unos instantes, añadió—: ¡Además, yo no juego al alza sino a la baja!

Gertrud se sentó encima de la caja junto a Leopold y se puso a contemplar el paisaje con el haya arrancada de raíz.

—Me parece bueno el cuadro —dijo ella.

—A mí me parece también bueno el cuadro —dijo Wilhelm Braun.

Gertrud invitó a Leopold y a Wilhelm a cenar, y los dos amigos decidieron ir a casa de los Spalding.

Anki había regresado de Klein-Machnow, y Leopold le preguntó si tendría ganas de ir a casa de los Spalding. Ella titubeó, no la habían invitado, dijo.

—Eso puede arreglarse —dijo Leopold—. Gertrud Spalding es una esnob, ¡si vienes estará orgullosa y feliz!

—¿Por qué quieres que vaya? —preguntó Anki, que puso una cara

triste.

—Vale la pena estudiar a las personas —dijo Leopold—. Spalding no es un tipo corriente.

Los Spalding poseían un piso pequeño en la calle Tiergarten, en el barrio más caro de Berlín. Franziska quiso ir sola para no aparecer por allí en compañía de Leopold, y cuando Leopold llegó poco antes de las ocho, ella ya estaba sentada entre el ama de casa y un abogado, un tal doctor Eberhardt, y su callada y reflexiva esposa. La sala de estar de Gertrud estaba repleta de muebles, como el escaparate de un anticuario, con más mercancía que sitio para colocarla, pero los Spalding poseían algunas piezas muy bonitas.

—Tienen unos muebles maravillosos —le dijo Anki a Gertrud, y se puso a mirar los herrajes de una cómoda barroca con una bella curvatura.

Rudi Spalding salió de la habitación de al lado y dijo a su esposa que el doctor Braun había llamado y que no podía llegar hasta después de la cena, lo habían llamado para visitar a un paciente.

Gertrud se levantó y pidió a todos que se dirigieran a la mesa, y los invitados fueron al comedor contiguo. En la velada en la casa de Herbert Müller, Anki había pasado por alto a Spalding, y al estar ahora sentada al lado del pintor, trató de observarlo. Era pelirrojo, tenía los ojos azules y una boca gigantesca. Sus ojos parecían jóvenes aún, casi aniñados, pero el rostro del hombre de cincuenta años estaba cubierto de pliegues y de arrugas, huellas de aquellas tensiones constantes y desmesuradas bajo las cuales vivía el artista. Anki encontró desagradable el pelo (por su color), pero la cara de Spalding destacaba, y sus manos huesudas parecían bien dotadas y simpáticas. Spalding se sentía inseguro y nervioso esa noche. Franziska lo perturbaba, y estaba enfadado con su esposa por haber extendido aquella invitación tan superflua.

Gertrud Spalding procedía de una buena familia; su padre había sido secretario de Estado en el Ministerio de Hacienda, y Gertrud intentaba proseguir sus relaciones con el gran mundo también como esposa de un pintor. Spalding se resignó porque no le gustaba estar solo por las noches y porque por esa vía vendía de vez en cuando algún cuadro, pero él continuaba siendo una persona inhibida, y una aparición como la de Anki le resultaba ajena. Veía que era bella, pero se imaginaba que era soberbia, y lo fastidió que comenzara una conversación convencional con la esposa del doctor Eberhardt.

La mesa oblonga del comedor estaba adornada de claveles blancos y servida con mucho gusto. Gertrud había heredado una bonita vajilla de plata, y la mesa estaba iluminada por dos enormes candelabros

estilo imperio[73] de cuatro velas. Gertrud se había tomado muchas molestias, y Anki decidió sacar sus candelabros de la caja del trastero y colocarlos en la siguiente invitación que cursara.

Spalding se recostó, frunció el ceño y de repente dijo en voz alta:

—¡Mi esposa me está arruinando! Esta tarde ya tenía invitados que me han costado dos libras del té más caro, y ahora estamos ofreciendo una cena como la de un embajador...

Gertrud miró asustada a su marido. Estaba avergonzada, y habría preferido estar debajo de la mesa. Los Eberhardt conocían a Spalding y sus bromas, pero la señora Scheler estaba por primera vez en esa casa, y Gertrud se creyó en la obligación de decir algo e intentó salvar la situación con una de sus conmovedoras y sobrias explicaciones.

—¡En primer lugar, ese té nos lo han regalado, y en segundo lugar, no he necesitado dos libras de té, sino seis cucharaditas!

—Seis cucharadas grandes de té por las mañanas, por las tardes y por las noches... Eso es demasiado, los medios de un pintor pobre no aguantan eso... Me está arruinando... ¡No puedo pintar a ese ritmo!

—Ahora cállate —dijo Gertrud, y Anki vio que la afligida mujer luchaba con las lágrimas.

—Si las cosas continúan así —prosiguió Spalding—, próximamente ya no podré pagar el alquiler.

Gertrud se levantó y fue a la cocina a por un nuevo plato. Había preparado ella misma la cena y se temía que el gratinado se le quemara si permanecía sentada más tiempo.

—Su esposa nos está mimando mucho —dijo Anki con calma.

Gertrud regresó y puso la cazuela marrón en la mesa. Anki probó un tenedor entero y le pareció que aquel plato estaba algo anticuado, pero era excelente. Felicitó a Gertrud, y esta estaba contando que había preparado ese plato siguiendo una receta de su abuela cuando Spalding prosiguió su monólogo:

—Cien huevos... diez libras de azúcar... cinco libras de mantequilla... Mañana a primera hora me declarará insolvente.

Eso era una exageración tremenda, pero con un cierto contenido objetivo y en la dirección correcta, y Leopold no pudo menos que echarse a reír. Anki sonrió también, y solo Gertrud permaneció seria. Como siempre que se esforzaba en la cocina, esperaba alguna frase de agradecimiento y de reconocimiento, y ahora, en vez de eso, recibía burlas y sarcasmos.

—Pero mi pequeño Spaldi —dijo ella en voz baja—, no entiendes nada de cocina. Mejor habla de otras cosas... No he empleado cien huevos, sino diez.

—¡Diez huevos! —exclamó Spalding con un horror bien fingido—.

¿Diez huevos para una sola comida? ¡Eso es tremendo! Ya ven, damas y caballeros, mi esposa me está matando, estoy perdido. ¡Ese es el destino de los artistas en la Tierra!

El doctor Eberhardt preguntó a Spalding por el cuadro nuevo, pero Spalding le respondió con evasivas, y Leopold vio que el pintor temblaba de nerviosismo.

—La línea —exclamó de pronto—, mi esbelta línea. ¡Estamos comiendo demasiado! Adiós al balneario de Karlsbad... impagable... ¡Fumemos un pitillo!

Sacó una caja de madera siberiana y pasó con el candelabro para que sus invitados se encendieran los cigarrillos con las llameantes velas amarillas. En ese momento entró Wilhelm Braun, sereno y comedido como siempre, en un traje negro con el cuello almidonado y una corbata de rayas blancas y negras. Spalding levantó la cabeza como un perro de caza que oye un ruido, y Gertrud no quería dar crédito a sus ojos cuando vio que su marido se levantaba como impulsado por un muelle y abrazaba a Wilhelm con la mayor cordialidad.

—Llega el genio —exclamó Spalding—. Un poco tarde, como todos los grandes hombres, pero siempre a punto. Venga usted, maestro, siéntese —prosiguió volviéndose a Wilhelm Braun—. Mi esposa ha preparado una deliciosa última cena, la última de mi difícil vida. ¡Tome parte una vez más porque mañana se habrá acabado todo!

Wilhelm soportó con calma aquel discurso extraño y contempló a los presentes.

—¿Me permite las presentaciones? —dijo Spalding—. Este de la corbata de rayas blancas y negras es el doctor Wilhelm Braun, autor del mejor libro del año, y este es el doctor Eberhardt, un insigne abogado... se impone el mayor cuidado... Moabit... Peligro de muerte... La esposa del doctor Eberhardt... la condesa Scheler... el doctor Chindler... también un famoso historiador... estuvo en el *Berliner Allgemeine Zeitung*... ¡un gran escándalo!

Gertrud fue a la cocina a buscar un plato para Wilhelm Braun. Su marido volvía a comportarse de una manera enigmática. Esa calurosa acogida a Braun (a quien Spalding había prestado poca atención hasta ese día y a quien solo tenía aprecio como médico) y a su libro (del que no había leído ni una línea en opinión de Gertrud) le resultaba incomprensible. No entendía a Spalding y se propuso ceder realmente de una vez por todas y no invitar a nadie más. ¡Que se quedara sentado solo por las noches y se aburriera!

Sin embargo, la solución al enigma de la extraña conducta de Spalding no era especialmente difícil. Debido a la visita al taller,

Spalding había perdido la mañana y por la tarde tampoco había trabajado, y ahora, tranquilizado por el cigarrillo y contemplando las caras de sus invitados, le sobrevinieron unas ganas tremendas de levantarse y de ponerse a trabajar. Había observado a Leopold y luego a Anki, y en ese momento se le ocurrió un cuadro, la cara de un hombre detrás de la cara vuelta de una mujer... y le pareció algo tremendamente bobo e indecente estar ahí perdiendo el tiempo sentado y dar de comer a gente como el abogado ese, personas superficiales que no iban con él y que no eran capaces de entenderlo.

Spalding no era estúpido (Wilhelm Braun lo llamaba «el pintor más culto desde El Greco), y veía bien que los hombres de mundo y los empresarios que Gertrud arrastraba incansablemente a casa tenían su lado bueno y útil. Sus amigos de la vida bohemia se burlaban de tales burgueses, pero se lo hacían demasiado fácil, sus chistes baratos se asemejaban al discurso de la zorra del cuento a las uvas. El doctor Eberhardt conocía el mundo, y si uno lo conducía a sus temas de conversación, sabía narrar bien. Sin embargo, esta no era una tarea fácil de realizar, pues por muy resistente que fuera este hombre en la vida y en sus negocios, en la mesa de un artista iluminado por la fama ese conquistador victorioso de una gran posición y de una gran fortuna tenía también sus inhibiciones, y como les ocurre a la mayoría de las personas inhibidas, Spalding no soportaba a las personas inhibidas.

El doctor Eberhardt se había abierto camino desde un punto de partida modesto, y los cuadros y las esculturas eran para él una cosa intermedia entre un adorno de pared y una inversión de capital. Se había comprado una colección considerable en la que colgaban algunas piezas excelentes, un Menzel temprano muy atrevido, un Blechen, dos potentes Corinth y un paisaje de Thoma en el que una fuerza audaz se mezclaba con la quietud íntima de una forma inimitable. Sin embargo, el doctor Eberhardt entendía poco de cuadros, y su mayor alegría era constatar que un cuadro comprado había aumentado su valor desde la adquisición. Spalding fue el primer pintor al que conoció, el primer artista, ya que este cauteloso abogado solo compraba a marchantes de arte y no se atrevía a entrar en ningún taller, y este jurista inteligente exploraba la naturaleza enigmática del pintor con la misma penetración que los precisos ojos del pintor estudiaban la forma de la cabeza y los movimientos del abogado.

Ahora bien, cuando Wilhelm Braun entró aquella noche, Spalding se alegró como un soldado que arroja al aire su gorra por la alegría de ver aparecer a un compañero de repente en un puesto avanzado y recibe así un refuerzo inesperado. Spalding solo había leído un

capítulo del libro de Wilhelm, pero ese hombre tenía talento (de eso se apercibió Spalding de inmediato), ahora ya no estaba solo, por fin, sino que al menos eran dos contra esos «malditos burgueses», contra ese abogado «alevoso» y contra Anki, con la que tampoco había nada que hacer porque Leopold Chindler la custodiaba.

La llegada de Wilhelm tranquilizó a Spalding. Comenzó a hablar de sus años de aprendizaje en París y en Múnich, y el doctor Eberhardt constató con asombro que también los artistas modernos vivían de una manera tan genial y ajena al mundo como había leído en las biografías de Rembrandt y de Feuerbach. De pronto, Spalding se detuvo en mitad de una frase y cambió de tema con un comentario cínico. Había visto una expresión de curiosidad malsana en la cara del doctor Eberhardt, y le repugnaba volver a producir una vez más, por decirlo así, el aire de prestidigitador que se adhiere a la existencia de todo artista, y delatárselo, además, a un oyente semejante. Ya era suficientemente malo que sus cuadros tuvieran que estar colgados en las paredes de los marchantes de arte y frente a las gafas inmóviles de esos compradores desconfiados y de cálculo rápido, no tenían por qué mirar también entre los bastidores del trabajo, ¡eso no era de su incumbencia!

Wilhelm Braun elogió el gratinado de Gertrud y contó una historia divertida de su consultorio, y la velada se volvió apacible y estimulante, hasta que al final se produjo otra disonancia. El señor y la señora Eberhardt se habían marchado a las diez y media, mientras que Wilhelm, Anki y Leopold permanecían allí, cuando Spalding, que estaba hablando con Wilhelm en un rincón, se acercó a los demás apresuradamente. Se colocó frente a su esposa y dijo con voz triunfal:

—¡El doctor Braun me ha hecho una propuesta brillante! Voy a crear una carpeta titulada «cabezas berlinesas» y ganaré diez mil marcos.

Gertrud se echó a reír, lo cual no resultó muy agradable por su parte, y Spalding se enfadó.

—Mi esposa me está arruinando —le dijo a Wilhelm—, ya va siendo hora de que gane dinero. Esta noche ha empleado cien huevos, veinte marcos solo por los huevos.

—No le hagan caso —dijo Gertrud, que se levantó hecha una furia —. Ha bebido demasiado aguardiante de cerezas, lleva tres horas diciendo lo mismo. Además, no tiene ni idea de cocina.

—¡Pero sí de dinero! —se apresuró a decir Spalding.

—¡Tienes demasiado poco!

—Para mí solo llegaría, y de sobra.

Spalding abrió un pequeño armario marrón que colgaba de la pared por encima de la cómoda, levantó al aire una caja de hojalata llena de

tabaco y preguntó:

—Este tabaco ¿lo hemos comprado con mi dinero o con el tuyo?

Gertrud Spalding se molestó por esa estúpida salida de tono con el dinero.

—No lo sé —dijo ella mirándose la punta de los zapatos—, no lo sé, te lo regalo.

—Es bonito y agradable cuando las mujeres son generosas —dijo Spalding cogiendo una pizca de tabaco de la lata con dos dedos de su mano peluda. Tenía una tonalidad amarilla y era aromático, y Spalding se llenó la pipa.

Gertrud miró a Anki. Anki estaba sentada tranquilamente al lado de la bonita cómoda. A los ojos de Gertrud, tenía una expresión algo burlona contemplando aquella desavenencia matrimonial como se contempla un acto nuevo en el teatro. Gertrud se dio la vuelta y le dijo a Spalding:

—El diablo tiene más corazón que tú.

—Menos —respondió Spalding, y se encendió la pipa—, menos. Un ángel caído no se habría prometido jamás contigo.

—Nunca estuvimos prometidos —dijo Gertrud, y pronunció la última palabra en un tono tan agudo que le salió un gallo.

—¡Ah! —dijo Spalding—, lo había olvidado completamente. En mi juventud dorada debo de haber sido una persona interesante.

---

71. Jürgen Fehling (1885-1968) fue uno de los actores teatrales y directores más destacados de la época; desde 1922 realizaba sus escenografías en el Teatro Estatal de Prusia (Preußisches Staatstheater) en Berlín (que en la actualidad es una sala de conciertos).

72. Italiano: «ver y dejarse ver».

73. Candelabro de estilo clasicista del Primer Imperio francés (hasta 1814).

Capítulo 19

¡Usted no es francés, Benjamin! Los recuerdos de su infancia no están fijados en estas tierras... ¡Esta es la diferencia entre usted y yo!
La señora Von Staël a Benjamin Constant

1

Wilhelm Braun estaba cansado y paró un taxi para irse a casa, pero Anki no tenía ganas de irse ya a la cama. Estaba de buen humor y animada, y quería pasarse por el bar Königin y oír allí a una cantante de la que Valerie Bendemann había contado cosas fabulosas. Wilhelm Braun sonrió ante la propuesta de Anki, como un anciano que añora su estudio sonríe ante las locuras de la adolescencia, pero cedió al capricho de ella, y cuando entraron en el bar, acababan de dejar una mesa libre.

Anki tomó asiento y la silla le pareció cómoda. Se quitó los guantes y se miró en un espejito que sacó del bolso.

—Spalding me da pena —dijo ella empolvándose la nariz—. Posee unas manos talentosas y una cabeza que no se olvida fácilmente, pero tiene mal carácter.

—Ha destrozado a Gertrud —dijo Leopold—, y ahora ella lo va a destrozar a él.

Anki se sorprendió por el comentario de Leopold y guardó la polvera en el bolso.

—Esta época ayuda —dijo Wilhelm—. No me gustaría ser un pintor... Se ha vuelto un asunto condenadamente difícil hacer cuadros que resistan una contemplación detenida y más precisa. He leído recientemente las cartas de Lichtwark[74]. ¿Las conoces?

Leopold estaba mirando al escenario donde actuaba un bailarín de claqué y negó con la cabeza. También Anki contemplaba a aquel hombre negro vestido de negro que haciendo sonar las suelas planeaba por el escenario como un patinador sobre hielo, y apenas prestaba atención. A Wilhelm Braun le pareció aburrido el bailarín («probablemente olerá mal», pensó), y prosiguió con su monólogo, del que algunos jirones de frases penetraban en los oídos de Leopold, y otros, en los de Anki.

—Ese Spalding es lo que se denomina un «hombre libre», un

producto completo de la libertad de nuestra época, pero mira por dónde, eso tampoco es bueno... para un artista parece ser casi tan malo como la esclavitud. Un artista necesita encargos, y me pregunto quién podría hacer encargos a esos hombres libres... ¡Sí, esa es la cuestión! Faltan los encargos, y eso significa los encargos interiores... nuestra necesidad de imágenes. Un sacerdote necesita imágenes para su iglesia, y un rey necesita pinturas, pero un burgués lo que necesita es una inversión de capital.

—¿Te parece bueno ese bailarín? —preguntó Leopold.

Wilhelm Braun miró un rato al escenario.

—No es ningún bailarín —dijo él—, es un acróbata.

Anki sonrió, pero cuando volvió a mirar a aquel hombre después del comentario de Wilhelm, le pareció que tenía los movimientos de un empleado de banco desesperado.

—No sé bailar —dijo Wilhelm—, y por consiguiente, tampoco sabe ese pobre perro de ahí arriba. Bailarines son quienes saben bailar mejor que la gente que sabe bailar.

A Leopold le vino a la mente Spalding otra vez y dijo:

—Todo tiene su precio, y creo también que la forma anglosajona de libertad es la libertad específica para comerciantes y banqueros.

—Los banqueros detestan la República —dijo Anki.

—La libertad burguesa es una libertad contra el Estado —dijo Wilhelm.

—Yo lo expresaría de esta manera: los banqueros detestan la legislación fiscal de los socialdemócratas —dijo Leopold.

El bailarín negro de claqué Stepptänzer había desaparecido tras el telón después de numerosas reverencias, y Anki preguntó si había buenos cuadros de Spalding.

—Uno de mis pacientes posee un paisaje suyo del que estoy enamorado —dijo Wilhelm.

—¿Le propusiste realmente editar una carpeta con cabezas? —preguntó Leopold.

—La caricatura me pareció excelente. Creo que la compraré.

—No estaba mal, pero parecía hecha sin cariño. Incluso un caricaturista tiene que estar enamorado de su víctima, pero Spalding ya no puede amar, con excepción del tabaco y del dinero.

Se apagaron las luces, y la cantante por la que Franziska había ido a ese local apareció en el escenario. Era alta y delgada y llevaba un vestido plateado al que perseguía el cono de luz de un foco blanco. Un sirviente con frac plateado trajo una escalera pequeña, la apoyó junto al piano de cola, y la cantante se subió al tejado negro y brillante del instrumento. A continuación alzó un poco el brazo, sonrió a su

acompañante y comenzó a cantar.

2

Herbert Müller había pedido a Leopold que se pasara a verlo porque quería hablarle de algo. Cuando Leopold llegó, estaba abierta la puerta de dos hojas que conducía al despacho del jefe. Los empleados se habían marchado ya a casa, y la esposa del portero estaba fregando el suelo de la antesala. Herbert Müller estaba sentado en un rincón de su despacho y dictaba. Se había comprado un dictáfono y le cantaba al aparato vehementes cartas comerciales de viva voz. Era un hombre muy trabajador y adoraba su profesión.

—Lo siento —dijo, y se giró junto con su silla—. Su libro no tira. La primera edición se agotó, pero la segunda está ahí parada como el plomo.

—Necesitamos un nuevo Huber —dijo Leopold.

Herbert Müller tenía a veces poco sentido del humor.

—Eso estaría bien —dijo con cara seria—, pero una persona normal solo tiene tanta suerte una vez. Tiene que escribir usted otro libro. Tenemos que incordiar al público hasta que la gente se aprenda su nombre.

A Leopold le quedaba todavía dinero para seis meses, y si vendía el coche, para ocho o nueve meses tal vez. Se lo dijo a Herbert Müller, y el editor estuvo dándole vueltas un rato.

—Si me hace usted una buena propuesta, yo podría corresponder con otro adelanto, pero no tanto como la última vez. Creo que debería regresar a un periódico.

—A los periódicos, que se los lleve el diablo —dijo Leopold—. La prensa de derechas es estúpida y la de izquierdas vive en otro planeta.

—Usted se ha sentado en todas las sillas sin decidirse.

—Muchas gracias —dijo Leopold—, casi siempre soy receptivo a los cumplidos.

Herbert Müller se disculpó y le aseguró que no había querido ofenderlo. Leopold replicó que solo lo había ofendido de una forma muy comedida.

—Voy a decirle una cosa, mi querido amigo, cada persona tiene su sitio en la vida, uno arriba, otro abajo, uno a la izquierda, otro a la derecha. Sin embargo, el sitio de un escritor está entre las sillas sin decidirse: cuando alguien escribe un libro que gusta a todo el mundo, entonces ese bicho raro es o bien un granuja, o bien un epígono.

—Hay que vivir —dijo Herbert Müller, y dio un suspiro.

—¡No tenga usted tantas dudas! Hay que escribir buena prosa —

replicó Leopold.

—Usted se ha convertido en un idealista —dijo Herbert Müller—. La mayoría de las personas pierden la cabeza por el éxito, pero parece que también hay personas a quienes les apremia el fracaso.

—Los periódicos modernos tienen una espantosa predilección por lo mediocre —dijo Leopold—. En el *Berliner Allgemeine* reinaba la costumbre de decir lo que «siempre» se ha dicho. Cuando ese Manberg quería saber lo que ocurría en política, entonces se encendía un puro y leía sus propios artículos.

Herbert Müller se echó a reír.

—Ya le vendrá a usted el éxito. Tiene un talento muy pronunciado para los aforismos.

—Se está burlando de mí —dijo Leopold—, pero no le estaba contando ningún chiste, mis palabras de oro eran la verdad pura y dura.

—Daré voces por ahí —dijo Herbert Müller—. Poder esperar seis meses es mucho tiempo hoy en día. Ya encontraremos algo. ¡Ánimos!

Leopold le contó a Anki su conversación con Herbert Müller y Anki le ofreció su collar pequeño de perlas. El collar grande se lo había devuelto a Richard, pero el pequeño valía sus buenos quince mil marcos.

—Eres sorprendente —dijo Leopold—, pero todavía tengo un montón de dinero, y próximamente voy a ganar otro montón.

Anki reposó las manos en los hombros de Leopold y dijo:

—Tengo también un plan en mente, pero no quiero revelarlo todavía.

—De tantos planes habrá alguno que se haga realidad —dijo Leopold.

Anki tenía que cambiarse de ropa. Estaba invitada a cenar en la casa del embajador inglés, cuya nuera era pariente de los parientes escoceses de Anki. Waldo entró en la sala para buscar a su hermana, y Leopold se despidió. Eran solo las siete, así que Leopold fue en coche hasta el Café Wien, en la avenida Kurfürstendamm, para leer algunos periódicos. El local tipo salón provisto de palcos tenía las dimensiones de una sala de conciertos y estaba iluminado por centenares de bombillas eléctricas. Era una empresa nueva y completamente democrática; las cafeterías de antes tenían las modestas dimensiones de salas algo grandes, en las que la gente se citaba para conversar; las nuevas eran gigantescas, brillantes y ostentosas, pues el ciudadano soberano que iba a ellas y las financiaba, la masa de gente corriente y moliente, exigía que lo recibieran con fuertes contrastes y que lo distrajeran con sorpresas cromáticas. Leopold se dirigió a la parte de

atrás, donde estaba la mesa de los periódicos. Pidió que le trajeran un vermut, escogió el *Vossische Zeitung,* el *Le Temps* y el *Börsenblatt* y comenzó a leer. El titular del *Börsenblatt* aparecía en negrita sobre las cuatro columnas y decía: «La catástrofe de Wall Street»[75]. Hacía una semana, el doctor Achtermann había escrito también un artículo sobre el mismo asunto cuyo tono inhabitualmente serio había llamado la atención de Leopold.

Leopold dejó a un lado el *Vossische Zeitung* y leyó el artículo del *Börsenblatt:* «El alcance y las dimensiones del crac de la bolsa de Nueva York solo pueden caracterizarse denominándolo la mayor catástrofe de la historia de la bolsa. Tal vez algunos lectores nos acusen de exagerados, y para ellos vamos a apuntar brevemente lo que sucedió aquel martes aciago y verdaderamente negro, el 22 de octubre de 1929. Ese día se desplomaron las cotizaciones en Wall Street. La avalancha echó a rodar. Algunos pensaron en ese momento que todavía era posible detener el alud, y el 24 de octubre se personó el vicepresidente de la bolsa de Nueva York en la sala y compró diez mil acciones de Steel y diez mil acciones de otras empresas, y cuando se hizo de noche había comprado acciones por treinta millones de dólares. Sin embargo, no sirvió de nada. El martes 29 de octubre más de dieciséis millones de acciones cambiaron de manos, y ante esa demanda, todas las medidas de apoyo de los grandes bancos fueron impotentes. Desde entonces, la catástrofe se ha ido expandiendo cada vez más, y el valor de los títulos negociados solo en el parqué de Nueva York ha descendido en torno a los treinta y cinco mil millones de dólares. La valoración de todas las acciones negociadas en todas las bolsas hay que suponerla hoy en casi treinta y cinco mil millones de dólares frente a los ochenta y ocho mil millones de dólares el 21 de octubre de 1929. Solo cuando uno tiene a la vista esas cifras gigantescas y verdaderamente terroríficas, comienza a formarse una idea al respecto. Al mismo tiempo, la situación continúa siendo negra y completamente incierta, y todavía no puede evaluarse la magnitud entera de la catástrofe; esto podría hacerse únicamente si fuera posible movilizar al ejército de los accionistas perjudicados o completamente arruinados...».

El camarero trajo el vermut. Leopold tomó un sorbo y siguió leyendo.

«También en Europa se han perdido centenares de millones en estos últimos tres meses en insolvencias y quiebras —pensemos en los escándalos de Hatry y Horme[76] en Inglaterra, en el caso de la institución de crédito agrícola en Viena, en el juicio a la Gazette de France en París—, y en lo que respecta a la bolsa, las cosas ya pintan

aquí tan mal como en los Estados Unidos de América. El valor conjunto de todas las acciones negociadas en las bolsas alemanas ha caído en más de dos mil millones desde octubre hasta el día de hoy...»

Leopold puso el periódico encima de la silla y volcó su vermut. «Que se lo lleve el diablo», pensó. «Malos tiempos para hacer planes. ¡La cosa se está poniendo condenadamente fea!» Llamó al camarero, pagó y se abrió paso por entre las mesas muy juntas hacia la salida. Mientras esperaba en el guardarropa a que le entregaran el abrigo, decidió llamar por teléfono al doctor Achtermann y conversar con él.

La avenida Kurfürstendamm estaba iluminada como si fuera de día. Leopold se detuvo bajo una farola y se puso a mirar la cadena oscura de los automóviles que pasaban por la calzada, como las carrocerías todavía sin ruedas avanzando por la cadena de montaje de una fábrica de automóviles. El gran juguete autónomo y obediente del ser humano de la posguerra atascaba toda la calle, pero también la animaba, y la forma de los coches sentaba especialmente bien a las mujeres. Una plétora de diosas sonrientes se deslizaba lentamente ante los ojos de Leopold. Algunas sujetaban el volante con las manos, otras se acurrucaban contra su acompañante, y el espectador de ese espectáculo recibía alguna que otra mirada que era como una flecha y envenenaba el corazón alcanzado con unas ansias infantiles, tal vez incluso pueriles, con unas ganas de movimiento y de riqueza, con unos deseos de aventuras rápidas y besos desvergonzados, de cuerpos ataviados con pieles y repanchingados tras las lunas rodantes, ansias de sus labios blandos pintados de rojo y de sus ojos de escrutadora soberbia...

Una mitad de la calle entretenía a la otra mitad, pero el espectáculo no tenía interrupción, y cada uno de los innumerables actores y actrices actuaba una sola vez para hacer un mutis a continuación y desaparecer para siempre... Se trataba de un estímulo sin fin y de un placer amargo que de pronto se volvía doloroso porque, una vez entregado a él, no procuraba ninguna liberación...

Leopold se dio la vuelta y se dirigió a la calle Uhland, donde había aparcado su amarillo. La temperatura había descendido notablemente, y mientras caminaba, se subió el cuello del abrigo.

3

Una semana más tarde, la señora Janke dejó a Leopold en la mesa del desayuno una carta que habían reenviado desde la redacción del *Berliner Allgemeine Zeitung*. Estaba escrita a máquina, y Leopold le dio

la vuelta para leer la firma. La carta era de su hermana Maggie.

Leopold se levantó y recorrió dos veces la habitación con las manos a la espalda. Hacía años que no había vuelto a saber nada más de Maggie, y ver su nombre en una carta fue como un golpe que dejó a su corazón fuera de combate durante un segundo.

La señora Janke entró en el cuarto y preguntó si podía llevarse el periódico de ayer. Leopold contempló un arañazo extraño en la nariz de ella, asintió y prosiguió su deambular.

Margarethe Chindler, la única hermana de Leopold, se había marchado a Estados Unidos a comienzos de los años veinte y desde entonces era una desaparecida para su familia. El padre de Leopold no quiso saber nada más de aquella disidente, y cuando Elisabeth Chindler escribió en secreto a su hija, no llegó ninguna respuesta.

Leopold cogió el sobre y vio que la carta había sido expedida en Berlín. En ese mismo instante vio que también contenía una dirección: Berlín O 97, calle Blumenthal 180.

Maggie escribía que había leído el libro de Leopold y que si tenía ganas de verla, no tenía más que ir a su casa; estaba en Berlín pasando algunas semanas y se encontraba bien. A finales de febrero iba a marcharse de nuevo de Alemania.

Anki había salido, y Leopold le envió un telegrama: «Mi hermana, a la que no he visto en tiempo, está aquí de pronto. No sé si por la noche estaré libre. Piénsate si se podría ir diez días al Tirol a un lugar retirado. Quiero verte con las mejillas rojas y sobre esquíes. L.». A continuación fue en su coche a la calle Blumenthal. La calle Blumenthal se hallaba en lo más profundo de la parte oriental de Berlín, casi al final de la gran avenida de Frankfurt. Leopold conocía esa zona por algunos viajes de exploración, pero parecía haberse transformado desde hacía algún tiempo. Se veía más gente pobre que antes, y delante de los cines, que aquí funcionaban ya desde la mañana, se apelotonaban los primeros grupos de aquel ejército enorme que pronto estaría compuesto por millones de hombres y mujeres que ya no conseguían encontrar ningún trabajo. Los policías ya no patrullaban solos, sino en pareja, y las pequeñas porras de caucho negro que se balanceaban en la parte izquierda de sus cinturones ofrecían la desagradable impresión de estar preparadas para pasar a la acción. Sus portadores eran hombres jóvenes y fornidos, y la gente los miraba pasar en silencio.

La casa con el nº 180 era una gran caja gris, cuyo revoque ya no estaba del todo impecable. En la planta baja había un cine con dos muchachas paradas ante el escaparate, y una taberna en la que resonaban unas voces cantando en su interior. Leopold subió por la

escalera. Era angosta y llena de malos olores. En el primer descansillo había una mujer contando un montoncito de centavos que había depositado en el alféizar. Leopold le preguntó si sabía en qué planta vivía la señorita Chindler. La mujer levantó la vista, examinó la cara de Leopold y respondió que no conocía a ninguna inquilina con ese apellido. Leopold continuó subiendo.

Frente a la puerta siguiente, una niña pequeña y guapa estaba jugando con una muñeca descabezada. Leopold volvió a preguntar por Maggie. La niña miró a Leopold con unos ojos azules oscuros que delataban miedo, y apretó firmemente la muñeca contra el pecho.

—No —dijo la pequeña—. Solo conozco a mi mamá.

En la cuarta planta, un anciano estaba arreglando su buzón. Llevaba unas zapatillas marrones de fieltro, un bombín y una bufanda verde en torno al cuello.

—No me resulta conocida —dijo.

Leopold sacó del bolsillo la carta de Maggie y le enseñó al anciano la dirección.

—Eso es otra cosa —dijo el hombre en berlinés—, podría ser la mujer que alquiló una habitación la semana pasada en el piso de los Paulke. Se trajo una máquina de escribir consigo, y no creo que haya otra cosa como esa en todo el edificio. Vaya usted al piso de abajo y llame fuerte a la puerta. Los Paulke tienen el timbre roto, y la señora Paulke no está muy bien del oído.

Leopold bajó por la escalera. La niña de la muñeca había desaparecido. Golpeó con los nudillos la ventana de cristal de la puerta y enseguida le abrieron.

—¿Podría hablar con la señorita Chindler?

—¿Cómo dice que se llama la señora?

—Chindler... Margarethe Chindler.

—No la conozco —dijo la señora Paulke en berlinés, y cerró la puerta.

Leopold volvió a llamar con los nudillos, y la señora Paulke abrió por segunda vez. Era una mujer alta, rubia, con el pelo rizado, y llevaba al cuello un pañuelo de color violeta.

—¿Vive en su casa una señora que posee una máquina de escribir?

—Sí. Esa dama vive aquí.

—¿Podría llamarla un momento, por favor?

La señora Paulke dejó entrar a Leopold y llamó a la puerta de una habitación. Enseguida salió Maggie por la puerta. Había cambiado mucho, Leopold no la habría reconocido. Era más alta de lo que la recordaba, y muy delgada.

—Estupendo que hayas venido enseguida —dijo Maggie—. Entra.

Le apretó bien fuerte la mano a Leopold, y sus ojos le sonrieron, pero Leopold la atrajo hacia sí y la besó en las dos mejillas.

—Aquí eres bastante desconocida —dijo Leopold.

—¿Preguntaste por el apellido Chindler?

—Sí, claro. Me parece que te llamas Chindler.

—Me llamo Lewes —dijo Maggie—. Me he casado con un americano.

—¡Qué cosas dices! ¿Tienes marido? —dijo Leopold sorprendido—. ¿Tienes hijos también?

—No.

La habitación era pequeña y estaba decorada con papel pintado de flores. Maggie se sentó en la cama y ofreció a Leopold la única silla que había en el cuarto.

—Tienes buen aspecto —dijo ella—, te has hecho un hombre de verdad y has escrito un buen libro. La materia es aburrida, por supuesto, ese Gentz fue un personaje triste, pero tú sabes escribir. Tienes talento. Me ha parecido muy amable de tu parte que vinieras enseguida.

—Muchas gracias —dijo Leopold—. Eres bastante sincera.

—Tengo muy poco tiempo —dijo Maggie—, y quiero hablar contigo de algunos asuntos importantes. Estoy muy contenta de verte. Tú fuiste siempre el más simpático de todos nosotros.

—También me parece muy amable de mi parte haber venido —dijo Leopold—, pues habrías podido escribirme alguna cartita en todo este largo tiempo. Estoy firmemente convencido de que en Estados Unidos hay dos o tres buzones por lo menos.

Dejando a un lado sus manos, blancas y bien cuidadas, Maggie tenía el aspecto de una mujer trabajadora sencilla. Llevaba el pelo castaño claro con una raya en el medio, un vestido de color gris oscuro y unos sencillos zapatos abotinados de color negro. Seguía siendo guapa, pero aparentaba muchos más años de los que tenía.

Sobre el palanganero colgaba un espejo pequeño, y a ambos lados del espejo, una imagen de Karl Marx a la izquierda y otra de Lenin a la derecha.

—¿Es tu marido? —preguntó Leopold señalando con el dedo la foto de Lenin.

—No —dijo Maggie—. Ese es Lenin.

—Bueno, también comienza por «Le» después de todo.

Maggie rebuscó en su bolso y ofreció un cigarrillo a Leopold, y él la fue encontrando cada vez más simpática y amable.

—Encuentro muy grato que estés sana y muy animada —dijo él—. Tenía en mente soltarte algunas lindezas, pues pienso que no era

necesario que no nos escribieras nunca. Sin embargo, se me han esfumado las ganas. ¿Sabe mamá que estás en el país de nuevo?

Maggie tiró la ceniza de su pitillo al suelo y dijo:

—No.

—Deberías ir a verla sin falta. ¡Vuestra bronca resulta ya muy aburrida!

Maggie no respondió y miró a su hermano fijamente. Ella intentaba ocultar sus sentimientos, pero no era fácil detectar que se sentía muy feliz por el reencuentro. Leopold devolvió la mirada a su hermana y Maggie sonrió.

—Ven —dijo ella—, siéntate a mi lado. Tu silla está muy lejos.

Leopold sabía ser insistente en sus preguntas, y al cabo de una hora se había enterado aproximadamente de lo siguiente: tras la revolución, Maggie se había ido a Berlín, vivió allí un año y entonces viajó a Moscú. En Moscú permaneció un año y medio y luego viajó a China. En Shanghái no le fueron bien las cosas, y viajó a Chicago con el señor Lewes, a quien había conocido en Moscú, y se quedaron allí bastante tiempo. Hacía un año la enviaron a España, y hacía cuatro semanas había llegado a Berlín vía París.

—¿Quién te envía a dar tantas vueltas? —preguntó Leopold.

—El Komintern... pero mantén cerrada la boca, por favor.

—Te podría haber salido más barato —dijo Leopold—. Si hubieras permanecido en la religión de nuestros padres, tal vez te habrían enviado a visitar a los paganos de todos los países.

—Lucho por la fe de nuestros hijos y de nuestras hijas —dijo Maggie.

Llamaron a la puerta y entraron dos hombres en la habitación. Estaban lejos de vestir unas prendas que inspiraran confianza, pero en aquella habitación imperaban otras leyes que en los barrios de poniente de Berlín: examinaron de arriba abajo el traje de Leopold, y él vio que no estaba en disposición de despertar la confianza de esos hombres, sino más bien lo contrario.

Maggie hizo las presentaciones:

—Camarada Peter, camarada Ludwig, mi hermano.

A continuación salió ella de la habitación con los dos hombres.

—Puede durar un cuarto de hora —dijo ella en el umbral girando la cabeza hacia Leopold—, coge cigarrillos y un libro y espérame. También puedes rellenar la estufa. Tal vez la reunión solo dure diez minutos, nos daremos prisa.

La ventana de la habitación daba al patio, y Leopold contempló tres camisas azules que colgaban tiesas y medio congeladas de una cuerda de tender. Con sus mangas desplegadas, se parecían un poco al *buey*

desollado de Rembrandt.

En una estantería estaban las obras de Lenin, dos diccionarios, los poemas de Mörike, un libro ruso, el *Fausto,* una novela de Zola y dos volúmenes de Hegel: *Escritos selectos*.

Encima de la mesa se hallaba el número más reciente de *Die Rote Fahne,* y Leopold leyó el editorial; era vocinglero, exaltado y poco ingenioso. «¡El golpe ha sido asestado! Los acuerdos de nuestra reunión de partido para el Reich, nuestro rumbo decidido por la política bolchevique de masas con la erradicación de todos los apestosos grupos de traidores representados por Neumann y compañía y de todas las tendencias que discrepan de la línea general del partido, la manifiesta e imponente unidad y cierre de filas del partido, la relación de confianza existente y única en el mundo entre la dirección del partido con el camarada Thälmann a la cabeza y la militancia entera, han desencadenado una moral baja, un temor pálido y un bramido de rabia entre las filas de los adversarios...»

Leopold plegó el periódico y lo dejó de nuevo encima de la mesa. Maggie lo hizo esperar media hora, y cuando regresó, propuso salir del cuarto y celebrar su reencuentro en cualquier otra parte.

—Son costumbres pequeñoburguesas —dijo Maggie—, pero, si quieres, podemos comer juntos. Aquí me van a estar molestando todo el día.

—Dicen que también hay burgueses de clase alta que encuentran simpáticas y amables a sus hermanas —dijo Leopold—, eso mismo dicen que ocurre entre los comunistas.

Maggie se puso su grueso abrigo de color azul oscuro y los hermanos abandonaron el piso.

—No sé si te permiten subir a un automóvil —dijo Leopold abriendo la puerta de su coche—, pero tal vez puedas hacer hoy una excepción.

Maggie subió y se sentó al lado de Leopold.

—No te burles —dijo ella—, algún día cada trabajador tendrá un coche.

Leopold condujo al restaurante Kempinski, en la calle de Leipzig, y Maggie comió con mucho apetito y como una persona normal. Era una narradora muy buena. Leopold la escuchó con atención y por primera vez se creó una imagen nítida de Chicago y de Detroit y de la sociedad estadounidense que Maggie había observado con mucha precisión. China no le había gustado, mientras que de Barcelona dijo que era una ciudad viva y bonita. De Rusia contó pocas cosas. Leopold le preguntó varias veces por Moscú y por la vida de allí, pero Maggie cambiaba el tono y se exaltaba un poco con expresiones banales y del todo

incoloras.

—Eres exactamente igual de introvertida que nuestra madre —dijo Leopold—. Cuando en los últimos cursos del instituto tenía que ir con demasiada frecuencia a la iglesia y me enfadaba por esa imposición agotadora, le decía a mamá que los papas podían equivocarse también y que Alejandro VI había tenido hijos ilegítimos. Entonces mamá se ofendía mucho y aseguraba que Benedicto XV era un hombre santo con un rostro amable y noble.

Maggie no quiso entender la comparación de Leopold, pero lo trataba como a un hereje con quien no se habla de determinadas cosas. Ella era demasiado inteligente para encontrar bueno el editorial de *Die Rote Fahne,* pero cuando Leopold lo criticó, replicó con evasivas diciendo que no era para intelectuales ni para redactores demócratas, sino para simples trabajadores.

—Los trabajadores alemanes son muchachos bastante lúcidos —dijo Leopold.

—Solo estamos en los comienzos —dijo Maggie en tono severo y un poco molesta—, podrías esforzarte más por entendernos.

Leopold cambió de tema, y los hermanos se pusieron a hablar sobre el libro de él. Maggie no era ni culta ni inculta. Había leído un montón, uno podía quedarse asombrado de la cantidad de cifras que se sabía de memoria, pero hablaba de Gentz y de la época de 1813 como un misionero que conversa con un negro[77].

—Lo mejor de tu libro es tu estilo —dijo Maggie, y ahora, de repente, destapó el secreto y preguntó a Leopold si tenía ganas de viajar a la Unión Soviética y escribir un libro sobre el plan quinquenal —. Te cursaríamos una invitación, podrías hacer un viaje bonito, pero tendrías que escribir de modo que pueda aparecer en una editorial burguesa.

—Déjalo estar —dijo Leopold—. ¿Vas a ir a ver a Karl?

—Todavía no lo sé. El doctor Lichtstrahl me ha hablado de él, no creo que desee verme. Tampoco tendría sentido. Me soltaría unas largas parrafadas de las que no saldría nada en claro.

Leopold pensó: «Tiene razón. La gente que quiere pronunciar discursos no puede hacer nada con la gente que también quiere pronunciar discursos». Luego dijo:

—¿De qué conoces al doctor Lichtstrahl?

—Le tengo aprecio incluso —dijo Maggie—, sabe que el capitalismo está muerto. Como es natural, está en contra de nosotros, pero al menos es un rival sincero. Una tarde estuvimos hablando mucho y bien.

Leopold pensó en Anki y deseó que Maggie la conociera.

—¿Dónde está tu marido? —preguntó—. ¿Es simpático? ¿Os lleváis bien?

—No sé dónde está —dijo Maggie—. Por aquella época yo necesitaba un pasaporte estadounidense. Los americanos son gente nacionalista, un europeo lo tiene complicado al otro lado del charco.

Leopold ya había oído hablar de matrimonios políticos de ese tipo, pero que su hermana se hubiera casado con un hombre del que no sabía nada lo dejó sorprendido. Le contempló la frente y el pelo y se preguntó si había un hombre al que Maggie amase, y cómo sería ese hombre.

—¿Estás casado? —preguntó Maggie.

—No, pero conozco a una mujer a la que me gustaría que conocieras.

Maggie estrujó el paquete del que había sacado su último cigarrillo y comenzó a arrancar trocitos del papel.

—Tengo muy poco tiempo —dijo ella titubeando—, pero si se puede organizar... por supuesto que me gustaría.

Leopold iba a pedir un café, pero Maggie dijo:

—Aquí no, este no es un local agradable.

Se marcharon, y un botones vestido de rojo y con los mofletes rojos abrió la puerta de par en par. Maggie se detuvo y contempló al guapo portero.

—¿Cuánto tienes que trabajar?

El joven se quitó la gorra y respondió:

—Ocho horas.

Maggie le preguntó cuánto ganaba, qué profesión tenía su padre y si tenía hermanos y hermanas. El muchacho estaba sorprendido por la curiosidad de Maggie y respondía con titubeos y desconfianza, pero a Maggie no le importaban sus inhibiciones y continuó preguntando. Otros clientes salían del restaurante. Maggie se hizo a un lado y preguntó al muchacho dónde vivía.

—Calle Blumenthal 71.

—Qué divertido —dijo Maggie—, yo también vivo en la calle Blumenthal.

El chico puso cara de desconcierto. Era muy infrecuente que la gente de la calle Blumenthal fuera a comer al restaurante Kempinski. Pero Maggie parecía gustarle, y cuando ella le acarició la mejilla como despedida, él tenía una expresión radiante en la cara.

Al principio, Leopold creyó que Maggie estaba haciendo teatro, pero esa suposición no era correcta. Ella poseía una seguridad serena en su modo de proceder que producía una impresión convincente, y estaba recogiendo esas informaciones para un folleto sobre la juventud

trabajadora que estaba escribiendo.

—Te enseñaré mi piso —dijo Leopold—, y nos haremos allí un café moca.

Los hermanos se dirigieron en coche a la calle Schaper, pero Maggie no pareció interesarse por la vivienda de Leopold. Echó un vistazo a sus libros, y al descubrir una fotografía de su madre en el escritorio de Leopold, cogió la foto, se sentó en el sofá y la contempló un buen rato.

—¿Tienes también fotos de Karl?

Leopold enseñó a su hermana todas las fotografías que tenía, y Maggie las miró con atención. La última era una foto de Anki.

—¿Quién es? —preguntó Maggie, meneando un poco la cabeza con gesto de sorpresa.

—¡Es Franziska!

—¿Quieres casarte con ella?

—Sí.

Maggie dejó la foto en el escritorio y se acercó a la ventana. Leopold contempló sus hombros, su vestido y los tacones bajos de sus zapatos abotinados. Al cabo de un rato Maggie se giró de nuevo, recostó la cabeza en el cristal de la ventana y dijo:

—Cuéntame cosas de mamá. ¿Cuándo la viste por última vez? ¿Cómo le va? ¿Está bien de salud? ¿Habla alguna vez de mí? ¿Enterrasteis a papá en Neustadt?

—El entierro fue muy solemne —dijo Leopold.

—Leí un reportaje en el periódico —dijo Maggie, pero de pronto dio un pisotón en el suelo y dijo—: Si todos vosotros no quisierais tener siempre la razón y no fuerais tan anticuados, iría esta misma noche a ver a mamá. ¿Tiene teléfono? ¿Se la puede llamar? ¿Hablas a veces con ella?

Leopold se sorprendió, Maggie se había alejado muchísimo de su familia.

—¡No, nunca! —dijo él al tiempo que extendía los codos hacia delante, ya que tenía las manos metidas en los bolsillos.

—¡Mamá es de una generación diferente a la nuestra! A ella no se la puede llamar por teléfono. No está acostumbrada a descolgarlo cuando suena. A ella hay que escribirle cartas.

Maggie se arregló el peinado con la mano izquierda alzando el pelo por la nuca. Luego volvió a mirar a la cara a Leopold y dijo:

—Todavía me acuerdo perfectamente cuando papá mandó instalar un teléfono en casa. Recibimos una gran caja marrón, y cuando querías hablar, había que descolgar el auricular y dar vueltas a la manivela. Yo fui la primera a quien se le permitió telefonear, y llamé

a mi amiga Melitta Hankel.

—El teléfono ¿estaba abajo, en la planta baja?

—Claro que no —dijo Maggie—. Tienes mala memoria, cariño. Nuestro teléfono estaba arriba, por extraño que parezca, en la primera planta, en el pequeño pasillo oscuro frente al baño... frente a la puerta de la habitación de Karl que después sería la tuya...

---

74. El historiador de arte Alfred Lichtwark (1852-1914) fue desde 1886 hasta su muerte el primer director de la Sala de Arte de Hamburgo y una de las figuras fundacionales de la pedagogía del arte y de los museos; hasta los años cuarenta solo se publicó una edición de la correspondencia: Alfred Lichtwark, *Reisebriefe. Briefe an die Kommission für die Verwaltung der Kunsthalle,* selección e introducción de Gustav Pauli, Hamburgo, 1923, 2 volúmenes.

75. El crac de la bolsa de Nueva York *(Black Tuesday,* 29 de octubre de 1929) pasa por ser el desencadenante de la crisis económica mundial del año 1929, cuyas primeras señales ya habían comenzado a aparecer con anterioridad (deflación, crisis bancarias, numerosas quiebras industriales).

76. El financiero y especulador Clarence Hatry (1888-1965), empleado de seguros en sus comienzos, había invertido después de algunas quiebras menores sobre todo en máquinas tragaperras y en fotomatones entre otras; cuando quiso ampliar su imperio a las United Steel Companies, desapareció una parte de sus valores en el mes de septiembre de 1929, fue condenado por estafa y falsificación documental y cumplió nueve años de prisión. «Horme» no ha podido ser identificado, posiblemente se trata de un error de oído por Montagu *Norman* (1871-1950), que dirigió de 1920 a 1944 el Banco de Inglaterra y que debido al rechazo de un crédito contribuyó decisivamente a la quiebra de Hatry.

77. Aquí eliminó Brentano ocho líneas que detallaban la imagen de que el misionero quería «salvar un alma y las respuestas» de su interlocutor le servían únicamente para afilar sus argumentos (PE, pp. 373 y s.).

Capítulo 20

Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre y a su madre, a su esposa e hijos, a su hermanos y hermanas, y aun hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo.
Lucas 14, 26

1

Maggie había regresado a la calle Blumenthal, y Leopold fue a casa de Anki para contarle esa gran novedad. Franziska estaba en el baño pasando por agua algunas fotografías que había revelado ella misma. Cuando Leopold abrió la puerta y se quedó parado en el umbral, sacó una foto de la cubeta del agua, la mantuvo con cuidado en alto y contra la luz y se la dejó ver a Leopold. Era una toma de Spalding, una instantánea de una inusual viveza. Leopold se quedó muy sorprendido.

—También yo voy a hacer una carpeta con «cabezas berlinesas» —dijo Anki—. Y como puedes ver, ya he comenzado. Ayer por la mañana estuve en el taller de Spalding y lo molesté mucho, pero saqué dos o tres fotos que no parecen estar del todo mal. —Anki cerró el grifo del agua y prosiguió—: Dijiste la otra noche que Spalding había destrozado a su esposa y que ella iba a destrozarlo a él. ¿Cómo ocurre eso? ¿Cómo se desencadena todo eso? ¿Por qué es así? ¿Podrías explicármelo?

—Te lo contaré todo con detalle —dijo Leopold—, pero no esta noche. ¡Hoy tengo otra novedad para ti!

Anki sacó las fotos de la cubeta del agua y las colocó encima de una toalla para que se secaran. Luego siguió a Leopold hasta la sala de estar, y Leopold le contó la historia de Maggie. Anki lo escuchó sin interrumpirlo. A continuación dijo ella:

—Tu telegrama me sorprendió. Nunca me hablaste de tu hermana. ¿Por qué me la silenciaste?

—Me gustaría traerla a tu casa —dijo Leopold—. ¿Quieres conocerla?

Anki no respondió. Ella era en gran medida lo que los socialistas denominan una persona «con conciencia de clase», y no adoraba a los comunistas. Maggie era una activista comunista, y cuando Leopold le preguntó si quería ver a Maggie, el primer impulso de Anki fue decir que no, que de ninguna manera deseaba verla. Los comunistas eran

personas que asesinaban a otras personas, prendían fuego a los palacios, expropiaban fábricas y granjas y condenaban a grandes artistas al exilio. En una granja de Klein-Machnow vivía desde hacía siete años un filósofo ruso a quien Anki tenía en mucho aprecio; ese hombre le contó muchas cosas de sus vivencias en San Petersburgo durante la revolución. Anki desvió la mirada más allá de Leopold, hacia la pared, y se imaginó a su madre expulsada de Klein-Machnow, huyendo a pie y con un terrible resplandor rojo debido al fuego en el cielo. Quería decir que no, pero tampoco deseaba ofender a Leopold. Apoyó su cara hermosa en ambas manos, se llevó los dedos a las sienes y se puso a contemplar, pensativa, el patrón de la alfombra y la forma de los zapatos negros de Leopold (que le gustaban mucho).

—No tiene por qué ser —dijo Leopold—. Solo pensé en silencio para mí que tal vez podría interesarte.

—No le gustaré —dijo Anki, y negó con la cabeza—, ¡y no sé por qué debo recibir a una persona a la que no puedo resultarle simpática!

—Todo eso son imaginaciones —dijo Leopold—. Maggie me quiere mucho, y estoy seguro de que le gustarás. Después de todo, y a pesar de sus puntos de vista, es mi hermana.

Anki volvió a negar con la cabeza.

—Te equivocas —dijo con vehemencia—. Soy lo contrario que esas personas... no puedo gustarle... Eso es imposible... Sois una familia extraña... En realidad no sé absolutamente nada de los tuyos... Un día tienes que contarme la historia de toda tu familia... Por cierto, tu hermano Karl estuvo también en casa de Sir Robert Cushendun[78] y volvió a parecerme muy entretenido, aunque para mi gusto habló con demasiadas libertades. Yo en su lugar sería más discreto en la casa de un extranjero...

Otto Bendemann llamó por teléfono y Anki conversó un buen rato con él. Cuando colgó el auricular, llamó Waldo y le preguntó por el fox terrier, que llevaba dos días enfermo. Ya se sentía mejor y Anki tranquilizó a su hermano. Regresó con Leopold, y en ese momento llamó Herbert Müller por teléfono. Era una persona reservada y el único de los amigos de Leopold que tenía permiso para llamar a Leopold en casa de Anki.

—Una gran noticia —dijo el editor—. Voy a montar una revista[79]. ¿Tendría ganas de convertirse en editor?

—Es usted incombustible —dijo Leopold, y sonrió a Franziska—. Pero podría salir algo bueno de ahí.

—¡Hecho! —dijo Herbert Müller—. El asunto todavía no está del todo decidido, y me gustaría contarle algo más en detalle cuando lo junte todo. ¡Solo quería tantear el terreno hoy!

—¿Qué entiende usted por «todo»? Espero que no se trate del dinero.

—Pues el puro tejemaneje... —dijo Herbert Müller, que se echó a reír—. Una imprenta y una fábrica de papel y una persona anuncio... pero el asunto puede funcionar. Ahora bien, usted tendría que trabajar mucho.

—A eso se podría acostumbrar de nuevo uno —dijo Leopold.

—Encomiéndeme a la más bella de todas las mujeres —dijo Herbert Müller, y colgó.

—Herbert Müller me pide que lo encomiende a la más bella de todas las mujeres —dijo Leopold.

—Le sacaré también una foto —dijo Anki—. Visto por su lado derecho, tiene un buen perfil, ya sé cómo le haré la foto.

Leopold se detuvo frente a Franziska, y ambos amantes se miraron a los ojos.

—Después de todo es tu hermana —dijo Franziska—. ¿Cuándo va a venir?

2

Leopold se pasó a recoger a Maggie y la llevó a la calle Kaspar Theys. Se había imaginado que Anki estaría muy formal y no diría una palabra, pero Anki estaba demasiado bien educada para no mostrar sus sentimientos. Llevaba un vestido cuyo patrón era similar al de una bufanda escocesa, de color verde oscuro con rayas rojas y amarillas, y se había calzado unos diminutos zapatos de color marrón oscuro en sus diminutos piececitos. Había pretendido vestirse con prendas deportivas y sencillas, lo cual tenía buena intención, pero no le salió del todo redondo ese intento, estaba muy elegante y el vestido le quedaba especialmente bien. También Maggie estaba serena y segura. Anki tenía en casa a Hans Karl, y Maggie le preguntó si ya iba a la escuela. Tomó la mano de Hans Karl entre las suyas y Leopold pensó que se parecía a una enfermera o a una activista por los derechos de la mujer de los tiempos de juventud de su madre.

Durante el té, Maggie habló de Estados Unidos. Anki escuchaba con atención y examinaba a la hermana del hombre al que amaba: su cara, sus manos, su boca, sus movimientos, su peinado y la tela extrañamente incolora de su vestido. Maggie pareció darse cuenta de aquel examen. Tenía la mirada puesta en su plato, ensimismada, y Leopold no vio que mirara alguna vez a Anki. Estaba inmersa en su relato e informaba con una precisión casi científica acerca de la situación de los negros en Estados Unidos, de un cierto antisemitismo

que era especialmente intenso en las ciudades pequeñas, de los salarios de los trabajadores de Ford y de las escuelas con las que ella no estaba para nada satisfecha. Anki la escuchaba serena. Los negros estadounidenses y sus ingresos salariales no eran un tema que le interesara especialmente, pero permanecía muy atenta y al mismo tiempo untaba unos panecillos chiquitos que Maggie comía con gusto.

Maggie se tomó un descanso y Leopold le mostró las fotos que Anki había sacado en el viaje por el este. Maggie dejó que le dieran una foto tras otra y contemplaba las instantáneas. Las fotos de paisajes no le interesaban, las devolvía rápidamente, pero cuando en una imagen aparecían niños pobres o campesinos que con instrumentos míseros arañaban la tierra pobre de un terreno escaso, entonces se despertaba su interés.

—Esta imagen podría utilizarla —dijo ella alzando la foto con los campesinos—. Es una toma excelente.

Ella conocía Polonia un poco; una vez estuvo durante una semana en Lodz, pero no le gustó; en sus explicaciones se percibía aquella animadversión hacia Polonia que imperaba en la Unión Soviética.

—Hablas como una rusa —dijo Leopold en tono burlón—. ¿Qué tienes contra los polacos?

Maggie era muy susceptible. Lo negó con el ceño fruncido y le explicó de inmediato a Leopold ciertas medidas del gobierno polaco que habían despertado su ira.

Anki preguntó por Moscú y cómo se vivía allí, y Maggie pronunció un largo discurso sobre las condiciones paradisíacas en la Unión Soviética.

Leopold preguntó si conocía a Stalin, y Maggie dijo que habló con él brevemente durante un congreso.

—Mi hermano me ha prestado las memorias de Trotski —dijo Anki.

Al mencionar el nombre de Trotski, Maggie miró a Anki a la cara por primera vez. Sin embargo, no replicó, y cuando Leopold preguntó si conocía ese libro, ella señaló con el dedo al fox terrier que estaba bajo el sofá entre los pies de Anki y dijo que era un animal precioso. La mirada con la que examinó a Anki daba muestras de una desconfianza extrema, de un recelo malicioso y pasional.

Leopold se colocó junto a su hermana y preguntó a Anki si se parecían.

—No —dijo Anki—, la señora Lewes se parece más a tu hermano Karl... a ti, no... o bueno, sí, un poquito solo.

Maggie llevaba en la mano izquierda un pequeño reloj de pulsera dorado. Echó hacia atrás la manga, echó un vistazo al reloj y se levantó. Anki apartó a un lado la mesita del té y se levantó también.

—Son las siete —dijo—. Si desea quedarse en mi casa para una cena sencilla, me alegraría mucho.

Maggie dio las gracias y dijo que por desgracia tenía otra cita.

—Voy a estar muy poco tiempo en Berlín —añadió—, y siempre se agolpan todos los compromisos.

—Sé lo que es eso —dijo Anki—. También me ha sucedido a veces.

Acompañó a Maggie a la antesala, y cuando Marie le trajo el abrigo del guardarropa, Maggie pidió permiso para despedirse también de Hans Karl.

Hans Karl estaba en el cuarto de baño, de pie al lado de la bañera, cuando Anki entró detrás de Maggie y Leopold. El niño acababa de salir del agua, y Luise le frotaba el cuerpecito con una gran toalla de color verde claro.

—¡Adiós, hombrecito! —dijo Maggie, y se acuclilló ante el niño—. Eres un muchachito encantador, la próxima vez que venga a la casa de tu madre te traeré alguna cosa.

Anki quitó el tapón del desagüe, y el cuarto de baño se llenó del sonido borboteante del agua al desaparecer por el sumidero.

—Luise me ha quitado mi barco —dijo Hans Karl a su madre con voz lastimera.

—No se ha portado tan bien como suele portarse siempre —dijo Luise—. ¿No es verdad, Hans Karl? ¡Eso lo sabemos muy bien tú y yo!

La toalla resbaló hasta el suelo, y Leopold alcanzó a ver la pequeña caja torácica con los puntitos rosados y marrones del pecho, el ombligo grande, una barriguita redonda y satisfecha, el tubito puntiagudo sobre los muslos, dos rodillas que aún brillaban un tanto negruzcas y los pies proporcionalmente grandes cuyos dedos estaban ligeramente curvados hacia arriba.

Anki había visto también que las rodillas no estaban bien lavadas, pero se agachó, alzó la toalla y volvió a tapar a su hijo.

En la calle dijo Maggie que el pequeño era adorable.

—Es un niño hermoso... un niño muy hermoso —dijo ella dos veces —, y tan abierto... tan natural... ¡una criatura increíble!

Leopold no replicó nada. Maggie se subió al coche, él pisó el acelerador y condujo despacio. Estaba en tensión por saber qué opinaba Maggie de Anki.

—¿Amas mucho a esa mujer? —preguntó ella al cabo de un rato.

—Sí. Mucho.

—Es inusualmente guapa —dijo Maggie—, y tiene un chico precioso, un chico precioso[80]... ¿Qué hace en realidad? ¿Tiene una profesión?

—Tiene un hijo, y educa a su hijo, y tal como has visto, lo hace

muy bien, y hace unas fotos estupendas, lleva su casa y me ama.

Maggie se recostó y se puso a buscar los cigarrillos en sus bolsillos, y después de encenderse uno, siguió preguntando:

—¿Es rica? ¿De qué vive?

—Eso no lo sé. ¿De qué vives tú en realidad?

—De mi sueldo.

—Eso está muy bien y es agradable —dijo Leopold—, pero ahí tiene que involucrarse también alguien más. Yo me gano mi dinero yo mismo...

La señora Janke había preparado la cena y Maggie aceptó la invitación de Leopold. No tenía ninguna cita, se había tratado únicamente de una excusa.

3

El amor y la amistad no son solo sentimientos; son actividades. Están basados en sentimientos que denominamos «amor» o «amistad» para abreviar, pero ningún amante permanece pasivo e inactivo; desea poseer y ser poseído, escribir y recibir cartas, e intercambiar ternura y cariño, las acciones del corazón. Una excursión que uno hace con un buen amigo es mucho más que el doble de bonita que una excursión en solitario; resumiendo: el corazón es el órgano más activo de todos, ya sea bombeando la sangre por nuestro cuerpo o amando.

El corazón de Maggie se había congelado (o al menos en su manera de proceder parecía como si fuera de hielo), pero al estar ahora de nuevo con Leopold a solas, sin ser estorbada ni observada, sentada en la apacible tranquilidad de un piso pequeño (que ella encontró muy divertido y que encajaba con él), fue descongelándose paulatinamente, como te vas descongelando en un hotel que te había parecido abominable al principio y en el que de pronto descubres a clientes muy simpáticos. El recuerdo, que nos libera de las leyes del tiempo y del calendario y que es capaz de sacar de la chistera el pasado, como la esperanza hechiza el futuro o como un faquir conjura una palmera verde tupida, borró el presente, y cuando Maggie se sentó en el sofá de Leopold y contempló la boca de Leopold, que todavía era muy joven, aquel cuarto se transformó. De repente Maggie tenía quince años y Leopold diez, y sobre la gruesa piel blanca de un oso polar debajo del escritorio rojo de caoba de papá (que estaba sentado con mamá en el jardín) estaba tumbado un gran perro dogo gris que parpadeó un poco cuando Leopold exclamó «¡guau!, guau!», pero no se movió de su sitio porque conocía esas bromas infantiles y solo obedecía las órdenes de su dueño (que había salido de la habitación,

pero no de la casa). Maggie tenía miedo siempre de ese perro, y ahora, al contemplar la espesa cabellera rubia oscura de Leopold, de repente tenía once años y Leopold seis, con una bata verde para jugar, y Leopold jugaba a ser perro y ladraba y gateaba hacia el dogo grandón y temido, y le dio un mordisco al perro en el extremo de una oreja. El perro se levantó de un salto y se quejó con un aullido y el hocico levantado por el intenso dolor...

Leopold ofreció a Maggie un cigarrillo. Maggie le contó la historia del dogo y el mordisco en la oreja del perro, y los hermanos se rieron mucho cuando recordaron aquella cara triste y el ojo lastimero del imponente y bello monstruo. Cuánto entendimiento y cuántos buenos modales habitaban en el alma de aquel perro que toleró un dolor tan intenso sin defenderse, a pesar de que habría podido derribar al pequeño Leopold con un único golpe de una pata o matarlo de un único mordisco. Leopold alabó al animal que él enterró junto con su padre detrás de la segunda rosaleda del jardín, y Maggie relató historias de la cocinera Kreszenz. La buena Kreszenz detestaba a los dogos y les tenía miedo. Leopold se acordaba todavía con detalle de la historia del mordisco en la oreja, pero había olvidado las historias de Kreszenz, quien más tarde se casaría con el cartero, y fue bonito volver a escucharlas.

Cerca de la vivienda de Leopold echaban una película divertida en un cine pequeño, y los hermanos fueron para allá en una hora. Desde su estancia en Estados Unidos, Maggie no había vuelto a estar en un cine y se rio mucho. La película era solo medianamente buena, pero estaba ambientada en una aldea cercana a la ciudad de Kassel, y era la tierra natal la que encandilaba a Maggie.

Al día siguiente, Maggie fue ya por la mañana a casa de Leopold.

—Me he tomado hoy el día libre —dijo ella con cara de satisfacción —. No te molestes por mí, solo voy a trastear un poco por aquí si no te importa.

Esa mañana fue la de mayor compenetración y confianza de los hermanos. En casa de tus amigos estás también como en casa, pero entre hermanos reina una confianza y una ausencia de malicia que no llega a alcanzarse siquiera en las mejores y más íntimas amistades. En casa de tu heramano puedes inspeccionar la cocina y reírte de la despensa, o abrir el armario ropero y preguntar por el precio del jabón... Puede que el número de secretos que ocultas a tu mejor amigo no sea grande, pero sigue siendo mucho mayor que el que se guarda un hermano ante su hermana. A Maggie le estaba gustando Leopold cada vez más, a él le habría gustado decirle que estaba un poco enamorado de ella. Ella comprendía sus emociones más leves, y

podían conversar por alusiones que deleitaban a ambos y los transformaban en una mezcla misteriosa de dos niños y una pareja de enamorados.

—¿Sabes a lo que se parece en verdad tu estufa? Se parece del todo a papá cuando estaba preparando un discurso —dijo Maggie, y señaló la estufa con la punta del pie. Y tenía toda la razón; si se contemplaba la estufa desde un determinado lugar, había una línea que era similar a cierta postura del padre cuando estaba sentado a su escritorio y giraba la cabeza a un lado, absorto en sus pensamientos.

—Pienso a menudo en papá —dijo Maggie.

—Te pareces mucho a él. Era igual de duro que tú —dijo Leopold —, también buscaba mejorar a los seres humanos y el mundo.

—Fue muy duro conmigo —dijo Maggie, que se levantó con un movimiento rápido y apasionado. No podía olvidar la injusticia, la cruel injusticia que habían cometido con ella.

—Y tú eres dura con mamá —dijo Leopold.

Maggie permaneció en silencio y leyó la etiqueta del cigarrillo. Luego dijo:

—¡Dejemos eso! Alguien me contó que Karl estaba infelizmente casado. ¿Es cierto eso?

—¡Eso son cuentos chinos! Karl es el padre de familia más feliz de todo Berlín.

—¿Por qué se divorció tu Anki?

Maggie había dicho «Anki» por primera vez en lugar de «la señora Scheler», y Leopold le contó a su hermana algunos lances del matrimonio de Anki.

Leopold envió a casa a la señora Janke, y Maggie fue a la cocina y preparó un almuerzo divertido. Consistió en huevos revueltos, dos escalopes, de los cuales se le quemó uno, guisantes de lata y una tarta gigantesca que Leopold compró mientras a Maggie se le chamuscaba el pobre escalope. Sin embargo, la comida les supo muy bien a los hermanos a pesar de todo, y Maggie estaba recogiendo la mesa para hacer sitio para el café cuando sonó el timbre de la puerta y Leopold se vio obligado a conducir a su habitación al camarada Iván. Iván hablaba un alemán espantoso y tenía un aspecto sombrío y tétrico, sin afeitar, con corbata roja y una chaqueta de cuero sin cuello, y no había manera de averiguar de qué rincón del sureste de Europa procedía. Los grandes revolucionarios, aunque solo fuera por razones de utilidad, siempre habían adquirido la apariencia de políticos de profesión y los modales de la clase dominante. Karl Marx llevaba monóculo, y Lenin era el favorito de la policía de extranjeros en Zúrich por su comedida discreción. Sin embargo, a los pequeños

revolucionarios, y en concreto a los simpatizantes, les gustaba parecerse a los comediantes, cosa que, por cierto, también les sucedía a los pequeños artistas, a los pequeños poetas e incluso a los jinetes y a los trapecistas de segunda y tercera categoría en el circo. Iván tenía unos ojos demasiado fogosos y la capacidad de lanzar miradas como un mago de pueblo.

—Tenemos que hablar de un pequeño asunto —explicó con una voz retumbante—. ¿Podría dejarnos a solas diez minutos?

—Por favor —dijo Leopold, y abrió la puerta del comedor.

El camarada Iván titubeó.

—Necesito papel y tinta —dijo mirando en dirección al escritorio de Leopold. Leopold no respondió y miró hacia la puerta del comedor.

—Ven —dijo Maggie—, tengo todo conmigo —e Iván la siguió.

Al cabo de un cuarto de hora regresaron los dos, e Iván se sentó cómodamente en el sofá de Leopold.

—He leído su libro. Es usted discípulo de Ranke.

Iván pronunciaba algunos fonemas defectuosamente, y Leopold no sabía que fuera un discípulo de Ranke[81].

—Es un libro que merece la pena leer —prosiguió Iván—, pero muestra lo estúpidos que pueden llegar a ser los alemanes.

Leopold se enfadó y reflexionó sobre si debía echar fuera a aquel invitado indeseado.

—Usted está a este lado de la frontera, señor mío —dijo finalmente —, y tal vez sería conveniente que se expresara con algo más de consideración.

Iván se rio y mostró dos filas de hermosos dientes.

—Usted es un nacionalista, lo sé.

Leopold no replicó, e Iván prosiguió:

—Usted debería escribir un libro sobre el SPD y señalar los delitos de ese partido. Podría hacerlo, y nos prestaría un gran servicio con un libro así. Usted es una persona inteligente, tiene que ver por fuerza que esa pandilla de Severing[82] es una cuadrilla de delincuentes.

—Tiene usted una opinión acelerada de sus congéneres —dijo Leopold.

—Tengo una buena opinión de usted, y le hago una gran oferta. Los trabajadores no leerán su libro, pero podrían leerlo, está escrito muy clarito, se puede entender cada capítulo.

—¿Ha leído usted mucho de Ranke?

Iván hizo un gesto despectivo con la mano:

—Ranke es basura. Lo he leído... no vale la pena.

—¿Hay mejores políticos en su patria?

Iván se echó a reír.

—En nuestro país solo hay granujas. Alemania es más interesante. Alemania es el país más interesante de todo el mundo.

Iván adoraba las exageraciones, y Leopold deseaba enviar a ese hombre a freír espárragos. Le ofreció un cigarrillo y se puso a pensar cómo librarse del tipo ese.

—¡Ven! —dijo Iván a Maggie al cabo de un rato—. Vámonos.

—Ya te he dicho una vez que no tengo tiempo —dijo Maggie—, hoy no quiero que me llame ni me moleste nadie más.

Iván puso una expresión de rendición en la cara y se levantó.

—Le doy las gracias por su hospitalidad —dijo a Leopold—, ha sido un gusto conocerlo a usted. Es un burgués, pero ha armado una buena bronca en ese periódico miserable, no parece que sea usted ningún cobarde.

—No conozco su patria —dijo Leopold—, pero si alguna vez fuera para allá, me permitiré devolverle la visita.

—Cuando tengamos una república soviética, le conseguiré la mejor habitación en el mejor hotel. No tendrá que pagar nada y podrá escribir tranquilamente un libro.

Leopold acompañó a Iván a la puerta, y cuando regresó, preguntó a Maggie que hacía ese Iván en Berlín.

Maggie se encogió de hombros y no dio ninguna respuesta; probablemente no le estaba permitido decir la verdad.

—¿Te parece que necesitamos importar a gente así? —preguntó Leopold—. ¿Es esa tu manera de ver las cosas?

—Es solo un escritor —dijo Maggie—, no tiene que decir nada. Pero es un buen marxista, si no fueras tan testarudo, podrías aprender un montón de cosas de él.

—¿Por qué no te quedas en Berlín realmente?

—No pienso para nada en eso —dijo Maggie, y su cara denotaba soberbia y desprecio—. ¡Detesto el terror de los socialdemócratas!

La respuesta de Maggie era realmente cómica, y Leopold se rio a carcajadas de su hermana.

—No me gustaría ofenderte —dijo él—, pero a veces hablas como una loca. ¡Alemania es el país más libre del mundo! Nuestra policía regula el tráfico y atrapa de tanto en tanto a un ladrón, pero no tenemos ni un GPU[83] ni una censura, y en nuestra tierra cualquiera puede decir y escribir todo lo que se le pase por la cabeza. ¡Incluso el camarada Iván! ¿Llamas «terror» a eso?

—No nos entiendes —dijo Maggie—. Eres una persona increíblemente burguesa.

—Sois más fáciles de entender de lo que piensas —dijo Leopold—. Sois los sacerdotes de una nueva fe, pero me parece que a veces

habláis un lenguaje condenadamente frívolo. Esa perorata del terror es insoportable. Los trabajadores de Berlín dicen «terror», y como se les permite gritárselo en la cara a todos los policías, no saben para nada lo que es. En cualquier caso, vuestro terror es considerablemente más violento.

Maggie no replicó y puso cara de aburrimiento.

—Tú nos dejaste muy temprano, quiero decir, cuando eras todavía muy joven —prosiguió Leopold—, pero me parece que deberías leer alguna vez un libro sobre nuestra historia. Nuestro Galileo se llamaba Kepler, y nadie lo obligó a abjurar de sus convicciones, y nuestro Descartes, me refiero a Kant, no tuvo que marcharse del país. Nosotros no tuvimos ningún caso Wilde, ni ningún caso Byron, y me parece que por ese lado podemos estar orgullosos de nuestra historia. No tiene ningún sentido oscurecer un lado tan brillante con eslóganes.

Maggie dirigió la mirada hacia la puerta y la ventana de la habitación de Leopold y preguntó lo que costaba el piso, cuánto tenía que pagar de alquiler.

—Un momento, por favor —dijo Leopold enfadado—, todavía no he acabado. Disculpa, pero me parece que soy un hombre con el que se puede conversar.

Maggie sonrió y volvió a prestarle atención.

—¿Conoces a Dostoyevski? —preguntó Leopold.

—A Lewes le gustaba leer sus libros y admiraba mucho a ese hombre. A mí no me gusta.

Leopold fue al escritorio y buscó entre sus papeles una frase de Dostoyevski que había anotado, y cuando la encontró en la carpeta de Rusia, la leyó en voz alta: «El cristiano dice: tengo que compartir mi propiedad con mi hermano menor y servir a todos mediante ella. El comunista dice —tu amigo Iván, por ejemplo, añadió Leopold con un guiño de ojo—: ¡Sí, te ordenan que compartas tu propiedad conmigo, que soy más joven y pobre que tú, y tienes que servirme!».

—Lo sé —dijo Maggie aburrida—. Pero esas son objeciones casposas e historias que se conoce todo quisqui. Ya no se trata de una distribución de la riqueza, sino de la distribución de la pobreza.

—¡La República es débil —dijo Leopold—, por desgracia eso es cierto, pero en el campo de la política interior ha tenido unas cuantas ideas que la distinguen! Deberías estudiarlas un poco más a fondo.

—La República va a naufragar —dijo Maggie con rabia—. Inglaterra no la va a tolerar. Los nobles hacendados ingleses *junker* derribarán al SPD y obligarán a Alemania a declarar la guerra a la Unión Soviética. Tenemos que impedir eso, y vamos a impedirlo.

—No me creo yo eso —dijo Leopold—. Son viejas fantasías del

Komintern.

—El Komintern está mejor informado que tú, querido. El *Berliner Allgemeine Zeitung* tiene un buen suplemento cultural, pero sobre política entendemos más *nosotros*. Churchill[84] ha pronunciado recientemente un discurso en el que dijo que la grande y valiente Alemania podría realizar el mayor servicio a la civilización si liberara a Europa del peligro bolchevique.

—No soy experto en política inglesa —dijo Leopold—, pero la República no luchará jamás contra Rusia. Nuestro pequeño ejército tiene grandes simpatías por Moscú.

—Las fuerzas armadas del Reich son buenas —dijo Maggie—, pero a los socialdemócratas les paga Inglaterra.

—Eso es demasiado estúpido —dijo Leopold—, así no se puede debatir.

Maggie no replicó y se puso a mirar la estantería de Leopold, y Leopold prosiguió:

—No tienes ni idea de lo católica que eres a veces. Mamá sigue creyendo en la actualidad que a Lutero le paga el diablo, que le entrega su sueldo todos los sábados por la noche, y tú crees que a Severing lo mantienen como a una puta.

Maggie podía llegar a ser muy soberbia. No quería seguir discutiendo más, así que se levantó y cogió un libro de la estantería. Al cabo de un rato lo devolvió y preguntó:

—¿Quieres que escriba a mamá? ¿Podrías regalarme la foto que tienes de ella?

—Sí. Ven aquí, siéntate en mi escritorio, aquí tienes papel y tinta. Te regalo las fotos, y tú le escribes a cambio una carta amable. La mujer que nos trajo al mundo se merece cualquier esfuerzo.

Maggie se acercó al escritorio y contempló el papel gris de carta y la gruesa estilográfica negra que Leopold le tendía. Pero al cabo de unos instantes se dio la vuelta y dijo:

—¡No! Le escribiré mañana. Para una carta tan importante necesito serenidad y recogimiento.

Leopold se enfadó con Maggie y se fue a su dormitorio para ponerse otro cuello de camisa. El que llevaba puesto se había encogido al lavarlo y le apretaba.

No era nada placentero hablar con Maggie sobre política. Te lanzaba a la cara frases aprendidas de memoria, y era agotador mantener la calma y responder a esas frases. Leopold abrió la ventana y sacó la cabeza al aire frío del exterior. Sin embargo, al cabo de un rato decidió en nombre de Dios volver a hablar sobre Estados Unidos y los salarios de los negros. Tal vez fuera posible entenderse en ese

asunto. Cuando regresó a la sala de estar, Maggie estaba tumbada en el sofá y se había tapado con la gran manta marrón de Leopold.

—¿Tienes frío? —preguntó Leopold—. ¿Quieres que avive la calefacción?

—Me duelen los riñones —dijo Maggie—, pero el ataque pasará rápido.

Maggie tenía un rictus en torno a la boca que demostraba a Leopold que ella tenía que estar sufriendo fuertes dolores.

—¿Quieres que vaya a buscar a un médico? Mi amigo Wilhelm Braun es un médico muy bueno...

—Muchas gracias —dijo Maggie—, eres muy amable, pero ya están remitiendo los dolores. Estos ataques son horribles, pero gracias a Dios suelen pasar tan rápidamente como aparecen.

Maggie gimió y se enderezó, y Leopold le puso un segundo cojín bajo la cabeza. Maggie volvió a recostar la cabeza y cerró los ojos, y en ese instante vio Leopold que no solo estaba sufriendo dolores físicos. Ella había tomado un camino que estaba miserablemente pavimentado y cuyo curso forzaba a su vida a dar bandazos tremendos y cambios demasiado bruscos. No era cosa fácil ser apátrida y ejecutar las órdenes de hombres extranjeros en países extranjeros. Los rusos no habrían podido hacerlo; adoraban demasiado su propio país, y por eso tan solo la dirección del Komintern estaba compuesta por rusos. Los funcionarios inferiores eran extranjeros a los que un duro destino había desarraigado demasiado pronto. Maggie tenía un carácter fuerte, y creía en su causa, pero muy a menudo necesitaba de toda su fuerza de voluntad para aguantar, perseverar y continuar la marcha. Muchos de sus mejores amigos se habían cansado en el transcurso de los años y se habían bajado del carro. Las tensiones entre los intereses nacionales del imperio ruso y los intereses de la clase obrera europea habían desmoralizado a esos hombres y mujeres, los había amargado y se habían rebelado. Maggie se quedó. Había vencido y superado esas «debilidades y errores humanos» y obedecía. Sin embargo, era muy difícil ser un revolucionario y obedecer, era tremendamente difícil obedecer...

Leopold realizó una vez una caminata con Wilhelm Braun por la Alta Baviera, y durante un caluroso día de verano los dos amigos se tomaron un descanso en un monasterio, o mejor dicho, en el jardín de un monasterio que ofrecía posada. Un monje de cabello gris y cara serena y apacible se acercó despacio a la sombra del follaje de madreselva en el que estaban sentados los excursionistas y les llevó pan, un queso muy bueno y una cerveza excelente destilada en la casa. Wilhelm Braun contempló los ojos y los labios del monje y el hábito

marrón de caída larga que los talones desnudos iban levantando con cada paso.

—Esos hombres son felices —dijo.

—¡Qué equivocado andas! —replicó Leopold—. Esos hombres están en el infierno. Creen en el cielo, en el paraíso de Cristo, y anhelan esos campos en los que esperan ser felices y no tener dolores ni deseos algún día. Por ello se han entregado en vida al infierno de estos muros para al menos presentarse de inmediato ante el rostro de Cristo y de todos los santos después de la muerte.

—No entiendo eso —dijo Wilhelm—. El hombre que nos ha traído esta cerveza no tenía el aspecto de venir del infierno.

—Eres alemán y protestante —replicó Leopold—, y esas son dos razones que te impiden saber lo que significa obedecer. Tú siempre fuiste libre. Ya desde niño te permitieron creer y tener por cierto lo que te gustaba y lo que tenía sentido para ti, y vives en un Estado en el que todo el mundo tiene los mismos derechos, y además posee muchos más derechos que obligaciones. Puedes decir y pensar y escribir lo que quieras, puedes amar a quien quieras, casarte, divorciarte, casarte con otra mujer, viajar, levantarte, dormir, votar o no votar, renegar o callar... En un monasterio tienes que obedecer. Cuando tienes quince años, no resulta difícil seguir las órdenes de un padre y saltar a las seis de la mañana de una cama que hiciste a las nueve de la noche, pero cuando tienes cuarenta, cincuenta, sesenta años, entonces es muy penoso. Tú estás solo muchas horas del día... Esos hombres no lo están casi nunca. Si a tu ama de llaves le huele el aliento y le sudan los pies, puedes despedirla, pero en este monasterio están encerradas todas las enfermedades del mundo, todos los humores, todos los quejidos que una disciplina férrea solo puede reprimir, pero no resolver. Te mueres de frío, pero te replican que solo estamos en octubre; sudas, y te dan menos de beber. Tu vecino tiene pólipos en la nariz, ronca como un borracho y desprende olores nauseabundos, pero si te quejas, te replicarán que tú estás ahí para hacer sacrificios y te señalarán que tú mismo tienes toda una serie de cualidades menores y mayores que podrían hacer desesperar a tus vecinos si estos fueran hombres libres y pudieran permitirse semejantes sentimientos. Nadie puede transformar este mundo. Seguirá siendo como fue creado, y todas las personas son como tú y yo...

Incluso John Lewes, el marido de Maggie, se salió un día del partido y volvió a hacerse estadounidense. Maggie nunca hablaba de él, pero el mundo es un pañuelo, y cuando Maggie se marchó de Berlín, Leopold se topó con un hombre que conocía muy bien a Lewes. Describió a

Lewes como a una persona alta, de ojos claros y muy sincera, que durante un tiempo se creyó todo lo que le decían y veía escrito hasta que un buen día, tal como expresó él mismo, se le abrieron los ojos. En ese momento se transformó en un ciudadano apasionado de los Estados Unidos. Había querido mucho a Maggie y habría estado dispuesto a picar piedra por ella, pero Maggie hizo el horrible sacrificio y se separó de él. Ella viajó a Moscú y renegó de Lewes. La creyeron porque era una mano de obra insustituible, pero desconfiaban de ella porque su espíritu de sacrificio sobrepasaba lo imaginable, y por aquella época hubo momentos en los que Maggie apenas podía seguir tirando a trancas y barrancas. Su jefe de entonces era una persona con una manera de ser infame. De cara le hacía a Maggie grandes cumplidos, pero Maggie se enteró de que a sus espaldas se burlaba de tanto «heroísmo burgués». Maggie apretaba los dientes y obedecía, y obedecer significaba sacrificarse, someterse a una causa superior, a los intereses de muchos, por ejemplo a los intereses de la patria o de una flota de combate o de un partido. Maggie dejó que los débiles se burlaran y prosiguió su camino.

Maggie abrió los ojos, y Leopold oyó que le castañeteaban los dientes.

—Los médicos burgueses ya no valen nada —dijo en voz baja—. Vuestros consejeros de Sanidad son tan solo unos títeres de los millonarios de la industria química.

—Tienes toda la razón —dijo Leopold—. Vuestros médicos pondrán algún día a los niños riñones artificiales que funcionarán mucho mejor y no generarán sensaciones desagradables.

Maggie agarró una caja de fósforos de la mesita de fumar y se la arrojó a Leopold a la cabeza.

—Lástima que no tenga a mano ningún tintero —dijo ella.

—Que no falte el sarcasmo —dijo Leopold.

Maggie metió la mano derecha debajo de la manta y se tapó los ojos con la izquierda; la mano era huesuda y tenía un aspecto amarillo pálido como el de la mantequilla mala. Leopold se sentó al lado de Maggie y le acarició el pelo, pero cuando ella gimió suavemente, se levantó y llamó por teléfono a Wilhelm Braun.

—¡Sé un ángel y sube a un taxi y ven!

—¿Estás enfermo?

—No, tengo a mi hermana en casa y parece estar bastante enferma. Tiene dolores fuertes, son los síntomas de un cólico nefrítico. ¿Podrías hacerme el favor de venir ahora mismo?

Media hora después llegó Wilhelm Braun. Leopold salió de la habitación, y Braun examinó a Maggie. Cuando Leopold pudo entrar de nuevo, Wilhelm le dio un breve apretón de manos y se marchó.

Tenía pacientes en casa y le resultaba desagradable hacer esperar a los enfermos.

—Tu amigo es un buen médico —dijo Maggie.

Wilhelm le había dado a Maggie un remedio nuevo, y al cabo de media hora se sentía ya mejor. Ella se quedó hasta el atardecer y habló de sus viajes y de una mujer joven en Chicago de la que era muy amiga. Leopold quiso llevarla a casa en su coche, pero Maggie se lo agradeció y dijo que prefería tomar un taxi.

Dos días después, Maggie escribió a su hermano que se iba de Berlín y que viajaba a Dresde. Sus amigos la enviaban a un sanatorio de allí. Leopold fue en coche de inmediato a la calle Blumenthal y, después de llamar dos veces al cristal, le abrió la señora Paulke.

---

78. Presumiblemente, ese nombre está tomado de Ronald John McNeill, el barón Cushendun (1861-1934); como político conservador, fue ministro de Hacienda (1925-1927) y trabajó sobre todo para el Ministerio de Asuntos Exteriores (1928-1929) como *Chancellor of the Duchy of Lancaster*. Cushendun firmó en 1928 por Gran Bretaña el pacto Kellogg-Briand, un acuerdo de las naciones participantes para proscribir la guerra. Se le menciona ya en el capítulo ocho como enviado británico.

79. La «solución» al dilema económico de Leopold puede estar basado a su vez en la experiencia de Brentano como colaborador del *Frankfurter Zeitung;* tras darse de baja allí (los del *Frankfurter Zeitung* prohibieron a destacados colaboradores como Siegfried Kracauer y también Brentano escribir simultáneamente para otros periódicos y revistas), quiso fundar junto con Brecht y Benjamin la revista *Krise und Kritik* en la editorial Rowohlt, un proyecto que, sin embargo, fracasó ya durante los preparativos (cf. Erdmut Wizisla, *Benjamin und Brecht. Die Geschichte einer Freundschaft*. [Benjamin y Brecht. La historia de una amistad], Fráncfort del Meno, 2004, pp. 115-163, 289-327).

80. Brentano suprimió aquí una denuncia excesivamente esquemática de la comunista Maggie («pero no puedo entenderte del todo sin embargo. Esa no es una mujer, es una mujercita mimada de la burguesía. / —¡Pum! —dijo Leopold golpeando el volante con una mano. Al menos eres franca», PE, p. 385).

81. El historiador prusiano Leopold von Ranke (1795-1886) estaba a favor de una concepción objetivista de la historiografía. En su opinión, un historiador debía exponer las cosas «tal como fueron en realidad». Brentano denominó la *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation* [La historia alemana en el periodo de la Reforma] de Ranke (5 volúmenes, 1839-1847) como una experiencia de lectura impresionante de su vida (Bernard von Brentano, *Streifzüge,* [Excursiones], Zúrich, 1947, pp. 27 y s.).

82. El político del SPD Carl Severing (1875-1952) fue ministro del Interior de 1928 a 1930.

83. La policía secreta soviética de los años veinte, precursora del KGB.

84. Winston Churchill fue de 1924 a 1929 el *Chancellor of the Exchequer* (canciller del tesoro) conservador del gobierno británico.

Capítulo 21

Apártate de ensoñaciones,
la inspiración no va a venirte:
estar del todo embelesado
liquida la deuda de la tierra.
Rudolf Borchardt

1

Maggie se había marchado por la mañana, y la señora Paulke expresó a Leopold su condolencia por la visita en vano mirándolo en silencio y poniendo una cara afligida.

—La habitación está vacía —dijo ella finalmente—; si quiere, puede verlo usted mismo. Me sabe mal que la señora se haya ido. Era muy callada y amable. No son frecuentes los inquilinos así. Oh, por Dios, hay otros que se pasan el día haciendo ruido, y cuando les dices algo, entonces se te encaran desvergonzadamente. Es una habitación bonita...

La señora Paulke abrió la puerta. La habitación abandonada no estaba todavía arreglada, pero tampoco estaba desordenada, y Leopold divisó en el estante más bajo de la estantería un libro que Maggie se había olvidado al parecer. Lo cogió. Era una edición sin valor de la novela *Thérèse Raquin* de Zola, pero Maggie había escrito en la primera página su nombre: Margarethe Lewes-Chindler.

Ya en la calle, Leopold compró cinco libras de bonitas manzanas rojas y le pidió al vendedor que entregara la fruta en su nombre en casa de la señora Paulke. A continuación se dirigió a casa.

Nevaba, y cuando tuvo que parar en un semáforo rojo de la Plaza Alexander, los copos caían con tanta densidad que tuvo que accionar el limpiaparabrisas. El motorcito zumbaba, y la varilla metálica apartaba la nieve a un lado. Leopold soltó el freno de mano y observó el movimiento ávido de las masas de vehículos que pasaban. Un transportista de cerveza en carro se enderezó en el pescante y espoleó a su pesado brabante. Llevaba unas manoplas deformes, y el mango de su látigo se alzaba negro a los aires y pelado como una rama deshojada. Un autobús circulaba más rápido y con más prisas, y el vehículo amarillo de dos pisos adelantó al carro de la cerveza escorándose espantosamente. Los ciclistas eran tipos valientes, y

Leopold se maravilló ante un muchachito de una carnicería que manejaba la bicicleta con la mano izquierda mientras con la derecha sujetaba un cuenco con carne y al mismo tiempo iba silbando una canción con los morros en punta. El movimiento de la calle, todo sea dicho, se asemejaba menos a un cuadro que a una toma de película, y los ojos de Leopold ordenaban las escenas una tras otra como la lente de una cámara fotográfica: de una manera impresionante, precisa e irreflexiva. De repente, un policía de tráfico abrió la puerta del coche e introdujo su casco negro:

—¿Cuánto tiempo va a quedarse aquí soñando?

—Disculpe usted... ahora mismo me pongo en marcha.

—Yo en su lugar me quedaría esperando hasta que se ponga verde el semáforo.

Portazo.

Leopold echaba mucho de menos a Maggie. Su piso le parecía pelado, vacío, silencioso y desierto. Se aburría y estaba molesto y cansado. Las conversaciones políticas con Maggie no habían sido ni gratas ni productivas, pero deseaba que volvieran a producirse, y ahora estaba hecho una furia por la maldita capacidad de Maggie para esfumarse y por su sobrehumana fuerza de voluntad, que los había empujado uno al lado del otro, como dos trenes que se encuentran durante dos minutos en una estación pequeña.

Sí, la fuerza de voluntad de Maggie era asombrosa, casi masculina, pero los dolores que tenía que padecer su delicado cuerpo envolvían su figura en un manto emocionante y conmovedor. El marco en el que había estado la foto de la madre de Leopold estaba vacío; Maggie solo quiso llevarse la fotografía, sin el marco, y a Leopold le pareció una verdadera estupidez haberse olvidado de pedirle a Maggie una foto suya, en el supuesto de que ella tuviera algo así. En cada rincón de la habitación veía la cara de ella, sus ojos escrutadores y su pequeña pero pensativa frente... Era muy inteligente, pero no para ella; muy valiente, pero para los demás; y si se dejaban a un lado las frases políticas, era humilde sin ser cándida... ¡Vaya persona!

Se dirigió al escritorio y decidió escribir una carta larga a Maggie. En Berlín y en los alrededores de Berlín había también sanatorios, y Leopold no entendía los motivos por los que Maggie había elegido uno en Dresde si en Berlín podrían haberse visto de vez en cuando. Sin embargo, la carta de Maggie no contenía ningua dirección, había vuelto a desaparecer, como ya desapareció una vez (en los años después de 1918), sumergida sin dejar rastro en la gigantesca masa gris de las personas que ella adoraba y cuyo destino quería cambiar.

Anki llamó por teléfono, y Leopold dijo que iría al atardecer a su

casa. Anki se mostró de acuerdo, y cuando Leopold colgó el auricular, se dio cuenta de que también eso era sorprendente, muy sorprendente. Desde hacía un tiempo, Anki se había vuelto más tranquila; dejaba ir y venir a Leopold cuando quisiera y como quisiera. Ya no le preguntaba dónde había estado, ni tampoco indagaba adónde iba; ella era muy dichosa cuando lo veía, y taciturna las demás horas. Leopold no se acordaba de las fotos y se preguntaba en qué andaba ocupada Anki todo el día. Fue a pie hasta el barrio de Halensee y de camino se propuso no hablar sobre Maggie, pero Anki comenzó de inmediato a hablar de Maggie.

—Qué lástima que Maggie se vista sin colores, podría ser una mujer de muy buen ver.

Leopold defendió a su hermana.

—Solo la has visto una vez, eso es demasiado poco. Ayer se compró un cuellito blanco que le quedaba muy bien.

—Me lo creo —dijo Anki—. A pesar de su peculiar peinado, tiene una cara expresiva e interesante, pero su peinado es horroroso, y también en los ojos tiene algo que me asusta.

Anki estaba sentada junto a su escritorio del lado de la ventana, y Leopold estaba en el otro rincón de la habitación, y ambos quedaron absortos en sus pensamientos durante un rato. Leopold pensaba que en Dresde no debía haber muchos sanatorios y que tenía que ser posible averiguar la dirección del de Maggie, tal vez con la ayuda de la policía. Pero en ese mismo instante cayó en la cuenta de que Maggie no era una persona sobre la que pudiera llamarse la atención de la policía. Solo el diablo sabía si a lo mejor estaba viajando incluso con un pasaporte falso.

—Se ha marchado a Dresde —dijo él al cabo de un rato—, a un sanatorio.

—¿Es que está enferma?

—Sí.

Anki no continuó preguntando, y Leopold le contó el achaque repentino de Maggie, y que hizo venir a Wilhelm Braun.

—¿Qué opina él?

—No lo sé. Maggie no dijo nada y él tuvo que irse enseguida. Vino a casa en su horario de visitas, y tenía pacientes en casa que lo esperaban. ¡Fue realmente increíble de su parte que viniera a casa de inmediato a pesar de todo su trabajo en la consulta! También es verdad que, extrañamente, es un médico muy democrático, no le gusta hacer excepciones.

—Llámalo por teléfono y averigua el diagnóstico —dijo Anki.

Wilhelm no estaba en casa, y Leopold dijo a la señora Gehrke que

volvería a llamar más tarde.

—Me esfuerzo realmente mucho —dijo Anki—, puedes creerme, pero me resulta difícil ver a Maggie como tu hermana.

—Pero es mi hermana —dijo Leopold con enfado.

Con un movimiento nervioso, Anki desenroscó el tornillo que mantenía sujeta la pantalla de la lámpara de pie del escritorio.

—No creo que ella sea cruel personalmente —dijo —, pero obedece a personas crueles.

Anki cogió el tornillo y lo arrojó con tanta vehemencia sobre el tablero de la mesa que salió despedido por los aires, fue a caer en la moqueta y rodó por debajo del escritorio.

—Mandaría que me mataran a mí y a mi hijo sin pensar en el dolor que causaría con esa acción, y yo no le tocaría ni un pelo porque es tu hermana. ¡Esa es la diferencia entre nosotras!

—Tienes una imaginación exuberante —dijo Leopold.

—¿Tengo o no tengo razón?

—Probablemente tengas razón. La lucha está en plena marcha, y solo el diablo sabe cómo va a acabar todo esto. El doctor Achtermann ha escrito recientemente un artículo muy interesante sobre la situación de la economía mundial. Quería habértelo traído ya la última vez que nos vimos. Recuérdamelo... tienes que leerlo.

Leopold se agachó y levantó del suelo el tornillito de latón. Anki le dio las gracias y volvió a enroscarlo en la lámpara.

Después de cenar llamó otra vez por teléfono a Wilhelm Braun.

—Parece ser algo crónico —dijo Wilhelm—, no he podido ocultarle a tu hermana que no se puede bromear con los riñones. No soy especialista y puedo equivocarme, pero le aconsejé que fuera a ver a un especialista y se hiciera examinar a fondo.

—Ha ido a un sanatorio.

—Eso es muy razonable —dijo Wilhelm—. Allí podrán hacerle radiografías y examinarla en detalle...

Leopold contó a Franziska lo que le había dicho Wilhelm Braun, pero entonces dio un salto mental y prosiguió:

—Los alemanes somos gente terca. En el Reichtstag no hay ni veinte cabezas lúcidas entre sus quinientos diputados, y una mujer como Maggie que posee un talento innato para la política y seguramente también un montón de conocimientos útiles hace política rusa... Manifiesta unos estúpidos prejuicios contra Europa, pero tiene buena vista, y podría tener ideas mejores y más útiles. Ay, todo esto es muy trágico, y en el fondo es lo mismo que me ocurrió a mí. Si hubiera escrito un libro sobre los cartagineses o sobre los incas, ahora sería un hombre famoso y apreciado, pero como escribí sobre el señor

Gentz de Berlín y Viena, los unos me tienen por un estúpido, y los otros, por un retrógrado. Nadie quiere ocuparse de los asuntos nuestros... nadie... pero todos gritan ¡ay! y ¡oh! cuando el barco de nuestro Estado, bello, antiguo y orgulloso, no avanza bien del todo con sus máquinas chirriantes. No es nada fácil ser escritor... quiero decir, en nuestra tierra... pero es algo condenadamente necesario. Maggie sabe muchísimo...

—Números, especialmente —dijo Anki.

Leopold sonrió y prosiguió:

—Pero ella hace comentarios sobre Bismarck que sonarían ridículos en la boca de un escolar de diez años. Ahora bien, ¿cómo va a saber quién era Bismarck y cómo era en realidad? Nuestros catedráticos escriben sobre los hititas, y nuestros escritores consideran que los libros son artículos de lujo que deberían comprar otros. Una vez eché un vistazo a la biblioteca del suplemento cultural del *Berliner Allgemeine*. Se componía de ejemplares gratuitos que enviaban algunos editores. Siete de cada ocho de sus artículos estaban sacados de la manga, y las mangas de las personas son incultas... En Alemania viven veinte millones de católicos, y de ellos diecinueve millones novecientos noventa mil no tienen ni idea de quién fue Lutero... el hombre más grande que hemos tenido, y el personaje más importante de nuestra historia. Eso no es bueno, y mi padre tenía mucha razón cuando una vez me dijo que nuestros paisanos eran condenadamente complicados de gobernar. Todos los franceses tienen una única opinión sobre Richelieu, pero aquí puedes nombrar a Goethe o a Federico el Grande o a María Teresa o a Kant o a quien quieras, y cinco oyentes tendrán al menos cuatro opiniones.

—El alboroto con tu periódico fue algo muy novedoso para mí —dijo Anki—. Me parece que deberías escribir un nuevo libro. Tus artículos eran entretenidos en su mayor parte, pero un capítulo de tu libro me explica muchas más cosas que todos los artículos que has escrito.

—Eres amable y dulce y encantadora y conmovedora —dijo Leopold—, pero quiero que seas mi esposa, y de los libros solo se puede vivir una vez que has escrito cinco como mínimo.

—Eso no es posible —dijo Anki—. Cuando me casé con Richard, pensé que la vida tenía que orientarse conforme a mis deseos y a mi voluntad. Tú me has enseñado que hay que someterse. Waldo opina que someterse es de débiles, pero es que él todavía es un niño... Hay que someterse sin dejarse doblegar. Hay que mandar y obedecer... ¿o es muy estúpido todo esto que estoy diciendo?

El cuarto estaba iluminado por la alta y fina lámpara de pie situada

sobre el escritorio de Anki. La pantalla de la lámpara era de seda verde con pequeños pliegues, y la suave luz que emanaba de la tela densamente entretejida resultaba agradable para los ojos. Anki levantó la cabeza y dedicó a Leopold una mirada interrogativa. Sus labios bellos y carnosos descansaban ligeramente apoyados el uno sobre el otro, y sus grandes pupilas refulgían.

—Continúa hablando —dijo Leopold.

—Estás demasiado lejos —dijo Anki—. No puedo hablar... hablar de cosas tan difíciles cuando estás tan lejos y con tanta oscuridad, que no te veo en absoluto. Estoy tomando un camino que es nuevo para mí, y me gustaría ir de tu mano.

Leopold salió de su rincón, y los dos amantes se tumbaron uno al lado del otro en el sofá verde. La mano de Leopold reposaba sobre el corazón de Anki, y él sintió el latido sereno de goteo constante. Al cabo de un rato, Anki se giró a un lado y lo besó, y Leopold la besó a su vez. Él se sentía muy feliz. De un instante a otro había entrado en esos recintos en los que la voluntad no encuentra sitio y en donde el corazón, completamente feliz, se ve inundado de la más dulce dulzura del universo.

La lámpara proyectaba un amplio círculo de luz contra el techo de la habitación, y Leopold pensó en Fausto y en su famoso pacto: por su parte, ese instante en que él yacía al lado de Anki y la mano de ella le acariciaba el pelo podría perdurar para siempre. Pensó en el misterio de la luz, y lo extraño que es que la Tierra gire y el ser humano no lo note para nada, y que tal vez le iban mejor las cosas al ser humano cuando ese misterio no había sido descubierto todavía... pero ese pensamiento tampoco era mejor... todo estaba bien... todo seguía su camino...

Y de pronto te hallas frente a una mujer... y qué incomprensible es que puedas confiar de esa manera tan íntima, completa, sin segundas intenciones, entregarte, la mujer al hombre y el hombre a la mujer. No era solo una mujer quien reposaba a su lado, era una persona como él, encerrada de por vida en su cuerpo y en su carácter, completamente separada de Leopold, enteramente para sí misma, nacida lejos, muy lejos de él, crecida durante años sin conocer siquiera una letra de su nombre...

Y de pronto había emergido ante él, huyendo, temerosa, reticente, luego atrapada, sometida por el sometido, vencida por el vencido, llorando con quien llora, riendo con quien ríe...

Leopold alzó la mano derecha de Anki y contempló los dedos de ella y los suyos. Entonces continuó pensando: ¿puede confiar uno en sí mismo, en esa abundancia de codicia, complacencia, despotismo,

debilidad, soberbia, cobardía, de la que está compuesto y que nadie llega a conocer por entero nunca? ¿Puede confiar en esa abundancia de coraje y ambición, quejidos y obstinación, imprudencia y cálculo, anhelo y cansancio... y en esos sueños incomprensibles e inescrutables? ¡Solo un necio confía en sí mismo! El mejor consejo del mejor y del más inteligente de los amigos... ¡Palabras! Son palabras que pueden entenderse así, e interpretarse así... ¡y de otra manera! Ya en el acercamiento a nuestro oído, nuestros deseos cambian la coloración de esas palabras, las reinterpretan, corrigen, falsean...

¡Ese ser humano es tu enemigo!

¡Te equivocas, ayer fue muy amable conmigo!

¡Ese ser humano es tu amigo!

¡Te equivocas, va en contra de mí!

Y ambos tienen razón, casi siempre ambos... ¡siempre las dos cosas[85]!

Sin embargo, en ese corazón cuyo latido seguían auscultando las terminales nerviosas de la mano de Leopold, en ese corazón podía confiar más que en el suyo propio. ¡Mucho más! No existía ningún peligro concebible para Leopold ante el cual ese corazón no hubiera temblado, y todo el placer de la vida y de todo el planeta era demasiado poco para él para regalárselo a Leopold y... ¡concedérselo!

La lámpara del escritorio producía una iluminación uniforme, y el lago amarillo de luz en el techo era tan inmóvil como la columna rígida de la que colgaba la pantalla. Leopold miró la lámpara y dijo:

—La luz eléctrica no sabe nada de amor.

Anki prestaba atención.

—Una lámpara que estuviera llena de aceite parpadearía un poco —prosiguió Leopold—. Su llama jugaría con el aliento de tu respiración y se iría apagando lentamente como la hoguera de un centinela cuando cae el rocío y se anuncia la mañana. Nos habría iluminado un tiempo para poder contemplarte yo a ti y tú a mí, ahora se dormiría y nos entregaría a la oscuridad, al manto del amor. El sol se ha puesto hace ya mucho rato, esta lámpara no tiene sentimientos.

El armario grande y viejo en el que Anki guardaba su ropa crujió.

—¿Has oído el armario? —preguntó Leopold—. El armario habla. La lámpara eléctrica no tiene voz.

Después de la cena en casa de los Spalding, Anki había sacado cuatro candelabros grandes de la caja del trastero y los había metido en el armario del comedor. Leopold se levantó, sacó un candelabro, prendió fuego a tres velas y apagó el interruptor de la lámpara de pie. La luz más suave de las velas modelaba la cara de Anki; su boca era de pronto más rosada, más brillante el fulgor de sus ojos, muy blanco su

cuello, más altos y oscuros sus pechos, colinas que, cubiertas por el blando bosque del suéter, se elevaban en suaves líneas desde el valle del cuerpo. Leopold retiró el suéter hacia atrás y se estremeció en el contacto de la carne.

2

Eran las dos de la madrugada cuando Leopold se despertó, empapado de sudor y con el corazón acelerado. Había estado soñando con Maggie. Maggie llevaba una venda negra en los ojos, como si fuera ciega, y un muchacho le servía de guía al caminar por una calle que parecía una pista de carreras. Llovía. El asfalto brillaba negro con un destello verde intenso encima, y una cadena ininterrumpida de coches bajaba por la calle a toda velocidad. «Este muchacho es un idiota, ¡habría que darle una paliza! ¡Pero ve por la derecha, hombre, da dos pasos hacia la derecha, por la hierba, por donde no circulan los coches!», y se despertó.

Anki dormía tranquila como un tronco. Leopold se levantó y fue a la habitación contigua. Estaba tremendamente agitado y no quería despertar a Anki. El sueño se había diluido, pero seguía librándose en su corazón una batalla: el odio y el amor hacia Maggie se habían enzarzado a mordiscos como un dogo y un perro pastor. Su entendimiento estaba de parte de la cólera y del odio, mientras que el sentimiento de Leopold estaba del lado del amor, pero escondido, en la oscuridad completa y oculto bajo el velo de las lágrimas que había llorado en el sueño. Leopold se sentía molesto, herido y ofendido. La visita excesivamente corta de Maggie, ese pasar a su lado, le tenía indignado. ¡Un hermano y una hermana son una comunidad sagrada, que se da así, junta, solo una vez y por el corto y efímero tiempo de nuestra existencia! Maggie no solo tenía derechos en este mundo. No había nacido sola. Ya podía Karl pronunciar su discurso y ella los suyos, ella era más joven que Karl y él la había acariciado y mimado cuando era tan pequeña como su sillita infantil y tan desvalida como una muñeca. Ella era mayor que Leopold, y durante su niñez ella le había susurrado ternuras que la conciencia de él había olvidado —en parte al menos—, pero su corazón las había guardado y ahora sonaban, otra vez solas y rechazadas, en las cavidades más sensibles de su subconsciente. Ya podía pensar Maggie lo que quisiera, él la había acogido con cariño, y ella lo había abandonado como se abandona un mesón una vez que has comido y te has tomado tu copa de vino. Ella había vulnerado las raíces de sus sentimientos, la hondura más sensible de su ser, y lo peor era que ni siquiera lo había

hecho a propósito. ¡Pese a estar llena de empatía por millones y millones de personas, se había marchado sin ningún sentimiento por Leopold y había dejado a solas un espacio del ser de él en el que la naturaleza la había plantado a ella con la profunda determinación de ocupar ese espacio, de darle su luz y de proporcionarle su sombra, el canto de su existencia y tal vez incluso la ayuda de sus lágrimas!

Leopold pensó: «¿Solo quería aprovecharse de mí? ¿Por qué citó a ese Iván en mi piso? ¡La insensibilidad y la alevosía son dos caras de la misma moneda! ¿Por qué sucedió todo de esa manera? ¿Era Maggie de verdad tan fría, o se había vuelto así de fría?». Leopold no podía creérselo.

Fue al vestíbulo y sacó los cigarrillos del bolsillo de su abrigo. El fuego de la estufa se había apagado, y el salón grande se había enfriado sensiblemente, pero Leopold no percibía el frío. Se sentó frente al escritorio de Anki y se puso a fumar para ahuyentar las imágenes del sueño y calmar sus nervios.

«Sucede como en la época de las catacumbas», pensó, «o como en la guerra de los Treinta Años. Todo se desmoronará si la hermana ya no entiende al hermano y se causan heridas aquellos que se imaginan que solo vivían para curar heridas...» Era uno de esos instantes peligrosos en los que quieres volverte bruto, frío, duro, desconsiderado, desconfiado en extremo, un lobo contra los lobos. Un instante en el que envidias a los brutos y a los desconsiderados porque no permiten que se les acerque ninguna persona para permanecer al acecho e invulnerables en el escondrijo seguro de la distancia... ¡Inhumanos, diabólicos, más listos que los listos, más astutos que los demás, henchidos de carcajadas silenciosas por los dolores de los estúpidos!

Una raya de luz cayó ante los pies de Leopold, y Anki entró en el salón.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella sorprendida y muy dormida todavía, y se inclinó sobre el pelo de Leopold.

—He tenido un sueño atroz y doloroso —dijo Leopold, que besó la mano de Anki—, pero no quise despertarte.

Anki fue a buscar una manta al dormitorio y la extendió con cuidado sobre las piernas de Leopold. Ella era la única persona entre todas las que él había visto que sabía caminar con gracia y belleza con los pies descalzos. Ella fue otra vez hasta la puerta para encender la luz, y en ese mismo instante desaparecieron el sueño de Leopold y todos los pensamientos que le había inspirado. En esa mujer apasionada que regresaba silenciosamente hacia él sobre la moqueta para permanecer a su lado en su dolor y consolarlo habitaban unos gestos que a los ancestros de la raza humana los motivó a inventar los

ángeles.

85. No se ha identificado la fuente.

Capítulo 22

Las grandes almas y los grandes árboles crean sombra para los demás mientras que ellos mismos aguantan el sol abrasador, y llevan frutos para los demás.
Extraído del *Vetalapantschavinsati*

1

Leopold estaba en la esquina de la calle Tauentzien con la calle de Nürnberg esperando al señor Von Bendemann. Bendemann había descubierto en una librería de viejo de la calle Kleist una carpeta con cartas originales de Friedrich Gentz, y los dos hombres querían ir juntos a examinar los manuscritos. Pasó a su lado un anciano con un abrigo de verano raído, se agachó, cogió una colilla del suelo y siguió su camino. En ciudades aún más grandes que Berlín, Leopold había visto a tipos completamente distintos, mendigos harapientos, de cara chupada y medio muertos de hambre que apenas eran capaces de sostenerse en pie. No pensó en eso; la visión del anciano recolector de colillas le dejó muy disgustado. Maggie le había contagiado sus ideas de un mundo mejor y más justo, igual que un niño transmite a otro el sarampión o como un escolar reproduce determinadas expresiones de una clase incluso en la mesa del comedor ante unos padres horrorizados. No era nada del otro mundo contagiar a Leopold; siempre fue un enemigo de la miseria, y la moda de esa época era inocularse tales ideas, una moda encomiable, por cierto.

Otto Bendemann venía por la calzada e hizo señas a Leopold ya desde lejos. Llevaba un abrigo negro con cuello de terciopelo, un bombín y un bastón amarillo. Los dos hombres continuaron caminando, y en los grandes almacenes KaDeWe alcanzaron al recolector de colillas. Acababa de agacharse otra vez a por un nuevo botín.

—No debería haber mendigos ni mineros que tengan que currar bajo tierra —dijo Leopold.

Otto Bendemann estaba de buen humor y su alegre manera de ser lo inducía a proclamar vulgares lugares comunes.

—Cálmese —dijo—, siempre habrá mendigos.

Una verdad mal formulada adopta un tono algo ambiguo y flotante, y una persona que expresa una banalidad de forma banal estimula a

que le lleven la contraria. Leopold meditó sobre la frase ingeniosa de Bendemann, pero al cabo de un rato, dijo:

—El vestuario de los mendigos es más eficaz de lo que uno piensa. Creo que hay mendigos natos, y la cuestión principal es si se tiene derecho a convertir a un gitano en un peluquero que tiene que lavarse sin cesar, pero gana más dinero. Cuando Coolidge, presidente de los Estados Unidos de América, nombró como enviado en México a un tal Morrow o Harrow, he olvidado el apellido, le dijo que la tarea de los gobiernos no era hacer el bien, sino impedir el mal[86]. Y que cuando los gobiernos intentaban hacer el bien, lo que hacían la mayoría de las veces era ponerse a sí mismos y a otras personas en dificultades. Esta frase inteligente me causó una notable impresión.

También esta, dicho sea de paso, era una moda de la época: hablar constantemente de política y del futuro, pero Otto Bendemann estaba ilusionado con la visita a la librería de viejo y no replicó.

El anticuario era un hombre bajo con una perilla rubia (un adorno que se había vuelto poco habitual) y unas fosas nasales gigantescas. La carpeta contenía seis cartas de Gentz y una nota, y ponía que costaba cien marcos. Leopold se enfadó porque no llevaba ese dinero. Otto Bendemann se había sentado en un sillón en un rincón de la librería y examinaba un librito que le había entregado el anticuario. Leopold se colocó al lado de Bendemann y pidió que le mostrara el título. Eran los poemas religiosos de Annette von Droste. Bendemann dejó el libro encima de la mesa.

—No... no me lo llevo. Es una segunda edición. Una persona debe tener principios; yo solo compro primeras ediciones.

—Como usted desee, señor ministro —dijo el librero—, pero yo no tildaría este librito como una segunda edición así, sin más. Contiene seis poemas que faltan en la primera edición, y además son los más bellos de todo el volumen.

Leopold pidió el libro y leyó el último poema. Era de una extraordinaria belleza y la conclusión se elevaba a las alturas de la música de Beethoven:

> En silencio nadaba la luna en el azul, el tallo de un lirio
> se hallaba ante el Salvador en el verde cubierto de rocío;
> y del cáliz del lirio salió el ángel y lo fortaleció[87].

El libro costaba quince marcos, y Leopold lo compró para regalárselo a Anki.

Otto Bendemann se levantó y se colocó ante una enorme estantería que estaba repleta de libros de arriba abajo. Él era muy alto, y su cráneo elevado podía divisar cómodamente nueve hileras, pero

también era muy concienzudo (y muy codicioso), así que se subió a una escalera para examinar de cerca también los tesoros desde la décima a la duodécima hilera. Leopold contempló los zapatos negros de Bendemann, las polainas grises, los bolsillos de su abrigo un tanto deformados y los finos cabellos grises en el cogote del coleccionista, y de pronto se acordó de Valerie. Anki le había hablado de las crueles disputas de la pareja, y era realmente extraño imaginar que ese hombre adulto tuviera que entrar casi a hurtadillas en sus librerías favoritas igual que un escolar que se compra un novelón infame por diez centavos en una tienducha retirada. Sin embargo, el espíritu es una fuerza inquieta que no se deja embotellar; su naturaleza es la lucha, y exhala lucha como el dragón exhala fuego o como la luna las mareas altas y las mareas bajas. Casi todas las obras que se hallaban en la librería en una paz aparente unas al lado de las otras habían sido escritas en el transcurso de luchas apasionadas y peleadas en combates crueles. Ahora se habían convertido en libros, «solo» libros, pero incluso su mero contacto seguía siendo casi tan peligroso como el de una línea eléctrica de alta tensión. Al uno lo reprendía su esposa como castigo por ellos, el otro los leía a cambio del descanso de sus noches, el tercero los cerraba de golpe, continuaba siendo un mentecato y se los pasaba a un cuarto, y todo volvía a comenzar desde el principio.

Leopold se sentó en el sillón que acababa de dejar Bendemann y leyó algunos títulos que tenía ante las narices: Pascal, *Pensamientos;* Lutero, *Charlas de sobremesa;* Schiller, *Historia del acta de abjuración de los Países Bajos respecto del gobierno de España*.

Un anciano entró en la librería y el anticuario dio dos pasos hacia él. El cliente, que no era tal, se quitó de la mano un guante de lana gris y desenvolvió un paquete con movimientos nerviosos. Contenía seis volúmenes que el hombre ofrecía en venta al anticuario. Este se guardó las gafas de lejos en el bolsillo, se puso las gafas de lectura y examinó la oferta.

—¿Cuánto quiere por ellos?

—¿Cuánto puede ofrecerme usted?

—Doce marcos.

El anciano suspiró y miró sus libros:

—Doce marcos por seis volúmenes... No es mucho.

El anticuario expuso un volumen a la luz de una lámpara eléctrica y señaló el lomo con el dedo.

—Mal conservado —dijo—, la encuadernación está muy desgastada... lo siento.

El vendedor era solo un lector y no un experto:

—La encuadernación es de piel —respondió en voz baja.

—Es una encuadernación en media pasta, a la holandesa —dijo el anticuario.

El vendedor no lo entendió.

—Pensaba que era de piel —dijo—, bueno, deme esos doce marcos.

Sonó la campanilla de la caja registradora de la librería, el anciano guardó los dos billetes de cinco marcos en una cartera pequeña y las dos monedas de un marco en el bolsillo del chaleco, saludó y salió de la librería. El anticuario quitó el polvo a los libros con un pañuelo y los colocó en una mesita redonda. La mesa estaba al alcance del brazo de Leopold, y este cogió uno de los volúmenes. Se trataba de una traducción alemana de la *Historia de Inglaterra* de Macaulay[88]. Otto Bendemann estaba subido a una escalera y leía, y Leopold hojeaba y comenzó asimismo a leer. El anticuario miraba reconcentrado por la ventana de la puerta de su librería, y su hija estaba sentada a una máquina de escribir y le daba a las teclas. Por la calle pasó una furgoneta de la mudanza tirada por un tractor, y el suelo vibraba.

Leopold se desabotonó el abrigo, puso la bufanda a un lado y leyó: «El filósofo John Locke, que se había propuesto la tarea de investigar el origen, la certeza y la extensión del conocimiento humano, detestaba la tiranía y la persecución en calidad de filósofo, pero su entendimiento y su sensibilidad lo protegían de la fogosidad irreflexiva del militante de un partido. Su amistad íntima con el filósofo Shaftesbury le hizo perder las simpatías de la corte; sin embargo, su sagacidad era de un tipo tan peculiar que de poco habría servido llevarlo ante los tribunales corruptos y partidistas de aquella época. No obstante, sí era vulnerable en *un* punto: pertenecía a la Iglesia de Cristo de la Universidad de Oxford, y el gobierno de la universidad decidió expulsar de la misma al hombre más grande del que podía vanagloriarse su dichoso cuerpo docente...».

El estilo de la traducción resultaba anticuado, pero esa causa criminal despertó el interés de Leopold. Hasta ahora se había escapado de su atención, y siguió leyendo: «Eso no fue fácil de llevar a cabo. Locke no se había expresado jamás en Oxford acerca de la política del momento; lo rodearon de espías; los doctores en teología y los catedráticos de las artes liberales no se arredraron a la hora de poner en marcha el más infame de todos los servicios: vigilar la boca de un colega e informar negativamente sobre sus palabras para causar su perdición. Le preguntaron por Shaftesbury, por las leyes más recientes, pero todo fue en vano. Locke no expresaba su opinión, pero tampoco la ocultaba; más bien mantenía un silencio y una imparcialidad tan imperturbables que los esbirros del poder se vieron obligados a admitir que no había habido nunca un hombre tan completamente

dueño de su lengua y de sus pasiones. Cuando quedó claro que no podía conseguirse nada contra Locke mediante la traición, recurrieron a la arbitrariedad; después de intentar en vano inducir a Locke a cometer errores o actos punibles, el gobierno de la universidad decidió proceder al castigo sin esperar que se produjeran estos. Llegó la orden de expulsión, y el decano y los canónigos se apresuraron a obedecerla. Locke se fue a Europa, y aquí se enteró de que le habían sustraído su hogar y sus ingresos sin juicio, incluso sin previo aviso. Locke guardó silencio y se ocupó de redactar su famosa *Carta sobre la tolerancia*...».

Otto Bendemann dejó el libro en su sitio y una nubecita descendió despacio flotando desde el techo hasta el suelo.

Leopold se levantó. Bendemann se bajó de la escalera, y los dos caballeros salieron de la librería.

—Acabo de conocer a un hombre muy inteligente —dijo Leopold.

—¿Ah, sí? ¿A quién? ¿Al anciano que vino a vender sus libros? No te vi que hablaras con él.

—A John Locke.

Otto Bendemann se echó a reír y le dio a Leopold una palmadita en las costillas.

2

Leopold se equivocó al tener a Otto Bendemann por un hombre que se peleaba con su esposa. La vida continúa, y hasta las luchas envejecen y se transforman. Una noche, Otto Bendemann no podía dormirse. Se levantó y se fue a buscar un libro, pero al regresar a la cama le invadió de repente una gran determinación.

—He coleccionado mi biblioteca para ti —le dijo a la mañana siguiente a Valerie—, y voy a regalártela. La voy a subastar y te entregaré toda la recaudación.

Valerie se quedó atónita. No replicó nada, y a Otto le pareció que por lo menos podría haberle dado las gracias; sin embargo, no se dejó confundir y se mantuvo firme en su decisión, y después de asearse y vestirse, fue al negocio de Paul Graupe en la calle Tiergarten y habló con varias personas acerca de la subasta de sus libros.

Valerie estaba profundamente conmovida, y cuando Otto se marchó y Valerie fue a buscar el *Morgenblatt* en la biblioteca, se detuvo por primera vez ante los libros de Otto. Las largas hileras de los volúmenes de costosas encuadernaciones y brillo de oro tenían un aspecto precioso, y Valerie se sintió muy orgullosa de Otto, quien, coleccionando incansablemente, había reunido y acumulado ese misterioso tesoro. Sacó un libro y comenzó a leer, pero eran poemas

de estilo anticuado, y Valerie volvió a colocar el volumen en su sitio. Otto regresó a casa desde el centro de la ciudad a las once y media, y Valerie lo estaba esperando en la biblioteca.

—Te has vuelto loco de remate —dijo ella, pero Otto se dio cuenta por el tono de su voz de que no pronunciaba estas palabras con enfado —. No voy a permitir jamás que vendas tus libros.

—Ya te has enfadado bastante con ellos —dijo Otto—. No quiero que sigas enfadándote. Haremos un buen viaje este verano y tal vez nos compremos una casita en Werder.

Valerie se sentó en el regazo de Otto, cosa que llevaba una eternidad sin hacer, y le dio un beso.

—Eres un buen tipo, y yo soy una tipa estúpida, vieja, camorrista. Tus libros son mucho más simpáticos que yo, nunca te regañan.

Otto se sintió profundamente conmovido y muy feliz, aunque, la verdad sea dicha, durante un minuto se sintió incluso un poco decepcionado. Ya se había pintado en la mente la subasta, y su orgullo de coleccionista ya había visualizado algunos artículos en los periódicos con el título: «Subasta de la famosa biblioteca O. v. B.».

Sin embargo, la inesperada alegría de poder conservar sus queridos libros fue también grande, y Valerie era de pronto una persona totalmente distinta. Preguntaba por algunas ediciones en particular, y Otto podía hablar con su esposa, por fin, sobre los precios, los precios francamente ridículos que su cabecita lista y experta había pagado por algún que otro valioso ejemplar. Se frotó las manos y pensó que tenía una mujer fantástica y que había comenzado la época más hermosa de su vida.

También Valerie opinaba así. Estaba tumbada en el sofá y pensaba en el sacrificio que había querido hacerle Otto (y que ahora reposaría para siempre en su corazón), y estaba muy contenta de haber rechazado de inmediato su conmovedora oferta. Era un buen tipo... otros hombres tenían aficiones mucho más estúpidas. Habría podido beberse su dinero, o apostarlo en el juego, o gastárselo en la bolsa, pero Otto no había hecho nada de eso; con el esfuerzo aplicado y constante de las abejas, se había comprado esa biblioteca que realmente tenía un aspecto hermoso y que seguramente valía mucho dinero. La disputa con Stresemann había sido estúpida e innecesaria, y a Valerie le habría gustado permanecer en Bruselas, pero Otto no habría podido coleccionar tan bien en Bruselas como en Berlín... Todo tenía sus dos caras. Valerie dejó a Stresemann y dejó Bruselas y el bonito jardín de la trasera de la casa de Bruselas y le pareció que Otto era mucho mejor de lo que había pensado. Ella era a veces repelente con él, y se propuso ser más amable aunque a ella le volvieran a dar

sus alifafes. Era realmente un buen tipo... ese gran sacrificio... el mayor que habría podido realizar él... y de sopetón. Esto demostraba que poseía en el fondo un carácter excelente, como pocos hombres lo tienen, y en la edad de Otto incluso poquísimos.

3

Dos meses después de la visita a la librería de viejo para examinar la carpeta de Gentz, Leopold llegó a casa un mediodía desde la Biblioteca Estatal. Había estado trabajando toda la mañana, estaba cansado y quería tomarse media hora de descanso cuando encontró en el buzón un telegrama de Waldo Westegg. Waldo había tenido un accidente con la moto y estaba en un hospital de Fráncfort. No era grave, pero le pedía que se lo comunicara a Anki y a sus padres a través de Anki.

Anki estaba en casa, y Leopold se dirigió allí enseguida.

—Tu hermano no es muy amigo de la primavera y de la naturaleza —dijo él—. Se ha comprado una moto y con su ayuda ha arrancado un árbol de raíz.

Leopold se había imaginado que con esa broma iba a dar el recado de una forma elegante, pero Anki se llevó un susto tremendo y agarró la mano de Leopold.

—De verdad que no es grave —dijo Leopold, entregándole el telegrama.

—Voy allí ahora mismo —dijo Anki—, y llamaré a papá desde Fráncfort.

—Te acompaño —dijo Leopold.

El tren no salía hasta las ocho y media, y tenían toda la tarde por delante. Leopold entregó a Anki una caja de bombones que había comprado de camino y ella le dio un beso, pero estaba nerviosa y dejó el chocolate en el escritorio.

—Se habrá roto una pierna —dijo Leopold—. Y eso, hoy en día, ya no es nada del otro mundo.

Anki llamó por teléfono al hospital, y la enfermera dijo que el señor Von Westegg se había fracturado dos veces el brazo izquierdo y había sufrido una ligera conmoción cerebral de la que se había recuperado bien. Anki estaba ahora un poco más tranquila, y Leopold decidió leerle algo en voz alta para distraerla.

—Todos nos hemos vuelto paganos, o al menos yo —dijo Leopold —, pero nuestros abuelos no fueron poco inteligentes cuando de vez en cuando rendían su temperamento vehemente a una voluntad que es visiblemente superior a la nuestra. Voy a leerte un poema bello, un poema sublime... ¿o ya has leído el libro que te traje hace poco?

—¿Qué libro?

—Los poemas de Droste.

Anki puso la cara de su hijo cuando lo atrapas en una falta, y negó con la cabeza. El pequeño volumen no había encontrado todavía su sitio. Estaba tumbado cuan largo era en el estante central de la estantería de Anki. Leopold lo cogió y dijo:

—Échate en el sofá y escucha:

> «Cuando Cristo reposaba en el jardín de Getsemaní
> en su semblante los ojos cerrados;
> los aires parecían absorber suspiros
> y una fuente murmuraba su pena
> al reflejar el disco pálido de la luna.
> Entonces llegó la hora en que un ángel lloroso,
> enviado desde el trono de Dios,
> llevaba en la mano el amargo cáliz del sufrimiento»[89].

—Es un poema precioso —dijo Anki—, sigue leyendo.

Waldo yacía en una cama blanca de una habitación blanca, y su brazo izquierdo estaba metido en una escayola blanca. La enfermera de esa planta condujo a la señora Scheler donde el paciente y salió de la habitación. Anki se sentó en el borde de la cama junto a su hermano, mientras que Leopold lo hacía en el alféizar de la ventana.

—Exageráis —dijo Waldo—. Es muy amable por vuestra parte que hayáis venido de inmediato en familia, pero una botella de licor de cerezas y un buen libro voluminoso habrían salido más baratos, y habrían bastado también.

—Eso puede arreglarse —dijo Leopold.

Fue a la oficina de la planta y escribió una postal al anticuario encargándole que si todavía estaba en posesión de los volúmenes de la *Historia de Inglaterra* de Macaulay, se los enviara a vuelta de correo al señor Waldo Von Westegg.

Por la tarde, Leopold viajó con Anki a Neustadt para ir a ver a su madre.

La casa en la que vivía Elisabeth Chindler había sido pintada el año pasado y se hallaba dentro de un jardín pequeño. No era la casa en la que Leopold había venido al mundo, ni donde había transcurrido su niñez; sus padres se mudaron a la casa nueva cuando él ya estudiaba la carrera en Heidelberg e intentaba en vano aceptar las opiniones de los profesores sobre el estilo de Hegel y sobre la historia de la guerra de los Treinta Años.

Ya no quedaba nieve. En el jardín crecían las primeras prímulas en

grandes racimos, amarillas o rojas o violetas con manchas rojas, y Leopold percibía la savia fresca bajo las cortezas de los árboles. En la escalera colgaban escalonadamente unos grabados antiguos: eran los antepasados de la madre de Leopold, señores con yelmos en la cabeza, armaduras abovedadas ante el pecho o con las enormes pelucas rizadas del siglo diecisiete. Los grabados eran el orgullo de Ernst Chindler, hermano de Leopold, pero Anki no les prestaba atención; los cuadros o las fotos de familia eran para ella algo aburrido y natural como las ollas en una cocina o las camas en un dormitorio.

Leopold se detuvo.

—Disculpa —dijo él señalando con el dedo un grabado grande que colgaba con un marco marrón—. Tal como nos enseña esta leyenda, este hombre fue príncipe de Beaufort.

Los antepasados de Anki se llamaban «barones Von Westegg» desde el año 1250, y Anki encontraba exagerados los títulos pomposos. Contempló la cara de aquel caballero fallecido hacía mucho tiempo, una cara barroca hinchada, soberbia, que no mostraba el menor parecido con Leopold, y continuó caminando sin decir nada. Además, la leyenda estaba en latín y era incomprensible.

—Fue ministro del emperador Leopoldo I de Habsburgo, y no sé si debo venerarlo o guardarle rencor —dijo Leopold—. En cualquier caso, él fue la inspiración para mi extraño nombre de pila.

—Leopold suena muy bien —dijo Anki—, pero es demasiado largo, y me fastidia porque todavía no se me ha ocurrido ninguna forma abreviada aprovechable. «Leo» encajaría con tu amiga Ruth, y «Poldi» suena a rodillas desnudas y a canción tirolesa.

Elisabeth Chindler recibió a sus invitados en el salón antiguo, cuyos muebles fueron un regalo de boda de José II a su bisabuela. Llevaba un vestido negro y un cuello negro de encaje con palillos, y estaba un poco rígida, un poco cordial y visiblemente inquieta. Leopold había llamado desde Fráncfort y dejó el recado para su madre de que llevaría a la señora Scheler, una conocida a la que tenía mucho cariño, y Elisabeth Chindler contempló a Franziska con ese conocimiento de causa con el que las mujeres contemplan a los niños pequeños o el sombrero de la vecina que recientemente se vino a vivir al barrio y cuyo carácter parece ser impenetrable. Anki era muy bella, joven e iba muy bien vestida, y Elisabeth Chindler presintió que estaba enfrentándose a dificultades dolorosas. Adivinó las intenciones de su hijo mucho antes de lo que él se había imaginado, pero ella no quería ninguna nuera divorciada, con un hijo y creyente de otra religión.

También Anki estaba rígida, mucho más rígida de lo que había estado con Maggie. Percibía las reservas de la madre de Leopold, y la

percepción de sí misma era un órgano delicado y fácilmente vulnerable. Estaba acostumbrada a gustar a la gente, y se cabreaba cuando alguien intentaba rechazarla o contemplarla con segundas intenciones. Leopold le había dicho una vez que en tales ocasiones lo más inteligente era esforzarse el doble para conseguir el afecto de la gente, pero Anki murmuró algo sobre trucos diplomáticos y no quedó convencida. Al final volvió a ser Hans Karl quien acudió en su auxilio y descongeló aquel ambiente gélido. Anki mostró dos fotografías nuevas de su hijo que le había sacado la semana pasada, y Elisabeth Chindler se quedó embelesada con las magníficas imágenes y la «carita linda, linda», como repetía una y otra vez. Se fue a buscar las fotos más recientes de sus nietos, y Anki contó que conocía a Karl y a Anna, y habló de la velada en su casa con el doctor Lichtstrahl. Elisabeth Chindler no conocía personalmente al doctor Lichtstrahl, pero ya había oído hablar mucho sobre él, y Leopold se quedó sorprendido de la habilidad de Anki para elogiar al orador sacerdotal.

Anki iba a pernoctar en un hotel, y Leopold la acompañó y conversaron media hora en el vestíbulo. Anki estaba distraída y jugaba con el mango de su paraguas. Se acordó de su primera visita a la casa de Gustav Scheler y su excuñada y se sintió abatida porque ahora andaba todo tan enrevesado como por aquel entonces.

—Tu familia no me aceptará nunca —dijo ella—, y eso va a ser muy difícil para ti.

—Mamá ha estado más simpática y cordial de lo que había pensado —dijo Leopold—. Es una mujer mayor... hay que tener paciencia. Además, no le he dicho que quiero casarme contigo.

—Eso lo sabe de sobra —dijo Anki—. Tu hermana se parece mucho a ella.

A la mañana siguiente, Leopold fue a buscar a Anki, y dieron un paseo. El barrio residencial de lujo de Neustadt se extendía por la ladera de una colina, y en la cima había un recinto pequeño con árboles, arriates de flores y bancos desde los que se contemplaba una preciosa vista sobre la ciudad. Anki llevaba una chaqueta de piel marrón y caminaba en silencio al lado de Leopold. Un repartidor dobló la esquina disparado, y una niña pequeña caminaba a pasitos cortos hacia la escuela con la cartera a la espalda. Todo resultaba muy apacible, muy de pequeña ciudad y justo como siempre había sido desde que a alguien se le pasó por la cabeza fundar Neustadt. Incluso el cielo era suave y amable, de un azul muy claro, todavía un poco afectado por el crudo frío de los últimos meses, pero ya alegre por el buen tiempo y por el renacimiento de los colores en el querido cuenco de la Tierra.

De pronto, a los paseantes les vino de frente una mujer, y era realmente sorprendente que tuviera la misma forma de andar y que hiciera los mismos movimientos que Gertrud Spalding.

—Por ahí viene Gertrud Spalding —dijo Anki—, el mundo es verdaderamente un pañuelo.

Leopold iba a decir que estaba pensando eso mismo cuando Gertrud Spalding profirió un grito y saludó a Anki con sus abrazos nerviosos. Llevaba su vestimenta gris con un gorro negro y enseguida se puso a contar cualquier historia sobre la razón de que ella estuviera en Neustadt durante una semana. Anki habló del accidente de Waldo, y Gertrud, que era muy bondadosa, dio muestras de una gran compasión por Waldo. Anki tuvo que escribirle la dirección de Waldo en el dorso de un paquete de cigarrillos, y Gertrud contó que viajaría mañana a Fráncfort a ver «al pobrecito Westegg».

Nuestros paseantes prosiguieron su camino, y cuando estuvieron fuera del alcance del oído, dijo Anki:

—¿Sabes que me debes todavía la historia de ese matrimonio?

—Es una historia triste —dijo Leopold.

Anki se detuvo y abrió su bolso. Sacó una foto y se la mostró a Leopold: era una toma nueva de Spalding que le había sacado Anki porque no estaba satisfecha con la primera. Leopold vio la cara codiciosa y apasionada de Spalding y le sobrevino un susto en el que había una rabia repentina e incomprensible: la ira vertiginosa de los celos. Si él se hubiera enamorado de Erika Welter, probablemente andaría celoso noche y día, desconfiado y vigilante. Sin embargo, Anki era una persona completamente diferente a Erika Welter, y para Leopold era tan cierto, tan incuestionable, que ella no amaba a ningún otro hombre (¡e incluso que ningún otro hombre la amaba!) que no había sentido ni el menor asomo de celos siquiera. Ese ingenuo sentimiento de seguridad era estúpido, pues no había día en que no viera que los hombres miraban fijamente a Anki, y si a *él* lo amaba Ruth Steiner, y Erika Welter había entrado incluso en su piso, de la misma manera también podía haber hombres que amaban a Anki y emprendían todos los esfuerzos imaginables para conquistar a esa mujer bella y robársela a Leopold. Leopold había sido demasiado perezoso y demasiado simple para pensar en esas posibilidades, y ahora lo castigaba su falta de reflexión. En toda aquella velada, Spalding había lanzado a Anki miradas ávidas, y ahora se le caía el velo de los ojos a Leopold: el pintor había inculcado a Anki el plan de las fotografías para atraerla por esa vía a la maldita guarida de los vicios de su taller de vagos y maleantes.

Leopold se esforzó lo que pudo por hablar en voz baja, pero solo lo

consiguió a medias:

—¿Cómo es que llevas contigo un foto de Spalding? ¿Por qué vas tantas veces a casa de esa persona? ¿Amas a ese tipo?

Anki miró a Leopold con ojos desorbitados, y él vio enseguida que la había molestado, incluso ofendido, pero las mujeres se sienten más ofendidas sobre todo cuando tienen una mala conciencia. Leopold se apercibió de que Anki estaba muy enfadada, pero ese apercibimiento le llegaba desde una cámara muy lejana del corazón, y su ira le llevaba una ventaja enorme que no podía recuperarse con rapidez.

—Esa persona es un demonio —repitió él—. ¿Por que llevas contigo su foto? ¿Cuántas veces has estado con él?

Cuando Anki estaba molesta, le resultaba muy difícil ceder y pronunciar la respuesta adecuada.

—Tú mismo me llevaste hasta él —dijo con frialdad, y siguió caminando, de modo que Leopold tuvo que apresurarse para alcanzarla.

Ella no había querido decirlo, y su comentario estaba dicho con una intención que no encajaba con cómo sonó y cómo la entendió Leopold, pero cuando Anki vio el efecto que causaban sus palabras en él, sintió durante un segundo una profunda y liberadora satisfacción. Las preguntas estúpidas de él le habían propinado un golpe doloroso, y su respuesta había sido un contragolpe.

Las razones son como rameras: acechan en todas las esquinas y embelesan a la servicial víctima de un hombre cegado por la ira igual que un borracho. Una sección determinada de la mente de Leopold, envenenada y acalorada por los celos, pensaba en la forma disimulada, casi felina, en la que Anki había estado observando a Elisabeth Chindler, en el sorprendente comentario de ella sobre que su familia no la aceptaría y que eso sería muy difícil para *él*... ¡y no para ella! Estaba completamente claro que ella ya no lo amaba y, cauta y astuta como son las mujeres en casos semejantes, buscaba una salida de su unión, una puerta por la que poder escabullirse sin tener que dar largas explicaciones sobre lo que tenía en mente, cómo se había desarrollado todo hasta llegar a esa situación. El perro ese de Spalding había embelesado a Anki... tal vez ya hacía tiempo que era suya... otros hombres no dudaban demasiado tiempo. Spalding poseía un montón tremendo de experiencias en ese campo, y Anki seguramente era la vigésima que él se llevaba a su molino para pervertirla, gozar de ella y desecharla de nuevo. Pero los pintores lo tenían realmente fácil; tenían los mismos señuelos baratos de seducción que los músicos: los unos rasgueaban algún tema a las mujeres, y los otros las iban dibujando fragmento a fragmento en sus álbumes desplegables hasta

que caía la última envoltura y la última resistencia.

Anki se detuvo, y los dos amantes estaban frente a frente como enemigos, pero Anki estaba ya mucho más sosegada que Leopold. El dolor que le había ocasionado su insultante sospecha había desaparecido, tan solo se sentía triste y sin saber qué hacer. Cogió la foto, la guardó en el bolso y echó el cierre.

—Estás loco —dijo ella finalmente—, tú no sabes nada de nada de lo que es el amor. Te amo más que a mi hijo.

Había dicho toda la verdad, la llevaba escrita en la frente como un niño que aún no ha aprendido a fingir.

—Te ruego que me perdones —dijo Leopold—, he tenido un ataque de locura.

—Ya lo he visto —dijo Anki.

—Siempre es lo mismo —dijo Leopold—. Quiero mucho a mi madre, pero ella nunca me ha entendido, siempre ha estado en mi contra, y la sospecha de que pudiera estar en tu contra ha abierto todas las viejas heridas que me causó. ¡Ojalá me hubiera quedado en Berlín! Tenía la esperanza de que por fin fueran las cosas de otra manera, que ella te quisiera y te besara y te tomara en sus brazos, pero ella es tan fría como una piedra, y no te querrá nunca mientras yo no ceda por completo y me atenga a todas las ideas que tiene en la cabeza. No sabes lo profundamente que me hieren esos sentimientos.

—Es difícil para ti —dijo Anki—, lo sé. He pasado media noche pensando en eso, pero no sé cómo se podría cambiar esa situación. Tú eres muy distinto a tu familia.

—¿Sigues enfadada conmigo?

—No. Solo estuve enfadada durante un segundo. Hay momentos así en los que de pronto las personas nos hacemos daño mutuamente... No queremos que sea así, pero sucede, suceden muchas cosas, solo hay que saber que no tenemos siempre el control sobre nosotros mismos... y hay que soportarlo. Si te amas a ti mismo de todo corazón, entonces amas mil veces más.

Siguieron caminando. El sol parecía ya tan potente que tuvieron que sentarse en un banco y descansar. Leopold no le había prometido a Anki grandes paisajes. Las vistas sobre las manchas de colores de los tejados y el irregular ajetreo de las callejuelas del casco antiguo de la ciudad eran muy bonitos. Desde allí se veía, por cierto, mucho más allá de la ciudad y de los municipios colindantes, y en el horizonte podía adivinarse el río Rin.

Anki cogió su paraguas y acarició la mano de Leopold con la punta. Pensaba en Spalding; ella era tan inocente que podía pensar tranquilamente en él, pero era lo suficientemente inteligente como

para no pronunciar su nombre. En ese mismo instante, Leopold pensó asismismo en el pintor.

---

86. Calvin Coolidge (1872-1933) fue uno de los presidentes más populares de Estados Unidos (1923-1929), un impulsor decidido del pacto Kellogg-Briandt (véase la nota 1, p. 363) y un apreciado proveedor de sentencias ingeniosas. Al parecer, la cita que recuerda Chindler aquí la pronunció en 1927 ante Dwight Morrow, su amigo de la escuela, que fue político (y de 1927 a 1930 embajador estadounidense en México); Brentano cita de: Harald *(sic)* Nicolson, *Dwight Morrow. Finanzmann und Diplomat in U.S.A.,* traducción al alemán de Catharina von Mayer, Berlín, 1937, p. 246, con este solo cambio: «de prevenir el mal». (Primera edición estadounidense de Harold Nicolson, *Dwight Morrow. A Biography,* Nueva York, 1935.)

87. Versos finales del poema «Gethsemane» (1845) de Annette von Droste-Hülshoff; la primera impresión (el volumen pequeño que Chindler adquiere aquí) se publicó póstumamente en *Das geistliche Jahr* [El año espiritual], con un anexo de poemas religiosos de Annette von Droste-Hülshoff, editado por Christoph Bernhard Schlüter en colaboración con Wilhelm Junkmann, Stuttgart y Tubinga, 1851, pp. 284-286 (cf. Annette von Droste-Hülshoff, *Sämtliche Werke in zwei Bänden* [Obras completas en dos volúmenes], edición de Bodo Plachta y Winfried Woesler, volumen 1: *Gedichte* [Poemas], Fráncfort del Meno, 1994, p. 893).

88. Los cinco volúmenes de la *History of England from the accession of James II* (1841-1861) de Thomas Macaulay pasa por ser una obra clásica de la historiografía y de la literatura británicas; en el siglo xix aparecieron de forma paralela tres traducciones alemanas. En sus apuntes autobiográficos, Bernard von Brentano anota el 2 de julio de 1942: «Estoy leyendo la Historia de Inglaterra de Macaulay y cito de ella: “Una vigorosa política exterior presupone necesariamente una política interior reconciliadora. Era imposible para el gobierno inglés ofrecer simultáneamente la frente al poder de Francia y pisotear la libertad en Inglaterra”. El gobierno alemán actual se imagina que puede recorrer ese camino a la inversa. Pero esa gente que gobierna no lee» (del legado de Bernard von Brentano en el Archivo de Literatura Alemana ubicado en la ciudad de Marbach am Neckar).

89. Versos iniciales del poema de Droste-Hülshoff «Getsemaní», véase la nota 2, p. 399.

Capítulo 23

Odi et amo...
Odio y amo, pero si me preguntas por qué lo hago, no lo sé. Percibo que sucede y que me atormenta.
Catulo

1

—Ese hombre es su propio enemigo —dijo Leopold—, y Anki supo de inmediato de quién hablaba—. Él ya iba para los cuarenta años cuando se casó con Gertrud —prosiguió Leopold—, y por aquella época no tenía un aspecto muy diferente al de ahora, no era ni más joven ni más viejo. Había comenzado con un montón de talento y pintó algunos cuadros buenos que causaron sensación, pero era demasiado débil para soportar las eternas penurias que el destino endosa a la mayoría de los artistas. Ya estaba harto de esa vida, quería comer bien por fin, y además todas las mañanas, todos los mediodías y todas las noches, y fumar buen tabaco y ponerse buenos trajes y contemplar las nubes de cerca desde el avión y tener un piso cómodo, y cuando Gertrud se enamoró de él, se figuró que esa era la voluntad del destino a la que tenía que obedecer, y se casó con ella sin amarla...

—¿De verdad que no amaba a su esposa[90]?

—Gertrud tenía una bonita fortuna, y los Spalding se instalaron en el bonito piso que ella poseía...

—¿Te refieres al piso en el que estuve?

—Sí. Gertrud adoraba a Spalding, pero a Spalding semejantes sentimientos le parecían pasados de moda y ridículos. No quería ser un burgués, y el apego pasional e insaciable de Gertrud lo estorbaba.

—Es difícil soportar a una persona a la que no amas.

—Gertrud estaba ya cerca de los treinta, pero seguía siendo desprevenida y poco hábil. Cuando Spalding iba por las mañanas al taller, Gertrud iba a verlo una hora después para llevarle dos tostaditas de caviar, y cuando él llegaba a casa al mediodía, ella estaba en el balcón esperándolo. Creo que no se habría avergonzado de subirlo tirando de una cuerda. Cada día lo amaba más, y estaba muy feliz y muy orgullosa de ser la esposa de un genio.

—Es muy difícil no mostrar a un hombre que se le está esperando, pero hay que saber ocultarlo. No os gusta eso. ¡En este punto sois

todos iguales!

—Gertrud era muy celosa, y siempre había hermosas modelos que posaban para Spalding. No creo que le interesaran especialmente; es un artista, y por aquel entonces era muy activo y aplicado, pero Gertrud detestaba a esas pobres criaturas y exigió a Spalding que las echara. Ella no quería ser únicamente su esposa, sino también su Nanna.

—¿Quién era esa?

—La amante y musa del pintor Feuerbach. Spalding se enfadó por esa imposición y no cedió. Hubo escenas y lágrimas, y Gertrud sufrió unos tormentos terribles. No sabía que no era amada, y no podría comprender que un hombre que se había casado con ella pudiera ser tan frío e insensible, así que había épocas en las que ella acosaba de verdad a Spalding. Tenía como una venda en los ojos, pues por aquel entonces estuvo a punto de conquistarlo. Ella comenzó a interesarle. Sus prejuicios se diluyeron y cobraron vida sus sentimientos. Pintó un cuadro de ella que era excelente, tal vez el mejor que había pintado nunca, y hubo un instante en el que se equilibró la balanza de ambos destinos. La fatalidad, madre de los destinos, fue muy bondadosa al conducir por segunda vez hasta Gertrud al hombre que ella había escogido, pero estaba ciega por segunda vez, y tal vez era ya demasiado tarde. Por aquel entonces llevaban tres o cuatro años de casados, y Gertrud había sufrido tanta amargura, había recibido tantas heridas, la habían rechazado y ofendido con tanta frecuencia en los primeros y decisivos años de su matrimonio que se convirtió en una mujer dura, terca y porfiada. Spalding había aprovechado sus ingresos y había pintado y experimentado mucho sin darle más vueltas, y se había comprado objetos bonitos: antiguas tallas japonesas, y dibujos de Durero y una temprana Virgen gótica de Ingolstadt que está en su taller y que solo por ella merece la pena una visita de peregrinación hasta allí. Y cuando un buen día un marchante se pasó por su taller y le compró el cuadro de su esposa por un montón de dinero, Gertrud exigió que siguiera trabajando en esa línea y que ganara algo por fin. Le hizo sentir que vivía y dependía de ella, y ahora se giraron las tornas; ahora el rechazado y atormentado pasó a ser Spalding... a partir de entonces él fue el atacado. Gertrud lo había tenido por un gigante de la fuerza y de la genialidad, y al descubrir ahora que era mucho más débil de lo que pensaba, se aprovechó de su superioridad.

—Entonces ella no lo quiso nunca —dijo Anki.

—Yo no diría eso... Ella lo amaba, pero quería tener algo a cambio de su amor. Ella no solo quería amar, también quería que la amaran. Puede que esta sea una forma de bajo nivel en el amor y con toda

seguridad no es la más elevada, pero esto no se le pasó nunca por la mente a Gertrud. Ella tenía un gran concepto de los derechos que, en su opinión, un ser humano posee en esta vida, y un concepto muy pequeño de los deberes, pero a Spalding le gustaba mucho también hablar de *sus derechos,* de los denominados «derechos» que poseía como artista, y de los malditos estímulos que necesita esa gente.

—Cualquier persona inteligente necesita estímulos —dijo Anki—. Ni presientes lo estimulante que eres tú.

—¿Te gustaría que desapareciera todas las mañanas en un taller en donde se sientan por todas partes hermosas mujeres desnudas?

—Entonces lo suyo es no casarse con un pintor.

—Eso es más fácil de decir que de hacer, y lo extraño del caso es que el cuadro de Gertrud fue realmente lo mejor que llegó a realizar Spalding en su vida. Probablemente, sus modelos eran demasiado transigentes, y la resistencia repentina de Gertrud reavivó las fuerzas de él... al menos las de su talento. El arte no solo es cosa de capacidad, sino también de lucha.

—Spalding se comportó muy mal cuando estuvimos en su casa. No tiene buenos modales, pero la velada se volvió insoportable cuando su esposa le reprochó delante de todos nosotros su pobreza.

—Aquí concluye mi historia —dijo Leopold—. Él ha lisiado el alma de ella, y ahora ella se comporta como un enano castrado. Las consecuencias son el destino.

—¿Por qué no tienen hijos? —preguntó Anki.

—Ese es un secreto del que no querría hablar. ¿Quién sabe cómo eran las noches de ese matrimonio? Tal vez no quería tenerlos él, tal vez no quería ella[91].

—Me gusta más la historia de Tristán e Isolda —dijo Anki.

2

Anki viajó por la tarde a Fráncfort. Quería pasarse por el hospital a hacer una visita y regresar más tarde a Berlín con el tren expreso nocturno. A Leopold le habría gustado acompañarla, pero su madre le pidió que se quedara una noche más en Neustadt, y Anki lo persuadió de que obedeciera el deseo de su madre.

—Un día o incluso dos son poco tiempo —dijo con una energía inusitada—, y un día te alegrarás de haberle hecho ese pequeño favor a tu madre. Ella te quiere mucho más de lo que crees, y tú deberías esforzarte un poco más con ella. ¡Salúdala de mi parte! Le escribiré para darle las gracias por su hospitalidad. Este mediodía estuvo muy cordial con los dos, creo que está sufriendo la lejanía de tu hermana.

¡Que no se entere de que Maggie está en Dresde! ¡Sois una familia complicada, ya lo creo, por Dios!

El hombre de la gorra roja levantó el banderín enrollado y el tren se puso en marcha. Anki se despedía agitando los brazos por la ventanilla, y Leopold se quedó esperando con el sombrero en la mano hasta que desaparecieron de su vista todos los vagones, uno tras otro, en una curva.

Cuando Leopold regresó de la estación, encontró cambiada a su madre. Lo vio de inmediato: tenía una expresión en la cara que no había mostrado por la mañana. Mandó preparar un té, y la mesa estaba ya servida. Solo eran las cuatro y había todavía luz en la sala de estar, pero Elisabeth Chindler corrió las cortinas, se sentó en el sillón grande de su difunto marido junto a la cabecera de la mesa antigua de comedor y retiró el paño azul enguatado con el que la cocinera había tapado la tetera para mantener caliente la bebida hasta el regreso del señor Leopold.

—¿Me permites que te sirva una taza? —dijo Elisabeth. A continuación se recostó en el sillón y puso encima del mantel una carta que hasta entonces había mantenido en la mano—. Tengo que comunicarte una gran noticia, mi querido muchacho —prosiguió—, una grandísima noticia: he recibido una carta de Maggie.

Sacó la carta del sobre, dejó el sobre encima del plato, se puso unas grandes gafas de concha marrones y leyó la carta por cuarta vez. La sostenía ante los ojos con la mano izquierda, mientras que su mano derecha, con el amplio y anticuado anillo de casada, reposaba plana sobre el mantel de la mesa. Leopold untó gelatina roja de membrillo sobre un pedazo de pastel amarillo de molde (cosa que no le dejaban hacer de pequeño) y se puso a mirar la sala. Estaba amueblada con los mismos muebles de antaño. Frente al papel pintado de color amarillo oscuro estaban los viejos muebles de su niñez, y el reloj de pie marrón con la esfera dorada, y el largo y pesado péndulo seguía realizando, incansable, su viejo recorrido. A la izquierda del reloj estaba colgado un cuadro de la localidad de Bingen del Rin que su padre adoraba, y a la derecha, entre el reloj y la puerta, un cuadro al pastel de Maggie que su profesor de dibujo había pintado cuando ella tenía dieciséis años. No era ninguna obra de arte, pero era eso que se denomina «parecido». En él se veía a una muchacha guapa, de mofletes rojos, unos labios carnosos y sensuales y unos ojos sonrientes. ¡Resultaba extraño pensar que esa niña elegante había sido una vez Maggie!

Elisabeth Chindler se quitó las gafas de la nariz y se recostó.

—Sí —dijo—, he recibido una carta de Margarethe. Aún vive, está sana y no se ha olvidado de su mamita vieja. Me escribe que me

quiere mucho, y yo lo creo. No he dejado una sola hora de quererla... Y eso lo habrá percibido ella... los Estados Unidos no están nada lejos... Para el amor de una madre, el mar es una taza de té.

Elisabeth Chindler entregó la carta a Leopold. Luego se puso de nuevo las gafas y contempló a su hijo mientras leía. Su traje era de color gris oscuro con rayas claras, la camisa blanca con rayas negras, la corbata roja. Tenía la cara más gorda, la nariz más viril y recorrían su frente de una sien a la otra tres arrugas profundas. Pero ya las tenía de chico, siempre andaba frunciendo el ceño.

Maggie parecía no estar ya en Dresde. La carta estaba matasellada en Hamburgo y contenía también una dirección de Hamburgo. Escribía que había estado una larga temporada en Estados Unidos y ahora se hallaba en Alemania por muy poco tiempo. Si se lo permitían, viajaría hasta Neustadt para pasar un día. Leopold asintió en señal de aprobación y devolvió la carta a su madre.

—Ya le he respondido —dijo Elisabeth Chindler—. Le he escrito enseguida que la espero con amor. Fui a echar la carta yo misma al buzón... cartas tan importantes como esas no se las puedes confiar a nadie... ¿Crees que debería haberla enviado por correo certificado?

Leopold tranquilizó a su madre, pero Elisabeth Chindler dijo que iba a escribir una segunda carta después del té y que esta vez la enviaría certificada.

—Vuestro padre era un hombre noble —prosiguió al cabo de un rato—, pero podía ser muy rudo a veces. La política te vuelve rudo. Era muy inteligente y era capaz de prever muchas cosas. Maggie lo ofendió con sus ideas socialistas, no podía entenderlas. No soportaba ninguna contradicción... La quería mucho, y fue duro para él tener que morir sin haber vuelto a ver a Maggie. De todas formas le tenía mucho cariño, y creo que la perdonó. Dios nos pone a prueba... nos pone a prueba todos los días. A mí me ha sometido a menudo a duras pruebas en mi vida... esa carta es también una prueba. ¿Crees que Maggie sigue apegada a sus ideas socialistas?

—Es de suponer que sí —dijo Leopold—. No creo que un carácter como el de Maggie cambie.

—Tu padre decía que no debíamos tolerarlo, pero yo me he vuelto una señora mayor. Ya no puedo luchar más. ¿Crees que Dios me está exigiendo que convierta a Maggie?

—No. No lo creo, ni quiero creerlo tampoco.

—No se sabe. Rezaré y meditaré. Tú no rezas, pero no tienes ni idea de las fuerzas que se nos procuran en la oración. La gente dice que eres muy inteligente, pero yo no sé cómo alguien puede ser inteligente sin rezar. Los santos eran muy inteligentes, por lo menos algunos, pero

rezaban mucho. La oración de los padres penetra a través de las nubes.

Leopold pensó en Maggie, le pareció encomiable que hubiera escrito. Su carta era solo un pequeño pedazo de papel con algunas manchas de tinta, pero era un gran regalo y un manantial fresco e inagotable para el corazón sediento de una anciana.

Elisabeth Chindler dijo:

—Ya no quiero luchar más. Tampoco contigo voy a luchar más. Has escrito un buen libro, debes saber lo que haces. ¿Quieres casarte con la señora Scheler?

—Sí.

—Ya conocía la noticia cuando llamaste por teléfono —dijo Elisabeth Chindler, y su voz sonó como un suspiro—. Una madre piensa siempre en las nueras. Es una mujer bella. Sería la más bella entre mis nueras... y tiene unos modales agradables... pero...

—¿Pero... qué?

Elisabeth Chindler metió la carta de su hija en el sobre y la colocó debajo del plato.

—¿Por qué está divorciada? ¿Se divorció? ¿Conoces al señor Scheler? ¿Tienes tú tal vez culpa en ese divorcio?

Leopold le contó a su madre la historia con la actriz y no omitió ningún detalle para dejar bien clara la inocencia de Anki.

—Es un destino duro —dijo Elisabeth Chindler—, y puedo entender que una mujer joven no pueda resistir una prueba como esa. Además, su religión le permite el divorcio. Yo te querré siempre, como quiero a todos los hijos que he dado a luz. Todos los días rezo por ti... a través de la oración irrumpimos en el cielo de Dios... Sin embargo, no podría darte mi bendición. Ahora me hallo ante las puertas de la eternidad; unos pasos más y estas se abrirán para mí. No sé si iré al cielo, eso no lo sabe nadie, pero seguiré mi obediencia... ¡Ella tiene una religión diferente de la nuestra!

Leopold trató de cambiar de tema y ensalzó el buen té y las excelentes tostaditas.

—Las tostaditas son buenas —dijo Elisabeth Chindler—. Mi panadero es una persona muy honrada. Se esfuerza mucho. Las personas honradas son también buenos artesanos. Adoro a los artesanos. Tienen que trabajar mucho. Ahora hay incluso fábricas de pan, pero yo no me comeré jamás un trozo de un pan hecho en una fábrica. Las fábricas son un producto de la codicia del dinero. Todas las desgracias en el mundo suceden por la codicia del dinero. La señora Scheler ¿tiene dinero?

—Un poco.

—Vas muy bien vestido. Llevas camisas bonitas y medias elegantes. Supongo que necesitas mucho dinero para eso. ¿Has ganado dinero con tu libro?

—Fue lo que se denomina «un éxito relativo».

—Si me lo preguntaran a mí, yo respondería que un hombre debe casarse con una muchacha joven. Una muchacha joven es como la cera; el hombre puede moldearla y gobernarla...

Leopold pensó en su padre y en que Theodor Chindler no logró jamás gobernar la férrea voluntad de su esposa.

—Somos tus hijos —dijo—, los hijos de tu carácter y de tu voluntad. Todos queremos cambiar el mundo, tú y Karl y Maggie... Yo también quería eso, pero desde hace algún tiempo me esfuerzo por aniquilar ese deseo. Es mejor cambiar uno mismo. Voy a contarte una historia que he leído recientemente en un libro de Rilke[92].

Leopold se levantó, se sentó en otra silla y comenzó: «En una llanura atravesada por un río vivían tres monjes. Vivían con tanta devoción y tanta santidad que todos los días les ocurría un pequeño milagro. Cuando por las mañanas iban al río a asearse y a coger un poco de agua para el almuerzo, colgaban sus abrigos al viento, y los abrigos se quedaban colgados y suspendidos en el aire hasta que los monjes regresaban y los recogían. Un buen día colgaron otra vez sus abrigos, los dejaron suspendidos en el aire y se dirigieron al río. Entonces divisaron un ave rapaz que descendía en picado al agua, y cuando volvió a alzarse tenía sujeto en sus garras un pez que coleaba. El primer monje dijo: ¡Eh, tú, ave mala! En ese momento cayó su abrigo a tierra. El segundo dijo: ¡Eh, tú, pobre pez! En ese momento cayó también su abrigo a tierra. El tercero siguió con la mirada al ave rapaz hasta que desapareció de la vista y permaneció en silencio. Y el abrigo de este monje quedó colgando suspendido en el aire».

Tales historias no eran del agrado de Elisabeth Chindler.

—Yo no quería cambiar el mundo —dijo ella, y tomó un sorbo de té con la cuchara—. No, mi querido hijito, te equivocas. Yo quería otra cosa muy distinta. Son muchas las personas que me escuchan, y a las que me preguntan les digo que deberían creer en Dios.

La vieja cocinera entró en la sala de estar y dijo que una dama estaba al teléfono y deseaba hablar con el señor Leopold. Leopold pensó que se trataba de Anki y se apresuró a ir al vestíbulo donde estaba el teléfono, pero era la voz agradable de la señorita Atlas que le decía que iba a ponerle enseguida con Herbert Müller.

—¡Maestro! ¡El asunto es perfecto! La revista aún no tiene nombre, pero el primer número tiene que salir el uno de octubre. ¿Cuándo puedo hablar con usted? Tenemos que redactar de inmediato el

contrato, y usted debe comenzar las negociaciones con los colaboradores. El doctor Achtermann quiere participar también, si está usted de acuerdo. Lo tengo por uno de los hombres más inteligentes que he visto nunca, ¡y él lo tiene a usted en mucha estima!

—Los diarios de provincias son una lectura estimulante —dijo Leopold—. Esta mañana he leído varios y le confieso que me han proporcionado un montón de ocurrencias.

—Lo sé —dijo Herbert Müller—, usted es una persona muy ocurrente. Además, Gentz va subiendo en ventas desde hace algunos días, y Gallimard, de París, está interesada en los derechos franceses. ¿Puede regresar esta noche?

—Imposible. Viajaré mañana por la noche.

—Hecho. Yo le pago un coche cama, y usted, a cambio, le pone un nombre a nuestra criatura.

Elisabeth Chindler opinó que las revistas eran algo inseguro, pero acto seguido volvió a hablar de Maggie.

—Amaba a un hombre que se llamaba Koch. Está muerto, y sé que nadie debe decir nada malo de los muertos, pero esa persona corrompió a Maggie. Quizás no quería hacerlo, pero lo hizo. Ella era aún demasiado joven. Yo tendría que haberla protegido mejor. Por aquel entonces yo era descuidada, pero la guerra era superior a mis fuerzas. Pensaba siempre en mis hijos que estaban en el frente, y temblaba cuando llegaba el cartero. Dios me castigó, pero no voy a rechistar. Me rindo a su santa voluntad. El refrán dice: «Hijos pequeños, preocupaciones pequeñas; hijos grandes, preocupaciones grandes». Los refranes siempre tienen razón. También tú pasarás por esa experiencia. Es difícil comenzar un matrimonio en el que ya hay una criatura. Parece ser un niño muy simpático, sí, pero no es tu hijo. Los hijos de extraños son algo muy extraño.

La cocinera entró en la sala de estar y anunció que el señor Glässing había venido y pedía que se le permitiera presentarse.

—¡Hazlo entrar! —dijo Elisabeth Chindler. Luego se volvió de nuevo hacia Leopold—: El señor Glässing es una persona muy honrada. Asume casi todo mi trabajo. Su hijo quiere ser médico.

El señor Glässing entró e hizo una profunda reverencia. Era tesorero y secretario de la Asociación católica de protección de niñas y le llevaba a Elisabeth Chindler las cuentas del último ejercicio. Elisabeth dejó los papeles debajo del plato con la carta de Maggie y ofreció al señor Glässing una taza de té. El señor Glässing hizo una reverancia y se sentó junto a la mesita del té. Era un hombre en la mitad de la cincuentena, de cabello cano y una cara amable que inspiraba confianza. Elisabeth le preguntó por su hijo, y el señor

Glässing contó que Walter había aprobado su examen. Elisabeth se había recostado en el sillón y escuchaba con atención, pero Leopold se quedó ahora muy sorprendido al ver lo mucho que había cambiado su madre desde la muerte de su padre. Ahora era una anciana, pero estaba sentada toda erguida y orgullosa en el sillón. Las cargas de la vida (y de su difícil matrimonio) parecían haberse desprendido de ella. Nunca había vivido enteramente en este mundo; su trato íntimo con Dios y con los santos la había mantenido un poco alejada de eso que se denomina la realidad, la vida cotidiana, la lucha, la ambición, las intrigas, el amor... Ahora la muerte de Theodor Chindler había cortado también esos últimos lazos de unión. Elisabeth Chindler había llevado su matrimonio y había dado a luz y criado a sus hijos, igual que se cumple con un deber, pero ahora se le habían ido de casa y su naturaleza había regresado a los ancestros como un rey regresa a su palacio después de haber inaugurado por la mañana una exposición agrícola y de haber otorgado un precio a un toro potente del que su oficial adjunto le dijo que era un animal bello y sobre todo muy bien dotado.

Elisabeth tenía el pelo blanco y fino, pero si se le hubiera puesto una peluca, se habría parecido mucho a sus ancestros retratados en los antiguos grabados en la escalera. En la frente y en la mirada imperturbable con la que contemplaba al señor Glässing, una mirada que estaba tan alejada de la soberbia como del desinterés, descansaba aquella imperturbabilidad de los Habsburgo y de sus sirvientes que consideraban el mundo como un enjambre de criaturas difíciles. Elisabeth Chindler contemplaba al señor Glässing con la misma mala cara que el hombre del grabado en la escalera cuando recibió al enviado del duque de Saboya que tenía que hacerle entrega de la oferta de un pacto de alianza de su señor, o el embajador bajito y nervioso de Luis XIV que había recibido el encargo de pronunciar la declaración de guerra de su monarca al Sacro Imperio. Todo era lo mismo, había sido siempre así, y todo volvería a cambiar algún día, habría guerra, otras alianzas, nuevas guerras y otra vez paz. Esos caballeros comisionados se exaltaban innecesariamente y se tenían por demasiado importantes; el confesor que esperaba desde hacía media hora en el vestíbulo y charlaba con el secretario joven estaba mucho menos alterado, era mucho más tranquilo y mucho más importante que todo ese mundo insensato.

El señor Glässing apuró su taza y se despidió, y cuando hubo cerrado la puerta de la sala de estar, dijo Elisabeth Chindler:

—Es una persona muy honrada. Tiene seis hijos, cinco hijos y una hija. Lo respeto. No es cosa menuda educar, alimentar y convertir en

personas de verdad a seis hijos. La hija es guapa... Ahora se llevan las faldas cortas. Tiene unas piernas muy lindas. A veces la veo en la calle, y me gusta... Hay muchas chicas guapas y jóvenes en Neustadt. El deporte... nunca he practicado ningún deporte... pero creo que es muy bueno para el cuerpo... Querría que estuvieras tú aquí cuando venga Maggie. No la incomodaré. Le dejaré que cuente sus cosas... pero no puedo aprobar sus ideas. No lo haré nunca... ¡Si eso es lo que espera ella de mí, no me quedará más remedio que decepcionarla!

Los ancestros habían vuelto a desaparecer de la cara de Elisabeth Chindler. Se inclinó un poco hacia delante, cogió la carta de Maggie de debajo del plato y la cubrió con su mano blanca. Había regresado la vida, la variada vida familiar, volvía a ser una madre, y las dificultades que los hijos deparan a los padres caían de nuevo sobre su corazón castigado.

Había oscurecido. La cocinera entró en la sala de estar, encendió la luz y volvió a salir. Leopold se levantó y se acercó a la ventana. Al cabo de un rato regresó, se sentó muy cerquita de su madre y le contó su encuentro con Maggie.

---

90. En la PE sigue aquí media página que Brentano eliminó y en la que se cuenta que Abelardo escribió a Eloísa que un filósofo no debía casarse, que el escritorio y el cochecito de los niños eran enemigos, y esto solo era diferente entre la gente rica (PE, pp. 435 y s.).

91. Brentano suprimió aquí la siguiente frase: «Todos intentamos imponer nuestra voluntad a la naturaleza, pero esta se va volviendo cada vez más selvática...» (PE, p. 439).

92. Leopold relata una leyenda del budismo zen japonés; no la hemos podido rastrear en la obra de Rainer Maria Rilke.

Capítulo 24

La renuncia de una madre es un acto horrible o sublime.
Balzac

1

A la mañana siguiente, Elisabeth Chindler llevó el desayuno a la cama a Leopold.

—Te estoy mimando —dijo ella—, pero la alegría de mis hijos es mi última alegría en este mundo. Tuve que educaros severamente; ahora sois grandes hombres y quiero mimaros. También mimaré a Maggie. Es mi niña querida, mi única hija.

Elisabeth cogió la silla que estaba delante de la cama, colocó la ropa de Leopold a los pies de la cama y se sentó junto a su hijo.

—La voluntad de Dios es inescrutable. Tu padre me habría encargado tal vez que solicitara una visita al obispo para pedirle consejo. Pero los obispos tampoco lo saben todo... Los obispos modernos proceden a veces de entornos muy humildes... son hombres con estudios, pero no conocen la vida... Te agradezco que le hayas dicho a Maggie que me escribiera y que fuera a visitar a su madre anciana. Si se dejan a un lado sus ideas, ¡su actividad es digna de atención! La gente pobre necesita auxilio. Siempre me he ocupado de la gente pobre. Tu padre me lo exigía y yo lo hacía con agrado. Sigo haciéndolo en la actualidad. Mi vida ha sido siempre esfuerzo y trabajo.

Después del desayuno, Leopold fue al cuarto de baño y se sentó en la antigua bañera que en su día fue para él su mar del Norte, su mar Mediterráneo y su océano Atlántico. Su aliento había soplado las velas de barquitos rojos y había orientado sus proas hacia las bahías de los piratas que tanto temor les inspiraban tanto a él como a las tripulaciones de sus barcos.

El jabón estaba fuertemente perfumado y hacía muy buena espuma, y Leopold estaba lavándose los brazos cuando de pronto se abrió una pequeña puerta secreta empapelada como las paredes y Elisabeth entró en el cuarto de baño.

—No tienes por qué incomodarte —dijo ella sin mirar a Leopold—. Soy una mujer mayor. Estoy buscando un medicamento. Therese se lo

dejó sin querer en el baño.

Elisabeth, que miraba fijamente al frente, agarró un frasco marrón y volvió a salir del cuarto de baño. Leopold se vistió y, cuando hubo leído el periódico, fue a dar un paseo con su madre. Fueron subiendo despacio la calle en cuesta hasta la cima de la colina, y cuando llegaron al banco en el que había estado sentado Leopold con Anki, Elisabeth se detuvo y miró abajo hacia la ciudad.

—Alemania es bonita —dijo ella—. Sus ciudades pequeñas son acogedoras, y nuestras grandes ciudades son industriosas. Suelo sentarme en este banco y en esas horas me gusta vivir. Soy feliz de que haya llegado la primavera. Adoro la primavera.

El sol brillaba con fuerza, pero el viento era todavía fresco, y ambos siguieron caminando. Al cabo de un rato, Elisabeth Chindler se detuvo y mostró a Leopold una mansión de piedra arenisca roja.

—En esta casa vivía una querida amiga mía —dijo ella, y dirigió la mirada a una ventana de la primera planta cuyas contraventanas estaban cerradas—. Era cuarenta años más joven que yo, pero venía con mucha frecuencia a casa, siempre tenía un cubierto en mi mesita del té. Poseía una voz extraordinaria y me cantaba todas las canciones de Beethoven y de Schubert que me encantan. Yo la acompañaba un poco al piano. Un día tuvo un hijo y tuvo que morir. Fui a su casa y mantuve su mano entre las mías hasta que murió. El marido está desconsolado, pero no fue un buen marido. Tenía una amante, como ese banquero con el que estaba casada la señora Scheler. No puedo entenderlo. No se puede amar a dos mujeres... pero estaba desconsolado. Después del entierro vino a mi casa y le vi en la cara que estaba desesperado. No hablé mucho con él. Tal vez lo atormentaba el arrepentimiento. Los tormentos del arrepentimiento son horribles. ¡Que nunca tengas que arrepentirte de lo que vayas a hacer!

Leopold dijo:

—Es difícil entender que un hombre se case con una mujer desconocida. En épocas pasadas, uno se casaba con la hija del vecino. Eso podía entenderlo todo el mundo, porque conocían a la muchacha y a toda la familia e incluso a los abuelos. Uno sabía cómo pensaba la gente, y uno mismo tampoco pensaba muy diferente. En las grandes ciudades y en la vida de la gente moderna impera más el azar que antiguamente.

Elisabeth Chindler se detuvo y miró a los ojos a su hijo:

—¿Te has prometido ya? ¿Habéis enviado las amonestaciones?

—No. Ya vendrá eso.

Elisabeth Chindler dobló por una calle lateral y enseñó a Leopold

una casa alargada con una gran ventana verde sobre la puerta de entrada.

—En esta casa vivió el viejo Glässing. Era el jardinero del antiguo propietario. Su hijo es comerciante, su nieto será médico. Las familias trabajadoras ascienden, las familias perezosas se despeñan y naufragan. Tú no eres perezoso, y Karl tampoco es perezoso... ¡Ernst podría ser más ambicioso!

Elisabeth Chindler continuó caminando. Se apoyaba en un paraguas negro, pero al llegar a una parada del tranvía, se detuvo.

—Bueno —dijo ella—. Ahora vamos a subirnos al tranvía. Estoy cansada. Me resulta agotador subir la colina, pero la adoro con las hermosas vistas. Hoy estoy algo más cansada que ayer. Esta noche no he podido sino pensar en la carta de Maggie y solo he dormido un poco. ¡Ojalá quiera iluminarme el Señor para hacer lo correcto!

Después de comer, Leopold escribió una carta larga a Herbert Müller. Su madre le había dado un pliego en el que figuraba grabado su escudo en la parte superior izquierda.

—Es un regalo de tu hermano Ernst —dijo ella con una sonrisa—. Los escudos son una manía suya, pero la mayor parte de la gente tiene alguna afición, y hay que dejársela practicar.

Leopold se sentó al escritorio de su padre, bajo el cual seguía estando el gran pie de oso polar, y contempló la lámpara que había alumbrado tanto tiempo a su padre, y el pequeño tintero con la tapa plateada y el cuenco alargado en el que había dos estilográficas, dos lápices y una goma de borrar verde. Los objetos no habían cambiado, seguían estando allí, habían sobrevivido a su dueño, como casi todo lo que poseemos nos sobrevivirá algún día. Elisabeth Chindler se había ido a su dormitorio para descansar una hora, y Leopold se puso a escribir la carta al editor.

2

Eran las cuatro y media y Leopold seguía escribiendo cartas cuando la puerta se abrió y entró Elisabeth Chindler. Caminaba muy despacio y se apoyaba en el puño de marfil de su bastón negro.

—Arrímame un sillón —dijo ella— para que pueda sentarme a tu lado. Estoy cansada. No he dormido. He escrito una carta a Maggie. No puedo recibirla. No quiero que venga a mi casa...

Leopold se quedó muy sorprendido por esa noticia, pero se levantó rápidamente y acercó a su madre el rígido sillón orejero verde en el que Theodor Chindler dormía la siesta todos los días después de comer. Elisabeth Chindler apoyó su bastón en el escritorio y se sentó.

El sillón no era lo suficientemente cómodo para ella, y Leopold le llevó un cojín más y se lo colocó debajo de los finos cabellos blancos.

—No voy a decir que Dios me haya iluminado, eso no debo decirlo —comenzó diciendo Elisabeth Chindler—. Podría estar equivocada, y el ser humano no debe equivocarse en nombre de Dios. He escrito a Margarethe que no puedo verla. Es atea, pertenece a un partido que es ateo. El miedo a las personas es algo cobarde y despreciable, y soy demasiado vieja como para temer a las personas. Siempre me he pronunciado en voz bien alta sobre mi fe. Sin embargo, no hay que provocar ningún escándalo. Solo provocaría yo un escándalo. Son muchas las personas que tienen puesta su mirada en mí. Has conocido al señor Glässing. Educa a sus hijos en el temor del Señor... Todas las personas cercanas a mí lo hacen. Esas mujeres y esos hombres se quedarían confundidos si recibiera a Maggie en mi casa. Margarethe está recorriendo su camino, y yo tengo que recorrer el mío... Si la recibiera aquí, en la casa de tu padre, como te he recibido a ti o a esa buena señora Scheler que se ha divorciado sin culpa, entonces se produciría un escándalo y daría un mal ejemplo a la gente... Yo no me habría divorciado nunca, por supuesto que no. Yo habría perseverado y me habría sometido a la voluntad inescrutable de Dios, pero no estoy censurando a la señora Scheler... ella no ha hecho nada injusto... no quiso tolerar esa situación... entiéndeme bien, querido hijo mío, yo no la censuro... Pero lo que iba yo a decir... Margarethe... Los enemigos de mi fe son también mis enemigos. El Señor dice: «¡Amad a vuestros enemigos! ¡Haced el bien a quienes os persiguen!». Si Margarethe estuviera en un apuro, le enviaría mi última blusa, pero lo que no debo hacer nunca es aprobar lo que hace.

«¡Pobre Maggie!», pensó Leopold. «¡Esto será un duro golpe para ella, la ahuyentará para siempre!» Volvió a fijar la mirada en la boca grande y firme de su madre y dijo:

—Al menos podrías recibirla sin ocultarle al mismo tiempo lo que piensas...

—Podría ir a verla, pero soy demasiado vieja y ya no puedo viajar en tren. Es un gran sacrificio que debo hacer. Si la recibiera, la gente que me conoce se quedaría desorientada. Ella pretende vaciar nuestras iglesias y perseguir a nuestros sacerdotes. Yo voy a seguir a nuestros sacerdotes. Soy demasiado vieja para viajar, pero a pie podría caminar todavía bien lejos... allá donde Dios me envíe. No tengo miedo de los trabajadores... En nuestra asociación hay muchas trabajadoras, y yo conozco a socialdemócratas que son hombres venerables. Mis ancestros creían que el mundo se iría a pique si se permitiera gobernar a los ciudadanos. Todo eso es un puro disparate. Tu padre era

burgués, y era muy buen político. Yo soy una mujer muy mayor, pero no soy retrógrada. Pero el ateísmo es detestable... Coge otro pliego y escribe a Maggie. Dile que no la persigo. No persigo a nadie sino que me defiendo. Me resisto. No daré jamás mi brazo a torcer. Puede venir a mi casa si me promete respetar nuestra fe.

Leopold dirigió la vista al pequeño reloj negro que estaba sobre el escritorio de su padre en un estante de la pared. El péndulo no se movía; no le habían vuelto a dar cuerda al reloj desde la muerte del padre.

—Voy a escribir yo misma a Maggie —dijo Elisabeth Chindler—, eso sí está permitido, puedo hacerlo. Es mi única hija y tiene derecho a escuchar las palabras de su madre. No creas que soy dura. No soy dura, solo soy firme. Tú también eres ateo, pero tú no estás contra Dios. Nadie que esté contra Dios puede traspasar el umbral de mi casa. Esa es mi convicción y mi decisión inapelable y mi última palabra.

Therese entró en la habitación y dijo que el té estaba preparado ya en el comedor. Miró a Elisabeth Chindler y se llevó la mano a la boca asustada:

—¡Por el amor de Dios! —dijo—, ¡está usted completamente pálida! ¿No se encuentra bien? Creo que debería echarse ahora mismo. Esta mañana ha dado un paseo muy largo y seguramente habrá subido esa colina empinada. Eso no le sienta nunca bien a usted.

—Arréglame el sofá del comedor y ponme dos cojines más. Quiero estar presente cuando el señor Leopold tome el té. No estoy enferma, solo estoy cansada. He escrito a la señorita Maggie y le he dicho que no venga a mi casa.

Therese lanzó una mirada asombrada a Leopold y dirigió la vista de nuevo a Elisabeth Chindler.

—Es razonable —dijo ella, y asintió varias veces con la cabeza—. No haría más que agitarla a usted y después se pondría enferma.

—No me da miedo la agitación.

—No tiene ningún sentido. Los comunistas andan metiéndose con nosotros, no podemos permitir que nos desacrediten. Ya tenemos agitación más que suficiente... ¡Oh, Dios mío! De eso no falta en la vida.

Therese fue al comedor y acomodó el gran sofá verde. Elisabeth Chindler la siguió con la mirada, y cuando Therese hubo salido de la habitación, dijo:

—No entiende todo lo que digo, pero tiene un carácter magnífico. Posee la virtud de la fidelidad. Cuando yo no esté ya en este mundo, vosotros, mis hijos varones, tendréis que cuidar de ella.

Leopold telegrafió a Anki que tenía que quedarse un día más, y

Therese envió a la sirvienta con el telegrama a Correos. Leopold alcanzó a su madre el bastón (que era ligero como una pluma) y la condujo a la sala de estar. Elisabeth Chindler se echó en el sofá y Leopold la tapó con una manta de ganchillo de lana verde. A continuación le llevó una taza de té.

—Esta mañana te he mimado yo a ti, y ahora me cuidas tú a mí. Mi corazón se ha sosegado de nuevo. Lo he superado. Una gran decisión te libera. Es muy amable de tu parte que no te vayas hasta mañana... También podría estar sola... rezaría el rosario... Pero estoy contenta de que estés conmigo. Me gustaría invitaros a todos por Navidad... —Los labios le temblaron, y estalló en lágrimas—. ¡Estoy haciendo un terrible sacrificio! ¡Maggie es mi única hija!

A la mañana siguiente, Leopold estaba todavía en la cama leyendo el periódico cuando se abrió la puerta y entró Karl Chindler.

—Uno adora las sorpresas —dijo Leopold asombrado—. ¿De dónde sales?

Karl se acercó a la cama y le dio la mano a su hermano. A continuación dirigió la vista a la mesita de noche y contempló el reloj de Leopold y la pitillera que estaba al lado del reloj. Era un regalo de Anki, y el nombre de ella estaba grabado en su interior. Karl abrió la pitillera, sacó un cigarrillo y volvió a dejarla sobre el tablero de mármol.

—Viajo a Stuttgart —dijo.

Llevaba un traje de color gris claro y una camisa de seda a rayas con el cuello muy amplio. Era su vestimenta de viaje, y tenía la costumbre de vestirse cómodo para viajar.

—¿Has ido ya a ver a mamá? —preguntó Leopold.

—Sí. Está todavía en la cama, la encontré muy alterada... Pero lo que yo quería decirte era que deberías haberme llamado por teléfono y decirme que Maggie estaba en Berlín. Es una mujercita alucinante. Voy a hablar con ella en cristiano y bien clarito.

Leopold se bajó de la cama y buscó sus zapatillas.

—Eres injusto conmigo —dijo él—. Yo le dije en más de una ocasión que fuera a verte o que al menos te llamara por teléfono, ¡pero ella es una persona adulta y no podía forzarla!

—Mamá contempla el caso desde el punto de vista religioso, y está en todo su derecho, pero este asunto tiene también su lado político. Si Grete está a favor de la dictadura, entonces un hombre serio y experimentado, y en este caso me refiero a mí mismo, tiene que pronunciarle un discurso y explicarle lo que significa eso. Más tarde le enviaré un telegrama y le diré que sea buena y vaya a visitarme cuanto antes en Berlín. Pero mantén la boca cerrada, por favor. Mamá

no tiene por qué saberlo. Sufre mucho y sería duro para ella que al final fuera la única de nosotros que no viera a Grete.

Leopold había encontrado sus zapatillas, se colocó frente al palanganero y lo llenó de agua caliente.

—¡Maggie también sufre —dijo él—, y no sé cómo decirte lo harto que estoy ya de todo este embrollo antiguo, manido y absurdo! Que piense lo que le dé la gana... es una Chindler igual de válida que tú y que yo, y no es asunto nuestro atormentarla. Déjala que continúe con su política rara... yo ya sabré defenderme, pero la política acaba en la puerta de mi casa, y cuando Maggie llama a mi puerta, es y continúa siendo mi hermana. Puede que esta actitud sea muy tolerante, pero eso es lo que soy, ¡y fue precisamente la visita de Maggie a mi casa, dicho sea de paso, lo que me ha fortalecido de nuevo en esa virtud!

Karl recorrió la habitación de una punta a la otra. Examinó la chaqueta del traje de Leopold y el forro, la maquinilla de afeitar y el cuero de la cartera de Leopold.

—La semana pasada conocí a tu extraño amigo Manberg. Es un cerdo antipático, en eso tienes razón, pero no sé si estabas bien asesorado cuando te fuiste del *Berliner Allgemeine* con toda aquella bronca.

—Voy a editar una revista a partir del 1 de octubre.

—¡Anda! Eres un muchacho emprendedor. Mi ministro leyó tu libro y le pareció bueno.

Durante la comida, Elisabeth Chindler estuvo sentada entre sus dos hijos. Karl habló del doctor Lichtstrahl, y Elisabeth Chindler escuchó con atención. Cuando Karl se calló, dijo ella en voz baja:

—Tiene muchos partidarios, pero los obispos no le profesan cariño.

Karl se molestó y se puso hecho una furia.

—Los obispos no son omniscientes en lo relativo a lo que es justo o no.

—No lo conozco —dijo Elisabeth Chindler—. No puedo emitir ningún juicio. No le guardes rencor a tu anciana madre, yo no pretendía criticar al señor Lichtstrahl. Solo quería contarte lo que he oído decir.

Therese había preparado un gran pudin, y Karl declaró que Therese era la mejor cocinera que conocía.

—Yo no puedo más que probar un poco —dijo Elisabeth Chindler, que se puso media cucharada en el plato—. El médico me ha prescrito una dieta muy rigurosa porque ya no tengo el estómago tan fuerte como antes. Pero si queréis darme una alegría, tenéis que comeros el pudin entero.

—No hará falta que me lo digan dos veces —replicó Karl, y cuando

se levantaron de la mesa después de comer, la gran fuente marrón estaba vacía.

3

Karl prosiguió su viaje nada más terminar el almuerzo, mientras que Leopold no partió hasta el atardecer. Elisabeth Chindler había pedido un taxi, y cuando Leopold se volvió a mirar en la calle y levantó la vista hacia las ventanas, Elisabeth Chindler estaba de pie tras los cristales y se despedía de él haciendo señas con las manos. Era bajita y se la veía encorvada, y sus ojos grandes yacían en sus cavidades profundas. Intentó sonreír a su hijo una vez más, pero él vio que le temblaban las comisuras de la boca, indicador de que estaba llorando. Ella había vuelto a conquistarlo por entero, y cuando se recostó en el acolchado del asiento, no pudo menos que sonarse dos veces las narices con fuerza.

El tren llegó a la hora exacta, y Anki estaba en el andén. Había pensado que Leopold viajaría en el coche cama, y había ido a la estación por si acaso. Llevaba un sombrerito rojo, un poco ladeado hacia la derecha, y un velo. El fox terrier tiraba de su correa verde, pero Anki le había dado dos vueltas al cuero en la mano y lo sujetó con firmeza. El animal tenía un aspecto precioso levantado sobre las patas traseras y con la boca abierta y la lengua con curvatura heráldica y azotando el aire con las patas delanteras, fuera de sí por la alegría del regreso del hombre al que consideraba su amo.

«Lo siento», pensó Leopold, «quería que las cosas fueran de otra manera y deseaba poder hacer feliz a mamá. Pero yo amo a Anki... enviaré a Waldo a casa de Richard Scheler... Esta situación tiene que acabar de una vez... quiero que ella sea mi esposa».

Anki dio la mano a Leopold, y se saludaron sin besarse. Anki se detuvo detrás de la barrera y le entregó una postal a Leopold. Estaba matasellada en Friburgo, era de Inge Klemm y la posdata decía: «Tal como acabo de enterarme, Richard Sch. se ha prometido a una muchacha joven. Dicen que es la hija de un párroco y que solo tiene diecisiete años».

Leopold leyó dos veces la posdata, y Anki, que lo estaba siguiendo con los ojos, tenía la sensación de un acusado que acaba de levantarse de su asiento porque el tribunal ha regresado a la sala del juicio después de deliberar en otra sala.

—¡Esta es una buena noticia! Ahora somos libres —dijo Leopold, y se guardó la postal en el bolsillo del abrigo.

Anki soltó al perro y en esa acción se le cayó el paraguas, y rodeó a Leopold con los dos brazos.

—¡Tú —dijo ella—, siempre y eternamente solo tú!

Leopold le besó los ojos y los labios, y cuando Anki lo besó a su vez a él, se le pasaron por la mente las palabras de su madre: «Una muchacha joven es como la cera que el hombre puede moldear».

«¿Por qué iba a tener que moldearla?», pensó él. «¿Por qué debería ser diferente a como es? ¡No me digas! Perseverar... ser moldeado, ¡eso es mucho mejor! Llevar esa carga dulce, a esa mujer que es como una niña. ¿Ser entendido? ¡Qué estupidez! Ese es el deseo débil de neurasténicos enfermizos. Lo importante y decisivo será entenderla. Es un trágico error de esta generación querer adiestrar a los demás como un maestro a sus alumnos del primer año de la escuela. Amar y ser amado... ¡Y nada de segundas intenciones! ¡Ningún temor! Qué dulzura la de esos labios carnosos...

Una mujer mayor dio unos golpecitos en el brazo a Anki y esta soltó a Leopold.

—Eh, señorita, se le ha perdido el paraguas.

Anki cogió el paraguas y dio las gracias a la anciana, que siguió su camino sonriendo de satisfacción ante tanta pasión olvidadiza.

—El fox terrier se ha ido también —dijo Anki mirando por encima del hombro de Leopold hacia el vestíbulo de la estación.

¡Qué hermosa era cuando miraba con esa intensidad! Leopold le colocó el sombrero en su sitio porque se le había desplazado hasta el hombro y Anki le dejó hacer, quieta y feliz y completamente humilde («¡como una muchacha muy jovencita!», pensó él). Leopold estaba ebrio de orgullo por su hermosa mujer.

Por la noche, Leopold y Anki estaban invitados en casa de los Bendemann, y cuando entraron en la sala de estar, Anki dijo que se habían prometido y que se casarían pronto.

Otto Bendemann se acercó a Leopold como un sacerdote alto y viejo, pero su discurso fue muy mundano y un poco similar al de un chico grande.

—¡Es una idea excelente! ¡Caramba! ¡Leopold, dele usted un abrazo a un amigo del alma!

La noche siguiente era de un martes, y Leopold dijo a Wilhelm Braun que lo sentía pero que se había prometido y no podía ir solo. Wilhelm lo felicitó y rogó a Leopold que se trajera también a la señora Scheler. Cuando Leopold llegó y entró en la sala de estar detrás de Anki, se encontró reunido allí a un grupo pequeño: el doctor Achtermann y su esposa rubia y tímida, y Herbert Müller con su pareja. Wilhelm Braun había puesto un montón de alcohol a refrescar,

vino Hasensprung de la localidad de Winkel en la comarca del Rin[93] y champán. Durante la cena dijo que era el sagrado número siete la cifra de los reunidos en su casa, y a continuación se levantó y pronunció un discurso a la pareja de novios que en realidad iba dirigido a Anki sobre todo. La primera parte fue divertida, pero en la segunda Wilhelm dijo algunas frases conmovedoras. Anki estaba muy emocionada, y cuando Wilhelm se sentó de nuevo, ella le dio un beso.

—Enorme —dijo Herbert Müller.

Wilhelm Braun se había vuelto un muchacho muy locuaz. A la mañana siguiente, mientras Leopold estaba desayunando, la señora Janke le llevó un telegrama. Leopold lo abrió y leyó: «mujeres y sueños (con «s» mayúscula) de mujeres, mis deseos más afectuosos, erika welter».

Sobre la mesita de fumar había un candelabro de porcelana blanca. Leopold encendió la vela y sostuvo el telegrama en la llama. El papel se retorció como una serpiente, pero Leopold lo sujetó firmemente con unas tijeras hasta que la hoja entera quedó convertida en humo y cenizas. Después apagó la vela de un soplido y abrió la ventana.

FIN

93. En la localidad de Winkel im Rheingau sigue en pie la casa de Brentano que la rama de la familia de Fráncfort había adquirido en el año 1803 y en la que fueron huéspedes regulares Goethe, los hermanos Grimm, Bettine y Achim von Arnim, Karoline von Günderode y otros. El vino Hasensprung-Riesling es uno de los mejores (y más fructíferos) caldos de Winkel en la comarca del Rin.

Anexo

Epílogo del editor

Yo ya no soy para nada yo,
pero por fin soy yo de nuevo.
Sven Hanuschek

Franziska Scheler es una gran novela del exilio que llevaba mucho tiempo desaparecida; desde su primera edición en Zúrich en el año 1945, no había vuelto a aparecer en forma de libro. Se trata de una novela de sociedad y de amor, en ocasiones casi alegre y repleta de aforismos y de observaciones precisas. Al igual que la última novela de Bernard von Brentano, *Die Schwestern Usedom* [Las hermanas Usedom] (1948), *Franziska Scheler* se encuentra en la tradición de los hermanos Goncourt, de Maupassant y de Zola; ambas obras dibujan la imagen de una clase alta burguesa en la República de Weimar a finales de los años veinte del siglo pasado. No han perdido brillantez con los años, están narradas de manera elegante y vivaz, con una inusual mirada hacia los personajes femeninos. Se mantienen presentes los horizontes políticos y también económicos de la época, pero se introducen de una manera menos forzada que en *Theodor Chindler* (1936), la novela más conocida de Brentano; los personajes y su psicología cobran más importancia para su autor.

Antecedentes

Con la presente edición, *Franziska Scheler* no solo vuelve a estar en el mercado por primera vez después de más de setenta años, sino que, además, esta última edición es aún más pulida, más exacta y más lacónica; Bernard von Brentano reelaboró el texto con intensidad, pero este no llegó a editarse en vida del autor. Solo podemos especular acerca de las razones, al menos en parte. Brentano regresó a la República Federal de Alemania de su exilio en Suiza en el año 1949, en concreto a la localidad de Wiesbaden[94]; lo habían elegido miembro de la Academia Alemana de la Lengua y la Poesía en Darmstadt, le reeditaron algunas de sus obras tempranas y se estrenó en Darmstadt su pieza teatral *Phädra* (1948). En los últimos años del exilio, una serie de trabajos de carácter ensayístico sobre historia y literatura ocupaban el primer plano de su labor, que él prosiguió en Alemania, a

los que hay que añadir la autobiografía *Du Land der Liebe. Bericht von Abschied und Heimkehr eines Deutschen* [Tú, tierra del amor. Reportaje de la despedida y regreso de un alemán] (1952). A pesar de algunos éxitos respetables y de la permanencia a largo plazo de *Theodor Chindler* en el canon de la literatura en lengua alemana[95], el gran éxito no llegó a cuajar. Desde los años cuarenta, el autor padecía una enfermedad que por aquel entonces se denominaba «neuritis» y que le sobrevenía por episodios; presumiblemente se trataba de una esclerosis múltiple[96]. No solo retrasó su regreso de Suiza, sino que le dificultó también el trabajo en textos extensos como una novela, a pesar de que podemos encontrar algunos intentos en su legado; la presencia de Brentano en el discurso público y su capacidad para viajar también se vieron menguadas una y otra vez hasta su muerte relativamente temprana en 1964.

En esa recepción contradictoria de la obra después de 1945 también puede haber desempeñado un determinado papel la evolución política en el exilio suizo de Bernard von Brentano, quien en calidad de redactor del *Frankfurter Zeitung* en los años veinte y en los primeros años treinta pertenecía al espectro liberal de izquierda, pero también se le podía identificar con sectores del espectro marxista por su estrecha amistad con Bertolt Brecht y la terminología política de su libro *Der Beginn der Barbarei in Deutschland* [El comienzo de la barbarie en Alemania] (1932). Su giro en el exilio es, ante todo, una reacción ante los derroteros del Komintern y sobre todo de la política soviética (estalinista); sus reacciones pueden seguirse con detalle en las cartas a Brecht publicadas recientemente. Ya antes de los Juicios de Moscú se refiere a Stalin como «ese miserable georgiano», considera al gobierno ruso «estúpido y fascista» y pregunta a Brecht si todavía es capaz de abrir un periódico «sin leer que en esa pseudorrepública han vuelto a fusilar a un funcionario de ferrocarriles o de Correos por un delito que los gobiernos burgueses contra los cuales combatimos despachan con dos meses de cárcel»[97]. Tal vez no sea superfluo mencionar que Brentano no solo se informaba a través de los periódicos suizos, sino también a través de los principales diarios franceses y británicos; al igual que Brecht en Dinamarca, no dependía de las informaciones de carácter autoritario. En enero de 1935, más de un año y medio antes del primer Juicio de Moscú, Brentano escribe que los bolcheviques eran «muertos, encarcelados, ejecutados, asesinados sin juicio»[98], y prevalecían los estalinistas.

Todavía no ha podido concretarse la cuestión del alcance del desplazamiento de Brentano hacia la derecha desde posiciones de extrema izquierda; para ello, entre otras cosas, hay que evaluar en

detalle todo su legado, que hasta el momento solo ha sido preclasificado. Hay muchos indicios de que se veía a sí mismo como un patriota republicano y demócrata del tipo de su protagonista Leopold Chindler, a pesar de la controvertida solicitud de repatriación de 1940 que se encuentra en fase de estudio.

Michael von Brentano la considera tan solo un «ardid»[99] tramado justamente para hacer posible la publicación de la biografía de Schlegel en Alemania que se produjo en 1943. El hecho de que la editorial Cotta se arriesgara bastante con esa publicación queda demostrado por la prohibición inmediata del libro en Alemania; solo pudo venderse en Suiza[100]. A favor del ardid habla también el hecho de que Brentano no habría podido regresar con su esposa sin ponerla seriamente en peligro, pues en la terminología nacionalsocialista habría sido considerada una «híbrido-judía de primer grado».

No hay duda ninguna de que para las autoridades nazis Brentano era un individuo inseguro de quien desconfiar; para él, en cambio, los procesos de la burocracia fascista continuaban siendo impenetrables; sin embargo, no eran de ninguna manera tan «totales» ni estaban tan controlados como habría querido la camarilla dirigente. Una y otra vez se abrían nichos en los cuales los opositores al régimen podían sobrevivir de alguna manera sin ser molestados; había también instituciones nacionalsocialistas que trabajaban unas contra otras. Cuanto más precisa es la observación, más difícil resulta enjuiciar estas cuestiones; el estadio todavía incipiente de las investigaciones queda demostrado en la figura del cónsul general alemán en Zúrich durante la dictadura nacionalsocialista. La relación de Brentano con Hermann Voigt puede haber sido un motivo por el que las autoridades suizas le «fijaron un plazo perentorio para abandonar el país» en 1944, que luego fue cancelado[101]. En su autobiografía, Brentano describe a este diplomático como a uno de los «hombres más inteligentes» que conoció en Zúrich; no era «nacionalsocialista, sino todo lo contrario». Perteneciente al círculo de amistades de Heinrich, hermano de Brentano, conocía «el Ministerio de Asuntos Exteriores, y su mirada aguda veía con horror cómo el señor Ribbentrop tocaba chapuceramente ese complicado instrumento»[102]. Voigt (sin que las autoridades berlinesas le dieran garantías) le expidió el visado para su viaje a Alemania en 1940, por su propia cuenta y riesgo, por decirlo así. Los historiadores no descubrieron a este diplomático como objeto de investigación sino muy recientemente; las primeras informaciones procedentes de su extenso legado confirman la caracterización de Brentano; la biografía de un pez gordo nazi tiene un aspecto muy diferente[103].

No cabe duda de que el exilio significó para Brentano una ruptura, por muy inofensiva que pueda parecer Suiza a primera vista en comparación con otros lugares de exilio en aquella época. Él era un hombre que gustaba de la conversación, de la polémica verbal, que desarrollaba (y descartaba) sus ideas y sus textos en el discurso oral. En sus ensayos literarios e histórico-literarios se expone la queja de que los alemanes no tenían una capital. Es decir, tenían una, sí, en tiempos de la República de Weimar, Berlín era la ciudad más libre, más estimulante y más amante del arte de Europa, según la valoración de Brentano; él vivía en Berlín en esa época, la acción de sus mejores novelas tiene lugar en esa urbe. En cambio, Zúrich era una pequeña ciudad, y Brentano echaba obviamente de menos la conversación, los estímulos, incluso la discusión. Cita varias veces una carta del pintor suizo Karl Stauffer-Bern, que a finales del siglo xix se burlaba de la fragmentación alemana en numerosos Estados pequeños: «Cada principito tiene una escuelita de arte y se afana por elevar de la mejor manera posible esas lucecitas que se prestan a dirigir sus institucioncitas de arte [...]. El francés mira a su alrededor la fértil competencia de miles de buenos pintores, hace todo lo que está en su mano para alcanzarlos; en la mayoría de los casos, el alemán solo ve a algunos pintores de su entorno más próximo y a consecuencia de ello tensa sus fuerzas muy raras veces como podría hacerlo»[104]. A pesar de todas las ventajas de un origen regional (de Hesse en el caso de Brentano), la capital era el taller, los intelectuales vivían dispersos por todo el país.

Aunque Brentano trató de procurarse compensaciones con los círculos literarios y de emigrantes de Zúrich, echaba de menos la cultura de la conversación de Weimar (de la que *Franziska Scheler* da un elocuente testimonio), así como el contacto permanente con el público propio; cuando alguien pertenece al famoso *Frankfurter Zeitung* y ha tenido relación con Kracauer, Benjamin y tantos otros, y quien como redactor poseía una estrecha red social, cultural e intelectual «en el más generoso de todos los Estados»[105], casi todo lo que vino después tenía que parecerle por fuerza un empobrecimiento.

Es difícil evaluar la consistencia de las actitudes políticas de Brentano; incluso en las fases más conservadoras de su vida criticó la celebración de las «grandes personalidades», como por ejemplo a Hofmannsthal (tan apreciado por otra parte) por una frase en la que veía «la desdichada llamada al genio, al gran hombre, al gran salvador»[106]. Esta es una posición que también habría podido defender Bertolt Brecht. Brentano siempre mezcla categorías y posicionamientos extremadamente diferentes. En su propia literatura,

Brentano se preocupó siempre por el «arte de la descripción»[107], cuyo ingreso en la literatura la veía él con el naturalismo. Pretendía suministrar una imagen global, no la psicología detallada de un protagonista; le interesaban sobre todo las «personas reales», y en esta búsqueda examinó a fondo las obras literarias, y con frecuencia no halló a esas personas reales en la literatura alemana (según su concepto).

Recepción

La crítica literaria, sin excepción, dio una buena acogida en 1945 a la novela *Franziska Scheler*. *Die Tat* opinaba que en ella se exponían «con ligereza y soltura concisos asuntos de grandísimo peso», en un «tono conversacional que flota en la superficie, pero que se nutre de las profundidades, el tono de un enciclopedista que sin ser un Diderot o un Voltaire [...], trata de exponer comunicativamente sus conocimientos y experiencias más solitarias»[108]. «La novela se distingue por sus observaciones sociológicas, así como por sus cualidades artísticas»[109], casi «nos da lástima no encontrar ningún pelo en el libro de Brentano con el que poder disgustarnos»[110]. «La novela es una historia de amor que se desenvuelve por la fuerza de los sentimientos sin sensaciones externas y en sus comentarios de época llama la atención su agudeza aforística»[111]. Una excepción es la recensión del antiguo amigo de Brentano, y ahora evidente enemigo, Manuel Gasser, cofundador del semanario *Weltwoche.* A una reseña crítica igualmente elogiosa de Karl Wilczynski en el diario suizo *Nation* (12 de septiembre de 1945) respondió con una polémica que, sin embargo, no iba dirigida en absoluto contra la novela, sino exclusivamente contra su autor; Brentano presentó entonces una demanda por injurias contra Gasser, que ganó en 1947[112].

A pesar de esta sorpresa en el historial de la recepción de *Franziska Scheler,* se trata de un libro exitoso que se publicó en 1945; en 1949 se reimprimió en el *Tagesspiegel*. Brentano conocía todavía de la época de Weimar al titular de la licencia y coeditor del periódico, el escritor Erik Reger, y a finales de los años cuarenta escribió también algunos artículos para el *Tagesspiegel*. En el transcurso del primer redescubrimiento de Brentano en torno al año 1980, la editorial Suhrkamp/Insel dejó escapar una reimpresión, lo cual fue sorprendente en un momento en que se revalorizaba la literatura del exilio. Uno de los motivos podría haber sido el informe editorial realizado por Maria Dessauer. Ella se acordaba «vivamente del placer con que se leía en su época, poco después del final de la guerra, ese

libro simpático, sutil y encantadoramente entretenido de un alemán en Suiza»; además de indicar las cifras de ventas en declive de la edición de entonces de *Theodor Chindler,* opinaba que, en un momento en el que las editoriales se esforzaban por los autores nuevos alemanes, no debía recurrirse «a lo vinculante intrascendente». Decía que tras la guerra había quedado claro para todos que se trataba de un «pedacito de literatura verdaderamente intrascendente, que era menos una continuación de una historia familiar de índole política *(Theodor Chindler)* que una bonita novela de amor»[113]. Esa valoración, por muy comprensible que pueda parecer a primera vista, se hallaba inducida en exceso por el estigma del lenguaje elegante, un viejo problema en la recepción de las obras literarias en lengua alemana (una legibilidad suave está asociada a la ligereza), un problema con el que no tuvieron que lidiar la literatura francesa ni la anglosajona, por ejemplo.

Sobre la constitución de la realidad en la novela

El comienzo de la trama en *Franziska Scheler* se sitúa a comienzos de mayo de 1929[114]. Enlaza con *Theodor Chindler,* pero de una manera más bien reducida; hay once años entre el final de la acción de la novela predecesora, 1918, y *Franziska Scheler*. La constelación de los personajes se ha desplazado considerablemente: Leopold, el hijo menor de Chindler, es ahora el personaje principal, su hermana Maggie y su madre desempeñan todavía un gran papel, pero no aparecen sino hacia el final de la novela. El hermano mayor, Karl Chindler, está más presente que en la primera novela; el segundo en edad, Ernst, anteriormente uno de los personajes más importantes, es despachado con dos menciones breves (pp. 408, 433). Su esposa Lilli, el personaje femenino más fascinante en *Theodor Chindler,* no aparece en ningún momento, e incluso el personaje que da el título a la primera novela solo es citado un par de veces y se menciona su entierro más bien de pasada, aunque de una manera solemne (p. 359). Esa vinculación permanente del destino de los miembros individuales de la familia con los acontecimientos políticos ya no está forzada en *Franziska Scheler,* aquí permanece en el ámbito de las alusiones y, en general, el nivel político está mucho menos formulado y concretado.

No obstante, vuelve a mencionarse a numerosas personalidades históricas: políticos (Brockdorff-Rantzau, Coudenhove-Calergi, Theodor Heuss, Carl Severing); actores (Barbara La Marr, Jürgen Fehling), el primer pedagogo de museos Alfred Lichtwark, el traductor Richard Wilhelm y muchos más. También hay retratos de reconocimiento poco complicado, como por ejemplo Carl

Sonnenschein, que aquí se apellida «Lichtstrahl», o Joseph Roth («Josef Grün»); muchos personajes mixtos en los que podría nombrarse a varios referentes, como la diva teatral prototípica de la época de Weimar (Erika Welter), el excéntrico gran artista (Rudi Spalding) o el redactor jefe de amplia formación (doctor Achtermann). En el editor Herbert Müller podríamos ver en buena parte el retrato de Ernst Rowohlt; sobre Wilhelm Braun hablaremos después. Esta mezcla de personajes históricos e inventados como Franziska Scheler o incluso Balthasar Vierling (pp. 314-315) sirve como estrategia para la autentificación de los personajes ficticios. No se trata de una novela en clave, ni tampoco de una novela autobiográfica a pesar de lo mucho que Leopold Chindler comparte con la persona de su inventor. El viaje que Franziska, su hermano Waldemar y Leopold realizan por países del este de Europa lo efectuó realmente la pareja de novios recién casados Margot y Bernard von Brentano en el año 1930; el coche amarillo es también auténtico; Margot von Brentano sacó fotografías durante el viaje, igual que Franziska en la novela. Los artículos que publicó Bernard von Brentano sobre el viaje en el *Frankfurter Zeitung* aportan a los lectores sobre todo valoraciones políticas y sociológicas; los paralelismos con la novela, exceptuando algunas localidades y países citados, son sorprendentemente escasos[115]. Una relación de similar complejidad entre la ficción y la realidad se da por ejemplo en la publicación para la cual Herbert Müller ve en Leopold Chindler a su editor fundacional: Brentano anduvo envuelto durante medio año largo (entre 1930 y 1931) en las negociaciones con Ernst Rowohlt, que pretendía fundar la revista *Krise und Kritik* [Crisis y crítica] con Walter Benjamin, con Bertolt Brecht y con él; el proyecto fracasó posiblemente por la «desunión de los intelectuales de izquierda»[116].

Una pista sobre la peculiar constitución de la realidad en la novela, ese intrincado entrelazamiento de hechos y de ficciones, se encuentra en el relevo del canciller de la República de Weimar, que en el año 1945 debía estar aún más presente que en la actualidad: el político del Partido de Centro Wilhelm Marx, cuya dimisión comenta Leopold Chindler (p. 59), ya había dimitido en 1928. Durante todo el tiempo de la acción de la novela, Hermann Müller (SPD) fue el canciller del Reich, y no hubo ninguna dimisión en ese periodo; y Chindler no se siente en absoluto un opositor de ese gobierno, incluso simpatiza con él (pp. 289-291).

Gottfried Benn

Wilhelm Braun, amigo íntimo de Leopold, es seguramente uno de los

personajes más simpáticos de la novela si dejamos a un lado a Franziska Scheler y al mismo Chindler. Hay algunos indicios que sugieren que se trata de un retrato encubierto de Gottfried Benn, a pesar de que en la investigación se ha insistido intensamente hasta el momento en la relación de Brentano con Brecht y con Benjamin; existen numerosos paralelismos biográficos entre Wilhelm Braun y Gottfried Benn (véase la nota 1, p. 63, de la novela) Chindler lee nada menos que un poema de Ina Seidel que, según se dice, estaba dedicado a Benn.

Desde finales de la década de 1940, Benn y Brentano tenían el mismo editor, Max Niedermayer, y su editorial Limes en Wiesbaden, lugar de residencia de Brentano desde 1949. Así pues, Benn y Brentano se vieron regularmente en esa época; Niedermayer invitó a un pequeño círculo para la celebración del 65º aniversario de Benn en 1951[117]. De todas formas, su relación se remonta a los años veinte[118]. En el legado de Benn se encuentran cartas de Brentano del periodo de la posguerra, entre 1949 y 1952, además de un escrito de condolencia dirigido a la viuda de Benn en 1956; por lo visto no se han conservado las respuestas a esas cartas tal vez Benn no las escribió. Se dedicaban libros mutuamente, se leían el uno al otro, también Benn a Brentano[119]; el autor más joven felicitó al otro por la obtención del premio Georg Büchner, escribió acerca de su enfermedad y sus problemas al escribir y se lamentaba de no poder ir a ver a Benn: «Qué cosa más tonta es haber cumplido cuarenta y nueve años, haber publicado veinte libros y no tener ni siquiera el dinero suficiente para hacer un viaje a Berlín. Pero las cosas están así»[120]. Brentano no señaló ciertamente a Benn en el personaje de Braun, pero sí la mención expresa de Benn en la novela: «¿Conoce usted mi novela *Franziska Scheler* y el pasaje en el que aparece usted? Me divierte como pocas cosas que he escrito el hecho de que permanecí firme cuando algunos antifascistas asustados se retorcían las manos ante mi osadía. Por Dios, todo aquello fue divertido, ¡pero una vez fue realidad!»[121]. Así pues, el gusto de Brentano por la polémica y la provocación era inquebrantable, si bien en una dirección completamente distinta que antes de 1933; a Benn se le prohibió escribir hasta 1948 ya que no emigró y se esforzó (brevemente y en vano) por obtener entre 1933 y 1934 el reconocimiento del régimen nacionalsocialista. Sin embargo, después de ese franco «flirteo», pudo posicionarse de nuevo en el mercado del libro a partir de 1949 con numerosas publicaciones; el premio Büchner marcó su emplazamiento como uno de los líricos más importantes del siglo.

Esa extensa alusión a Benn tiene también su importancia en el alineamiento político de Leopold Chindler, quien se encuentra en un espectro republicano y demócrata que no es posible fijar políticamente en un partido. No se dice mucho acerca de los contenidos de su trabajo periodístico, pero sí se detalla extensamente su libro. Él es un escritor de temas históricos interesado tanto en la historia alemana como en la europea, y escribe sobre el periodista político o sobre el político periodista, Friedrich von Gentz, asesor de Metternich hasta que este rompe con él en el año 1830. En calidad de liberal moderado, Gentz había dado inicialmente una «vivaz bienvenida» a la Revolución Francesa[122]; como «observador de la realidad política»[123] fue volviéndose cada vez más y más conservador y se vio obligado a abandonar Prusia por su actitud antifrancesa. La formación analógica en la novela con la biografía de Schlegel escrita por Bernard von Brentano es aquí particularmente clara, Gentz también le era familiar en ese contexto[124]. Sus complejos cambios de rumbo, su lucha contra las consecuencias de la Revolución Francesa y sus repetidos exilios hacían que este personaje histórico resultara idóneo como personaje de proyección para los círculos conservadores y liberales en el exilio después de 1933, y este hecho lo pone de manifiesto también la intensa ocupación de Golo Mann con Gentz. Mann, a quien Brentano conocía ya por su vecindad temporal con Thomas Mann en Küsnacht durante los años treinta, publicó primero un ensayo en la revista para exiliados de Zúrich, *Mass und Wert* [Medida y valor] (1938), y luego su primer libro, *Friedrich von Gentz. Geschichte eines europäischen Staatsmannes* [Friedrich von Gentz. Historia de un hombre de Estado europeo], primero en Estados Unidos en 1946; en alemán en 1947[125]. Concretamente, en el ensayo temprano publicado en *Mass und Wert* queda claro lo mucho que Golo Mann se identificaba con Gentz, cómo vio preformada su resistencia (periodística) contra el nacionalsocialismo en la lucha de Gentz contra las consecuencias de la Revolución Francesa. Tras cinco años de «historia exitosa» del autoproclamado «Reich de los mil años», se dice evocadoramente aquí: «Todo llega a su fin; lo que duró mil años no tiene por qué volver a durar tanto, y su ruina, que se producirá con toda seguridad, puede afectar a nuestra generación, o más exactamente a nuestra época, tanto como a cualquier otra»[126]. Incluso en el cambio de concepciones políticas es posible que tanto Brentano como Golo Mann se reencontraran con Gentz; Mann, a la vista de la traducción de Gentz de la obra de Edmund Burke, *Reflections on the French Revolution*

(1790), que aparece mencionada asimismo en *Franziska Scheler* (p. 142), lo formula de la siguiente manera: «Lo que importa es que un personaje político se mantenga fiel a sí mismo, de modo que lo que dice y hace pueda atribuírsele a él, a su ser; en cambio, referido solo al aspecto externo, su vida puede y tiene que parecer por fuerza que está llena de contradicciones, fluctuaciones e incluso desplomes»[127].

En Friedrich von Gentz como objeto de las investigaciones de Leopold Chindler se hace plausible que el joven periodista e historiador se exponga a varios frentes, y eso lo reconocen tanto sus enemigos, por ejemplo el redactor Von Manberg (p. 294), como sus amigos, por ejemplo su editor (p. 343). Es aquí cuando aparece la frase citada en todas las recensiones de la época: «Cuando alguien escribe un libro que gusta a todo el mundo, entonces ese bicho raro es o bien un granuja, o bien un epígono» (p. 344). Al parecer, el libro de Chindler solo gusta a unos pocos; para la gente de izquierdas, su gente en la época de Weimar, ese tema es demasiado reaccionario; para la gente de derechas se trata de un asunto demasiado liberal. Él declara con firmeza: «nosotros, republicanos y demócratas», tendríamos que «adueñarnos» de la historia, lo cual significa también de la interpretación de la historia alemana, de lo contrario «se nos escapará de las manos» (pp. 289-290). Como todo el mundo sabe, eso fue lo que sucedió después de 1933; aquí se pronuncia una profecía *ex post* por decirlo de alguna manera.

Así pues, en todas partes se encuentran superposiciones de imágenes, proyecciones de un nivel a otro: el ensayista y novelista Brentano se escribe a sí mismo como personaje de proyección en la novela de Chindler, periodista y ensayista de temas históricos, que elige a Gentz como personaje de proyección que, a su vez, es un personaje de proyección adecuado para la resistencia en el exilio frente a Hitler. Brentano siempre se vio a sí mismo como ensayista; en su biografía de Schlegel cita aprobadoramente a Lessing, quien se quejaba de que «en todas las épocas [...] y en todos los países, los verdaderos conocedores de la poesía eran tan raros como los grandes poetas»[128]. De pasada, con la presentación de las luchas de Gentz (y las luchas de Leopold), se muestra lo que es o lo que podría ser la literatura: las obras que conviven pacíficamente unas al lado de las otras en las estanterías «habían sido escritas en el transcurso de luchas apasionadas y peleadas en combates crueles. Ahora se habían convertido en libros, “solo” libros, pero incluso su mero contacto seguía siendo casi tan peligroso como el de una línea eléctrica de alta tensión» (p. 400).

En esta frase se articula la esperanza de quienes seguían

escribiendo en el exilio y habían perdido a su público de siempre, una esperanza de causar efecto por muy improbable e irreal que fuera (y este es posiblemente el efecto que se intenta causar incluso con la publicación de una biografía histórica en la Alemania de Hitler).

¿Franziska Scheler y el movimiento de liberación de las mujeres?

Para llegar por fin al personaje principal que da el título a la novela, diremos que Bernard von Brentano es uno de los pocos escritores de la época que sabía crear complejos personajes femeninos; ya en *Theodor Chindler,* Lilli y Maggie eran los personajes más caracterizados y capaces de evolucionar; la madre, Elisabeth Chindler, era probablemente el personaje que más miedo inspiraba; con su catolicismo a ultranza detenía toda la vida a su alrededor. En *Franziska Scheler* es una mujer mayor, más frágil, más contradictoria, es un personaje no solo negativo: «A ella no se la puede llamar por teléfono. No está acostumbrada a descolgarlo cuando suena. A ella hay que escribirle cartas» (p. 359). No obstante, sigue dando muestras de su antigua dureza cuando al final se niega a volver a ver a su hija por difícil que le resulte esa decisión; y también se describe a Maggie como a un personaje fosilizado en su ideología, sin que se la denuncie.

Franziska Scheler, «Anki», es una mujer joven e insegura procedente de una familia noble y adinerada, una «mujercita mimada de la burguesía», como la caracteriza Maggie escueta y maliciosamente en un pasaje que fue suprimido (véase la nota 3, p. 368, de la novela). El hecho de que, a pesar de todo, sea un personaje entrañable no se debe únicamente a su belleza y a su donaire, que conocemos de sobra a través de la mirada amorosa de Leopold (y del autor); divorciada de su marido Richard Scheler, se ocupa de su hijo, quien, al igual que ella misma, encanta una y otra vez a conocidos y a desconocidos, tanto a hombres como a mujeres. Si Brentano en *Theodor Chindler* no quería describir la evolución de los personajes, sino ofrecer un panorama social junto con una historia familiar, ahora eso ha cambiado. La alusión poco halagadora a Arthur Schnitzler (nota 3, p. 36), que era capaz de investigar hasta las ramificaciones psicológicas más secretas, no proviene de Leopold Chindler sino de su hermano Karl, que no se distingue precisamente por su sentido artístico. Además, en los últimos años de la década de los treinta, Brentano leyó mucho a Sigmund Freud y también a Sándor Ferenczi[129]; y puede entenderse con Franziska su interés creciente por

los caracteres complejos.

A diferencia de los personajes secundarios Erika Welter y Valerie Bendemann, que se presentan de una manera muy diferente en el transcurso de la historia, ella muestra sus peculiaridades, sus sensibilidades, su despierta capacidad de comprensión, la seguimos a través de su vida cotidiana, literalmente hasta en la ducha, por muy elegante que sea el narrador también en ese pasaje (p. 81). En la República de Weimar se realizaron esfuerzos dignos de reseñar en pro de la emancipación. Eran aspiraciones que no coincidían necesariamente con las de «Anki»; ella es ya una hija mayor que carga en sus espaldas con una dolorosa experiencia de separación y quiere seguridad en la misma medida en que no quiere poner en peligro la convivencia con su hijo. Los primeros capítulos muestran la consecuencia; ella quiere ser la amante de Leopold, pero no de una manera abierta porque su marido divorciado podría quitarle a su hijo. Lo insólito de esta novela es que, tras la euforia inicial, el hombre se siente abrumado por la relación, tiene la impresión de que su amada casi no existe sin él y que ella le exige que se muestre «masculino, —¡y además siempre!—» (p. 324) De las activistas por los derechos de las mujeres y de sus libros posee como mucho una idea somera (p. 185), si bien ella reclama ya sus derechos. También a Leopold le resulta una carga el planteamiento de una vida únicamente por y para un marido; aparte de los cuidados de Franziska hacia su hijo, él se da cuenta del vacío interior de Franziska. Desea para ella y para sí mismo una mayor autonomía, y esta se la procura, de manera efectiva, la literatura, una lista de lecturas que ella consigue confeccionar tras algunas recomendaciones y regalos iniciales de Leopold.

Y es que él no puede prescribirle esa lista. Una de las constantes en la concepción del ser humano que posee Bernard von Brentano es que las niñas y los niños deben ser educados, sí, pero no existe el derecho «a cambiar a las personas adultas; ¡no hay nadie que tenga el derecho a decirle a otra persona, oye, deja de ser como eres y sé de otra manera, es decir, sé de la manera que yo quiero que seas!»[130]. También Leopold Chindler defiende opiniones similares: «No hay desarrollo. Uno es lo que llega a ser, y nada más» (p. 74); tampoco pretende «moldear» a Franziska. «¿Por qué iba a tener que moldearla? Perseverar... ser moldeado, ¡eso es mucho mejor!» (p. 441). Frente al horizonte temporal en el que están escritas las novelas de Brentano, se esconde también, por supuesto, un plan político antiautoritario; el siglo xx está marcado con hierro candente por sistemas políticos para los cuales resultaba algo muy natural pretender moldear a los seres humanos. El trato mutuo de esta pareja de enamorados es diferente:

cada uno de ellos solo puede comportarse de una manera autónoma; cuando por fin pueden estar juntos definitivamente, cuando han quedado eliminados todos los obstáculos externos, se encuentran como seres humanos libres e iguales a partir de sus individualidades. Franziska permanece fiel a sí misma cuando decae su lista de lecturas y descubre su mirada especial por la fotografía a la que se dedica con creciente profesionalidad, y en ella encuentra un ámbito en el que Leopold no puede ayudarla, ni tampoco dominarla. Franziska formula la paradoja de lo que ha sucedido con ella al enamorarse: «yo ya no soy para nada yo, pero por fin soy yo de nuevo» (p. 155).

La red cultural

La literatura es ciertamente una parte del plan de formación de Franziska, que lee íntegramente en el sentido de Brentano para reconocer su personalidad[131]. Sin embargo, este asunto no agota la historia en lo que respecta a la novela *Franziska Scheler*. Brentano ha trenzado aquí una red de citas, alusiones y menciones provenientes de todos los ámbitos de la cultura. Es cierto que lo dominante proviene de la literatura desde la Antigüedad clásica, pero también de las artes plásticas, de la música, del teatro, en cierto modo también de la religión; una red en la que también vive Leopold Chindler, por supuesto. Solo hay unos pocos momentos en esta novela en que se pronuncia o al menos se insinúa su condición de exiliado («¡Este continente aburrido», pensó ella, «está compuesto de fronteras y de barreras, y de tipos estúpidos»; p. 163). Al igual que los detalles históricos y las referencias a la temprana historia de Alemania, la red cultural entrelaza las partes miméticas y no miméticas del texto, que para los lectores se vuelven indistinguibles. Por consiguiente, la literatura se convierte en autocomprensión, en un cerciorarse acerca de la propia identidad, y no solo para Franziska Scheler, de ninguna manera. La literatura se convierte en un patrimonio «cultural común que, en contraste con el desarrollo histórico presente, es un material disponible del autor»[132], y lo conecta con sus lectoras y lectores. La vida en la sociedad alemana, el diálogo en la capital, el antiguo mundo metropolitano ya no existe; el autor lo reescribe al menos imaginariamente con esa elaborada red cultural de alusiones, y es que no solo son libros históricos el libro sobre Gentz de Chindler y la biografía de Schlegel realizada por Brentano; también *Franziska Scheler* es una novela histórica que mira hacia atrás con una distancia de quince años en el momento de su nacimiento. El autor exiliado proporciona una experiencia de identidad, tal vez incluso de unidad,

que está permanentemente amenazada en el exilio, mientras que la cámara de resonancia cultural que ha adquirido en el transcurso de su vida sigue estando a su disposición.

Así pues, *Franziska Scheler* es una novela del exilio; una novela de amor; una novela histórica que se hace eco del escenario berlinés de los años 1929 y 1930. Sin embargo, esto significa que estamos leyendo una danza sobre el volcán, el mundo descrito es un mundo anterior al hundimiento. Muchos de los personajes no sobrevivirán a los años posteriores a 1933, algunos serán perseguidos por motivos religiosos o políticos; otros medrarán en la dictadura. A pesar de lo poco que aparece el nacionalsocialismo en la novela —explícitamente no se menciona en absoluto—, la novela retrata con precisión la mentalidad de la alta burguesía que, en gran medida, condujo a la dictadura. Todos los miembros de las asociaciones estudiantiles que se han hecho adultos, todos esos Von Manberg y esos Wild, harán probablemente carrera; tampoco Karl Chindler está exento de arranques antidemocráticos[133]. Los «buenos» en la redacción del periódico y en otros lugares se niegan a darse cuenta de la presencia de la chusma derechista. Según los recuerdos del redactor Erik Graf Wickenburg del *Frankfurter Zeitung,* esa parece haber sido la estrategia dominante del periódico, «no querías creértelo [...]. No querías oír nada, de él no. Hitler era simplemente el "cabo", el "austríaco"»[134]. El hecho de que tampoco Brentano se ocupe de los rumores de los radicales de derecha se corresponde incluso con el lado mimético de la novela; ese nivel existe solo en alusiones, por ejemplo el juicio por el drama *La ronda* de Arthur Schnitzler (nota 3, p. 36), la ley para la preservación de la infancia y la adolescencia frente a escritos folletinescos y obscenos (p. 290). A Chindler, la prensa de derechas le parece «estúpida y la de izquierdas vive en otro planeta» (p. 343). Uno de los oradores en el Parlamento pertenece a los «nacionalistas» (p. 290). Sin duda, una de las condiciones previas del éxito de Hitler, la crisis económica, es tematizada expresamente: Chindler lee en el periódico acerca del «martes negro» en Nueva York (p. 346).

El hecho de que *Franziska Scheler* muestre una sociedad al borde del abismo no se anuncia con gesto profético precisamente desde el conocimiento *a posteriori*. Brentano se mantiene reservado, discreto, narra una historia de amor con un cierto apremio por el aforismo, por la anécdota ingeniosa («La gente que quiere pronunciar discursos no puede hacer nada con la gente que también quiere pronunciar discursos»; p. 357). El final de la novela que parece traer la felicidad a Leopold y a Franziska es, sin embargo, un idilio falso; ambos tendrán que pasar antes bien por un infierno que por un cielo, aunque

Franziska disponga de gestos «que a los ancestros de la raza humana los motivó a inventar los ángeles» (p. 396).

---

94. No vamos a repetir aquí una introducción sobre la vida y la obra de Bernard von Brentano (1901-1964); para tal fin, consúltese el epílogo de la edición de *Theodor Chindler. Novela de una familia alemana,* en Madrid, Alianza Editorial, 2018, pp. 609-638.

95. Tras la reedición en la editorial Limes (1951), cabe mencionar aquí, sobre todo, la gran tirada de la novela en la editorial Rowohlt Taschenbuch (1953); en el transcurso de la serie televisiva en el año 1979, la novela fue reeditada en la editorial Insel, seguida por numerosas ediciones de bolsillo de la editorial Suhrkamp hasta 2001. En la actualidad, la edición alemana se encuentra en la editorial Schöffling & Co. (2014).

96. Información de Michael von Brentano.

97. Carta de Brentano a Brecht, 14 de enero de 1935, en Hermann Haarmann y Christoph Hesse (eds.), *Briefe an Bertolt Brecht im Exil (1933-1949)* [Cartas a Bertold Brecht en el exilio (1933-1949)], 3 volúmenes, Berlín, Boston, 2014, vol. 1: 1933-1936, p. 361.

98. Carta de Brentano a Brecht, enero de 1935. En *ibidem,* p. 365.

99. Programa de radio enlatado con una conversación con Michael von Brentano (Primera emisión: «Doppelkopf» en la emisora hr2-kultur de la Radio de Hesse, 21 de octubre de 2014). Sobre la solicitud de repatriación procedente de los archivos del Ministerio de Exteriores, véase Hans-Christian Oeser, «Die Dunkelkammer der Despotie». Bernard von Brentanos *Prozeß ohne Richter* im Zwielicht». [La cámara oscura del despotismo. *Prozeß ohne Richter* (Juicio sin jueces) de Bernard von Brentano entre dos luces], en *Exilforschung. Ein Internationales Jahrbuch* 7 (1989), pp. 226-247, sobre todo pp. 238-241.

100. Sobre esta obra véase Konrad Feilchenfeldt, *Bernard von Brentanos August Wilhelm Schlegel-Biographie* [La biografía de August Wilhelm Schlegel realizada por Bernard von Brentano], en York-Gothart Mix y Jochen Strobel (eds.), *Der Europäer August Wilhelm Schlegel. Romantischer Kulturtransfer - romantische Wissenswelten,* Berlín, Nueva York 2010, pp. 295-307.

101. Cf. Thomas Sprecher, *Thomas Mann in Zürich,* Múnich, 1992, pp. 85-91, aquí p. 88.

102. Bernard von Brentano, *Du Land der Liebe. Bericht von Abschied und Heimkehr eines Deutschen,* Tubinga y Stuttgart, 1952, p. 99.

103. Wolfgang G. Schwanitz, *Texte der sekundären Bonner Nahostpolitik. Geheimakte Dr. Voigt deklassifiziert* [Textos de la política secundaria de Bonn en Oriente Próximo. Las actas secretas del Dr. Voigt, desclasificadas], en Noticiero DAVO [Grupo de trabajo alemán sobre Oriente Próximo para la investigación y la documentación referidas a la actualidad], 12 (2003) 18, pp. 69 y s.; versión en web 9 (2007): Voigt (1889-1968) trabajó en el departamento de Oriente Próximo del Ministerio de Asuntos Exteriores en los años cincuenta y principios de los sesenta. Nació en 1889 en Sarona (en la actualidad un barrio de Tel Aviv). Después de la enseñanza primaria en Haifa, fue al instituto en Plauen, en la región de Vogtland. Este doctor en derecho fue diplomático en las postrimerías del imperio, a partir de 1935 fue cónsul general en Zúrich y desde 1940 o 1943 fue cónsul general en París. Hasta 1939 no se afilió al Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, es decir, fue todo lo contrario que un «combatiente de la primera hornada»; en enero de 1945 le dieron el retiro temporal, con cincuenta y seis años. La Sûreté lo detuvo, lo internó y volvió a liberarlo, y a partir de 1950 pudo trabajar de nuevo como diplomático. Según Schwanitz, sus informes y análisis sobre Oriente Próximo durante sus años de trabajo en la República Federal de Alemania no fueron «hostiles contra Israel, ni amistosos hacia Arabia»; buscaba «una política original en Oriente Próximo»; «sin embargo, con esas piruetas del espíritu de la época en Bonn, iba en contra de París, Londres y Washington».

104. Citas de Bernard von Brentano, *Schöne Literatur und öffentliche Meinung. Literarische*

Essays, Wiesbaden, 1962, p. 37; también en Bernard von Brentano, *Streifzüge. Tagebuch mit Büchern - Neue Folge,* Zúrich 1947, pp. 149 y s.

105. Brentano, *Du Land der Liebe* (nota 9), p. 9.

106. Brentano, *Streifzüge* (nota 11), p. 158.

107. Bernard von Brentano, *Tagebuch mit Büchern* [Diario con libros], Zúrich, 1943, p. 132.

108. *Bernard von Brentano: «Franziska Scheler»,* en *Die Tat,* 23 de junio de 1945.

109. *Vom andern Deutschland* [De la otra Alemania], en *Der Bund* (Berna), 26 de agosto de 1945.

110. *Bernard von Brentano: Franziska Scheler,* en *Neues Winterthurer Tagblatt,* 12 de octubre de 1945.

111. Hermann Linden, *Im Berlin 1929,* en *Neue Zeitung,* 22 de enero de 1950.

112. Véase la concisa descripción en el epílogo de *Theodor Chindler,* Madrid, 2018, pp. 609-638. No expondremos un relato detallado del juicio porque la relación con la novela *Franziska Scheler* es completamente externa. La revisión del texto de la novela que realizó Brentano tampoco reacciona de ninguna manera a las acusaciones formuladas en el juicio. La exposición del juicio es un tema aparte y debe ocupar otro espacio basándose en los documentos del propio juicio y del legado de Brentano; las exposiciones que existen hasta el momento parecen excesivamente apresuradas en su enjuiciamiento.

113. Maria Dessauer, *Gutachten zu Bernard von Brentano: Franziska Scheler* [Informe editorial sobre Franziska Scheler de Bernard von Brentano], 7 de marzo de 1980; archivo Suhrkamp. El informe de Dessauer no habrá sido el único motivo para la decisión de Siegfried Unseld; ella desaconseja también la novela de Brentano *Die ewigen Gefühle* [Los sentimientos eternos] (1939), que, no obstante, fue publicada en 1983 en la colección «Bibliothek Suhrkamp».

114. Página 7; a partir de ahora, las referencias a las páginas de esta edición irán entre paréntesis.

115. Los ocho artículos aparecieron del 27 de abril de 1930 al 19 de agosto de 1930 en el *Frankfurter Zeitung;* existe una reimpresión con el título *Reise nach Polen* [Viaje a Polonia] en Bernard von Brentano, *Texte und Bibliographie,* editado por Bernd Goldmann, Maguncia, 1992, pp. 27-78.

116. Este proyecto de revista se halla expuesto en detalle en Erdmut Wizisla, *Benjamin und Brecht. Die Geschichte einer Freundschaft* [Benjamin y Brecht. La historia de una amistad], Fráncfort del Meno, 2004, pp. 115-163, anexo pp. 289-327; aquí la cita de la p. 163.

117. Hanspeter Brode registra como invitados el 2 de mayo de 1951: «Matrimonio Oelze, F. Maraun, K. Schwedhelm, el matrimonio von Brentano», cf. Hanspeter Brode, *Benn Chronik. Daten zu Leben und Werk* [Crónica de Benn. Datos sobre la vida y la obra], Múnich, Viena, 1978, p. 255.

118. Carta de Benn a Brentano, 10 de enero de 1929, en Gottfried Benn, *Ausgewählte Briefe* [Cartas selectas], con un epílogo de Max Rychner, Fráncfort del Meno, 1986, p. 23; véase la nota 1, p. 63, de la novela.

119. Cf. Brode, *Benn Chronik* (nota 24), p. 241.

120. Véase la carta de Brentano a Benn, 21 de septiembre de 1951; citada la carta de Brentano a Benn del 11 de diciembre de 1950, en el legado de Gottfried Benn.

121. Carta de Brentano a Benn, 11 de diciembre de 1950 (nota 27).

122. Hans Lang, *Politische Geschichtsbilder zu Anfang des 19. Jahrhunderts (Metternich-Friedrich*

Gentz-Adam Müller), Aarau, 1944, p. 41. Esta tesis doctoral es citada en uno de los cuadernillos de trabajo de Brentano de los años 1945 y 1946.

123. *Íbid.,* p. 59.

124. Gentz es mencionado también en la biografía; véase Bernard von Brentano, *August Wilhelm Schlegel. Geschichte eines romantischen Geistes,* Stuttgart, 1943, p. 133.

125. Golo Mann, *Gentz und die Französische Revolution*, en *Mass und Wert,* año 11, septiembre/octubre de 1938, H. 1, pp. 52-77. *Íb.: Friedrich von Gentz. Geschichte eines europäischen Staatsmannes,* Zúrich, Viena, 1947. Sobre el complejo Golo Mann-Brentano, véase también Feilchenfeldt, *Brentanos Schlegel-Biographie* (nota 7), pp. 305 y s.; sobre los trabajos acerca de Gentz realizados por Golo Mann, véase Tilman Lahme, *Golo Mann. Biographie,* Fráncfort del Meno, 2009, pp. 128-131, 187-193.

126. Mann, *Gentz und die Französische Revolution* (nota 32), p. 55.

127. *Íbid.,* p. 56.

128. Brentano, *Schlegel* (nota 31), p. 9.

129. En un cuadernillo del legado están anotados y comentados numerosos títulos de Freud y uno de Ferenczi; el cuaderno no está fechado, pero contiene algunos esbozos de títulos para la novela *Prozess ohne Richter* [Juicio sin jueces] (1937), así que podría haber sido escrito en torno a 1936 o 1937.

130. Bernard von Brentano, *Theodor Chindler. Novela de una familia alemana,* con un epílogo de Sven Hanuschek, Madrid, Alianza Editorial, 2018, traducción de Jorge Seca, p. 372.

131. Brentano 1944/1945, cita extraída de Ulrike Hessler, *Bernard von Brentano, Ein deutscher Schriftsteller ohne Deutschland. Tendenzen des Romans zwischen Weimarer Republik und Exil* [Bernard von Brenano. Un escritor alemán sin Alemania. Tendencias de la novela entre la República de Weimar y el exilio] Fráncfort del Meno y otros, 1984, p. 232.

132. Hessler, *Brentano* (nota 38), p. 265.

133. Cf. *íbid.,* p. 252.

134. Almut Todorow, «Entrevista con el profesor Erik Graf Wickenburg, mantenida el 16 y el 17 de mayo de 1989», en Almut Todorow, *Das Feuilleton der «Frankfurter Zeitung» in der Weimarer Republik* [El suplemento cultural del *Frankfurter Zeitung* en la República de Weimar], Tubinga, 1996, pp. 167-193, aquí p. 174.

Agradecimientos

Nota del editor alemán

Mi agradecimiento cordial a Michael von Brentano por haber hecho posible el acceso al legado de su padre, también por haber puesto a mi disposición el original de la novela y, de una manera especial, por las numerosas indicaciones sobre la historia familiar de los Brentano, que ocasionalmente desempeñan algún papel en *Franziska Scheler*.

Doy las gracias a las colaboradoras y colaboradores del Archivo Alemán de Literatura ubicado en la localidad de Marbach, y en concreto al doctor Ulrich von Bülow por su apoyo rápido y nada burocrático en el trabajo con el legado de Bernard von Brentano.

En algunos detalles que precisaban de algún comentario hubo varios y varias colegas que sugirieron algunas interpretaciones. Por sus indicaciones doy las gracias aquí especialmente a las colegas profesoras de Múnich Christine Haug, Inka Mülder-Bach y Claudia Wiener, y al profesor Edi Zollinger (Zúrich), y de una manera muy especial también a mi enérgica y comprometida colaboradora Friederike Schneider.

Kerstin Dötsch me proporcionó importantes indicaciones en la primera lectura. Por ello y por otras cosas, mi agradecimiento (y demás).

Nota del traductor al castellano

El traductor agradece a la editora Marta Barrio García-Agulló su comprensión y su exquisita paciencia en tiempos de pandemia. Mi agradecimiento especial va dirigido a María José Guerra Palmero por la primera lectura atenta del texto y sus correcciones de estilo, y a Jaime Feijóo por su ayuda en algunos pasajes y citas literarias de la novela.

Chimiche, septiembre de 2021.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Anexo
Epílogo del editor
Agradecimientos

Créditos

Edición en formato digital: 2022

Título original: *Franziska Scheler*

La traducción de esta obra se ha subvencionado con una ayuda del Goethe-Institut.

© Schöffling & Co. Verlagsbuchhandlung GmbH, Frankfurt am Main, 2015
Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency, S.L.
© de la traducción: Jorge Seca, 2022
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1362-735-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.